DIONISIO DE HALICARNASO

HISTORIA ANTIGUA DE ROMA

LIBROS IV-VI

EDITORIAL GREDOS

DIONISIO DE HALICARNASO

HISTORIA ANTIGUA DE ROMA

LIBROS IV-VI

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ALMUDENA ALONSO Y CARMEN SECO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 74

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por DOMINGO PLÁCIDO.



Depósito Legal: M. 25908-1984.

ISBN 84-249-0951-8.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1984.—5756.

LIBRO IV

Servio Tulio sucede a Tarquinio. Orígenes de Tulio

El rey Tarquinio, tras haber sido 1
autor de no pocos y pequeños beneficios para los romanos y haber ocupado el trono durante treinta y ocho años, muere del modo que he mencionado [1], dejando dos nietos muy pequeños y dos hijas ya casadas. Le sucede en el trono su yerno Tulio, en el cuarto año de la L Olimpiada (576 a. C.), en la que el laconio Epitélides venció en la carrera del estadio, bajo el arcontado de Arquestrátides en Atenas. Ahora es el momento de decir ya sobre Tulio lo que omitimos al principio: quiénes eran sus padres y qué comportamiento mostró cuando todavía era un simple
ciudadano, antes de llegar al poder. De las noticias que 2
circulan sobre sus orígenes, aquellas con que estoy más de acuerdo son las siguientes: En la ciudad latina de Cornículo [2] vivía un hombre de la familia real llamado Tulio, que estaba casado con Ocrisia, la mujer más hermosa y prudente del lugar. Este Tulio murió en la lucha, cuando la ciudad fue tomada por los romanos, y a Ocrisia, que estaba encinta, el rey Tarquinio la escogió de entre el botín y se la dio como regalo a su mujer. Al enterarse ésta de todo lo concerniente a Ocrisia, en seguida le dio la libertad y siguió estimándola y tratán-

---

[1] Véase III 73.

[2] *Corniculum.*

3 dola con más afecto que a las demás mujeres. Ocrisia, cuando todavía era una esclava, parió un niño. Una vez criado, su madre le puso Tulio como nombre propio y de familia [3], por su padre, y Servio, como nombre común y primero [4], por su propia suerte, ya que nació cuando era esclava. Servio, traducido a nuestra lengua, sería «servil» [5].

2 En los registros locales se cuenta una versión diferente sobre su nacimiento, que remonta sus orígenes a la leyenda y que encontramos en muchas historias romanas. Si su relato agrada a los dioses y divinidades, es más o menos como sigue: Dicen que del hogar de palacio sobre el que los romanos, entre otros sacrificios, ofrecen las primicias de sus comidas, surgió por encima de las llamas un miembro de hombre. Fue Ocrisia la primera en verlo, al llevar al fuego las acostumbradas tortas para el sacrificio, y al punto fue a infor-
2 mar a los reyes. Tarquinio, al oír y después ver el prodigio, se llenó de extrañeza. Tanaquil, en cambio, que además de poseer otros saberes conocía el arte de la adivinación mejor que ningún otro tirreno, le dijo que estaba determinado por el destino que del altar de palacio naciera un linaje superior a la raza humana, engendrado en la mujer que se uniera a la aparición. Como los demás adivinos dieron su interpretación en el mismo sentido, el rey creyó oportuno que Ocrisia, que fue la primera a quien se apareció el prodigio, se uniera con él. Entonces la mujer, engalanada como una novia, fue encerrada sola en la estancia en que se había visto la
3 aparición. Un dios o divinidad, bien Vulcano, según creen algunos, bien la deidad protectora del hogar [6], se unió

[3] *Nomen.*

[4] *Praenomen.*

[5] *Servus* parece un antiguo étnico (E. Benveniste, *Rev. des Ét. Latines,* 1932, págs. 429 y sigs.) y *Tullius* (como *Tullus)* un nombre de origen etrusco.

[6] *Lar Familiaris.*

con ella y tras la unión desapareció. Ocrisia quedó embarazada y a su tiempo dio a luz a Tulio. Aunque este relato no parece digno de mucho crédito, lo hace menos inverosímil otra extraordinaria y singular manifestación
divina que se produjo con relación a este hombre: Una 4
vez sentado en el umbral de palacio, hacia el mediodía, se quedó dormido, y de su cabeza comenzó a brillar un fuego. Su madre y la mujer del rey, que pasaban por el pórtico, lo vieron, así como todos cuantos en aquella ocasión las acompañaban. La llama continuó iluminando toda su cabeza hasta que su madre corrió hacia él y lo despertó. La llama, desvaneciéndose al mismo tiempo que el sueño, desapareció. Tales son las historias que se cuentan sobre el nacimiento de Tulio.

Hazañas anteriores de Tulio

Las empresas dignas de mención 3
que llevó a cabo antes de su reinado, por las que Tarquinio lo admiró y el pueblo romano lo consideraba digno del máximo honor después del rey, son las siguientes: Cuando todavía era casi un niño, sirvió en las filas de la caballería en la primera expedición que dirigió Tarquinio contra los tirrenos, y dio muestras de combatir tan bien que inmediatamente se hizo célebre y fue el primero en obtener el premio al valor. Luego, cuando en otra expedición contra el mismo pueblo se entabló un violento combate en torno a la ciudad de Ereto[7], probó ser el más valiente, y el rey de nuevo lo
premió con la corona al valor. A los veinte años apro- 2
ximadamente fue designado general de la fuerza aliada que habían enviado los latinos, y ayudó al rey Tarquinio a conseguir la soberanía sobre los tirrenos. En la primera guerra contra los sabinos, nombrado general de la caballería, puso en fuga a los jinetes enemigos y los persiguió hasta la ciudad de Antemnas[8], obtenien-

[7] *Eretum.* Véase nota a III 32, 4.

[8] *Antemnae.* Véase nota a I 16, 5.

do también por esta batalla el premio al valor. Otros muchos combates sostuvo contra ese mismo pueblo, unas veces al frente de la caballería, otras de la infantería, y en todos ellos se reveló como el hombre más valeroso y fue el primero a la hora de recibir recompensas.
3 Cuando este pueblo acabó por someterse a los romanos y les entregó sus ciudades, Tarquinio lo consideró también máximo responsable de la consecución de ese dominio y ciñó su frente con coronas de victoria. No sólo era sumamente inteligente cuando se trataba de examinar los asuntos públicos, sino que también era más hábil que nadie para exponer sus planes y era perfectamente capaz de adaptarse a todos los avatares de la
4 fortuna y de congeniar con cualquier persona. Por todo ello, los romanos, por votación, lo consideraron digno de pasar de la clase plebeya a la patricia, como ya anteriormente había ocurrido con Tarquinio y, aún antes, con Numa Pompilio. El rey, por su parte, lo convirtió en su yerno, dándole a una de sus hijas en matrimonio, y le encomendaba todo cuanto por enfermedad o por la edad no podía realizar por sí mismo. Y no sólo le confiaba su propia casa, sino que también le pedía que administrara los asuntos públicos. En su actuación mostró su lealtad y justicia y, en la gestión de los asuntos de Estado, los plebeyos pensaban que en nada se diferenciaba de Tarquinio, hasta tal punto se los había ganado con sus favores.

Plan de Tanaquil

4 Este hombre, dotado de aptitudes para el mando y agraciado por la fortuna con numerosas y grandes oportunidades, cuando se produjo la muerte de Tarquinio por las intrigas de los hijos de Anco Marcio, que querían recuperar el poder de su padre, como he explicado en el libro anterior, consideró que los propios acontecimientos lo invitaban a ocupar el trono, y, hombre enérgico, no dejó que la

ocasión se le escapara de las manos. La que le ayudó 2 a conseguir el poder y la responsable de toda su buena fortuna fue la mujer del difunto rey, que colaboró con él por ser su yerno y porque sabía, por múltiples oráculos, que aquel hombre estaba destinado a reinar sobre los romanos. Se daba la circunstancia de que un hijo suyo había muerto joven hacía poco tiempo, dejando dos hijos muy pequeños. En efecto, ella, a la vista del 3 desamparo de su casa y ante el temor de que, si los hijos de Marcio se hacían con el poder, matasen a los niños e hiciesen desaparecer a toda la familia real, como primera medida ordenó cerrar las puertas de palacio y dispuso guardias en ellas con orden de no dejar entrar ni salir a nadie. A continuación hizo que, excepto Ocrisia, Tulio y la mujer de éste, todos los demás salieran de la habitación en la que habían colocado a Tarquinio moribundo, y después de encargar que las nodrizas trajeran a los niños, les dirige estas palabras: «Tulio, nuestro rey Tarquinio, del que has recibido ali- 4 mento y educación y que te honró más que a ningún amigo o pariente, ha cumplido su propio destino, víctima de un asesinato impío, sin dejar ninguna disposición sobre sus asuntos propios ni ningún encargo sobre los públicos y sin ni siquiera poder abrazar a alguno de nosotros ni dirigirnos un último saludo. Estos niños desdichados quedan desamparados y huérfanos y en grave peligro de sus vidas; pues si el poder cae en manos de los hijos de Marcio, los asesinos de su abuelo, los matarán del modo más miserable. Y para vosotros, a quienes Tarquinio casó con sus hijas [9], despreciando a aquéllos, la vida no será nunca segura si los que lo asesinaron obtienen el poder, ni tampoco lo será para sus demás amigos y parientes ni para nosotras, mujeres des-

[9] Se puede pensar que también estaban presentes la otra hija y el otro yerno de Tarquinio, pero no es necesario.

graciadas; por el contrario, tratarán de destruirnos a
5 todos tanto abierta como secretamente. Por tanto, ante
estos peligros, no debemos permitir que los impíos ase-
sinos de Tarquinio y enemigos de todos nosotros se ha-
gan con un poder tan grande, sino que debemos oponer-
nos e impedirlo. De momento, sirvámonos de engaños
y estratagemas (pues en la actual situación hay que re-
currir a estos procedimientos), y cuando comiencen a
resultar nuestros primeros planes, entonces también
marchemos a *su encuentro con todas nuestras fuerzas*
y, si fuera necesario, incluso con armas. Pero no lo será
si nosotros estamos dispuestos a hacer ahora lo que
6 hay que hacer. ¿Y qué hay que hacer? En primer lugar,
ocultemos la muerte del rey y dispongámonos a referir
a todos que no ha recibido ninguna herida mortal, y
que los médicos aseguren que en pocos días lo harán
aparecer sano y salvo. Después, yo compareceré en pú-
blico y, como si Tarquinio me lo hubiera encargado, di-
ré a la muchedumbre que, mientras sana de sus heri-
das, nombra custodio y vigilante de todos sus asuntos
privados y públicos a uno de sus yernos, y diré tu nom-
bre, Tulio. Y a los romanos no les disgustará, sino que
desearán que administres la ciudad tú, que ya lo has
7 hecho muchas veces. Cuando conjuremos el presente
peligro (pues los enemigos no tendrán ya ninguna fuer-
za si se anuncia que el rey está vivo), toma las fasces
y el poder militar y, tras hacer comparecer ante el pue-
blo a los que planearon el asesinato de Tarquinio, em-
pezando por los hijos de Marcio, sométetelos a juicio. Des-
pués de castigar a todos ellos con la muerte, si compa-
recen, o con el destierro de por vida y la confiscación
de sus bienes, si el juicio se celebra en rebeldía, lo que
supongo preferirán, entonces ya asegúrate el poder. Pa-
ra ello deberás ganarte al pueblo con un tratado afable,
tener sumo cuidado de no cometer ninguna injusticia
y atraerte a los ciudadanos pobres con algunos favores

y regalos. Luego, cuando nos parezca oportuno, anun-
ciemos que Tarquinio ha muerto y celebremos su entie-
rro públicamente. Tulio, ya que te hemos criado y edu- 8
cado, has disfrutado en nuestra casa de cuantos bienes
reciben los hijos de sus padres y estás casado con una
hija nuestra, si además llegas a ser rey de Roma, con-
tando también en esto con mi colaboración, es justo que
des a estos niños el trato benevolente de un padre y
que, cuando sean hombres capaces de ocuparse de los
asuntos públicos, nombres al mayor caudillo de los
romanos».

Servio Tulio regente. Destierro de los hijos de Marcio

Con estas palabras puso un niño en 5
brazos de su yerno y otro en los de
su hija y los movió a gran compasión.
Cuando llegó el momento apropiado, sa-
lió de la habitación y ordenó a los cria-
dos que prepararan lo necesario para la cura y llama-
ran a los médicos. Dejó que pasara la noche y al día
siguiente, cuando una gran multitud se concentró ante
el palacio, apareció en público por la ventana que daba
al callejón que había delante de las puertas. En primer
lugar, reveló a los que estaban presentes la identidad
de quienes habían planeado el asesinato del rey y pre-
sentó encadenados a los que aquéllos habían enviado
para cometer el crimen. A continuación, al ver que mu- 2
chos expresaban su disgusto por lo sucedido y manifes-
taban su odio contra los autores del atentado, dijo al
fin que ninguno de sus impíos propósitos había tenido
éxito, pues no habían podido matar a Tarquinio. Como
todos recibieron la noticia con muestras de alegría, ella
les presentó entonces a Tulio como la persona designa-
da por el rey para que se encargara de todas sus funcio-
nes, tanto públicas como privadas, hasta que se recu-
perara. Así pues, el pueblo se marchó muy contento de 3
que nada grave le hubiera sucedido al rey y continuó
en esta creencia durante mucho tiempo. Por su parte,

Tulio, rodeado de una fuerte protección y acompañado de los lictores del rey, se presentó en el Foro e hizo al heraldo dar la orden de que los hijos de Marcio se presentaran para someterse a juicio. Como no obedecieron, proclamó su destierro perpetuo y sus bienes, confiscados, fueron a parar al erario público. De este modo ya tenía segura la posesión del trono de Tarquinio.

L. y A. Tarquinio son nietos de Tarquinio Prisco

6 Quiero interrumpir la narración de lo que sigue para exponer los motivos por los que discrepo de Fabio [10] y los demás historiadores cuando afirman que los niños que había dejado Tarquinio eran hijos suyos; y quiero aclararlo para que ninguno, si han caído en sus manos esas historias, vaya a pensar que yo he inventado al escribir que los niños no eran hijos sino nietos suyos. No hay duda de que los historiadores han transmitido esta noticia con total irreflexión y ligereza, sin examinar ninguna de las circunstancias imposibles y absurdas que la descalifican. Yo intentaré, en pocas palabras, poner en claro cada una de ellas.

2 Tarquinio se trasladó desde Tirrenia con toda su casa, cuando se hallaba en la edad de mayor madurez intelectual. Se cuenta que ya entonces aspiraba a tomar parte en la vida pública, a gobernar y a administrar los asuntos del Estado, y que se había marchado de su país por-
3 que no conseguía en él ningún cargo honroso. Así pues, cualquier otro podría suponer que tenía como mínimo treinta años [11] cuando partió de Tirrenia, ya que es generalmente a partir de esta edad cuando las leyes invitan al gobierno y a la administración a quienes desean

---

[10] Véase I 6, 2 y nota.

[11] Al traducir las edades que da Dionisio hemos preferido mantener las cifras redondas (treinta, cincuenta...), aunque debido a la diferencia en la forma que tenían los griegos de contar los años, debiéramos haber escrito «veintinueve», «cuarenta y nueve», etc. Creemos que de esta forma nos mantenemos más fieles al texto.

dedicarse a ello. Yo, en cambio, le supongo todavía cinco años más joven, y le hago partir a los veinticinco. Además, todos los historiadores de Roma coinciden en que llevaba consigo a una mujer tirrena con la que se había casado en vida de su padre. Según cuenta Ge- 4
lio[12], llega a Roma en el primer año del reinado de Anco Marcio, y, según Licinio, en el octavo. Admitamos que llegó en el año que dice Licinio y no antes; pues no pudo haberlo hecho más tarde, si es que, como cuentan ambos historiadores, ya en el noveno año del reinado de Anco el rey lo envía al frente de la caballería en la guerra contra los latinos. Si efectivamente llegó a Roma con no más de veinticinco años, se hizo amigo del rey Anco en el octavo año de su gobierno, pasó junto a él los diecisiete[13] años restantes de su reinado (pues Anco reinó veinticuatro años) y él mismo, según admiten todos, ocupó el trono durante treinta y ocho, tenía ochenta cuando murió, pues ésta es la cifra que resulta de la suma de los años. Si su mujer, como es probable, 5
era cinco años más joven que él, no cabe duda de que contaba setenta y cinco cuando murió Tarquinio. Pues bien, si ella concibió a su último hijo cuando tenía cincuenta años (pues según afirman los que han investigado estos temas, es precisamente esta edad el fin del período de fertilidad de una mujer, y más adelante ya no puede concebir), este hijo no podía tener menos de veinticinco años a la muerte de su padre, y Lucio, el mayor, no menos de veintisiete; luego Tarquinio no dejó niños pequeños habidos de esta mujer. Y por otro lado, 6
si los hijos hubieran sido ya hombres cuando el padre murió, su madre no iba a ser tan miserable ni tan loca

[12] Para estos analistas véase I 7, 3 y nota.

[13] Dionisio incluye en los diecisiete años que reinó Anco después de conocer a Tulio el año en que éste llegó a Roma, es decir, el octavo año de su reinado. De otra forma no podría decir que Anco reinó veinticuatro años.

como para desposeer a sus propios hijos del trono que les dejaba su padre y favorecer, en cambio, a un extraño, hijo de una esclava. Tampoco ellos, si se hubieran visto privados del trono de su padre, habrían soportado el atropello con indiferencia y despreocupación, precisamente cuando se hallaban en el mejor momento de su capacidad política y militar; pues Tulio, ni los aventajaba en nobleza de sangre, ya que era hijo de una esclava, ni era muy superior a ellos por la consideración que dan los años, ya que solamente llevaba tres años al mayor. De manera que no le habrían cedido voluntariamente el trono.

7 Esta cuestión todavía tiene algunos otros aspectos extraños que todos los historiadores de Roma han ignorado a excepción de uno solo, cuyo nombre diré en seguida. En efecto, se admite que, tras el fin de Tarquinio, Tulio heredó el trono y lo ocupó durante cuarenta y cuatro años, de modo que, si el hijo mayor de Tarquinio tenía veintisiete en la fecha en que perdió el trono, cuando mató a Tulio tenía que tener más de setenta.
2 Sin embargo, los historiadores nos han transmitido que por aquel entonces estaba en plena juventud, y aseguran que él mismo levantó en vilo a Tulio, lo sacó del Senado y lo tiró escaleras abajo. Su caída del gobierno tiene lugar veinticinco años después de estos sucesos, y en ese mismo año nos lo presentan en la guerra contra los ardeates [14], llevando a cabo todos los trabajos personalmente. Pero no tiene sentido que un hombre de
3 noventa y seis años tome parte en la guerra. Tras su expulsión del poder, todavía luchó contra los romanos por los menos catorce años y dicen que él en persona estaba presente en todas las acciones. Todo esto es contrario al sentido común, pues parece haber vivido ciento diez años, longevidad ésta que no se da en nuestras

[14] Habitantes de Ardea. Véase nota a I 72, 5.

tierras. Algunos historiadores de Roma, que observaron 4
esas incongruencias, intentaron resolverlas con otras, haciendo que la madre de los niños no fuera Tanaquil, sino una tal Gegania de la que no nos ha llegado ninguna otra noticia. De nuevo a destiempo se produce el matrimonio de Tarquinio, con cerca de ochenta años, y es increíble que un hombre de esa edad pueda engendrar hijos. Además, no era un hombre sin descendencia como para desear tenerla a toda costa, sino que tenía dos hijas, y ya casadas. A la vista de estas circunstancias 5
imposibles y absurdas, sostengo, y en esa idea coincido con Lucio Pisón *Frugi* [15], que es el único que en sus *Anales* da cuenta de esta versión, que los niños no eran hijos sino nietos de Tarquinio; a no ser que los niños fueran nietos del rey por nacimiento, pero hijos suyos por adopción, y esto explicaría el error de todos los demás historiadores de Roma. Tras estas aclaraciones previas, ya es tiempo de reanudar la narración que habíamos interrumpido.

Los patricios contra el gobierno ilegal de Tulio

Cuando Tulio, después de recibir la 8
regencia y expulsar a los partidarios de los Marcios, consideraba que ya se había hecho firmemente con el poder, honró al rey Tarquinio, como si acabara de morir a consecuencia de las heridas, con un espléndido funeral, con la erección de un sepulcro imponente y con los demás honores acostumbrados. A partir de entonces, como tutor de los niños de la familia real, tomó bajo su vigilancia y cuidado tanto su vida privada como los asuntos de gobierno. Lo que sucedía no era del agra- 2
do de los patricios, que estaban indignados y lo tomaban muy a mal, pues no les parecía bien que Tulio, por su propia cuenta, se hubiera procurado una especie de poder real sin el consentimiento del Senado y sin que

[15] *Lucius Calpurnius Piso Frugi* «el Honesto». Véase nota a I 79, 4.

se hubieran llevado a cabo ninguna de las formalidades legales. Los más poderosos se reunían a menudo para discutir entre sí la forma de poner fin a su gobierno ilegal, y decidieron que, la primera vez que Tulio los reuniera en el Senado, lo forzarían a devolver las fasces y los demaś símbolos del poder. Una vez que los hubiera devuelto, designarían a los llamados *interreges*[16], y por medio de éstos se elegiría, conforme a las leyes, al
3 hombre que habría de gobernar el país. Mientras ellos hacían estos planes, Tulio, al tanto de sus intenciones, se dedicó a atraerse con halagos a los ciudadanos sin recursos, en la esperanza de que por medio de ellos podría conservar el poder. Tras convocar al pueblo en asamblea, subió a los niños a la tribuna y pronunció el siguiente discurso:

Tulio se gana al pueblo con sus discursos y favores y con una estratagema

9 «Ciudadanos, una necesidad grande e ineludible me obliga a cuidar de estas criaturas, pues su abuelo Tarquinio, que me recogió huérfano de padre y patria, me crió con un trato no inferior al de sus propios hijos, me dio como mujer a una de sus hijas y, como también vosotros sabéis, continuó honrándome y queriéndome durante toda su vida como si de un hijo suyo se tratara; y cuando tuvo lugar el complot contra su persona, me confió la tutela de los niños, en caso de que sufriera el destino
2 que nos espera a todos los humanos. Por consiguiente, ¿quién me va a considerar piadoso con los dioses o justo con los hombres si abandono y entrego traidoramente a estos huérfanos con quienes tengo una deuda de gratitud tan grande? Pero, en la medida de mis fuerzas, no traicionaré la confianza depositada en mí ni abandonaré a los niños en su desamparo. Y es justo que también vosotros recordéis las acciones que su abuelo llevó

[16] *Interreges*. Véase II 57.

a cabo en beneficio de la comunidad: sometió a cuantas ciudades latinas os disputaban la soberanía, redujo a obediencia a todos los tirrenos, nuestros más poderosos vecinos, y obligó a los sabinos a convertirse en súbditos vuestros; y todo ello lo realizó arrostrando múltiples y graves peligros. Cuando vivía, era justo que le 3
agradecierais a él sus favores, pero, una vez muerto, debéis corresponder a ellos en las personas de sus descendientes y no enterrar el recuerdo de las obras al mismo tiempo que los cuerpos de los benefactores. En consecuencia, considerad que todos sin distinción habéis recibido el encargo de cuidar de los niños y de asegurarles el trono que su abuelo les ha dejado; porque, al ser yo un solo hombre, no podrían recibir de mi protección tanto provecho como de vuestro común apo- 4
yo. Me he visto obligado a hablar en estos términos al enterarme de que algunos conspiran contra ellos con el propósito de entregar el poder a otros. Yo os pido, romanos, que recordéis también los combates en los que luché por vuestra supremacía, que no fueron ni pocos ni fáciles, y que no necesito relataros porque ya los conocéis. Pues bien, recordando estos combates, dad a estos niños el agradecimiento que se me debe por ellos, pues si he tomado sobre mí el gobierno de la nación, no ha sido para procurarme un poder personal, del que sería más digno que nadie si quisiera, sino para ayudar a la familia de Tarquinio. Os suplico que no aban- 5
donéis a estos huérfanos que, de momento, sólo corren peligro de perder el trono, pero que, si esta primera intentona de sus enemigos prospera según sus planes, serán también expulsados de la ciudad. Pero no hace falta que continúe hablándoos sobre este tema, pues pienso que vosotros sabéis lo que hace falta y obraréis convenientemente. Escuchad ahora los beneficios 6
que personalmente me dispongo a otorgaros, motivo por el que he convocado la asamblea. Con la intención de

ayudar a aquellos de vosotros que tienen ya deudas contraídas que no pueden pagar por falta de recursos, les doy de mi fortuna el dinero necesario para saldarlas, con el fin de que no se vean privados de su propia libertad quienes han consolidado la de todos, pues son ciudadanos y han soportado muchas penalidades por la
7 patria. Por otra parte, no permitiré que se prive de libertad por deudas a quienes las contraigan en el futuro, y estableceré una ley para que nadie preste dinero sobre la libertad personal, pues considero que a los prestamistas les basta con apoderarse de los bienes de los deudores. Para aligerar en el futuro los impuestos que pagáis al erario público, carga que obliga a los pobres a tomar dinero prestado, ordenaré valorar todos los patrimonios y que, según esta valoración, cada uno pague lo que le corresponda; pues considero justo y conveniente para todos que los que tienen mucho, paguen mucho, y los que tienen poco, poco, como he sabido que sucede en las más importantes y bien gobernadas naciones.
8 Me parece que no deben ser los dueños de la tierra pública que, conquistada por las armas, poseéis, los más desvergonzados, como ocurre ahora, tanto si la han obtenido por un favor, como si la han adquirido por compra. Por el contrario, debéis ser sus dueños los que no tengáis ningún lote de tierra, para que, como hombres libres que sois, no os veáis obligados a ser jornaleros ni a cultivar las posesiones ajenas en lugar de las vuestras; pues no podría desarrollarse un espíritu noble en
9 unos hombres que carecen del sustento diario. Pero, por encima de todas estas medidas, he decidido establecer un gobierno justo e imparcial y una justicia igual para todos y con respecto a todos. Algunos llegan a tal grado de arrogancia que se creen en el derecho de ultrajar a los plebeyos, y no consideran hombres libres a los que sois pobres. Con el fin de que los más poderosos reciban justicia y se sometan a ella en las mismas con-

diciones que los débiles, promulgaré unas leyes, guar-
dianas de la justicia, que impidan la violencia, y yo no
dejaré nunca de ocuparme personalmente de la igual-
dad de derechos de todos».

Mientras se dirigía a ellos en tales términos, surgie- 10
ron aplausos de la asamblea; unos decían que era leal
y justo con sus benefactores; otros, que era bondadoso
y magnánimo con los pobres; otros, que moderado y ami-
go del pueblo más humilde; y todos, con cariño y admi-
ración, decían que era un gobernante legítimo y justo.
Disolvió la asamblea, y en los días que siguieron orde- 2
nó que se apuntaran en una lista los deudores que no
pudieran mantener la palabra dada al prestamista, a
quiénes debían, y cuánto cada uno. Cuando tuvo la lis-
ta, hizo colocar una mesa en el Foro y, públicamente,
pagó las deudas a los acreedores. Una vez terminada 3
esta operación, dictó una orden real que obligaba a aban-
donar las tierras públicas en una plazo determinado a
quienes las poseían y disfrutaban como particulares. Asi-
mismo ordenó que los ciudadanos que no tuvieran nin-
gún lote de tierra le dieran sus nombres. Promulgó tam-
bién leyes: unas, restableciendo las antiguas y olvida-
das normas que habían introducido Rómulo y Numa
Pompilio; otras, suyas. Los patricios estaban desconten- 4
tos con su forma de gobernar, pues veían que se iba
destruyendo el poder del Senado, y decidieron abando-
nar sus antiguos planes para adoptar los contrarios. En 5
efecto, en un principio habían resuelto despojarlo de
su poder ilegal y designar a unos *interreges*, quienes a
su vez elegirían a un hombre que había de ostentar el
poder conforme a las leyes. Pero ahora, en las actuales
circunstancias, opinaban que debían resignarse y dejar
las intrigas, pues pensaban que, si el Senado presenta-
ba como candidato al gobierno a su elegido, el pueblo
se opondría en la votación; en cambio, si dejaban la elec-

ción en manos del pueblo, todas las curias votarían a Tulio y el resultado sería que éste parecería ostentar el poder legalmente. Así pues, decidieron que era preferible que Tulio siguiera usurpando el poder mediante el engaño de los ciudadanos a que se apoderara de él después de haberlos convencido y de que se lo hubieran
6 entregado abiertamente. Pero ninguno de sus cálculos les fue de utilidad, de tal manera los venció Tulio con una estratagema y conservó el poder real contra su voluntad. Efectivamente, después de haber conseguido hacía tiempo que se difundieran por la ciudad rumores de que los patricios conspiraban contra él, se presentó en el Foro con un vestido mugriento y aire abatido en compañía de Ocrisia, su madre, Tanaquil, la mujer de Tarquinio, y toda la familia real. Cuando, ante lo insólito del espectáculo, se hubo congregado una gran multitud, convocó una asamblea, avanzó hacia la tribuna y pronunció el siguiente discurso:

11 «Ya no sólo me acecha el peligro de que les ocurra algo a los niños de Tarquinio a manos de sus enemigos, sino que ahora también temo por mi propia vida, no vaya a ser que reciba una amarga recompensa a mi justicia. En efecto, los patricios conspiran contra mí, y se me ha denunciado que algunos se han conjurado para matarme, no porque puedan reprocharme ninguna injusticia, ni grande ni pequeña, sino porque están indignados e irritados por los beneficios que he dispensado
2 y tengo en proyecto dispensar al pueblo: los prestamistas, porque no permití que los pobres perdierais la libertad encarcelados por deudas; los que se han apropiado indebidamente y poseen las tierras públicas que vosotros adquiristeis con vuestra sangre, por tener que abandonarlas, pues piensan que se les está privando de unos bienes heredados y no que están devolviendo unos bienes ajenos; los que están exentos del impuesto para

la guerra[17], si se les obliga a que dejen tasar su for-
tuna y a pagar de acuerdo con la valoración; y todos,
en general, porque deberán habituarse a vivir someti-
dos a leyes escritas y a recibir de la justicia el mismo
trato que vosotros, en lugar de abusar de los pobres
como si de esclavos comprados se tratara, que es lo que
hacen ahora. Tras haber hecho causa común de estas 3
quejas, han decidido y jurado hacer volver a los exilia-
dos y devolver el trono a los hijos de Marcio, a quienes
vosotros votasteis privar de fuego y agua[18] por el ase-
sinato de vuestro rey Tarquinio, hombre de bien y aman-
te de su país, y porque, tras cometer semejante delito,
no comparecieron a juicio y se condenaron ellos mis-
mos al exilio. Y ya se disponían, si yo no llego a recibir
información a tiempo, a hacer regresar a los desterra-
dos, cuando todavía fuera noche cerrada, con ayuda
de fuerzas extranjeras. Lo que seguiría, todos sin duda 4
lo sabéis, aunque yo no lo diga: los Marcios, tras apode-
rarse sin esfuerzo del gobierno con la colaboración de
los patricios, me habrían apresado a mí, que soy el guar-
dián de la familia real y que los condené; luego, habrían
matado a estos niños y a todos los demás parientes y
amigos de Tarquinio. A nuestras mujeres, madres, hijas
y demás hembras de la familia las habrían considerado
como esclavas, pues tienen en su naturaleza mucho de
salvaje y tiránico. Por tanto, hombres del pueblo, si ésta 5
es también vuestra voluntad: a los asesinos hacerles re-
gresar y nombrarlos reyes y a los hijos de vuestros be-
nefactores, en cambio, desterrarlos y despojarlos del tro-
no que les ha dejado su abuelo, nos resignaremos con
nuestra suerte. Pero todos nosotros, junto con nuestras
mujeres e hijos, os suplicamos por los dioses y por cuan-
tas divinidades velan por la vida de los hombres, y os

---

17 *Tributum.* Era un impuesto que debía pagarse al Estado en caso de necesidades urgentes, especialmente militares.

18 *Interdictio aquae et ignis.* Véase II 53, 1 y nota.

pedimos, a cambio de los muchos beneficios que Tarquinio, el abuelo de los niños, os dispensó siempre y de los muchos servicios que yo mismo, en la medida de mis posibilidades, os he prestado, que nos concedáis este único favor: declarar vuestros propios sentimien-
6 tos. Así que, si consideráis que otros son más merecedores que nosotros de obtener este honor, los niños y demás familia de Tarquinio se marcharán y os dejarán la ciudad. Yo, por mi parte, tomaré otra más noble resolución en lo que a mí respecta, pues ya he vivido suficientemente para la virtud y el buen nombre y, si me he engañado en cuanto a vuestro favor, que preferí a cualquier otro bien, no me parecería digno llevar una vida deshonrosa entre otros. Tomad ahora las fasces y entregádselas a los patricios si queréis; yo no os importunaré con mi presencia».

El pueblo vota conceder el trono a Tulio

12 Cuando pronunciaba estas palabras y hacía ademán de abandonar la tribuna, surgió de todos un griterío extraordinario, y entre lágrimas le suplicaban que se quedara y conservara el poder sin temer a nadie. A continuación unos, repartidos por el Foro, se pusieron a gritar, por orden suya, que se le nombrara rey, pidieron que se convocara a las curias y solicitaron una votación. Nada más empezar éstos, el
2 pueblo en bloque fue de la misma opinión. Tulio, al verlo, no dejó pasar ya la ocasión y, tras agradecerles efusivamente que hubiesen recordado sus servicios y prometer que les beneficiaría todavía más si lo elegían rey, fijó una fecha para la elección y ordenó que en ese día también estuvieran presentes todos los del campo.
3 Cuando el pueblo se congregó, fue llamando a las curias y las hizo votar una a una. Como todas las curias lo juzgaron merecedor del trono, recibió entonces el poder de la muchedumbre de los plebeyos, sin importarle el Senado, al que no pidió que ratificara la decisión del

pueblo como era costumbre [19]. Una vez que hubo llegado de este modo al trono, además de hacerse promotor de otras muchas actividades políticas, sostuvo contra los tirrenos una importante y memorable guerra. Pero en primer lugar hablaré de sus actividades políticas.

Reformas urbanas y políticas. Anexión del Viminal y el Esquilino

Nada más recibir el poder, distribu- 13
yó las tierras públicas entre los jornaleros romanos. Luego, hizo a las curias sancionar las leyes que regulaban los contratos y las que concernían a los delitos, en número aproximado de cincuenta, de las cuales ahora no hay necesidad de men-
cionar ninguna. También anexionó a la ciudad dos co- 2
linas, la llamada Viminal y el Esquilino [20], cada una de las cuales tiene la extensión de una ciudad bastante grande, y las repartió entre los romanos sin hogar para que establecieran su casa. Allí también construyó él mis-
mo su vivienda, en la cima del Esquilino. Este rey fue 3
el último que amplió el perímetro de la ciudad, al añadir estas dos colinas a las cinco ya existentes, tras haber consultado los auspicios, como señalaba la ley, y haber cumplido los restantes deberes sagrados para con los dioses. La edificación de la ciudad ya no llegó más lejos, pues, según dicen, no lo permitió la divinidad; y todas las tierras habitadas en torno a ella, que son muchas y vastas, están desprotegidas y sin murallas y son

---

[19] Livio (I 41, 6), por el contrario, afirma: «Este fue el primer rey nombrado por el Senado solo y sin intervención del pueblo». Y más adelante (I 46, 1): «Servio... enterado de que el joven Tarquinio lo acusaba de reinar sin el consentimiento del pueblo, procuró primeramente captarse la benevolencia de la multitud [...], preguntando en seguida si era voluntad de los órdenes romanos que reinara sobre ellos, no faltándole en aquella ocasión ninguno de los votos que habían tenido sus antecesores» (Traducción de Editorial Porrúa).

[20] Livio (I 44, 3) dice que Tulio añadió el Viminal y el Quirinal y aumentó el Esquilino. Estrabón (V 3, 7) concuerda con Dionisio, según el cual, el Quirinal ya había sido añadido por Numa (II 62, 5).

muy fáciles de someter para cualquier enemigo que ven-
4 ga. Y si alguno quiere calcular la extensión de Roma mirando a estas tierras, será inevitable que se equivoque, al no tener una referencia segura por la que distinguir hasta dónde se extiende la urbe y desde dónde deja de serlo, de tal modo está entrelazada la ciudad con el campo y tal es la impresión de ciudad extendida hasta
5 el infinito que ofrece a los que la contemplan. Si, en cambio, quisiera medirla por la muralla, que es difícil de encontrar por causa de las viviendas que por muchas partes la rodean, pero que conserva en numerosos lugares trazas de su antigua disposición, y quisiera comparar su perímetro con el de Atenas, el de Roma no resultaría mucho mayor. Pero ya habrá otra ocasión más apropiada para hablar sobre el tamaño y la belleza de la ciudad, según estaba en mi juventud [21].

División de la ciudad en cuatro tribus

14 Tulio, después de rodear las siete colinas con una muralla, dividió la ciudad en cuatro zonas, que, según las colinas, denominó: a una, Palatina; a otra, Suburana [22]; a la tercera, Colina [23]; y a la cuarta zona, Esquilina, haciendo de este modo que la ciudad tuviera cuatro tribus en lugar de las tres que
2 tenía antes [24]. Ordenó que los hombres que vivían en cada una de las zonas, como si vivieran en una aldea, no cambiaran de residencia ni pagaran tributos en ningún otro sitio. Los alistamientos de soldados, así como la recaudación de los impuestos para gastos militares

---

[21] Este pasaje no aparece en las partes que se nos han conservado de su Historia.

[22] Esta zona recibía el nombre de la Subura, el valle entre el Viminal y el Esquilino que se abre al Foro por el N. E. El distrito era célebre por su bullicio, ruido y suciedad.

[23] Este nombre deriva de *Collis* («colina»), un término con el que se denominaba al Quirinal. Véase nota.

[24] Los *Ramnes, Tities* y *Luceres*.

y otras necesidades, que cada uno debía aportar a la comunidad, ya no los efectuaba sobre la base de las tres tribus gentilicias, como antes, sino sobre la base de las cuatro tribus territoriales que él había establecido. Y designó a unos jefes para cada zona, como autoridades de tribu o aldea, a los que encargó que supieran qué casa habitaba cada uno. Posteriormente, ordenó que por 3
todas las encrucijadas [25] los vecinos erigieran templetes a los *lares compitales* [26] y estableció por ley que todos los años se les ofrecieran sacrificios y que cada casa contribuyera con una torta. Dispuso también que los que celebraran los sacrificios de la vecindad ante las casas contasen con la asistencia y colaboración no de hombres libres, sino de esclavos, pues consideraba que a los lares les agradaba el servicio de los esclavos.
Los romanos, que todavía en nuestros días celebran 4
estas fiestas, las solían festejar, solemnes y fastuosas entre las que más, unos pocos días después de las Saturnales [27]; las denominan Compitales [28], porque llaman *compiti* [29] a las encrucijadas. Y a propósito de los sacrificios, observan la antigua costumbre de propiciarse a los lares por medio de los servidores y liberar a éstos de todo signo de servilismo durante esos días, para que, apaciguados con ese acto de bondad, que tiene una cierta grandeza y solemnidad, se vuelvan más amables con sus dueños y les pesen menos las penalidades de su suerte.

---

[25] La palabra que emplea Dionisio *(stenopós)*, significa propiamente «callejón», pero en este capitulo se emplea para el latín *compitum* («cruce de caminos», «encrucijada»).

[26] Lares de las encrucijadas.

[27] A partir del diecisiete de diciembre.

[28] *Compitalia.*

[29] La forma más corriente de esta palabra es en neutro *(compita)*, pero *compiti* se encuentra ocasionalmente.

15

División del campo en veintiséis tribus. Censo

Según Fabio, dividió también todo el campo en veintiséis zonas [30], a las que también llama tribus, y, sumando a éstas las cuatro urbanas, dice que, en tiempos de Tulio, el total de tribus era de treinta. Según Venonio [31], lo dividió en treinta y una, de modo que, con las de la ciudad, completaban las treinta y cinco tribus que todavía hay en nuestros días. Por otro lado, Catón, más digno de crédito que
2 los otros dos, no precisa el número. Tulio, pues, después de dividir la tierra en el número de partes que fuera, dispuso en las alturas montañosas que podían ofrecer gran seguridad a los agricultores unos refugios que llamó con el nombre griego de *pagos* [32]. Allí huían todos desde los campos y pasaban, por lo general, la noche, cada vez que se producía una incursión ene-
3 miga. Estos lugares también tenían gobernantes que se encargaban de conocer los nombres de los agricultores que pertenecían al mismo pago y las propiedades de las que vivían. Cuando había necesidad de llamar a filas a los campesinos o de exigir a cada uno sus impuestos, ellos reclutaban a los hombres y recolectaban el dinero. Para que tampoco el número de estos campesinos fuera

---

[30] La primera parte de este capítulo está confusa en los mss. y de todos, excepto dos, faltan dos líneas enteras. No tenemos ninguna confirmación de las afirmaciones atribuidas por Dionisio a Fabio Pictor, Venonio y Catón. Las relaciones de los distritos del campo con las tribus urbanas es un punto discutible y no es cierto que los distritos aquí mencionados sean lo mismo que los pagos, como Dionisio supone. El número de tribus en este período no puede haber llegado a treinta. Dionisio mismo, al contar el juicio de Coriolano (VII 64, 6), dice que entonces eran veintiuna; y Tito Livio (VI 5) da la misma cifra para el 387 a. C.

[31] Analista romano del que no se conoce casi nada. Parece que vivió en el s. II a. C.

[32] Dionisio, seguramente confundido por el gr. *págos* («colina rocosa»), aplicó el término latino a los refugios situados en las alturas antes que a los distritos.

difícil de calcular, sino fácil y claro, les ordenó erigir altares en honor de los dioses protectores y guardianes del pago y estableció que cada año se reunieran para honrarlos con sacrificios comunitarios. Hizo que también estas fiestas fueran de las más apreciadas; son las llamadas Paganales, y, concernientes a estos sacrificios, dictó leyes que todavía observan los romanos: ordenó 4
que todos los del mismo pago contribuyeran a este sacrificio y a esta reunión con una determinada moneda [33] por cabeza: una, los hombres; otra, las mujeres y otra diferente los menores de edad. De las monedas contabilizadas por los que presidían los sacrificios, se obtenía el número de personas de cada sexo y edad. Según 5
cuenta Lucio Pisón en el primer libro de sus *Anales,* queriendo conocer también el número de los que vivían en la ciudad y el de los que nacían, fallecían y llegaban a la mayoría de edad, dispuso el valor de la moneda que debían depositar por cada uno sus familiares: en el tesoro de Ilitia, a la que los romanos llaman Juno Lucina [34], por los que nacían; en el de Venus del Bosque, a la que llaman Libitina [35], por los difuntos; y en el de la Juventud, por los que llegaban a la mayoría de edad. Por el cómputo de las monedas pretendía averiguar cada año cuántos eran en total y quiénes estaban en edad militar. Una vez establecidas estas nor- 6
mas, ordenó a todos los romanos registrar sus nombres y dar una valoración en dinero de sus bienes, prestando el juramento requerido por la ley de que verdadera-

[33] Parece que los romanos no conocieron el uso de la moneda hasta el s. IV a. C.

[34] Lucina era una deidad menor que hacía que el niño viera la luz del día. Se asimiló a Juno, igual que otras divinidades relacionadas con la vida sexual de las mujeres. Ilitia es la diosa griega del nacimiento, identificada por los romanos con Lucina.

[35] Libitina es la diosa romana de los entierros. Dionisio y Plutarco (*Quaest. Rom.* 23) la identifican con Venus, quizá por una confusión con Lubentina (un epíteto de Venus).

mente daban una valoración auténtica y lo mejor que habían podido. También quiso que escribieran el nombre de sus padres, declararan la edad que tenían, dieran el nombre de sus mujeres e hijos y añadieran en qué tribu de la ciudad o en qué pago del campo vivía cada uno. Para el que no hiciera la valoración, estableció como castigo la privación de sus bienes y que el sujeto en cuestión fuera azotado y vendido como esclavo. Esta ley tuvo vigencia entre los romanos durante mucho tiempo.

Redistribución de los tributos y de las obligaciones militares. Creación de las centurias

16 Cuando todos hubieron realizado la valoración de sus bienes, Tulio cogió las listas y, leyendo el número de ciudadanos y la cuantía de sus bienes, introdujo la más sabia de todas las medidas políticas, que reportó los mayores beneficios a los romanos, como los hechos demostraron.
2 La medida era la siguiente: de entre todos los ciudadanos separó una parte, la de aquellos que tenían la renta más alta, no inferior a cien minas [36]. Los organizó en ochenta centurias y les ordenó que se armaran con escudos argólicos [37], lanzas, cascos de bronce, corazas, grebas y espadas. Dividió estas centurias en dos grupos y constituyó cuarenta con los hombres más jóvenes, a las que asignó las guerras exteriores, y otras cuarenta con los más viejos [38], cuya obligación era permanecer en la ciudad y defender las murallas cuando
3 los jóvenes marchaban a la guerra. Ésta era la primera

[36] Dionisio da las equivalencias de las cantidades unas veces en dracmas y otras en minas (1 mina = 100 dracmas). Hace aquí equivaler la dracma al denario romano, dando a éste su primitivo valor de diez ases. Sus cifras coinciden con las de Livio excepto en el caso de la quinta clase, para la que Dionisio da 12,5 minas y Livio 11.000 ases.

[37] *Clipeus.*

[38] Los *iuniores* de diecisiete a cuarenta y cinco años y los *seniores* de cuarenta y seis a sesenta.

clase, que en los combates ocupaba las primeras filas de todo el ejército. Después, de entre los que habían quedado, seleccionó otro grupo cuyos bienes estaban valorados entre diez mil dracmas y setenta y cinco minas. A éstos los organizó en veinte centurias y les ordenó llevar el mismo armamento que los anteriores, a excepción de la coraza, y en lugar de los escudos argólicos, pequeños y redondos, los armó con unos grandes y oblongos [39]. También aquí separó a los que sobrepasaban los cuarenta y cinco años de los que estaban en edad militar y formó con los jóvenes diez centurias que debían salir a combatir por la ciudad; y otras diez con los mayores, a quienes encomendó la custodia de las murallas. Ésta era la segunda clase. En las batallas se
colocaban detrás de las primeras filas. De entre los que 4
quedaban, formó la tercera clase con aquellos que tenían una renta inferior a siete mil quinientas dracmas y superior a cincuenta minas. Redujo su armamento no sólo en la coraza, como en el caso de la segunda clase,
sino también en las grebas. Dispuso también a éstos en 5
veinte centurias y los dividió de acuerdo con la edad, del mismo modo que a los anteriores, asignando diez centurias a los jóvenes y diez a los mayores. La posición y colocación de estas centurias en los combates era en la tercera línea.

De nuevo, de entre los que quedaban, separó a los 17
que tenían una fortuna entre cinco mil dracmas y veinticinco minas y constituyó con ellos la cuarta clase. Los repartió también en veinte centurias y formó diez con los que se encontraban en la juventud, y diez con los que la habían sobrepasado, de la misma manera que había hecho con los anteriores. Les ordenó ir armados con escudo grande y oblongo, espada y lanza, y ocupar en

[39] *Scutum.* Este escudo no se generalizó en Roma hasta el s. V a. C. (Livio, VIII 8, 3).

2 los combates la última línea. La quinta clase, cuyo patrimonio estaba entre veinticinco y doce minas y media, la organizó en treinta centurias. También a éstos los separó según la edad, pues quince de estas centurias agrupaban a los mayores y quince a los más jóvenes; les ordenó combatir fuera de la formación con jabali-
3 nas y hondas. Mandó que cuatro centurias sin armas acompañaran a las armadas. De estas cuatro, dos estaban constituidas por armeros, carpinteros y demás fabricantes de útiles de guerra; las otras dos, por tocadores de trompeta y cuerno y por los que señalan con otros instrumentos las órdenes de la batalla. Los artesanos, divididos también según la edad, se sumaban a los de la segunda clase; una centuria acompañaba a los de
4 mayor edad, y otra a los jóvenes. Los tocadores de trompeta y de cuerno estaban ubicados en la cuarta clase[40]. También ellos tenían una centuria de mayores y una de jóvenes. Se designó centuriones a los más valientes, y cada uno de ellos se encargaba de que su respectiva centuria obedeciera las órdenes.

18 Esta era la ordenación de toda la infantería, pesada y ligera. El grueso de la caballería lo escogió de entre los que tenían rentas más altas y sobresalían por su linaje. Los organizó en dieciocho centurias[41] y los añadió a las primeras ochenta centurias de infantería pesada. También ellos tenían como centuriones a los hom-
2 bres más brillantes. A los restantes ciudadanos, cuya renta era inferior a doce minas y media, los encuadró a todos en una sola centuria, aunque en número eran más que los anteriores, y los eximió del servicio militar y de todo tipo de impuesto. Así pues, de este modo surgieron seis divisiones, que los romanos llaman *classes*,

---

[40] Livio (I 43, 3) dice que los artesanos estaban colocados en la primera clase y los músicos (I 43, 7) en la quinta.

[41] *Equites Romani equo publico*. Eran 1800 y el Estado era quien les daba y mantenía los caballos.

transformando el nombre griego *klêseis* (pues el verbo
que nosotros, en la forma de imperativo, pronunciamos
kálei[42], ellos lo dicen *cala*, y a las *classes*, primero las
llamaban *caleseis)*[43]; las centurias que comprendían las 3
seis divisiones eran ciento noventa y tres. Constituían
la primera división noventa y ocho centurias, incluyendo la caballería; la segunda, veintidós, incluyendo a los
artesanos; la tercera, veinte; la cuarta, nuevamente veintidós, con los tocadores de trompeta y cuerno; la quinta, treinta; la última de todas la constituía una sola centuria, la de los pobres.

Con arreglo a esta ordenación llevaba a cabo las 19
levas de los soldados según la división por centurias,
y la imposición de tributos de acuerdo con la valoración de las fortunas. En efecto, cuando necesitaba diez mil soldados, o incluso, si fuera preciso, veinte mil, dividía el número entre las ciento noventa y tres centurias y ordenaba que cada una proporcionara el contingente que le correspondiese. En cuanto al dinero que habría de gastarse en el aprovisionamiento de las tropas y demás equipamientos militares, calculaba cuánto haría falta, lo dividía de la misma manera entre las ciento noventa y tres centurias y ordenaba que cada una pagase el impuesto que le correspondiera según su renta. Así pues, sucedía que los poseedores de mayores 2
fortunas, al estar repartidos en más centurias, pese a ser una minoría, estaban continuamente sobre las armas y pagaban más impuestos que los demás; en cambio, los poseedores de fortunas medianas o pequeñas,

---

42 *Klêsis* («llamada») es el sustantivo abstracto correspondiente al verbo *kalô* («llamar»).

43 Los antiguos relacionan *classis* con *calare* («llamar», «convocar») (cf. QUINT., I 6, 33: *sit et classis a calando)*, pero la derivación no se puede explicar. El préstamo de un imaginable gr. *klâsis* (= jón. át. *klêsis)* que dice Dionisio no es más que una etimología popular (cf. ERNOUT-MEILLET, *Dict. Etym. de la langue lat.*, 4.ª ed., París, 1979).

al ser muchos repartidos en pocas centurias, prestaban servicio pocas veces y por turno y pagaban pocos impuestos; los que poseían menos de lo indispensable que-
3 daban exentos de toda carga. Tulio no imponía cada una de estas medidas sin motivo, sino convencido de que todos los hombres consideran sus bienes como recompensa de las guerras y de que, por conservarlos, todos soportan sus penalidades. En consecuencia, creía acertado que los que se arriesgaban por conservar mayores recompensas soportaran mayores cargas en sus personas y bienes; que los que lo hacían por recompensas menores se vieran menos gravados en uno y otro sentido; y que los que no tenían nada por qué temer no soportaran ninguna carga y, debido a su pobreza, se les eximiera de impuestos y, por el hecho de no pagarlos, del servicio militar, dado que, por aquel entonces, los romanos no recibían una paga del Estado por sus prestaciones militares, sino que lo hacían a sus pro-
4 pias expensas. En efecto, opinaba que no debían pagar tributos los que no tenían de dónde sacar el dinero para hacerlo y que incluso carecían de lo indispensable para cubrir las necesidades cotidianas, ni debían tampoco prestar servicio militar unos hombres que no hacían ninguna contribución y debían ser mantenidos con el dinero de otros, como los mercenarios [44].

---

[44] *Mucho de lo que hay en la tradición de la reforma de Servio Tulio* no es digno de crédito o pertenece a épocas posteriores. La definición del censo por el recuento de monedas induce a la mayoría de los historiadores a suponer que el censo basado en las cantidades de dinero fuera introducido por primera vez por el censor Apio Claudio en el 312 a. C. Al principio el censo se basaba evidentemente en la propiedad de la tierra. Hay también motivos para pensar que entonces la ciudadanía *sólo estuviera dividida en dos clases. Sería sin embargo un error negar* a la reforma de Servio Tulio toda base histórica. Debe admitirse que a finales del período de los reyes, y casi seguramente bajo Servio Tulio, se introdujo la admisión de los plebeyos en la legión. (S. I. KOVALIOV, *Istoria Rima = Historia de Roma* [trad. RAVONI], Madrid, 1975).

Sistema de rotación por centurias

Como viera que los ricos, al recaer 20 de esta manera sobre ellos todo el peso de los gastos y de los peligros de las guerras, se irritaban, calmó su disgusto y aplacó su cólera con otro procedimiento: el de otorgarles una ventaja gracias a la cual iban a ser dueños de todo el gobierno mediante la exclusión de los pobres de los asuntos de Estado. Y esto fue lo que hizo sin que los plebeyos lo advirtieran. La ventaja se refería a las asambleas en las que el pueblo sancionaba las decisiones de mayor importancia. Ya he 2
dicho anteriormente que el pueblo, en virtud de las antiguas leyes[45], era soberano en los tres asuntos más importantes y vitales: la designación de los magistrados civiles y militares, la ratificación de unas leyes y el rechazo de otras y la decisión de declarar y de poner fin a una guerra. El análisis y la resolución de estas cuestiones se realizaba mediante votación por curias, y el voto de los que poseían menor fortuna tenía el mismo peso que el de los que tenían los mayores patrimonios. Al ser los ricos poco numerosos, como es natural, los pobres, que eran muchos más que ellos, vencían en las votaciones. Tulio comprendió esto y traspasó a los 3
ricos el dominio de las votaciones. Efectivamente, cuando le parecía oportuno elegir magistrados, decidir sobre una ley, o declarar una guerra, convocaba en asamblea a las centurias[46] en lugar de a las curias. Las primeras centurias a las que llamaba para que manifestaran su decisión eran las inscritas con la más alta tasación, constituidas por las dieciocho centurias de la caballería y las ochenta de la infantería. Como éstas eran 4
tres más que las restantes, si estaban de acuerdo, hacían triunfar su opinión y tenía fin la votación. En el

[45] Véase II 14, 3.

[46] *Comitia centuriata.*

caso de que todas ellas no se inclinaran hacia la misma
opinión, llamaba entonces a las veintidós centurias de
la segunda clase. Si también entonces los votos estaban
divididos, llamaba a los de la tercera clase; y en cuarto
lugar, a los de la cuarta; y así sucesivamente hasta que
llegara a haber noventa y siete centurias que votaran lo
5 mismo. Si después de la quinta clase este acuerdo no
llegaba a producirse, sino que los votos de las ciento
noventa y dos centurias estaban divididos en partes igua-
les, entonces llamaba a la última centuria, que compren-
día a la masa de ciudadanos sin recursos y que, por
ello, estaban exentos de servicio militar e impuestos.
El sector al que esta centuria se adhería era el vence-
dor. Pero esto era poco frecuente y casi imposible, por-
que, por lo general, las votaciones terminaban con la
primera clase y en pocas ocasiones se prolongaban has-
ta la cuarta; la quinta y última clases resultaban
superfluas.

21 Al establecer este sistena político y otorgar a los ri-
cos una ventaja tan grande, Tulio, como ya he dicho,
engañó al pueblo sin que éste lo advirtiera y apartó a
los pobres de la administración pública. En efecto, to-
dos creían tener igual participación en el gobierno, pues
a cada varón se le pedía su opinión dentro de su corres-
pondiente centuria. Sin embargo, en esto estaban com-
pletamente engañados, porque el voto de toda una cen-
turia era uno solo, reuniera esta pocos o muchos ciuda-
danos, y porque votaban primero las centurias de ma-
yor renta, que, a pesar de contener un menor número
de individuos, eran, sin embargo, más numerosas que
las demás. Pero se engañaban, sobre todo, porque los
pobres, aunque eran muchos, tenían un solo voto y eran
2 llamados a votar en último lugar. Una vez llevadas a
cabo estas reformas, los ricos, a pesar de sus múltiples
gastos e incesantes riesgos en la guerra, no notaban tanto
esta carga, por haber conseguido el control de los asun-

tos más importantes y haber despojado de todo poder a quienes no prestaban los mismos servicios. Por su parte, los pobres, pese a tener una participación insignificante en el gobierno, soportaban con mucha calma y tranquilidad la disminución de su poder político, al verse liberados de los impuestos y del servicio militar. Y en cuanto a la ciudad, quienes decían y hacían lo que convenía en su beneficio, eran los mismos hombres que
habían corrido mayores peligros en la guerra. Esta or- 3
denación de la vida pública fue mantenida y respetada por los romanos durante muchas generaciones; pero en nuestros días, bajo la presión de apremiantes necesidades, ha sido alterada y modificada hacia una forma más democrática, no porque se hayan disuelto las centurias, sino porque el orden de votación no mantiene ya la antigua rigidez [47], como sé por haber asistido muchas veces a la elección de sus magistrados. Pero el momento presente no es el adecuado para tratar estos temas.

Ceremonia del lustro. Concesión de la ciudadanía a los libertos

Tulio, cuando hubo llevado a tér- 22
mino la ordenación del censo, mandó que todos los ciudadanos se reunieran armados en la mayor de las llanuras que hay delante de la ciudad [48]. Ordenó a la caballería por escuadrones, a la infantería en

[47] Ningún escritor antiguo trata explícitamente de esta reforma de los comicios centuriados, pero por alusiones ocasionales se sabe que cada una de las cinco clases contaba posteriormente con setenta centurias (una de *seniores* y otra de *iuniores* de cada una de las treinta y cinco tribus). A esas 350 centurias deben añadirse las de los caballeros (probablemente dieciocho, como antes, aunque se han sugerido treinta y cinco o incluso setenta), y quizá las de los artesanos y músicos (¿cuatro como antes?) y la centuria de los *proletarii*. Los caballeros ya no eran los primeros en votar, sino que se elegía por sorteo una centuria de la primera clase (o posiblemente de entre todas las clases) para votar en primer lugar, luego seguían los caballeros y las demás clases en un orden fijo. Esta reforma puede haber sido introducida cuando se crearon las dos últimas tribus en el 241 a. C.

[48] Como tenían carácter militar, las centurias no se podían reu-

falange y a los que estaban equipados con armamento ligero, a cada uno en sus respectivas centurias, y realizó un sacrificio expiatorio con un toro, un carnero y un jabalí [49]. Mandó que estas víctimas fueran conducidas tres veces alrededor del ejército y después las sacrificó a Marte, a quien estaba consagrada la llanura.
2 Hasta nuestros días, los que ostentan la más sagrada magistratura [50] siguen purificando a los romanos con este sacrificio expiatorio después de completar el censo, y a esta purificación le dan el nombre de *lustrum* [51]. El número total de los romanos censados en razón de su fortuna resultó ser, según consta en los registros de los censores, de ochenta y cuatro mil sete-
3 cientos [52]. Este rey prestó también no poca atención al incremento del número de ciudadanos, contemplando una circunstancia que todos los reyes anteriores a él habían descuidado. En efecto, estos reyes acogían a los extranjeros y les concedían igualdad de derechos políticos sin hacer consideración alguna sobre su nacimiento
4 o condición, de modo que hicieron la ciudad muy populosa. Tulio, en cambio, permitió que los libertos, si no deseaban volver a su patria, gozaran de igualdad de derechos. De hecho, ordenó que también éstos sometieran

---

nir en el interior del *pomerium*. Las asambleas de los comicios centuriados tenían lugar en el Campo de Marte.

49 En los manuscritos aparece *trágoi* («cabra»). El sacrificio a que hace referencia es la *suovetaurilia*. Parece increíble que Dionisio haya podido pasar por alto el obvio significado de esta palabra compuesta y sustituido un cerdo por una cabra. Roschner apuntó que los griegos posteriores realizaban a veces el triple sacrificio de un toro, un carnero y una cabra, y sugirió que el conocimiento de este sacrificio pudo haber confundido al escriba que estaba menos familiarizado con las costumbres romanas.

50 Los censores.

51 A partir de su significado original, la palabra *lustrum* pasó a aplicarse al período entre uno y otro censo, y finalmente se empleó para cualquier período de cinco años.

52 Livio (I 44, 2) da la cifra de 80.000; Eutropio (I 7) de 83.000.

sus bienes a tasación al mismo tiempo que todos los demás ciudadanos libres y los distribuyó entre las cuatro tribus existentes en la ciudad, en las que, incluso hasta nuestros días, ha continuado dividido el conjunto de hombres libres, por muy numeroso que sea; y les concedió todos los privilegios comunes al resto de los plebeyos.

Como los patricios vieron esta medida con disgusto 23
e indignación, Tulio convocó al pueblo en asamblea y manifestó su extrañeza, en primer lugar, de que los que se habían irritado consideraran que el libre se diferenciaba del esclavo por naturaleza y no por suerte; y, en segundo lugar, de que juzgaran quiénes eran dignos de honores, no por su modo de ser y su comportamiento, sino por los avatares del destino, viendo como veían qué inestable y cambiante es la buena fortuna, y qué difícil es para cualquiera, incluso para los más afortunados, decir hasta cuándo estará de su parte. Les pidió que 2
consideraran cuántas ciudades, tanto bárbaras como griegas, habían pasado ya de la esclavitud a la libertad, y cuántas de la libertad a la esclavitud. Y consideró que era una gran necedad por parte de ellos que, después de conceder la libertad a los siervos que la merecían, vieran con malos ojos que se les concediera la ciudadanía. Les aconsejó que, si los consideraban malvados, no les dieran la libertad, y, si los consideraban honestos, no los despreciaran por el hecho de ser extranjeros. Les dijo que seguían una política absurda y estúpida 3
si permitían a todos los extranjeros participar del derecho de ciudadanía sin distinguir su condición ni investigar si alguno era liberto, y en cambio, a los que habían sido sus propios esclavos los consideraban indignos de esta gracia. Afirmaba que ellos, que se consideraban superiores a los demás en inteligencia, ni siquiera veían las cosas más simples y que tenían ante sus propios ojos, evidentes incluso para los más torpes: que los señores

tendrían buen cuidado de no manumitir a nadie a la
ligera, conscientes de que podrían regalar a un cual-
quiera los mayores bienes que puede recibir un hom-
bre; y que, por su parte, los esclavos pondrían todavía
más celo en ser serviciales para con sus dueños cuando
supiesen que, si se les consideraba merecedores de la
libertad, al punto serían ciudadanos de una próspera
y gran ciudad, y que ambos bienes los iban a obtener de
4 sus señores. Para terminar, habló de las ventajas, re-
cordando a quienes lo sabían y enseñando a quienes lo
ignoraban, que, para un Estado que aspiraba a la su-
premacía y que se consideraba digno de las mayores
empresas, nada era tan necesario como una población
numerosa para poder hacer frente a todas las guerras
con sus propias fuerzas, sin necesidad de arruinarse pa-
gando tropas mercenarias. Añadió que ésta era la razón
por la que los reyes anteriores habían concedido la
5 ciudadanía a todos los extranjeros. Decía que si estable-
cían esa ley, los libertos les aportarían gran número de
jóvenes y la ciudad nunca estaría falta de fuerzas pro-
pias, sino que siempre tendría tropas suficientes, aun-
que se viese obligada a combatir contra todos los pue-
6 blos. Aparte de esta utilidad pública, el que se permitie-
ra a los libertos participar del derecho de ciudadanía
redundaría también en muchos beneficios particulares
para los romanos más pudientes, porque en las asam-
bleas, votaciones y demás actos ciudadanos, les favore-
cerían en los asuntos en que más lo necesitaban, y por-
que los hijos de los libertos quedarían como clientes
7 de sus descendientes. Después de que Tulio hubo pronun-
ciado tales palabras, los patricios consintieron en que
fuera introducida en la ciudad esta práctica, que ha se-
guido observándose en Roma hasta nuestros días como
una costumbre sagrada e inamovible.

Costumbres de los romanos con respecto a los esclavos

Llegado a este punto de mi exposición, considero necesario explicar qué costumbres tenían por aquel entonces los romanos con respecto a los esclavos, para que nadie acuse al primer rey que intentó convertir en ciudadanos a los libertos ni a los que aceptaron la ley, de haber abandonado sin motivo las nobles tradiciones. Se daba la circunstancia de que los romanos adquirían sus esclavos por los medios más justos. En efecto, los obtenían, o bien comprando al Estado los que se subastaban procedentes de los botines, o bien porque el general permitía que quienes habían cogido prisioneros se quedaran con ellos junto con las demás ganancias, o bien adquiriéndolos de otros que se habían convertido en sus dueños por idénticos procedimientos. Ni Tulio, que estableció esta costumbre, ni los que la aceptaron y observaron, creían causar deshonra y daño público si los que en la guerra habían perdido la patria y la libertad y habían sido útiles a quienes los habían sometido o a quienes los habían comprado de éstos, obtenían uno y otro beneficio de sus señores. La mayoría obtenía la libertad como una concesión gratuita por su conducta intachable, y ésta era la mejor manera de liberarse de los amos; unos pocos, en cambio, la obtenían mediante el pago de un rescate, reunido con trabajos legales y honrados. Sin embargo, en nuestros días la situación no es la misma, sino que algunos, enriquecidos con la piratería, el robo, la prostitución y cualquier otra ocupación deshonesta, se compran la libertad con el dinero de estas actividades, y al punto son romanos. Otros, convertidos en confidentes y cómplices de sus amos en sus envenenamientos, asesinatos y delitos contra los dioses y el Estado, reciben de ellos esta recompensa. Otros obtienen la libertad para que entreguen, a quienes se la han concedido, el trigo distribuido mensualmente por el Estado y cual-

(Marginal section numbers: 24 at "Llegado a este punto de mi exposi-"; 2 at "vo las nobles tradiciones. Se daba la circunstancia de"; 3 at "procedimientos. Ni Tulio, que estableció esta costum-"; 4 at "señores. La mayoría obtenía la libertad como una con-"; 5 at "al punto son romanos. Otros, convertidos en confiden-")

quier otra dádiva que reciban los ciudadanos pobres de los poderosos; otros la obtienen por la ligereza y la va-
6 na ambición de gloria de sus dueños. Yo sé, en efecto, que algunos han concedido a sus esclavos la libertad después de su muerte, para que se les llame bienhechores una vez muertos y para que muchos, con sombrero de fieltro en la cabeza[53], acompañen su féretro en el entierro. Entre los que forman parte de los cortejos hay, como se puede oír de los que lo saben, algunos malhechores que acaban de salir de la cárcel y que han cometido delitos merecedores de mil muertes. Sin embargo, cuando pone sus ojos en estas irreparables impurezas de la ciudad, la mayoría de la gente se indigna y condena la costumbre, en la idea de que no es propio de una ciudad poderosa y que pretende gobernar sobre todo el mundo convertir en ciudadanos a individuos de esa índole.

7 Podrían criticarse otras muchas normas que eran buenas cuando los antiguos las idearon, pero que han sido degradadas por nuestros contemporáneos. Yo, por mi parte, no creo que sea necesario abolir esa ley, no sea que por ello se produzca un perjuicio mayor para la comunidad. Pero, sin embargo, afirmo que es necesario enmendarla en la medida de lo posible y no permitir que se introduzcan en la vida pública grandes infamias
8 y manchas imborrables. Me parece que lo más adecuado sería que los censores se ocuparan de este cometido; si no, que, al menos, lo hagan los cónsules (pues hace falta una magistratura fuerte), quienes investigarían a los que cada año se convierten en hombres libres, examinando quiénes son y por qué y cómo han sido liberados, del mismo modo que examinan las vidas de los que pertenecen al orden ecuestre y senatorial. Después, a

---

[53] El *pilleus*, sombrero, generalmente de fieltro y casi sin ala, que llevaban los libertos.

los que encontraran dignos de la ciudadanía los inscribirían en tribus y les permitirían permanecer en la ciudad; en cambio, expulsarían de ella a la gente impura y corrupta, dando a esta expulsión el nombre eufemístico de colonia. Ya que el tema lo requería, me ha parecido justo y obligado hacer estas observaciones a los que censuran las costumbres de los romanos.

Disposiciones relativas a la administración de justicia. Confederación latina

Tulio se mostró partidario del pue- 25
blo no sólo en estas medidas, con las que parecía disminuir las atribuciones del Senado y el poder de los patricios, sino también en aquellas con las que disminuyó el poder real, privándose él
mismo de la mitad de sus atribuciones. En efecto, mien- 2
tras los reyes que le precedieron consideraban que todas las causas debían ser llevadas ante ellos y juzgaban a su modo todas las querellas, tanto públicas como privadas, él, sin embargo, separó unas de otras: los delitos contra el Estado los juzgaba él personalmente; para los privados dispuso que los jueces fueran particulares, y les señaló como límite y norma de su actuación las
leyes que él había dictado. Una vez conseguida la mejor 3
ordenación posible de los asuntos públicos, le vino el deseo de dejar a la posteridad un recuerdo perdurable de sí mismo mediante la realización de una obra grandiosa. Fijó su atención en los monumentos de los antiguos reyes y hombres de Estado, por los que habían alcanzado fama y renombre, pero no consideró envidiable a aquella mujer asiria [54] por las murallas de Babilonia, ni a los reyes de Egipto por las pirámides de Menfis, ni ninguna otra manifestación de riqueza y profusión de mano de obra de ningún dirigente. Por el contrario, consideró que todos estos monumentos eran pequeños, efímeros, indignos de ningún esfuerzo, meros

[54] Semíramis.

engaños para la vista y de ninguna utilidad auténtica para la vida y la administración pública, y que lo único que proporcionaban eran alabanzas para quienes los habían erigido. Juzgó, en cambio, dignas de alabanza y emulación las obras de la inteligencia, cuyas ventajas disfruta y goza la mayoría durante muchísimo tiempo. De entre todas las obras de esta naturaleza, la que más admiración le causó fue el proyecto de Anfictión el griego, quien al ver la debilidad de los pueblos griegos y la facilidad con que podían ser destruidos por los bárbaros que los rodeaban, los reunió en una asociación y asamblea llamada anfictiónica [55], por su nombre, y estableció, aparte de las leyes propias de cada ciudad, unas comunes para todos, que llaman anfictiónicas, gracias a las cuales vivían como amigos y mantenían los lazos de parentesco, más con los hechos que con las palabras, y eran molestos y temibles para los bárbaros.
4 Siguiendo su ejemplo, los jonios, que habían trasladado su hogar de Europa a las tierras de ultramar, en Caria, y los dorios, que habían edificado sus ciudades en torno a estos lugares, erigieron templos sufragados por toda la comunidad: los jonios, el de Ártemis en Éfeso [56]; los dorios, el de Apolo en Triopio [57]. Allí se congregaban, junto con sus mujeres e hijos, en las fechas

[55] Las anfictionías eran ligas de Estados que se reunían alrededor de un culto. El término anfictionía, de origen desconocido, se aplicaba en un principio a la Liga Anfictiónica, constituida por doce pueblos en torno al templo de Deméter en Antela, cerca de las Termópilas, y posteriormente asociada también con el de Apolo en Delfos. Anfictión era su fundador mitológico (cf. HERÓD., VII 200).

[56] Las doce ciudades jonias constituyeron una anfictionía ya en el s. VIII. Su centro religioso era el templo de Poseidón Heliconio en Mícale. El templo de Ártemis en Éfeso se hizo célebre en Occidente a causa de las relaciones comerciales de los etruscos.

[57] Las comunidades de la Dóride se agruparon en torno al santuario de Apolo en Triopio (hoy Krio), ciudad y promontorio de Caria, cerca de Cnido.

señaladas, ofrecían sacrificios, celebraban fiestas, com-
peticiones hípicas, gimnásticas y musicales y honraban
a los dioses con ofrendas comunitarias. Después de asis- 5
tir a los certámenes, celebrar las fiestas y recibir unos
de otros pruebas mutuas de amistad, si se había produ-
cido alguna desavenencia entre dos ciudades, unos jue-
ces, constituidos en tribunal, actuaban como árbitros.
También deliberaban conjuntamente sobre el tema de
la guerra contra los bárbaros y sobre la mutua concor-
dia. A la vista de estos ejemplos y otros semejantes, tam- 6
bién a Tulio le acometió el deseo de organizar y unir
a todas las ciudades que formaban parte del pueblo la-
tino, para que no perdieran la libertad a manos de los
bárbaros vecinos, mientras ellas se peleaban entre sí
y se debatían en luchas internas.

Una vez tomada esta determinación, convocó a los 26
hombres más poderosos de cada ciudad y les dijo que
lo hacía para consultarles acerca de asuntos importan-
tes y de común interés. Cuando se hubieron congrega-
do, reunió al Senado romano y a los venidos de las ciu-
dades e hizo un llamamiento en favor de la concordia,
explicando qué hermoso era que muchas ciudades tu-
vieran un mismo pensamiento y qué espectáculo tan de-
plorable ver a pueblos de una misma sangre pelear en-
tre sí. Y puso en evidencia que la concordia era causa
de fuerza para las ciudades débiles, mientras que la mu-
tua rivalidad lo era de humillación y debilidad incluso
para las más poderosas. Tras exponer estas ideas, les 2
explicó que los latinos debían gobernar a sus vecinos
y, puesto que eran griegos, establecer la justicia entre
los bárbaros. Los romanos, por otra parte, debían estar
a la cabeza de todos los latinos, porque su ciudad supe-
raba en tamaño a las de los demás, porque sobresalían
por la importancia de sus realizaciones y también por-
que habían gozado del favor de la divinidad en mayor
medida que los otros, motivo por el cual habían alcan-

3 zado tanto renombre. Después de estas explicaciones, les aconsejó que erigieran un templo inviolable, sufragado por toda la comunidad, en el que las ciudades se reunirían anualmente para ofrecer sacrificios comunes y particulares, celebrarían fiestas en las fechas señaladas, y, si se hubiera producido alguna disensión entre ellas, la solventarían después de los sacrificios comunes y particulares, confiando sus querellas a las demás
4 ciudades para que decidieran. Así continuó exponiendo todas las demás ventajas de que disfrutarían si establecían un consejo común, y, de este modo, consiguió convencer a todos los presentes en la reunión. Después, con el dinero aportado por todas las ciudades, erigió el templo de Diana, el que se levanta en el Aventino, la mayor de las colinas de Roma. Dictó las leyes que regulaban las relaciones entre las ciudades y estableció otras normas relativas a la manera en que debían celebrarse la
5 fiesta y la asamblea comunitaria. Para que el tiempo no borrara jamás esas leyes, hizo erigir una estela de bronce y grabó en ella las decisiones de los consejeros y el nombre de las ciudades que formaban parte de la asamblea. Esta estela seguía en el templo de Diana cuando yo era joven, grabada con los caracteres que usaban antiguamente los griegos. Esto también podría considerarse como una prueba, no pequeña, de que los fundadores de Roma no fueron bárbaros, pues de haberlo sido, no
6 habrían empleado letras griegas. Éstas son las medidas administrativas más importantes y brillantes que se recuerdan de este rey, junto con otras muchas de menor importancia y significación. Sus acciones guerreras, sobre las que ahora me dispongo a hablar, se dirigieron únicamente contra el pueblo de los tirrenos.

Guerra contra los tirrenos

Después de la muerte de Tarquinio, 27
las ciudades que le habían entregado su soberanía no quisieron respetar por más tiempo los tratados, en parte porque no estaban dispuestas a someterse a Tulio, que era de oscuro linaje, y en parte porque las diferencias surgidas entre los patricios y el monarca les reportarían una gran ventaja. Iniciaron la revuelta los 2
llamados veyentes [58], que respondieron a los embajadores llegados de parte de Tulio que ellos no tenían con él ningún tratado, ni relativo a una cesión de soberanía ni a amistades y alianzas. Éstos empezaron, y les secundaron los de Cere [59] y Tarquinios [60], hasta que, finalmente, toda Tirrenia estuvo en armas. Esta guerra duró 3
veinte años ininterrumpidos, y en ella unos y otros realizaron múltiples incursiones en territorio enemigo con grandes contingentes de tropas, y sostuvieron combate tras combate. Tulio salió victorioso en cuantas batallas sostuvo, tanto contra ciudades aisladas como contra la nación entera, y tras ser honrado con tres brillantísimos triunfos, finalmente obligó a los que no querían someterse a aceptar el yugo contra su voluntad. Así pues, 4
tras veinte años, las doce ciudades [61], desgastadas por la guerra en hombres y en dinero, se reunieron nuevamente y tomaron la decisión de entregar la soberanía a los romanos en los mismos términos que antes. Los enviados de cada ciudad se presentaron con ramos de suplicantes para entregar sus ciudades a Tulio y rogarle que no adoptara ninguna medida extrema contra ellas. Tulio, por su parte, les dijo que merecían muchos y 5
severos castigos por su insensatez y por su impiedad

[58] Habitantes de Veyes. Véase II 54, 3 y nota.

[59] *Caere*. Véase nota a Agila en I 20, 5.

[60] *Tarquini*. Véase nota a III 46, 5.

[61] Probablemente *Crotona, Arretium, Clusium, Perusia, Volaterrae, Vetulonia, Rusellae, Volsinii, Tarquinii, Falerii, Veii* y *Caere*.

para con los dioses, pues los habían puesto como garantes de los tratados para luego violar lo pactado. Sin embargo —les dijo—, por el carácter bondadoso y moderado de los romanos, ya que reconocían su falta y trataban de aplacar su cólera con cintas[62] y súplicas, por
6 esta vez no sufrirían ninguna desgracia. Dicho esto, puso fin a la guerra contra ellos y a las demás ciudades les concedió sin condiciones ni resentimientos la facultad de gobernarse como antes y de disfrutar de sus propios bienes, manteniendo los tratados que estableció con ellas el rey Tarquinio. Pero a tres ciudades, las de Cere, Tarquinios y Veyes, que habían sido las primeras en rebelarse y que habían arrastrado a las demás a la guerra contra los romanos, las desposeyó, en castigo, de parte de su territorio, que distribuyó entre los romanos que habían *accedido recientemente a la ciudadanía.*

7 Tras realizar estas actividades en la paz y en la guerra, hizo erigir dos templos a la Fortuna, que parecía haberle favorecido durante toda la vida: uno en el Foro llamado Boario[63]; el otro, a las orillas del Tiber, en honor de la Fortuna que llamó viril, nombre que también ahora le dan los romanos[64]. Cuando había llegado a una edad muy avanzada y su muerte natural estaba próxima, murió víctima de las insidias de su yerno Tarquinio y de su propia hija. Explicaré de qué manera se llevó a cabo la conjura, después de recordar algunos hechos que sucedieron antes.

---

[62] Ramos o coronas de olivo con cintas de suplicante.

[63] Véase nota a I 40, 6.

[64] Se dice generalmente que el culto a la diosa Fortuna fue introducido en Roma por Servio Tulio, y esto es verdad en el sentido de que ésta no tenía ningún *flamen* ni ninguna fiesta en la antigua lista. En otros lugares de Italia su culto es más antiguo que en Roma.

Matrimonio de las hijas de Tulio con los nietos de Tarquinio

Tenía Tulio dos hijas de su mujer 28
Tarquinia, que el rey Tarquinio le había dado en matrimonio. Cuando estas jóvenes llegaron a edad casadera, se las dio a los sobrinos de su madre, nietos de Tarquinio. A la mayor la casó con el mayor y a la menor con el menor [65], pues pensaba que de esta manera congeniarían mejor con sus maridos. Pero resultó 2
que la suerte fue adversa en la unión de cada yerno, pues no había similitud de caracteres. En efecto, Lucio, el mayor, de carácter atrevido, arrogante y tiránico, fue a casarse con una mujer buena, prudente y amante de su padre. En cambio Arrunte, el menor, que era muy pacífico y razonable, tuvo una mujer impía, que odiaba a su padre y era capaz de cualquier cosa. Sucedía 3
entonces que mientras cada uno de los hombres tendía a seguir su propia naturaleza, su mujer intentaba llevarlo en dirección contraria. El malvado deseaba destronar a su suegro y, con este fin, urdía todo tipo de intrigas, pero su mujer intentaba hacerle cambiar de idea con sus súplicas y lamentos. Por el contrario, el bueno opinaba que no debía hacer ningún daño al suegro, sino esperar hasta que la naturaleza lo arrancara de la vida, y no permitía a su hermano llevar a cabo algo que no era justo, pero su impía mujer le intentaba llevar a actitudes contrarias con sus reproches, insultos y ataques a su cobardía. Pero como no tenían éxito 4
ni las súplicas de la mujer prudente al tratar de convencer a su injusto marido de lo que era mejor, ni las exhortaciones de la malvada cuando incitaba a acciones infames a un hombre que por naturaleza no era malo, sino que cada uno seguía su propia inclinación y consideraba molesta a su mujer por no compartir sus de-

[65] Según Dionisio (IV 28, 2 y 30, 1), el mayor era Lucio y el menor Arrunte. Livio, en cambio (I 46, 1), dice que Lucio era el menor.

seos, a una no le quedó más remedio que lamentarse y soportar su desventura, y a la osada, irritarse y tratar
5 de librarse de su marido. Al final, la malvada, desesperada, pensando que su carácter armonizaba mucho mejor con el del marido de su hermana, lo mandó llamar diciendo que quería discutir con él sobre un asunto urgente.

L. Tarquinio y Tulia se unen para arrebatar el trono a Tulio

29 Cuando se presentó, ordenó a los criados que se retiraran, para poder hablar a solas con él. «Tarquinio —dijo— ¿puedo decirte con sinceridad y sin peligro cuanto pienso sobre nuestros comunes intereses? ¿Guardarás en secreto las palabras que oigas? ¿O es mejor que calle y no revele planes que de-
2 ben permanecer ocultos?». Tarquinio la animó a decir lo que quisiera y con juramentos que ella propuso le dio garantías de que guardaría para sí sus palabras, de modo que, ya sin ningún reparo, ella le dijo: «¿Hasta cuándo, Tarquinio, piensas soportar estar privado del trono? ¿Acaso naciste de padres humildes y poco ilustres y por este motivo no te crees digno de tener grandes ambiciones? Pero todos saben que vuestros antepasados, que eran griegos y descendían de Hércules, según tengo oído, gobernaron la próspera Corinto [66] con un poder incontrastable durante muchas generaciones, y que tu abuelo Tarquinio, después de trasladar su residencia desde Tirrenia, logró, por sus méritos, el gobierno de esta ciudad. Y tú, por ser su nieto mayor, debes
3 heredar, no sólo sus bienes, sino también su trono. ¿O es que resulta que no eres capaz de cumplir las obligaciones de un rey por deformidad o debilidad físicas? Pero tú naciste fuerte entre los que más y tu aspecto físico es el que conviene a un miembro de la familia real. ¿O no es por ninguno de estos dos motivos, sino por tu falta de madurez, que te hace ser débil y no razo-

[66] Véase III 46, 5 y nota.

nar todavía como conviene, por lo que no te consideras digno de desempeñar las tareas de gobierno, tú, que andas cerca de los cincuenta años? Pero los hombres que rondan esta edad son precisamente los más juiciosos.
Veamos, ¿entonces es el alto linaje del hombre que ocu- 4
pa el poder y su popularidad entre los ciudadanos más influyentes, razón por la que no es fácil de atacar, lo que te fuerza a soportarlo? Pero resulta que tampoco tiene estos dos elementos a su favor, y él no lo ignora. Ciertamente hay en tu carácter audacia y atrevimiento, cualidades imprescindibles para quien tiene intención de gobernar. Además dispones de riquezas suficientes, numerosos amigos y muchos otros recursos importan-
tes para gobernar. ¿Por qué, entonces, todavía vacilas 5
y esperas a que te llegue por sí solo el momento que te traerá el trono, sin que tú hayas hecho nada por conseguirlo, después, por supuesto, de la muerte de Tulio? Como si el destino respetara las demoras de los hombres, o la naturaleza trajera la muerte a cada uno según la edad y no fuera incierto y difícil de conocer el
fin de todas las empresas humanas. Ahora diré con fran- 6
queza, aunque me vas a llamar atrevida, la que creo que es la causa de que tú no aspires a ningún honor ni gloria. Tienes una mujer que en nada se acomoda a tu carácter, y ella, con sus seducciones y encantos, te ha hecho cobarde y, sin darte cuenta, por su culpa, pasarás de ser un hombre a no ser nada. De igual manera, yo tengo un marido tímido y que no tiene nada de hombre, el cual me humilla a mí, que merezco grandes cosas y, por su culpa, yo, que tengo un cuerpo bonito,
me veo marchita. Pero si a ti te hubiera sido posible 7
tomarme a mí por esposa, y a mí recibirte como marido, no habríamos llevado durante tanto tiempo una vida de simples ciudadanos. Así que ¿por qué no corregimos la equivocación del destino, cambiando nosotros los matrimonios, y tú quitas la vida a tu mujer y yo

hago lo mismo con mi marido? Cuando los hayamos matado y estemos unidos en la misma lucha, podremos ya planear el resto con seguridad, pues habremos eliminado lo que nos molesta; porque, si bien uno puede vacilar a la hora de cometer cualquier otro delito, no hay que asombrarse de que se atreva a todo para conseguir el trono».

L. Tarquinio y Tulia matan a su mujer y marido. Enfrentamiento de Tulio y Tarquinio en el Senado

30 Tarquinio recibió con alegría los planes que Tulia le contaba, al punto se intercambiaron promesas y, tras celebrar los ritos previos a las sacrílegas nupcias, él se marchó. No había transcurrido mucho tiempo después de esta entrevista cuando de la misma muerte mueren la hija mayor de Tulio y el me-
2 nor de los Tarquinios. Aquí me veo nuevamente obligado a citar a Fabio y poner en evidencia su ligereza en la investigación de la cronología. Efectivamente, al llegar a la muerte de Arrunte, no comete sólo el error que ya dije antes, de escribir que éste era hijo de Tarquinio, sino que también se equivoca al decir que, a su muerte, lo enterró su madre Tanaquil, pues era imposible que
3 estuviese todavía viva por aquellas fechas. Al principio del libro habíamos demostrado que Tanaquil tenía setenta y cinco años cuando murió el rey Tarquinio; si a los setenta y cinco años les añadimos otros cuarenta (pues en los anales consta que Arrunte murió en el cuadragésimo año del reinado de Tulio), Tanaquil tendría ciento quince años: tan pequeño es en sus *Historias* el
4 esfuerzo por averiguar la verdad. Cuando hubieron llevado a cabo su obra, ya sin demora Tarquinio se casó con Tulia, sin que el padre de ella diera su autorización al matrimonio, ni la madre su aprobación, sino única-
5 mente con el consentimiento de la propia Tulia. En cuanto sus naturalezas impías y asesinas se hubieron unido, planearon expulsar del trono a Tulio, si no accedía a

entregar voluntariamente el poder, y, para ello, reunieron a sus partidarios, incitaron a los patricios hostiles al rey y al régimen democrático, y compraron con dinero a los plebeyos más pobres que no tenían ningún escrúpulo en lo referente a la justicia; y todo esto lo hacían sin ningún secreto. Tulio, al ver lo que sucedía, se 6
disgustó, porque temía que le fuera a suceder algo si le cogían por sorpresa, al tiempo que le irritaba sobremanera la posibilidad de verse obligado a luchar contra su hija y su yerno y a castigarlos como enemigos, y a menudo invitó a Tarquinio y sus partidarios a dialogar con él: unas veces les hacía reproches, otras advertencias y otras intentaba disuadirlos de que le hicieran ningún daño. Como Tarquinio no le prestaba atención, sino que le decía que declararía lo debido ante el Senado, Tulio convocó una sesión y dijo: «Senadores, veo que 7
Tarquinio está convocando a sus partidarios contra mí y manifiestamente desea expulsarme del trono. Quiero que, en presencia de todos vosotros, me diga en qué le he perjudicado a él en particular o qué injusticia me ha visto cometer contra la ciudad para que ande intrigando contra mí. Responde ahora, Tarquinio, ya que pedías que estos hombres lo escucharan, y di, sin ocultar nada, qué acusaciones tienes contra mí».

Tarquinio le dijo: «Breve y justo es mi argumento, 31
Tulio; y por este motivo he preferido referírselo a ellos. Mi abuelo Tarquinio se hizo con el poder de Roma tras sostener múltiples y duros combates por él. Muerto Tarquinio, yo soy su sucesor, según las leyes vigentes entre todos los hombres, tanto griegos como bárbaros; y, como les ocurre a los demás que reciben en herencia los bienes de sus abuelos, a mí me corresponde heredar no sólo su fortuna, sino también su trono. Tú, sin embar- 2
go, me has entregado las riquezas que dejó, pero me privas del trono y llevas ocupándolo durante todo este tiempo, a pesar de haberlo obtenido ilegalmente; por-

que ni te designaron los *interreges*, ni el Senado votó
a tu favor, ni conseguiste este poder mediante una elec-
ción popular legítima como mi abuelo y todos los reyes
que lo precedieron; antes bien, compraste y corrompis-
te por todos los medios a la muchedumbre sin hogar,
sin recursos, que había perdido sus derechos de ciuda-
danía por condenas o por deudas y a la que no importa-
ba nada el bien común. Sin embargo, entonces decías
que no te hacías cargo del poder en tu propio interés,
sino que alegabas que nos lo estabas guardando a noso-
tros, que éramos huérfanos y pequeños. Y así llegaste
al poder y todos te oyeron prometer que, cuando noso-
tros fuéramos hombres, me lo entregarías a mí, por ser
3 el mayor. Por tanto, si tú hubieras querido obrar en
justicia, cuando me entregaste la hacienda de mi abue-
lo debías haberme devuelto, al mismo tiempo que las
riquezas, también el trono, tomando como ejemplo la
conducta de todos los tutores nobles y honrados que
recibieron a su cargo a niños de la familia real huérfa-
nos de padres y que, cuando llegaron a hombres, les
devolvieron con honradez y justicia los reinos de sus
4 padres y antepasados. Si te parecía que yo todavía no
había alcanzado la suficiente sensatez y que, por mi ju-
ventud, aún no era capaz de gobernar una nación tan
grande, al menos, cuando a los treinta años alcancé la
plenitud física y mental, debiste entregarme, junto con
la mano de tu hija, el gobierno de la ciudad. Esa edad,
al menos, tenías tú cuando empezaste a cuidar de nues-
tra hacienda y a hacerte cargo del trono.

32 »Si tú hubieras actuado así, en primer lugar te ha-
brías ganado la reputación de hombre justo y piadoso;
después, habrías reinado conmigo y compartido todos
los honores; te habrías oído llamar benefactor, padre,
salvador, y todos los nombres más honrosos que los hom-
bres otorgan en reconocimiento de las nobles acciones;
y no llevarías ya cuarenta y cuatro años privándome

de lo mío, a mí, que ni soy un lisiado, ni un necio. ¿Y todavía te atreves a preguntarme qué me has hecho para que te considere un terrible enemigo y por qué te acuso? Pues bien, respóndeme tú, Tulio: ¿Por qué mo- 2
tivo no me consideras digno de heredar los honores de mi abuelo? Y ¿qué excusa plausible alegas para tenerme privado de ellos? ¿Acaso porque consideras que yo no soy un miembro legítimo de su familia, sino ilegítimo y bastardo? Entonces, ¿por qué actuaste como tutor de alguien ajeno a la familia, y por qué me entregaste su hacienda cuando me hice hombre? ¿O es que me consideras todavía un niño huérfano e incapaz de ocuparme de la administración del Estado, a mí, que ando cerca de los cincuenta años? Depón ya el desvergonzado fingimiento de tus preguntas, y deja ya de comportarte como un canalla. Si puedes responder a esto con 3
algún argumento justo, estoy dispuesto a dejar que tomen la decisión, como jueces, estos senadores; mejores que ellos no podrías nombrar en la ciudad a otros hombres. Pero si, como acostumbras a hacer, lo rehúsas y te refugias en la muchedumbre que te has atraído con tu demagogia, no te lo consentiré; pues, igual que estoy dispuesto a exponer mi justa causa, lo estoy también, caso de que no te convenza, a emplear la violencia».

Cuando terminó, tomó la palabra Tulio y habló de 33
este modo: «Según parece, senadores, un hombre debe esperar cualquier cosa y no considerar nada como increíble, desde que Tarquinio, aquí presente, desea que yo deje de gobernar. Él, a quien yo recogí cuando era un niño pequeño, a quien salvé cuando sus enemigos conspiraban contra él, a quien crié, a quien, cuando se hizo hombre, consideré digno de ser mi yerno y a quien tenía intención de dejar como heredero de todos mis bienes si algo me ocurriera. Pero, ya que todo ha sucedido de manera contraria a como yo esperaba y se me acusa de actuar injustamente, ya lamentaré luego mi

suerte, pero ahora voy a exponerle mis justas razones.
2 Tarquinio, yo no tomé voluntariamente el encargo de cuidar de vosotros cuando erais unos niños abandonados, sino obligado por las circunstancias; pues los que pretendían el trono habían asesinado abiertamente a vuestro abuelo, y se decía que en secreto conspiraban también contra vosotros y el resto de su familia; y todos vuestros parientes estaban de acuerdo en que si aquellos hombres se adueñaban del poder no dejarían ni una semilla del linaje de Tarquinio. Y no teníais más tutor ni defensor que una mujer, la madre de vuestro padre, y ella, por su avanzada edad, necesitaba también a alguien que la cuidara. Pero os dejaron a mi cargo, como único guardián de vuestro desamparo, y ahora
3 me llamas extraño y nada allegado a ti. Sin embargo, cuando me vi al frente de tal situación, castigué a los asesinos de vuestro abuelo, os crié hasta que os hicisteis unos hombres y, como no tenía descendencia masculina, decidí haceros dueños de mis bienes. Aquí tienes, Tarquinio, la explicación de mi regencia, y no te atreverás a decir que he mentido en algo de lo que he dicho.

34 »En lo que respecta al trono, ya que es de esto de lo que me acusas, escucha cómo lo conseguí y por qué motivos no lo he entregado ni a vosotros ni a ninguna otra persona. Cuando tomé a mi cargo el cuidado de la ciudad, me enteré de que existían ciertas intrigas contra mi persona, y quise entregar al pueblo el control de los asuntos públicos. Así que los reuní a todos en una asamblea y les restituí el poder, cambiando esta autoridad envidiada y causante de más dolores que pla-
2 ceres por una tranquilidad exenta de peligros. Los romanos no me permitieron cumplir mis deseos, ni quisieron designar a ningún otro como dueño del poder, sino que me retuvieron a mí y me concedieron, por votación, el trono, posesión suya, Tarquinio, no vuestra;

del mismo modo que habían llevado también al poder 3
a vuestro abuelo, que era extranjero y no tenía ningún
parentesco con el rey anterior. Y eso que el rey Anco
Marcio había dejado hijos mayores, no unos nietos de
poca edad como os dejó Tarquinio a vosotros. Si la ley
general hubiese establecido que los herederos, junto con
la hacienda y las riquezas de los reyes fallecidos, reci-
biesen también su trono, vuestro abuelo Tarquinio no
habría recibido el poder a la muerte de Anco, sino el
mayor de los hijos de éste. Sin embargo, el pueblo ro- 4
mano no llamó para gobernar al sucesor del padre, sino
a la persona que era digna del mando; pues considera-
ba que los bienes eran de quienes los habían adquirido,
pero el trono de quienes lo habían otorgado: los prime-
ros, cuando algo les sucedía a sus dueños, debían reci-
birlos sus herederos por parentesco o por testamento;
el segundo, en cambio, al fallecimiento de los que lo
habían recibido, debía volver a poder de quienes lo ha-
bían entregado; a no ser que puedas presentar una jus-
tificación legal de que vuestro abuelo recibió el trono
con determinadas condiciones, según las cuales, no sólo
no se le podía separar a él del trono, sino que os lo
podía dejar a vosotros, sus descendientes, y el pueblo
no tenía potestad para quitároslo y dármelo a mí. Si, 5
en efecto, puedes aducir algo semejante, ¿por qué no
presentas públicamente esas condiciones? Pero no po-
drías. Y si, como tú afirmas, no obtuve el trono del mo-
do más honrado, dado que, ni me eligieron los *interre-
ges*, ni el Senado me hizo entrega del gobierno, ni se
cumplieron los demás requisitos legales, no hay duda
entonces de que he faltado contra ellos y no contra ti,
y es justo que ellos, y no tú, me hagan cesar en el man-
do. Pero no he faltado ni contra ellos ni contra ningún 6
otro. Prueba de que con arreglo a la justicia me fue
entregado entonces y ahora lo ostento, es el tiempo, pues

en cuarenta años [67] ningún romano pensó nunca que yo estuviera actuando injustamente, y ni el pueblo ni el Senado trataron de expulsarme del poder.

35 »Pero para terminar con todas estas cuestiones y hacer frente a tus acusaciones, si yo te estaba privando de un depósito que tu abuelo había dejado en mis manos, y retenía tu trono contra toda justicia humana, tú debías haberte presentado, irritado, ante quienes me lo habían entregado, y acusarme, por una parte, a mí, por retener lo que no me correspondía, y, por otra, a los que me lo habían dado, por haberme concedido lo que no les pertenecía. Si hubieras podido aducir algún argu-
2 mento justo, los habrías convencido fácilmente. Pero si no confiabas en este argumento y considerabas que yo estaba gobernando injustamente la ciudad, y que tú eras el más indicado para recibir la custodia del Estado, debías haber actuado de este modo: tras hacer una investigación de mis faltas y una enumeración de tus servicios, debías haberme citado a juicio para ver quién de los dos merecía el cargo. No hiciste ninguna de estas dos cosas, sino que, después de tanto tiempo, como si hubieras vuelto en ti tras una larga borrachera, te presentas ahora acusándome, y ni siquiera lo haces ante
3 quienes debieras. De hecho, no debías haber pronunciado estos cargos aquí —y no os irritéis, senadores, por mis palabras, porque no digo esto para quitaros vuestro poder de decisión, sino porque quiero demostrar las calumnias de este individuo—, sino que debías haberme avisado con antelación para que convocara al pueblo en asamblea y haberme acusado allí. Sin embargo, dado que tú has evitado este procedimiento, yo lo haré por ti: convocaré al pueblo y te lo presentaré como juez de los delitos de que me acusas y nuevamente pondré en sus manos la decisión sobre cuál de nosotros dos

[67] Kiessling propuso leer «cuarenta y cuatro años». En efecto, esta es la cifra que da Dionisio en IV 7, 1; 32, 1 y 40, 1.

es el más idóneo para ejercer el poder; y lo que todos
ellos decidan que debo hacer, lo haré. Y en lo que a 4
ti respecta, esto es suficiente, pues da lo mismo emplear
muchos o pocos argumentos justos ante adversarios ter-
cos, ya que en la naturaleza de las palabras no está el
poder aportar un argumento que convenza a esos indi-
viduos de que sean honrados.

»Con respecto a vosotros, estoy asombrado, senado- 36
res, de que haya algunos que quieran despojarme del
poder y se hayan aliado con este hombre para conspi-
rar contra mí. Me gustaría saber de ellos por qué delito
me atacan y por cuál de mis actos están irritados. ¿Aca-
so porque saben que durante mi mandato muchos han
muerto sin juicio previo, o se han visto privados de su
patria, o han perdido sus haciendas, o han sufrido in-
justamente alguna otra desgracia? ¿O no pueden decir
que yo haya cometido ninguno de estos delitos propios
de un tirano, pero me saben autor de ofensas a mujeres
casadas, o de ultrajes a hijas vírgenes, o de algún otro
desmán contra algún hombre libre? Realmente sería jus-
to, si yo hubiera cometido algún delito semejante, que
se me privara no sólo del poder, sino también de la vida.
Veamos, ¿soy soberbio, odioso por mi dureza, y ninguno 2
puede soportar la arrogancia con que desempeño mi car-
go? Sin embargo, ¿cuál de los reyes que me precedie-
ron fue siempre tan mesurado en el ejercicio de su po-
der y tan benévolo en el trato a todos los ciudadanos,
como un padre indulgente con sus hijos? Yo, al menos,
no quise retener todo el poder que vosotros, siguiendo
la tradición de vuestros padres, me entregasteis, sino
que establecí leyes, que todos sancionasteis, sobre las
cuestiones más importantes, y os concedí la posibilidad
de dar y recibir satisfacción de la justicia de acuerdo
con ellas, y se pudo comprobar que yo era el primero
en obedecer, como un ciudadano más, las leyes que ha-
bía promulgado para los demás. Tampoco fui yo juez

de todos los delitos, sino que os concedí la facultad de juzgar las causas privadas, medida que no había tomado
3 ninguno de los reyes anteriores. Pero no parece que el motivo de que algunos estén irritados conmigo sea ninguna injusticia, sino que lo que os molesta, sin razón, son los beneficios que he dispensado a la plebe, y sobre los que muchas veces os he dado mis razones. Pero ahora no hace falta decir nada sobre este punto. Si se piensa que es mejor que Tarquinio, aquí presente, reciba el gobierno y se ocupe de él, no veo mal que la ciudad tenga un dirigente mejor; devolveré el poder al pueblo que me lo entregó, me convertiré en un particular, e intentaré dejar claro a todos que no sólo sé gobernar bien, sino que también puedo comportarme como un súbdito sensato».

El pueblo apoya a Servio Tulio

37 Después de este discurso, que cubrió de vergüenza a los conspiradores, disolvió la reunión. Seguidamente llamó a los heraldos y les ordenó que salieran por todas las calles convocando al
2 pueblo a una asamblea. Cuando se congregó en el Foro la muchedumbre de los ciudadanos, subió a la tribuna y pronunció un discurso, largo y conmovedor, en el que enumeró sus hazañas bélicas, tanto las que había llevado a cabo en vida de Tarquinio, como las posteriores a su muerte, y recordó también todas y cada una de sus reformas políticas, gracias a las cuales la comunidad parecía haber obtenido numerosos y grandes bene-
3 ficios. Como cada una de sus frases era acogida con grandes aplausos y todos estaban deseosos de conocer el motivo del discurso, Tulio, al final, dijo que Tarquinio lo acusaba de retener ilegalmente el trono que le correspondía a él. En efecto, pensaba que su abuelo, al morir, le había dejado el poder junto con sus riquezas, y que el pueblo no era dueño de entregar a otro
4 lo que no le pertenecía. En este punto se levantó un

griterío general de indignación. Tulio les ordenó callar, y les pidió que no se irritaran ni indignaran por lo que oían, sino que, si Tarquinio tenía algún argumento justo que aducir, lo llamaran y, tras escucharlo, le entregaran la presidencia del Estado, si encontraban que había sido objeto de una injusticia y que era más idóneo para gobernar. Dijo que él renunciaba al poder y se lo devolvía a sus dueños, de quienes lo había recibido. Tras 5
pronunciar estas palabras, y al pretender descender de la tribuna, se levantó un griterío general que pedía entre lamentos que no entregase el mando a nadie. Algunos de ellos gritaban incluso que se lapidase a Tarquinio. Así que éste, ante el temor de que se tomaran la justicia por su mano, pues la muchedumbre ya se dirigía contra él, huyó con sus partidarios. A Tulio, la multitud, en masa, lo acompañó hasta su casa en procesión con muestras de alegría, aplausos y muchas aclamaciones, y allí lo dejó.

Tarquinio arroja a Tulio del Senado

Tarquinio, después de fracasar tam- 38
bién en este intento, angustiado por no haber obtenido ninguna ayuda del Senado, en quien más confianza había depositado, pasó algún tiempo en casa, conversando solamente con sus compañeros. Después, su mujer le hizo ver que no debía ya acobardarse ni vacilar, sino dejar las palabras y pasar a los hechos y buscar, en primer lugar, la reconciliación con Tulio por medio de amigos, para que éste, al confiar en él como en un amigo, lo vigilase menos. Como a Tarquinio le pareció que el plan de su mujer era el mejor, empezó a fingir que se arrepentía de lo sucedido y, enviando insistentes súplicas a Tulio por medio de sus amigos, le pidió que lo perdonara. Con mucha facilidad consi- 2
guió convencer a Tulio, que era de natural conciliador y que no deseaba sostener una guerra implacable contra su hija y su yerno. Después, cuando el pueblo se dispersó por los campos para la recogida de la cosecha,

consideró que era el momento oportuno, y salió con sus compañeros, armados con espadas bajo las vestiduras, distribuyó hachas entre algunos criados y él se puso el atuendo real y los demás símbolos del poder. Se dirigió al Foro, se detuvo delante del edificio del Senado y ordenó al heraldo que convocara a los senadores a una reunión. Se hallaban premeditadamente preparados por el Foro muchos patricios que estaban al tanto de
3 la acción y que lo animaban a ella. Así pues, los senadores se reunieron, y a Tulio, que estaba en su casa, alguien fue a decirle que Tarquinio había aparecido en público en atuendo real y que estaba convocando a los senadores a una reunión. Admirado de su atrevimiento, Tulio, con más precipitación que prudencia, salió de su casa con una escolta poco numerosa. Al llegar al Senado y ver a Tarquinio sentado en el trono y, además, con los atributos de la realeza, dijo: «¿Quién te ha autorizado a ti, el más infame de los hombres, a adoptar esa apariencia?». Y Tarquinio, tomando la palabra, respondió: «Tu atrevimiento y desvergüenza, Tulio, que a pesar de no ser un hombre libre, sino un esclavo, nacido de una esclava que mi abuelo adquirió de entre los prisioneros de guerra, tuviste la osadía de proclamarte rey de los romanos». Al oír estas palabras, Tulio, encolerizado por ellas y contra su conveniencia, se abalanzó
4 sobre él con la intención de levantarlo del trono. Tarquinio se alegró al ver esta reacción y, saltando de su asiento, agarró al anciano, que gritaba y llamaba en su ayuda a sus servidores, y se lo llevó a rastras. Cuando estuvo fuera del edificio, Tarquinio, que era un hombre vigoroso y en plenitud de sus fuerzas, lo levantó por los aires y lo arrojó por las escaleras del Senado que
5 conducen al Comicio [68]. El anciano se levantó a duras

[68] El *Comitium* era el lugar donde se solían celebrar las asambleas del pueblo en la Roma republicana. Estaba situado en la zona norte del Foro entre el *Clivus Argentarius* y el *Argiletum*.

penas de la caída y cuando vio que todos los alrededores estaban ocupados por los seguidores de Tarquinio y que, en cambio, había una total ausencia de amigos suyos, se marchó entre lamentos, sangrando abundantemente y con todo el cuerpo dolorido por la caída, acompañado únicamente por unos pocos que le sujetaban.

Tarquinio es saludado como rey. Asesinato de Servio Tulio

Se nos ha transmitido también lo 39
que a continuación sucedió, terrible de escuchar, al tiempo que asombroso e increíble, obra de su impía hija. En efecto, enterada de la entrada de su padre en el Senado y ansiosa por conocer el desenlace del asunto, se subió al carro y se presentó en el Foro. Cuando se enteró de lo sucedido y vio a Tarquinio de pie en lo alto de las escaleras del Senado, fue la primera en saludarlo en alta voz como rey y suplicó a los dioses que retuviera el poder para beneficio del Estado
romano. Después de que también lo saludaran como rey 2
las demás personas que lo habían ayudado en la consecución del poder, Tulia lo cogió a solas y le dijo: «Ya has hecho lo primero, Tarquinio, como hacía falta, pero no tendrás seguro el trono mientras Tulio siga con vida. Si llega a sobrevivir al día de hoy, por poco que sea, de nuevo arrastrará a la muchedumbre contra ti con su demagogia, y tú sabes lo bien dispuesta que tiene a toda la plebe. Venga, antes de que entre en su casa,
envía a unos asesinos y deshazte de él». Después de 3
decir esto, se sentó nuevamente en el carro y se marchó. Tarquinio consideró que también en esta ocasión la sugerencia de su muy impía mujer era acertada, y envió contra Tulio a unos servidores armados con espadas, los cuales recorrieron a toda velocidad el camino que los separaba y, cogiendo a Tulio ya cerca de su casa, lo asesinaron. Cuando el cuerpo recién asesinado todavía estaba en el suelo y palpitaba, se presentó su hija.

4 Como la calle por donde tenía que pasar el carro era muy estrecha, las mulas, al ver el cuerpo caído, se encabritaron, y el mozo que las conducía, impresionado por el lastimoso espectáculo, se detuvo y volvió la vista a su señora. Al preguntarle ella por qué no seguía conduciendo las bestias, él dijo: «¿No ves, Tulia, que tu padre yace sin vida en el suelo, y no hay otro camino, a no
5 ser que pasemos sobre el cadáver?». Ella, irritada, agarra el taburete de los pies y se lo tira al mozo diciendo: «¿No vas a guiar las mulas, desgraciado, aunque sea por encima del cadáver?». Y él, llorando, más por compasión que por el golpe, a la fuerza las condujo por encima del cadáver. A esta calle, primitivamente llamada Orbia, a raíz de aquel terrible y abominable suceso, los romanos la llaman en la lengua de su país Impía [69].

Entierro de Tulio y muerte de Tarquinia

40 Este fue el fin que alcanzó Tulio, después de haber ocupado el trono cuarenta y cuatro años. Este hombre dicen los romanos que fue el primero que alteró las costumbres y leyes tradicionales, ya que recibió el poder, no del Senado y el pueblo, como todos sus predecesores, sino únicamente del pueblo, tras haberse ganado a los pobres con sobornos
2 y muy diversas formas de adulación. Y esto es verdad, pues en los tiempos anteriores, cuando un rey moría, el pueblo concedía al consejo del Senado autoridad para establecer la forma de gobierno que eligiera; y el Senado designaba a unos *interreges*, y éstos nombraban rey al mejor varón, fuera nativo o extranjero. Si el Senado daba su visto bueno al hombre designado por ellos, el pueblo lo votaba y los augurios lo confirmaban, este individuo recibía el poder. Pero si faltaba alguno de estos requisitos, nombraban a otro, e incluso a un terce-

---

[69] *Vicus Sceleratus.* El *Clivus Orbius* (o *Urbius)* conducía por las Carinas (v. nota a I 68, 1) a lo alto del Monte Opio, una de las cimas del Esquilino. Era en este monte donde Tulio tenía su residencia.

ro, si también el segundo recibía las objeciones de dioses y hombres. Tulio, sin embargo, adoptó en un primer 3 momento el papel de un regente, como ya he dicho antes; luego, con algunos gestos de benevolencia, se ganó al pueblo, y éste, por sí solo, lo designó rey. Como fue un hombre ecuánime y moderado, con su actuación posterior acalló las acusaciones de no haber realizado todo conforme a las leyes y dio pie a que muchos pensaran que, de no haber muerto antes de tiempo, habría transformado el sistema de gobierno en una democracia. Y se dice que este fue el motivo fundamental de que 4 algunos patricios conspiraran contra él. Como por otro medio no podían acabar con su poder, se aliaron para la empresa con Tarquinio y le ayudaron a hacerse con el gobierno, con la intención de debilitar a la plebe, que había obtenido no poco poder con la política de Tulio, y de recuperar la misma dignidad de que gozaban antes.

Como se produjo en toda la ciudad un gran alboroto 5 y mucho llanto por la muerte de Tulio, Tarquinio temió que si, como es costumbre entre los romanos, se conducía el cadáver por el Foro con el ornato real y demás adornos usuales en los entierros de reyes, se produjera alguna agitación de la plebe contra él antes de haberse asegurado firmemente el poder. Por ello no permitió que se le tributara ninguno de los honores acostumbrados. La mujer de Tulio, que era hija de Tarquinio, el rey anterior, con unos pocos amigos sacó por la noche su cuerpo fuera de la ciudad, como si se tratara del de un cualquiera, y lo enterró entre muchos lamentos por su propia suerte y la de él y profiriendo mil maldiciones contra su yerno y su hija. De la tumba marchó a su casa, 6 y no había transcurrido un día desde el entierro, cuando a la noche siguiente moría. La mayoría ignora la manera en que murió. Algunos decían que abandonó la vida por el dolor y que murió por su propia mano; otros, que el yerno y la hija la asesinaron por el amor y com-

pasión que sentía hacia su marido [70]. Esta es la razón de que el cuerpo de Tulio no obtuviese un entierro real ni un sepulcro ilustre; pero, en cambio, gracias a sus
7 obras goza de un recuerdo eterno. Otro hecho extraordinario puso en evidencia que era un hombre querido de los dioses, por lo cual el fabuloso e increíble relato en torno a su nacimiento, que ya he mencionado anteriormente, fue tenido por cierto por muchas personas: en una ocasión en que se produjo un incendio en el templo de la Fortuna que él mismo había erigido, y se destruyeron todas las demás estatuas, la única que quedó sin dañar por el fuego fue la estatua de madera dorada de Tulio [71]. Y todavía ahora el templo y todos los objetos de su interior que fueron reconstruidos después del incendio según el estilo antiguo, se nota que son de factura más reciente, en cambio esta estatua se ve tal como era antes, antigua en su ejecución y todavía continúa recibiendo la veneración de los romanos. Estas son las noticias que nos han llegado con respecto a Tulio.

Comienza el reinado de Tarquinio. Medidas de seguridad personales

41 Después de él, obtuvo el trono de Roma Lucio Tarquinio, y no lo consiguió conforme a las leyes, sino por medio de las armas, en el cuarto año de la LXI Olimpiada (523 a. C.), en la que venció Agatarco de Corcira en la carrera del estadio, durante el arcontado de Tericles en
2 Atenas. Este Tarquinio despreciaba tanto a la masa de los plebeyos como a los patricios, que le habían conducido al poder, destruía y violaba las costumbres, las le-

[70] Dionisio (IV 79, 4) dice, en boca de Bruto, que murió asesinada por Tarquinio.

[71] El incendio tuvo lugar en el 213 a. C. Como la estatua estaba vestida, hay divergencia de opiniones sobre a quién representaba. Unos dicen que a Tulio, otros que a la Fortuna, Livio que a *Pudicitia* («Castidad»).

yes y todas las disposiciones tradicionales con que ha-
bían gobernado la ciudad los reyes anteriores, transfor-
mando así su reinado en una tiranía reconocida. En pri- 3
mer lugar, estableció en torno a su persona una guar-
dia de hombres muy audaces, tanto nativos como ex-
tranjeros, armados con espadas y lanzas. Éstos, duran-
te la noche, acampaban alrededor del palacio real, y de
día, cuando salía, le acompañaban a donde fuera, pro-
porcionándole así una gran seguridad frente a los posi-
bles conspiradores. En segundo lugar, no hacía salidas
frecuentes ni fijas, sino escasas e imprevistas, despa-
chaba la mayor parte de los asuntos de Estado en casa
y con sus más íntimos colaboradores y sólo unos pocos
con el Foro. No permitía que se le acercara quien qui- 4
siera, a no ser que él mismo lo llamara. Con los que
se le acercaban no se mostraba ni benévolo ni afable,
sino duro y cruel, como un auténtico tirano, con un as-
pecto más terrible que agradable. Y las decisiones so-
bre desavenencias contractuales las tomaba basándose
no en las leyes ni en la justicia, sino según su propio
humor. Por estas razones los romanos le dieron el so-
brenombre de Superbo, que en nuestra lengua quiere
decir «el Soberbio»; y a su abuelo lo llamaban Prisco,
o, como nosotros diríamos, «el Viejo», pues sus dos nom-
bres eran iguales a los del joven.

Régimen de terror. Situación de los patricios

Cuando consideró que ya poseía fir- 42
memente el poder, sobornó a sus más
depravados seguidores y, por medio de
ellos, presentó cargos contra muchos
hombres ilustres y los obligó a defen-
der su vida ante los tribunales; primero a los que le
eran hostiles y no habían querido expulsar a Tulio del
poder; y después a los que suponía que consideraban
molesto el cambio y a los que poseían grandes fortunas.
Los acusadores imputaban a cada uno falsos cargos 2
diferentes, pero sobre todo el de conspirar contra el rey,

y presentaban sus acusaciones ante el propio Tarquinio
en función de juez. Este condenaba a unos a muerte, y
a otros al destierro, y tanto a unos como a otros les
arrebataba sus bienes, de los que repartía una pequeña
porción entre los acusadores, mientras que él se queda-
3 ba con la mayor parte. Muchos hombres poderosos, co-
nocedores de los motivos por los que se intrigaba con-
tra ellos, prefirieron dejar voluntariamente la ciudad
en manos del tirano antes que resultar convictos de los
cargos de que se los acusaba, y éstos fueron muchos
más que los otros. Había también algunos a quienes,
después de sacarlos a la fuerza de sus casas, o de los
campos, hizo matar ocultamente, hombres estos de re-
lieve de los que ni siquiera aparecieron los cadáveres.
4 Cuando hubo destruido la mejor parte del Senado con
asesinatos y destierros de por vida, constituyó él mis-
mo otro Senado elevando a sus propios partidarios a
los honores de los desaparecidos [72]. Sin embargo, ni si-
quiera a estos hombres les permitía hacer ni decir nada
5 que él mismo no hubiera ordenado. De modo que los
senadores inscritos en el reinado de Tulio que habían
quedado en el Senado y que hasta ese momento habían
estado en desacuerdo con los plebeyos y creído que el
cambio de la forma de gobierno sería beneficioso para
ellos (tales promesas, engañosas y falsas, les había he-
cho Tarquinio), al darse cuenta entonces de que ya no
tenían ninguna participación en el gobierno, sino que
también a ellos, como a los plebeyos, se les había priva-
do de la libertad de expresión, se lamentaban y sospe-
chaban que el futuro iba a ser todavía más temible que
el presente, pero se veían forzados a soportar la situa-
ción por no tener poder para impedir lo que se estaba
llevando a cabo.

---

[72] Livio, en cambio, dice (I 49, 6) que decidió no nombrar nuevos senadores para desacreditar al Senado por sus pocos miembros y que tuviera que resignarse a no intervenir en nada.

Situación de los plebeyos. Obras públicas

Los plebeyos, al ver esta situación, 43
pensaban que aquéllos estaban recibiendo un justo castigo y, en su necedad, se alegraban como si la tiranía sólo fuera a ser penosa para los senadores, y para ellos, en cambio, no representara ningún peligro. Pero no mucho tiempo después, llegaron también para los plebeyos medidas todavía más rigurosas. En efecto, Tarquinio abolió todas las leyes promulgadas por Tulio en virtud de las cuales unos y otros recibían justicia en igualdad de condiciones y no se veían perjudicados por los patricios en los contratos, como antes. Ni siquiera dejó las tablas en que estaban escritas, sino que también ordenó que fueran descolgadas del Foro y des-
truidas. Después suprimió los impuestos basados en la 2
renta y restableció el antiguo modo tributario, y cuando necesitaba dinero, pagaba el mismo tributo el más pobre que el más rico. Esta medida arruinó a muchos plebeyos, al verse forzados a pagar, ya en la primera contribución, diez dracmas por cabeza. Ordenó que dejaran de celebrarse todas las reuniones de aldeanos, de curias o de vecinos que antes tenían lugar en la ciudad y en el campo con ocasión de ceremonias religiosas y sacrificios comunitarios, para impedir que, al reunirse muchas personas en un mismo lugar, adoptaran entre
ellas planes secretos para derribar su poder. Tenía Tar- 3
quinio distribuidos por todas partes unos espías que, sin que la mayoría se enterara, observaban lo que se decía y hacía. Estos individuos se introducían en las conversaciones de los vecinos y, sacando a veces ellos mismos el tema del tirano, comprobaban de este modo el sentir de cada uno. Luego, denunciaban ante el tirano a aquellos que, según sus indagaciones, estaban a disgusto con el régimen establecido. Las penas para los inculpados eran duras e inexorables.

Y no le bastaba sólo con infligir estos ultrajes a los 44
plebeyos, sino que, después de seleccionar de entre ellos

a cuantos le eran leales y adecuados para servir en la guerra, obligó al resto a realizar trabajos en la ciudad, pues consideraba que el mayor peligro para un monarca era que los ciudadanos más pobres y necesitados estuvieran ociosos, y además tenía vivos deseos de concluir, durante su reinado, las obras que su abuelo había dejado a medio hacer: llevar hasta el río los canales de drenaje de las aguas que su abuelo había empezado a excavar, y rodear con pórticos cubiertos el Circo, que
2 no tenía nada más que los cimientos. En efecto, todos los pobres trabajaban en estas obras a cambio de una discreta cantidad de trigo; unos extraían piedra de las canteras, otros cortaban madera, otros conducían los carros que transportaban estos materiales, otros llevaban la carga sobre sus propios hombros, otros realizaban las excavaciones subterráneas, construían sus bóvedas y levantaban los pórticos. Para ayudar a los obreros que se ocupaban de estos trabajos había herreros, carpinteros y canteros que habían dejado sus ocupaciones particulares, y a quienes se tenía dedicados al servicio público. Así pues, el pueblo se consumía en estos trabajos y no tenía ningún respiro; de modo que los patricios, al ver sus penalidades y su servidumbre, se alegraban por su parte y se olvidaban de sus propios padecimientos. Ni unos ni otros intentaban impedir lo que estaba sucediendo.

Tarquinio casa a su hija con Mamilio y pide ayuda a los latinos contra los sabinos

45 Tarquinio consideraba que quienes no reciben el poder conforme a las leyes sino que lo adquieren con las armas necesitan un cuerpo de guardia constituido no sólo por hombres del país, sino también extranjeros, y por ello se apresuró a ganarse la amistad del hombre más ilustre y poderoso del pueblo latino, uniéndolo en matrimonio a su hija. Este hombre se llamaba Octavio Mamilio, su linaje se remontaba a Telégono, el hijo de Uli-

ses y Circe, vivía en la ciudad de Túsculo[73] y parecía ser inteligente como pocos para la política y competente jefe militar. Contando con la amistad de este hombre y, 2
por medio de él, con la de los principales gobernantes de cada ciudad, se dispuso entonces, por fin, a emprender guerras en campo abierto y conducir una expedición contra los sabinos, que no querían obedecer sus mandatos, sino que, tras la muerte de Tulio, se consideraban liberados de los acuerdos que habían pactado con él. Tras tomar esta resolución, ordenó, por medio 3
de unos mensajeros, que acudieran a la asamblea de Ferentino[74] en una fecha determinada los que solían reunirse allí en representación de los latinos, como si quisiera tratar con ellos asuntos importantes de común interés para todos. Ellos se presentaron, pero Tarqui- 4
nio, que era quien los había convocado, se retrasaba. Cuando hubo transcurrido mucho tiempo y la mayoría consideró el asunto ultrajante, un hombre llamado Turno Herdonio, de la ciudad de Corila[75], influyente por su dinero y sus amigos, valiente en la guerra, hábil en los discursos políticos, enemigo de Mamilio a causa de su rivalidad por el gobierno, y que, por causa de Mamilio, odiaba también a Tarquinio por haber preferido a éste como yerno, lanzó una dura acusación contra Tarquinio. En ella, aparte de acusarlo de no comparecer en la asamblea que él mismo había convocado, mientras todos los demás lo habían hecho, enumeró todas

---

[73] *Tusculum*, ciudad cerca de Frascati a unos 24 Km. al S. E. de Roma.

[74] Véase nota a III 34, 3.

[75] Livio dice que Turno Herdonio era de la ciudad de Aricia. G. Baillet, traductor de la edición de B. Lettres de Livio, dice en una nota que vivía en la ciudad de Coriolos, cerca de Aricia. En el texto de Dionisio no aparece ninguna variante textual con este nombre, si bien es cierto que la forma griega de ambas ciudades se parece bastante: *Koríle* y *Koríolas* (Gn.). De Corila no sabemos nada. Coríolos era una ciudad latina situada al sur de los Montes Albanos.

sus otras acciones que parecían evidenciar un carácter
5 arrogante y presuntuoso. Mamilio defendió a Tarquinio, achacando su retraso a causas inevitables, y solicitó que la asamblea se aplazara hasta el día siguiente. Los principales latinos, convencidos, aplazaron la asamblea.

Turno Herdonio se opone al propósito de Tarquinio

46 Al día siguiente apareció Tarquino y, reunida la asamblea, pronunció en primer lugar unas pocas palabras para justificar su retraso e inmediatamente comenzó a hablar sobre la hegemonía, diciendo que en justicia le pertenecía, ya que su abuelo Tarquinio se había hecho con ella en la guerra, y presentó como prueba los tratados que las ciudades ha-
2 bían acordado con aquél. Con un largo discurso sobre la justicia y los tratados y con la promesa de grandes beneficios para las ciudades si se mantenían en su amistad, acabó por convencerlos de que participaran con él
3 en la expedición contra los sabinos. Cuando terminó de hablar, Turno, el hombre que había criticado su tardanza, se adelantó y trató de impedir que los miembros del consejo dejaran el poder en manos de Tarquinio, aduciendo que ni le pertenecía en justicia, ni, si se le entregaba, iba a ser para beneficio de los latinos. Expuso muchos argumentos en apoyo de ambas afirmaciones, diciendo que los tratados que, firmados con su abuelo, entregaban a éste la hegemonía habían quedado sin efectos tras la muerte de aquél, porque no se había añadido ninguna cláusula a los tratados que dijera que los descendientes de Tarquinio tuviesen también la hegemonía como regalo. Mostró que el individuo que pretendía heredar todos los privilegios de su abuelo era el más perverso de todos y el que menos se sometía a las leyes, y enumeró los actos que había llevado a ca-
4 bo para quedarse con el poder en Roma. Después de

haberle hecho objeto de múltiples y terribles acusaciones, explicó, para terminar, que no ocupaba el trono de los romanos conforme a las leyes, pues no lo había recibido con el consentimiento de ellos, como los reyes anteriores, sino que lo retenía por la violencia y las armas, y que, después de haber instaurado una monarquía tiránica, mataba a unos ciudadanos, desterraba a otros, a otros los despojaba de sus bienes y a todos, al tiempo, les suprimía la libertad de expresión y las demás libertades. Afirmó que era una gran insensatez y demencia esperar algo bueno y generoso de una naturaleza malvada e impía y creer que un hombre que no ha tenido compasión de sus más cercanos parientes y allegados fuera a tenerla de unos extraños. Y les aconsejó que, mientras todavía no hubieran recibido el yugo de la esclavitud, lucharan con energía para que no les fuera impuesto y que consideraran, por las terribles penalidades que otros habían padecido, los sufrimientos que a ellos mismos les tocaría soportar.

Tarquinio traza un plan para deshacerse de Turno

Después de que Turno hizo su acusa- 47
ción en estos términos, como muchos se alteraron con sus palabras, Tarquinio solicitó, y obtuvo, el día siguiente para defenderse. Cuando la asamblea se disolvió, convocó a sus más estrechos colaboradores y examinó con ellos la manera de afrontar la situación. Ellos le sugirieron las palabras que debía pronunciar en su defensa y la actitud con la que debía ganarse a la mayoría. Pero Tarquinio dijo que la situación no requería ninguna de estas medidas y manifestó su propia opinión: que no había que refutar las acusaciones, sino
eliminar al propio acusador. Como todos aplaudieron 2
la idea, acordó con ellos los detalles del golpe de mano y puso en práctica un plan casi humanamente imposible de prevenir. Localizó a los peores de los servidores

que llevaban las mulas y el equipaje de Turno y los convenció mediante soborno de que por la noche cogiesen muchas espadas que él les daría, las introdujeran en el alojamiento de su amo y las dejaran escondidas en los
3 cofres[76] del equipaje. Al día siguiente, una vez reunida la asamblea, Tarquinio, adelantándose, dijo que su defensa contra las acusaciones de que había sido objeto sería breve, y puso como juez de todos los cargos al propio acusador. «Porque —dijo— este Turno aquí presente, consejeros, me absolvió él mismo, como juez, de todas las acusaciones que ahora me dirige, cuando qui-
4 so casarse con mi hija. Pero como fue considerado indigno del matrimonio, como era natural (pues ¿qué persona sensata hubiera desdeñado a Mamilio, el más noble y poderoso de los latinos, y en cambio hubiera considerado oportuno tomar como yerno a ese que ni siquiera puede remontar su linaje a la quinta generación?), resentido por ello, viene ahora y me acusa. Si sabía que yo era tal como ahora afirma en su acusación, no debía haber tenido entonces tanto deseo de tenerme por suegro; si, por el contrario, me consideraba un hombre de bien cuando me pedía a mi hija, no debía ahora acu-
5 sarme de ser un bellaco. Esto es lo que tengo que decir en lo que a mí respecta. En cuanto a vosotros, consejeros, que corréis el más grave de los peligros, no debéis considerar ahora si soy honrado o no (pues esta cuestión también podréis analizarla después), sino que debéis mirar por vuestra propia seguridad y por la libertad de vuestras ciudades. En efecto, los más altos

---

[76] La palabra empleada en el texto *skeuophórois* significa normalmente «animales de carga» o «porteadores», significados que no encajan en el contexto. Warmington sugiere «cofres de equipaje» (cf. *oinophóron* «jarra de vino»); Capps lee *skeuophoríois*, en el sentido de «cajas resistentes». Posiblemente el compuesto significa simplemente «equipaje» (POL. IV 40, 3).

dignatarios y gobernantes de las ciudades están siendo
objeto de una intriga por parte de este distinguido de-
magogo que planea matar a los más ilustres de voso-
tros e imponer su mando sobre los latinos, y que ha
venido aquí con esta intención. Y esto no es una suposi- 6
ción sino que hablo con perfecto conocimiento, pues la
pasada noche me lo reveló uno de sus cómplices. Y, si
queréis ir a su alojamiento, os presentaré, como demos-
tración de mis palabras, una prueba indiscutible, mos-
trándoos las armas que allí tiene escondidas».

Muerte de Turno. Acuerdo entre los latinos y Tarquinio

Cuando dijo esto, todos empezaron 48
a gritar y, temiendo por sus vidas, pi-
dieron que probara la intriga y que no
los engañara. Turno, como no estaba en-
terado del plan, dijo que aceptaba de
buen grado la investigación, invitó a los principales con-
sejeros a inspeccionar su alojamiento y afirmó que el
resultado debía ser una de estas dos cosas: o que él mis-
mo muriera, si es que se le encontraba provisto de más
armas de las necesarias para el viaje, o que el que le
había acusado falsamente recibiera su castigo. Esta pro- 2
puesta les pareció bien; y los que fueron a su alojamiento
encontraron en los cofres las espadas escondidas por
los servidores. Tras esto, sin permitir a Turno tomar
ya la palabra, lo arrojaron a una fosa e inmediatamente
lo mataron cubriéndolo, todavía vivo, con tierra. En 3
cuanto a Tarquinio, lo aclamaron en la asamblea como
benefactor de todas las ciudades, por haber salvado a
sus principales hombres, y lo hicieron jefe de la nación
en los mismos términos en que antes lo habían hecho
con su abuelo Tarquinio y, después, con Tulio. Escribie-
ron los acuerdos en unas estelas y tras jurar su obser-
vancia disolvieron la asamblea.

49 *Alianza con los hérnicos y las ciudades de Ecetra y Ancio. Fiestas Latinas*

Tarquinio, después de obtener la hegemonía sobre los latinos, envió embajadores a las naciones de los hérnicos y de los volscos, invitándolos también a un tratado de amistad. Los hérnicos votaron unánimamente a favor de la alianza, mientras que sólo dos poblaciones volscas, Ecetra y Ancio [77], aceptaron la propuesta. Con el propósito de que los tratados con las ciudades se mantuvieran perpetuamente, Tarquinio decidió establecer un templo común para los romanos, latinos, hérnicos y para los volscos que habían entrado en la alianza, con el fin de que cada año se reunieran en el lugar fijado y allí celebraran una fiesta, comieran juntos y participaran en
2 sacrificios comunitarios. Como todos aceptaron la resolución con satisfacción, fijó como lugar para celebrar la reunión un monte elevado situado aproximadamente en el centro de los pueblos, monte que se levanta sobre la ciudad de los albanos. Estableció por ley que allí, todos los años, se celebraran fiestas, hicieran una tregua, ofrecieran sacrificios comunitarios al llamado Júpiter Lacial [78] y celebraran banquetes en común. Fijó también lo que cada ciudad debía aportar para los sacrificios y la parte que cada una debería recibir. Las ciudades que tomaban parte en la fiesta y en los sacrifi-
3 cios eran cuarenta y siete. Los romanos han seguido celebrando estas fiestas y sacrificios hasta nuestros días con el nombre de Fiestas Latinas [79], y las ciudades participantes llevan, unas, corderos; otras, quesos; otras, una determinada cantidad de leche, y otras, alguna ofrenda del mismo tipo; y de un toro que todas sacrifican

---

[77] *Ecetra,* ciudad de identificación incierta en el lado norte del Monte Lepino, en el Lacio. *Antium,* véase nota a I 72, 5.

[78] *Iuppiter Latiaris,* es decir, «Júpiter del Lacio».

[79] *Feriae Latinae.* Se celebraban anualmente, pero no en una fecha determinada.

en común, cada ciudad toma la parte que le está fijada. Los sacrificios se realizan en nombre de todos, y son los romanos los que los dirigen.

Guerra contra los sabinos. Toma de Suesa

Una vez fortalecido su poder con 50
estas alianzas, decidió conducir un ejército contra los sabinos, eligiendo entre los romanos a aquellos de quienes de ninguna manera sospechaba que, en posesión de las armas, reclamarían la libertad, y añadiendo a esta fuerza la procedente de los aliados, mucho más numerosa que la romana. Después de devastar los 2
campos del enemigo y vencer en el combate a los que le salieron al paso, condujo el ejército contra los llamados pomptinos, que habitaban la ciudad de Suesa[80], que parecían ser más prósperos que ninguno de sus vecinos y que, por su enorme fortuna, resultaban a todos molestos e insoportables. Los acusaba de ciertas rapiñas y robos, sobre los que habían dado altaneras respuestas cuando se les pidió una satisfacción. Pero ellos estaban esperando la guerra preparados y en armas. Tarquinio entabló combate con ellos en la frontera de 3
su territorio, mató a muchos y a los restantes los puso en fuga y los obligó a encerrarse dentro de las murallas. Como ya no se aventuraban fuera de la ciudad, levantó frente a ella el campamento y, tras protegerlo con una fosa y rodearlo con una empalizada, lanzaba continuos ataques contra las murallas. Los de dentro, mientras tanto, resistían y durante mucho tiempo soportaron las penalidades del sitio, pero, cuando empezaron a faltarles las provisiones, sus cuerpos se debilitaron y, como no recibían ninguna ayuda, ni tenían descanso alguno, sino que los mismos hombres soportaban las fatigas día y noche, fueron vencidos por la fuerza.

---

[80] *Suessa Pometia*, ciudad volsca en el primitivo Lacio (¿cerca de la moderna Cisterna?). Dio su nombre a la llanura pomptina *(ager pomptinus)*. Roma la destruyó hacia el 495 a. C. y no se reconstruyó.

4 Tarquinio, dueño ya de la ciudad, dio muerte a los que opusieron resistencia, y en cuanto a sus mujeres e hijos, a los que se dejaron hacer prisioneros y a una multitud de esclavos cuyo número era difícil de calcular, permitió a sus soldados que se los llevaran y les permitió asimismo que se llevaran como botín todas las demás posesiones de la ciudad que encontraron dentro de las murallas y en los campos. Reunió en un lugar toda la plata y el oro encontrados y, tras separar la décima parte para la construcción de un templo[81], distribuyó
5 entre los soldados el resto de las riquezas. Tal era la cantidad de oro y plata que quedó, que cada soldado recibió cinco minas de plata y la décima parte reservada a los dioses no era inferior a cuatrocientos talentos[82].

Toma de Ereto

51 Todavía estaba entretenido en Suesa cuando se presentó un hombre con la noticia de que lo mejor de la juventud sabina había salido en expedición e invadido con dos grandes ejércitos el territorio de los romanos, cuyos campos estaba saqueando. Uno había acampado cerca de Ereto; el otro, en las cercanías de Fidenas[83], y, si ninguna fuerza les hacía
2 frente, todo lo que allí había se perdería. Al oír esto, deja en Suesa una pequeña parte del ejército con orden de vigilar el botín y la impedimenta, y, tomando el resto de las fuerzas, libre de carga, lo conduce contra los que estaban acampados junto a Ereto y coloca el campamento en un alto dejando poco terreno entremedias. Los generales sabinos, que habían mandado llamar al ejército que estaba en Fidenas, decidieron dar batalla al amanecer. Tarquinio se enteró de sus intenciones

[81] El templo de Júpiter, Juno y Minerva en el Capitolio. Véase IV 59, 61.

[82] Véase nota a III 67, 5.

[83] *Fidenae.* Véase II 53, 2 y sigs. y nota.

(pues se capturó al mensajero que llevaba la carta de los generales de aquí a los de allá) y ante esta afortunada circunstancia se valió de la siguiente estratagema: di- 3
vidió el ejército en dos partes y durante la noche, sin que los enemigos se apercibieran, envió a una de ellas al camino que viene de Fidenas; la otra, en cuanto se hizo de día, la colocó en orden de combate y la hizo salir del campamento como para presentar batalla. Los sabinos, confiados al ver que los enemigos eran pocos y en la creencia de que su ejército de Fidenas estaba a punto de llegar, salieron a su encuentro. Así pues, éstos, colocados en formación, comenzaron a luchar y durante mucho tiempo la batalla estuvo indecisa; pero los hombres que Tarquinio había enviado previamente durante la noche regresaron del camino, se situaron a espalda de los sabinos y atacaron. Al verlos los sabinos y 4
reconocerlos por las armas, intentaron salvar sus vidas. Pero para la mayoría no había salvación posible, pues estaban rodeados por los enemigos, y la caballería romana, hostigando por todas partes, los cercaba. De modo que unos pocos se dieron prisa suficiente para escapar de la catástrofe, pero la mayoría murió a manos de los enemigos o se entregó. Tampoco opusieron resistencia los que habían quedado en el campamento, sino que la fortificación fue tomada al primer asalto. Allí además de los propios bienes de los sabinos, también fueron recuperadas, junto con muchos prisioneros, y devueltas a quienes las habían perdido, todas las pertenencias de los romanos, todavía intactas.

Fin de la guerra

Tarquinio, una vez que su primera 52
tentativa resultó como había planeado, reunió sus fuerzas y las condujo contra los sabinos acampados en Fidenas, que todavía no conocían la derrota de los suyos. Dio la casualidad de que también ellos habían salido de su campamento y se encontraban ya en

camino. Cuando estuvieron cerca y vieron las cabezas de sus generales clavadas en las lanzas (pues los romanos las llevaban delante para impresionar a sus enemigos), comprendieron que su otro ejército había sido aniquilado y ya no realizaron ninguna acción valerosa sino
2 que se rindieron entre súplicas y ruegos. Después de perder sus dos ejércitos de forma tan vergonzosa y cobarde, los sabinos vieron muy reducidas sus esperanzas y, temerosos de que sus ciudades fueran tomadas por asalto, enviaron embajadores para negociar la paz y se avinieron a someterse a Tarquinio y a pagar un tributo en adelante. Así pues, Tarquinio concluyó la guerra contra ellos y, tras recibir la sumisión de las ciudades en las mismas condiciones, marchó hacia Suesa. Desde allí, una vez recogida la tropa que había dejado, el botín y el resto de la impedimenta, se dirigió a Roma a la ca-
3 beza de un ejército cargado de riquezas. Después de esta empresa llevó a cabo muchas incursiones en territorio volsco, unas veces con todo el ejército, otras con una parte, y se adueñó de un abundante botín. Pero cuando la mayoría de sus proyectos estaba resultando de acuerdo con sus planes, estalló, provocada por sus vecinos, una guerra de larga duración (pues se luchó ininterrumpidamente durante siete años) e importante por sus duros e inesperados padecimientos. Referiré con brevedad por qué causas se inició y cómo terminó, ya que se concluyó mediante un fraudulento engaño y una estratagema insólita.

Guerra con los gabinos

53 Había una ciudad latina, fundada por los albanos, que distaba cien estadios de Roma y estaba situada en el camino que lleva a Preneste. Su nombre era Gabios[84]. En la actualidad ya no está habitada toda ella, sino sólo las partes que están provistas de posadas junto al camino; pero entonces era

[84] *Gabii.* Véase I 84, 5 y nota.

grande y populosa como pocas. Se puede comprobar su tamaño e importancia contemplando las ruinas de sus edificios en muchos lugares y el contorno de las murallas, pues todavía está en pie la mayor parte de ellas.
2 En esta ciudad habían confluido algunos de los pomptinos huidos de Suesa cuando Tarquinio tomó su ciudad, y muchos de los desterrados de Roma. Estos hombres imploraron y suplicaron a los gabinos[85] que los vengasen y, con la promesa de muchos regalos si los hacían regresar a sus propiedades, manifestando que la destrucción del tirano era posible y fácil, pues también colaboraría la gente de la ciudad, y con el apoyo de los volscos (pues también éstos habían enviado embajadores para pedir una alianza), los convencieron de que emprendieran la guerra contra Tarquinio. Después de esto, se produjeron mutuas incursiones y ataques con grandes ejércitos contra sus territorios y, como era de esperar, se entablaron batallas, unas veces con fuerzas reducidas, otras con todos los efectivos. En estas batallas muchas veces eran los gabinos los que hacían huir a los romanos hasta sus murallas, mataban a muchos y saqueaban impunemente su territorio; pero otras muchas veces eran los romanos los que rechazaban a los gabinos, los obligaban a encerrarse en su ciudad y se llevaban esclavos y abundante botín.

54 Como estas acciones se sucedían continuamente, unos y otros se vieron obligados a fortificar los lugares seguros del territorio y a establecer en ellos una guarnición para refugio de los campesinos; desde allí bajaban agrupados y aniquilaban las bandas de ladrones y cualquier pequeño destacamento que viesen alejado del grueso de un ejército y desordenados por un exceso de confianza, como era natural en expediciones de forraje. También se vieron obligados ambos bandos a proteger con una fosa y a mejorar los muros de las ciudades más vulne-

[85] Habitantes de Gabios.

rables y fáciles de tomar por medio de escalas, por te-
2 mor a los ataques imprevistos del contrario. Tarquinio era especialmente activo en esta tarea y empleó un gran número de obreros en fortalecer la parte de las murallas que mira hacia los gabinos ensanchando el foso, elevando los muros y colocando torres a intervalos más cortos, pues por esta parte la ciudad parecía estar peor fortificada, mientras que todo el resto de la muralla era
3 bastante seguro y de difícil acceso. Pero iba a producirse en ambas ciudades una escasez de todo tipo de alimentos y un terrible desánimo en lo que respectaba al futuro, como suele sucederles a todas las ciudades durante las guerras prolongadas, cuando la tierra está devastada por los continuos ataques del enemigo y ya no produce fruto. La falta de provisiones fue más agobiante para los romanos que para los gabinos, y los más pobres entre ellos, que eran los que estaban en peor situación, opinaban que era necesario llegar a un acuerdo con los gabinos y poner fin a la guerra en los términos que aquéllos quisieran.

Estratagema de Sexto Tarquinio y victoria sobre Gabios

55 Cuando Tarquinio, agobiado por los acontecimientos, por una parte se resistía a poner fin a la guerra en términos poco honrosos, pero por otra no podía aguantar más pese a maquinar todo tipo de estratagemas y tramar engaños de toda clase, el mayor de sus hijos, llamado Sexto, le comunicó en privado su plan [86]. Consideraba Sexto que la estratagema que pretendía poner en práctica era arriesgada y bastante peligrosa, pero no imposible, y Tarquinio le per-
2 mitió hacer todo lo que quería. Sexto entonces fingió tener diferencias con él acerca de la guerra y, después de ser azotado con varas en el Foro y recibir otros ul-

[86] La historia de Sexto Tarquinio es idéntica a la que cuenta Heródoto (III 154 y sigs.) de Zópiro, recibido por los babilonios que asediaba Darío.

trajes a manos de su padre, de modo que la noticia se divulgó, en primer lugar envió a sus más fieles amigos como desertores para comunicar en secreto a los gabinos que había decidido acudir a su lado y luchar contra su padre si recibía garantías de que lo protegerían igual que a los demás fugitivos de Roma, y no lo entregarían a su padre con la esperanza de poner fin a sus enemistades privadas en su propio beneficio. Como los gabi- 3
nos escucharon la propuesta con satisfacción y convinieron en no hacerle ningún mal, se presentó como desertor acompañado de numerosos amigos y clientes para que creyeran más fácilmente que la rebelión contra su padre era sincera, y llevó consigo una gran cantidad de oro y plata. Después de esto, fueron reuniéndose con él muchos de la ciudad que fingían huir de la tiranía, y ya había en torno suyo un grupo numeroso. Los ga- 4
binos creían haber logrado una gran ventaja con tantos hombres como se habían pasado a ellos, y esperaban tener en breve sometida a Roma. Y todavía estaban más engañados por los continuos ataques que llevaba a cabo el hijo rebelde contra el territorio de su padre y el abundante botín que cogía (pues su padre, como conocía de antemano los lugares a los que iba a ir, le preparaba un botín abundante, le dejaba los territorios sin vigilancia y continuamente le enviaba, para que los matara, ciudadanos elegidos entre los que le infundían sospechas). Los gabinos, como por todo ello lo consideraban un fiel amigo y un buen general, y además muchos se habían dejado sobornar por sus riquezas, lo promovieron al mando supremo.

Cuando con trampa y engaño se hubo hecho con tan 56
gran poder, Sexto, sin que lo advirtieran los gabinos, envió a uno de sus criados a su padre para que le diera noticia del poder que había obtenido y le preguntara qué debía hacer. Tarquinio, como no quería que el criado se enterara de lo que ordenaba hacer a su hijo, con-

dujo al mensajero al jardín que había junto a palacio. Allí crecían adormideras cargadas ya de fruto y listas para la recolección. Avanzó por en medio de ellas y a su paso iba arrancando a golpes de bastón la cabeza
3 de todas las adormideras que sobresalían. Después de hacer esto, despachó al mensajero sin haberle dado respuesta alguna a sus repetidas preguntas, imitando, según creo, la idea de Trasíbulo de Mileto; pues también aquél, cuando en cierta ocasión Periandro, tirano de Corinto, le preguntó por medio de un mensajero cómo podría mantener su poder con absoluta firmeza, no le envió ninguna respuesta de palabra, sino que ordenó al mensajero que le siguiera, lo condujo a través de un labrantío sembrado de trigo y, cortando las espigas que sobresalían, las iba arrojando al suelo, dando a entender con esto que debía reprimir y eliminar a los ciu-
4 dadanos más sobresalientes [87]. Así pues, en aquella ocasión, Tarquinio actuó de modo semejante, y Sexto comprendió el plan de su padre: le ordenaba matar a los gabinos destacados. Convocó al pueblo en asamblea y pronunció un largo discurso sobre sí mismo en el que dijo que, a pesar de estar acogido, junto con sus compañeros, a las garantías que les habían dado, corría el peligro de que ciertas personas lo cogieran y lo entregaran a su padre; que estaba dispuesto a dejar el mando y que deseaba marcharse de la ciudad antes de que le sucediera ninguna desgracia. Y al tiempo que decía esto, lloraba y lamentaba su suerte, como quien realmente está angustiado por su vida.

57 Cuando la multitud se excitó y preguntaba con mucha insistencia quiénes eran los que tenían intención de traicionarlo, Sexto nombró a Antiscio Petro, que se había convertido en el más distinguido de todos los ciu-

[87] La anécdota de Trasíbulo y Periandro aparece narrada en Heródoto (V 92). Livio (I 54, 5, 8) cuenta el hecho sin mencionar que siguiera este ejemplo.

dadanos tanto por sus numerosas y justas medidas de gobierno en tiempo de paz como por las expediciones militares que había dirigido. El hombre se defendió y como se mostró dispuesto a someterse a todo tipo de investigación, ya que tenía conciencia de no haber hecho nada, Sexto dijo que quería enviar a otras personas a registrar su casa, y que él permanecería en la asamblea en compañía de Petro hasta que regresaran las personas enviadas. Resultaba que había sobornado con 2
plata a algunos de sus criados para que cogieran y colocaran dentro de la casa una carta preparada para su ruina que llevaba el sello de su padre[88]. Cuando los enviados para el registro (pues Petro no puso objeción alguna y permitió que inspeccionaran la casa), tras encontrar allí la carta escondida, se presentaron en la asamblea llevando, entre otras muchas cartas selladas, también la dirigida a Antiscio, Sexto dijo que reconocía el sello de su padre, la abrió, la entregó al secretario y le ordenó que la leyera. En ella estaba escrito que Petro 3
le entregaría al hijo, preferentemente vivo, pero si esto no fuera posible, le cortaría la cabeza y se la enviaría. Cuando lo hicieran, aparte de las otras recompensas ya prometidas por el trabajo, les concedería a él y a sus colaboradores la ciudadanía romana, los incluiría a todos en el número de los patricios y además les daría casa, lotes de tierra y otros muchos y grandes obsequios. Los gabinos, irritados por esta revelación, mataron a 4
pedradas a Antiscio, perplejo ante la inesperada desventura, y que en su desgracia ni siquiera pudo pronunciar una palabra, y confiaron a Sexto la búsqueda y castigo de los demás cómplices de Petro. Sexto, para que no se le escapara ninguno de los inculpados, encomendó a sus compañeros la custodia de las puertas de la ciu-

[88] El método es muy parecido al que ha empleado su padre para deshacerse de Turno Herdonio (IV 45, 48).

dad y, enviándolos a las casas de los más ilustres varones, hizo asesinar a muchos y honrados gabinos.

58 Mientras se producían estos hechos y había en la ciudad una gran agitación, como es natural ante semejante infortunio, Tarquinio, enterado por carta de lo que sucedía, se presentó con el ejército. A media noche llegó a las cercanías de la ciudad y, abriéndoles las puertas lo que habían sido dispuestos para ello, entró y sin es-
2 fuerzo alguno se hizo dueño de la ciudad. Cuando se conoció la desgracia, todos se lamentaban de las calamidades que iban a padecer, pues esperaban muertes, esclavitud y todos los terribles infortunios que sobrevienen a quienes caen en poder de un tirano, y, en el mejor de los casos, se veían ya condenados a servidumbre, privación de bienes y penas semejantes. Sin embargo, Tarquinio no hizo nada de lo que esperaban y temían, a pesar de ser de temperamento cruel e inexo-
3 rable en los castigos de los enemigos. En efecto, no dio muerte ni desterró de la ciudad a ningún gabino, ni lo castigó con la privación de sus derechos de ciudadano o de sus bienes, sino que convocó al pueblo a una asamblea y, cambiando el comportamiento de tirano por el de un rey, dijo que les devolvía su ciudad, les permitía conservar sus pertenencias y, junto con esto, les concedía a todos los mismos derechos que a los romanos. Esto no lo hacía por benevolencia hacia los gabinos, sino para retener con mayor firmeza el dominio de Roma, pues consideraba que la más poderosa protección para él y para sus hijos era la lealtad de quienes, en contra de sus temores, habían salvado sus vidas y recobrado
4 todos sus bienes. Y para que no albergasen ya ningún temor con respecto al futuro ni dudasen sobre la firme permanencia de estas medidas, redactó los términos legales por los que se convertirían en amigos e inmediatamente llevó a cabo en la asamblea las ceremonias co-

rrespondientes y prestó juramento sobre las víctimas del sacrificio. De estos tratados hay en Roma un recuerdo en el templo de Dio Fidio, al que los romanos llaman Sanco [89]; se trata de un escudo de madera recubierto con la piel del buey sacrificado en aquella ocasión para ratificar los tratados, que lleva inscritos, en antiguos caracteres, los términos de estos acuerdos. Después de dejar resueltos estos asuntos y de nombrar rey de los gabinos a su hijo Sexto, retiró el ejército. Tal fue el desenlace de la guerra con los gabinos.

Construcción del templo de Júpiter, Juno y Minerva. Presagio favorable para Roma

Después de esta empresa, Tarquinio 59
dejó descansar al pueblo de campañas militares y de guerras y se dedicó a la construcción de los templos en su deseo de cumplir los votos de su abuelo. En efecto, aquél, cuando sostenía la última guerra contra los sabinos, prometió a Júpiter, Juno y Minerva erigirles templos si ganaba la batalla. Preparó, con grandes terraplenes y muros de contención, la elevación donde pensaba asentar a los dioses, como dije en el libro precedente [90], pero no tuvo tiempo de llevar a término la construcción de los templos. Tarquinio había decidido terminar esta obra con la décima parte del botín de Suesa, para lo cual puso
a trabajar en ella a todos los artesanos. Se dice que en- 2
tonces sucedió un asombroso prodigio bajo tierra: cuando cavaban los cimientos y ya la excavación había llegado a una gran profundidad, apareció la cabeza de un hombre recién degollado que tenía el rostro igual al de una persona viva, con la sangre que fluía del corte toda-
vía caliente [91]. Tarquinio, al ver este prodigio, ordenó 3

[89] Véase II 49, 2 y nota.
[90] Véase III 69 y nota.
[91] Literalmente dice «fresca y caliente».

a los trabajadores suspender la excavación, convocó a los adivinos locales y les preguntó qué quería dar a entender. Como ninguno se lo aclaró, sino que concedieron a los tirrenos la superioridad en el conocimiento de estos temas, Tarquinio les preguntó y, tras averiguar cuál era entre los tirrenos el más célebre intérprete de prodigios, envió a los más distinguidos ciudadanos como embajadores ante él.

60 Cuando estos hombres llegaron a la casa del adivino, se encontraron a un muchacho que salía. Le dijeron que eran embajadores de Roma que querían hablar con el adivino y le pidieron que los anunciara. El joven dijo: «La persona con la que deseáis hablar es mi padre. En este momento está ocupado, pero en seguida podréis
2 presentaros ante él. Mientras lo esperáis, explicadme a mí el motivo que os ha traído, porque, si a causa de vuestra inexperiencia fuerais a cometer algún error al hacer la pregunta, llevaréis ventaja porque yo os enseñaré a no equivocaros; pues la formulación correcta de la pregunta no es una parte desdeñable en las reglas del arte adivinatoria». A los hombres les pareció bien hacerlo así y le contaron el prodigio. Él, después de oírlo y tras una breve pausa, dijo: «Escuchad, romanos. Mi padre os interpretará el prodigio y en nada os mentirá, pues eso es algo que no le está permitido a un adivino. Pero para que no erréis ni os engañéis al preguntar o al responder a sus preguntas (pues para vosotros es importante conocer de antemano estas cuestiones), os
3 voy a enseñar. Cuando le hayáis relatado el prodigio, dirá que no entiende con exactitud lo que decís y dibujará con su bastón en la tierra un círculo más o menos grande. Luego os dirá: «Ésta es la colina Tarpeya[92], esta parte de aquí es la que mira a oriente, ésta, la que

[92] El Capitolio. Véase III 69, 4.

mira a occidente, ésta es la parte norte, y la contraria,
la sur». Señalándolas con el bastón os preguntará en 4
cuál de esas partes se ha encontrado la cabeza. Pues bien, ¿qué os aconsejo responder? No admitáis que el prodigio se ha encontrado en ninguno de los lugares que él os pregunta señalando con el bastón. Decid que ha aparecido en Roma, entre vosotros, en la colina Tarpeya. Si tenéis cuidado de reponder de este modo y no os dejáis engañar por él, se dará cuenta de que no es posible cambiar el destino y os interpretará, sin ocultar nada, lo que quiere decir el prodigio».

Los embajadores, tras recibir esta información, cuan- 61
do el anciano estuvo libre y un criado fue a buscarlos, entraron y narraron el prodigio al adivino. Éste trató de confundirlos, trazó sobre la tierra unas líneas circulares, y luego otras rectas, y en cada lugar iba haciendo las preguntas acerca del hallazgo. Pero los embajadores, con tranquilidad, se mantenían en la misma respuesta, como les había sugerido el hijo del adivino, nombrando siempre a Roma y a la colina Tarpeya y le rogaban que no se apropiara de la señal y que hablara del
modo más noble y justo. El adivino, al no poder enga- 2
ñarlos ni apropiarse del presagio, les dijo: «Romanos, decid a vuestros conciudadanos que está determinado por el destino que ese lugar donde habéis encontrado la cabeza llegue a ser cabeza de toda Italia» [93]. Desde entonces la colina se llama Capitolio por la cabeza en-

[93] El empleo del nombre de Italia es anacrónico en boca del adivino. Dionisio se está refiriendo a lo que se entiende por Italia en su época, no en la de Tarquinio. Originariamente el nombre de Italia estaba restringido a la mitad sur de la puntera. Hacia el 450 a. C. se aplicaba a la región posteriormente habitada por los *Brutii*. Hacia el 400 abarcaba también Lucania. Campania fue incluida después del 325 y, en tiempos de Pirro, era todo lo que estaba al Sur de Liguria y la Galia Cisalpina; esta última sólo fue oficialmente incorporada en tiempos de Augusto.

contrada en ella, pues los romanos llaman *capita* a las
3 cabezas. Tarquinio, cuando oyó esta noticia de los embajadores, puso a trabajar a los artesanos; pero, aunque construyó la mayor parte del templo, no tuvo tiempo de completar la obra entera, pues cayó del poder demasiado pronto. Sin embargo, la ciudad de Roma llevó el templo a término en el tercer consulado[94]. Se construyó sobre un alto zócalo, su contorno medía ocho pletros, y cada lado doscientos pies aproximadamente. Alguno podría encontrar pequeña la diferencia entre el largo y el ancho, pues en total no llegaba a quince pies.
4 El templo que fue construido en tiempos de nuestros padres, después del incendio de éste, fue erigido sobre los mismos cimientos, y sólo difería del antiguo en la riqueza de los materiales. Estaba rodeado por tres hileras de columnas en la parte frontal orientada al mediodía y una hilera simple en los laterales. En su interior había tres recintos paralelos separados por paredes comunes, en medio el de Júpiter, y a uno y otro lado el de Juno y el de Minerva, cubiertos los tres por un solo frontón y un solo techo.

Los libros sibilinos

62 Se cuenta que durante el reinado de Tarquinio[95] aconteció para la ciudad de Roma otro afortunado y muy admirable suceso, regalo de la benevolencia de algún dios o divinidad, y que no durante poco tiempo, sino muchas veces durante toda la
2 vida de la ciudad, la ha salvado de grandes males. Cierta

[94] Según Livio (II 8, 68), el templo fue dedicado en el primer año de la República. La plataforma original del templo (56,85 m. × 61,60 m.) todavía existe; pero el templo original se quemó en el 83 a. C.). El nuevo templo de Lutacio Cátulo (69 a. C.), renovado y reparado por Augusto en el 26 y 9 a. C., se quemó en el 69 d. C. En el 80 d. C. se incendió el de Vespasiano. El último edificio fue dedicado dos años después de Domiciano. Fue saqueado por Genserico en el 455 d. C.

[95] Unos escritores sitúan este hecho en el reinado de Tarquinio el Soberbio y otros en el de Tarquinio Prisco.

mujer extranjera se presentó ante el tirano con el deseo
de vender nueve libros llenos de oráculos sibilinos [96].
Como Tarquinio no consideró conveniente comprar los
libros al precio que pedía, la mujer se marchó y quemó
tres de ellos. No mucho tiempo después, trajo los seis
restantes e intentó venderlos al mismo precio. Como se
la consideró loca y fue objeto de burlas por pedir por
menos libros el mismo precio que antes no había conse-
guido cobrar por más, se marchó otra vez, quemó la
mitad de los libros que le quedaban y, llevando los tres
restantes, pidió la misma cantidad. Tarquinio, admira- 3
do de la resolución de la mujer, hizo llamar a los augu-
res, les expuso el asunto y les preguntó qué debía ha-
cer. Ellos, que por ciertos indicios se dieron cuenta de
que se había rechazado un bien enviado por los dioses,
declararon que era una gran desgracia que no hubiera
comprado todos los libros y le aconsejaron pagar a la
mujer el dinero que pedía y adquirir los oráculos que
quedaban. La mujer entregó los libros y, después de re-
comendar que los custodiaran celosamente, desapare-
ció de entre los hombres. Por su parte, Tarquinio, tras
elegir a dos ciudadanos ilustres y asignarles dos escla-
vos públicos, les confió la custodia de los libros. A uno
de los hombres, Marco Atilio, hallado culpable de des-
lealtad, después de haber sido denunciado por uno de
los esclavos, lo arrojó al mar, como a un parricida [97],
dentro de un saco de cuero cosido. Tras la expulsión 5
de los reyes, la ciudad asume el cuidado de los oráculos
y designa para su custodia a los ciudadanos más distin-
guidos, que desempeñan este cargo de por vida y que-
dan exentos de prestaciones militares y de cualquier otra

[96] Recopilación de oráculos atribuidos a la Sibila de Cumas.

[97] La palabra *parricidium* se empleaba también, como aquí, para la traición a la patria. A los que se hallaba culpables de este crimen se les castigaba metiéndolos en un saco de cuero cosido con un perro, un gallo, una víbora y una avispa dentro y arrojándolos al mar.

obligación ciudadana, y les asigna esclavos públicos en cuya ausencia no se permite a los hombres consultar los oráculos. En una palabra, los romanos no guardan nada, ni sagrado ni profano, con tanto cuidado como los oráculos de la Sibila. Los consultan, por orden del Senado, cuando una revuelta se apodera de la ciudad, cuando en una guerra sobreviene una gran catástrofe o, como muchas veces ha sucedido, cuando se les aparecen grandes prodigios o visiones de difícil interpretación. Estos oráculos, hasta la llamada guerra marsia [98], permanecieron bajo tierra en el templo de Júpiter Capitolino, en una urna de piedra, vigilados por diez hom-
6 bres [99]. Cuando el templo se incendió después de la CLXXIII Olimpiada (83 a. C.), bien intencionadamente, según creen algunos, bien por accidente, el fuego destruyó los oráculos junto con las otras ofrendas consagradas al dios. Los que ahora existen se han recogido en muchos lugares, unos en las ciudades de Italia, otros en Eritras, en Asia, pues por orden del Senado se enviaron tres embajadores para copiarlos; algunos proceden de otras ciudades y fueron transcritos por particulares [100]. En estos oráculos se encuentran algunos interpolados entre los sibilinos, pero éstos se reconocen por los llamados acrósticos [101]. Sigo lo que cuenta Terencio Varrón en su obra sobre la religión [102].

---

[98] La Guerra Social (91-88 a. C.).

[99] *Decemviri.* Estos diez hombres habían sustituido en el 397 a. C. a los dos *(duoviri)* de los primeros tiempos. Después de Sila, fueron quince *(quindecimviri sacris faciundis).* César elevó su número a dieciséis, y durante el Imperio eran corrientes los supernumerarios.

[100] Después de su destrucción en el incendio, se recogió una nueva colección de diversas procedencias que fue expurgada en tiempos de Augusto de los elementos que se suponían apócrifos. El nuevo ejemplar quedó depositado en el templo de Apolo en el Palatino. A la cultura judeo-helenística y posteriormente a la influencia cristiana se deben muchas falsificaciones.

[101] Los oráculos estaban escritos en hexámetros griegos. Los que se consideraban auténticos estaban compuestos como acrósticos, es de-

Fundación de Signia y Circeyos. Augurios desfavorables para Tarquinio

63 Tarquinio fundó también dos ciudades: la llamada Signia [103], de una manera casual, sin que existiera un plan previo, pues los soldados, al establecer en el lugar sus cuarteles de invierno, dispusieron el campamento de tal modo que en nada se diferenciaba de una ciudad; Circeyos [104], en cambio, de acuerdo con un plan establecido, porque el lugar estaba ventajosamente situado con respecto a la llanura pomptina [105], la mayor de todas las llanuras del territorio latino, y con respecto al mar que la baña (pues se trata de un promontorio bastante elevado, semejante a una península, situado sobre el mar Tirreno, donde una tradición cuenta que vivió Circe, la hija del Sol [106]). Asignó estas dos colonias a dos de sus hijos como fundadores, Circeyos a Arrunte y Signia a Tito. Después de haber llevado a cabo todo esto en la guerra y en la paz, cuando ya no sentía ningún temor con respecto al poder, fue expulsado de él y de la ciudad a causa de un ultraje que Sexto, su hijo mayor, cometió contra una mujer casada, a la que llevó a la muerte. Esta desgracia que iba a sobrevenir a su casa le había sido anunciada previamente por la divinidad entre otros muchos augurios, con éste que fue el último: unas águilas que 2
llegaron en primavera al jardín que había al lado del

cir, las iniciales de los versos formaban las palabras del primer verso (o de los primeros versos, probablemente, si el oráculo era largo).

102 *Marcus Terentius Varro* (116-27 a. C.). Esta era la segunda parte (dieciséis libros) de la obra *Antiquitatum rerum humanarum et divinarum libri XLI* (47 a. C.), que no se ha conservado.

103 *Signia.* Moderna Segni. Situada en una posición defensiva en el ángulo N. E. de las montañas volscas, en el Lacio.

104 *Circeii.* En la costa, al sur de Roma. Originariamente era el límite sur del Lacio.

105 *Ager pomptinus.* Véase nota a II 49, 5.

106 La leyenda tiene su origen en una etimología popular del nombre de la ciudad.

palacio, hicieron su nido en la copa de una palmera. Cuando estas águilas tenían todavía sin plumas a sus crías, una bandada de buitres voló contra el nido, lo destruyó, mató a las crías y, cuando las águilas regresaban de buscar alimento, las desgarraron, las golpearon
3 con las alas y las arrojaron de la palmera. Tarquinio, al conocer estos presagios, tomó precauciones para ver si podía escapar al destino, pero no pudo vencerlo, y fue expulsado del poder cuando los patricios, con el apoyo del pueblo, se pusieron contra él. Intentaré contar en pocas palabras quiénes fueron los que iniciaron el levantamiento y por qué medios llegaron al control de la situación.

Asedio de Ardea. Violación de Lucrecia

64 Tarquinio asediaba la ciudad de los ardeates con el pretexto de que acogía a los fugitivos de Roma y los ayudaba a regresar; pero la verdad era que se había lanzado contra ella por su riqueza, pues era la ciudad más próspera de Italia. Como los ardeates resistían valerosamente y el asedio se prolongaba mucho tiempo, tanto los romanos que estaban acampados, cansados por la duración de la guerra, como los de la ciudad, agotados por los impuestos, esta-
2 ban dispuestos a rebelarse si saltaba la chispa. En ese tiempo Sexto, el mayor de los hijos de Tarquinio, enviado por su padre a una ciudad llamada Colacia [107] para llevar a cabo ciertas gestiones militares, se alojó en casa de su pariente Lucio Tarquinio, apodado Colatino.
3 Fabio afirma que este hombre era hijo de Egerio [108], sobre el que ya he informado anteriormente que era sobrino del primer Tarquinio rey de Roma y que, nombrado gobernador de Colacia, por vivir en esa ciudad fue llamado Colatino y dejó este sobrenombre a sus descen-

[107] *Collatia.* Véase nota a III 50, 2.

[108] Véase III 50, 3. Livio (I 57, 6) lo considera hijo, como Fabio.

dientes. Yo, en cambio, estoy convencido de que tam-
bién[109] este hombre era nieto de Egerio, si es que te-
nía la misma edad que los hijos de Tarquinio, como Fa-
bio y los demás historiadores nos han transmitido.
De hecho, la cronología confirma mi suposición. Pues 4
bien, resulta que Colatino se encontraba por entonces
en el campamento, pero su mujer romana, hija de Lu-
crecio, un ilustre varón, lo agasajó, como correspondía
a un pariente de su marido, con gran solicitud y amabi-
lidad. Sexto trató de seducir a esta mujer, que era la
más hermosa y prudente de las mujeres de Roma, pues
ya desde hacía tiempo albergaba este deseo cada vez
que se alojaba en casa de su pariente, y entonces creyó
encontrar la ocasión apropiada. Después de la cena se 5
fue a acostar y esperó gran parte de la noche. Cuando
pensó que todos dormían, se levantó, fue a la habita-
ción en la que sabía que dormía Lucrecia y, sin que lo
advirtieran los esclavos que, apostados junto a las puer-
tas de la habitación, dormían, entró con una espada.

Se colocó junto al lecho, y la mujer, despertando al 65
oír el ruido, le preguntó quién era. Él le dijo su nom-
bre y le ordenó que guardara silencio y permaneciera
en la habitación, amenazándola de muerte si intentaba
huir o gritar. Tras asustar a la mujer de esta manera,
le presentó dos alternativas y le pidió que eligiera la
que prefiriera: una muerte deshonrosa o una vida feliz.
«Pues si consientes —dijo— en concederme tus favores, 2
te haré mi mujer y reinarás conmigo, ahora en la ciu-
dad que me ha dado mi padre y, después de su muerte,
sobre los romanos, los latinos, los tirrenos y demás pue-
blos sobre los que él gobierna, pues yo sé que heredaré
el reino de mi padre, como es justo por ser yo su hijo
mayor. Pero ¿qué necesidad hay de que te explique to-
dos los bienes de que disfrutan los reyes y que tú com-

[109] Igual que Tarquinio el Soberbio.

3 partirás conmigo, si los conoces perfectamente? Pero si por salvar tu virtud, tratas de oponer resistencia, te mataré y luego daré muerte a uno de los criados, colocaré juntos vuestros cuerpos y diré que te sorprendí realizando una acción vergonzosa con el esclavo y que me encargué de vengar la honra de mi pariente, de modo que tu muerte será indigna y deshonrosa, y tu cuerpo no recibirá sepultura ni ningún otro de los honores
4 acostumbrados». Después de repetir insistentemente sus amenazas y sus súplicas y de jurar muchas veces que decía la verdad con respecto a las dos opciones, por miedo a la vergüenza que rodearía su muerte, se vio forzada a ceder y a permitirle llevar a cabo lo que pretendía.

Muerte de Lucrecia

66 Cuando se hizo de día, Sexto regresó al campamento después de haber satisfecho su malvado y funesto deseo. Lucrecia, sin poder soportar lo sucedido, vestida de negro y con una daga oculta bajo la ropa, marchó a Roma [110] lo más rápidamente que pudo, sin decir una palabra a los que la saludaban a su paso, ni responder a quienes le preguntaban lo que le había sucedido, meditabunda, cabizbaja y con
2 los ojos llenos de lágrimas. Cuando entró en casa de su padre, donde casualmente estaban unos parientes, cayó a sus pies, se abrazó a sus rodillas y lloró sin proferir palabra hasta que su padre la levantó y le pidió que le contara lo que le había pasado. «Padre —dijo—, vengo a ti como suplicante, pues he sido víctima de un ultraje terrible e irreparable, para pedirte que me vengues y que no mires con indiferencia que tu hija haya
3 sufrido algo peor que la muerte». Él, al igual que todos los presentes, se quedó perplejo y le pidió que dijera

[110] Según Livio (I 58, 5), Lucrecia no va a Roma sino que hace acudir a Colacia a su padre y a su marido que estaban en Roma y Ardea respectivamente.

quién la había ultrajado y de qué clase de ultraje había sido objeto. «Pronto oirás mis desventuras, padre —dijo—, pero primero concédeme este favor que te pido: llama a cuantos amigos y parientes te sea posible para que escuchen de mí, que soy la que lo ha sufrido, y no de otros, el terrible suceso. Cuando conozcas la vergonzosa y terrible violencia a que me he visto sometida, decide con ellos de qué modo vas a vengarnos a ti y a mí; y no dejes pasar mucho tiempo».

Colatino y Bruto llegan a Roma y se enteran del suceso. Explicación del nombre de Bruto

Cuando, ante su urgente y apresu- 67
rado llamamiento, se congregaron en la casa los más señalados ciudadanos, como ella pedía, les refirió desde el principio todo lo sucedido. Después, tras abrazar a su padre, suplicar repetidamente a él y a quienes con él estaban y rogar a los dioses y divinidades que le concedieran una rápida partida de la vida, saca la daga que llevaba oculta bajo los vestidos y de una sola puñalada se atravesó el pecho hasta el corazón. El griterío de las mujeres, sus llantos y gol- 2
pes en el pecho invadieron la casa; el padre besaba y abrazaba el cuerpo de su hija, la llamaba por su nombre y se ocupaba de ella como si fuera a recuperarse de la herida, y ella, en sus brazos, se agitaba convulsivamente y agonizaba hasta que finalmente murió. Tan terrible y digno de compasión les pareció el suceso a los romanos presentes, que una voz unánime surgió de todos ellos: preferían mil veces morir por la libertad a permitir semejantes abusos de los tiranos. Entre ellos 3
estaba un tal Publio Valerio, hombre emprendedor y prudente, descendiente de uno de los sabinos que habían llegado a Roma junto con Tacio[111]. Enviaron a este hombre al campamento para contar lo sucedido al marido de Lucrecia y para que junto con él incitara al ejér-

[111] Véase II 36, 2 y sigs.

4 cito al levantamiento contra los tiranos. Acababa de salir por las puertas de la muralla cuando se encontró con él Colatino, que se dirigía a la ciudad procedente del campamento, ajeno a las desgracias que habían recaído sobre su casa. Con él iba Lucio Junio, apodado Bruto, nombre que traducido a nuestra lengua significa «tonto». Sobre este personaje, puesto que los romanos lo presentan como el máximo responsable de la expulsión de los tiranos, me será forzoso, antes de proseguir la narración, decir en pocas palabras quién era, quiénes eran sus padres y por qué motivo obtuvo ese sobrenombre que no le era nada apropiado.

68 Su padre era Marco Junio, descendiente de uno de los que, con Eneas, fundaron la colonia y que por su virtud se contaba entre los más ilustres romanos; su madre era Tarquinia, hija del primer rey Tarquinio. Disfrutó de los mejores cuidados y la mejor educación de su patria y poseía una naturaleza que no se oponía a
2 ninguna noble acción. Después de asesinar a Tulio, Tarquinio mató también, en secreto, junto con otros muchos y honrados ciudadanos, al padre de Bruto, no por ningún delito, sino inducido por el deseo de las riquezas que aquél poseía, heredadas de la fortuna favorable de que en otro tiempo gozaron sus antepasados. Con él dio muerte también al hijo mayor, que había dado muestras de poseer nobles sentimientos y que no habría permitido que la muerte de su padre quedara sin vengar. Bruto, que era joven todavía y carecía de toda ayuda familiar, puso en práctica el más sensato de todos los planes: fingir una falsa estupidez; y desde entonces continuó manteniendo su fingida estupidez, motivo por el cual recibió ese sobrenombre, hasta que consideró llegado el momento oportuno. Esta astucia lo salvó de sufrir ninguna desgracia a manos del tirano, mientras que muchos hombres nobles perecían.

En efecto, Tarquinio despreció en él su supuesta, que 69
no real, estupidez, lo despojó de todos los bienes paternos, suministrándole una pequeña cantidad para sus gastos diarios, y, como el niño era huérfano y estaba todavía en edad de necesitar un tutor, lo puso bajo su propia tutela y le permitió vivir con sus propios hijos, no para honrarlo por ser pariente suyo, como fingía ante los amigos, sino para que hiciera reír a los muchachos con las estupideces que decía y con las tonterías que,
como los tontos de verdad, hacía. Y cuando envió a sus 2
hijos Arrunte y Tito a consultar al oráculo de Delfos acerca de la epidemia deseando que la divinidad le revelara la causa y el remedio de la enfermedad, junto con los jóvenes, y a petición suya, envió también a Bruto para que pudieran burlarse de él y ultrajarlo (en efecto, durante su reinado minó la salud de las jóvenes y de los niños cierta enfermedad poco frecuente que había acabado con muchas vidas y que atacó con especial fuerza y sin esperanza de curación a las mujeres embarazadas, a las que hacía morir en el parto junto con
sus hijos recién nacidos). Los jóvenes llegaron al orácu- 3
lo y, después de obtener las respuestas por las que habían sido enviados, obsequiaron al dios con ofrendas y se rieron mucho de Bruto, porque ofreció a Apolo un bastón de madera (pero él, sin que nadie lo supiera, lo había agujereado todo como una flauta y había colocado en su interior una vara de oro). Después preguntaron al dios quién estaba destinado a heredar el mando sobre los romanos, y el dios les respondió que el pri-
mero que besara a su madre. Entonces los jóvenes, sin 4
entender el significado del oráculo, acordaron entre ellos besar a su madre al mismo tiempo, pues pretendían poseer el trono en común; pero Bruto, que había comprendido lo que quería decir el dios, tan pronto como puso el pie en Italia, se inclinó y besó la tierra, pues la consideraba madre común de todos los hombres. Tal había sido la vida de este hombre hasta entonces.

Bruto exhorta a los presentes a vengar a Lucrecia y liberarse del tirano

70 Cuando entonces escuchó a Valerio relatar lo sucedido a Lucrecia y su muerte, levantó las manos al cielo y exclamó: «¡Júpiter y dioses todos cuantos vigiláis la vida de los hombres! ¿Acaso ha llegado ya la ocasión que yo esperaba y por la que he llevado esta vida fingida? ¿Acaso está determinado por el destino que los romanos sean liberados por mí y gracias a mí de esta intolerable ti-
2 ranía?». Tras pronunciar estas palabras corrió a toda prisa a la casa en compañía de Colatino y Valerio. Cuando entraron y Colatino vio a Lucrecia que yacía en medio de la estancia y a su padre abrazado a ella, lanzó un gran gemido y rodeando con sus brazos a la muerta, comenzó a besarla, a llamarla por su nombre y a hablar con ella como si estuviera viva, pues la desgracia le ha-
3 bía hecho perder la razón. Se sucedían los grandes lamentos de Colatino y el padre y la casa entera estaba invadida de llantos y de quejidos, cuando Bruto, mirándolos, dijo: «Lucrecio, Colatino y todos vosotros, parientes de esta mujer, mil ocasiones tendréis de llorarla, pero ahora consideremos cómo vamos a vengarla, pues
4 el momento presente lo exige». Les pareció que lo que decía era oportuno y, haciendo salir a los criados y servidores, se sentaron solos y deliberaron sobre lo que debían hacer. Bruto, primero, empezó a hablar sobre sí mismo, explicando que la estupidez que muchos le atribuían no era real, sino fingida; y cuando declaró los motivos que le habían llevado a mantener esta ficción, se le tuvo por el más prudente de todos los hombres. Después trató de convencerlos para que todos tomaran unánimemente la decisión de expulsar a Tarquinio y a sus hijos de la ciudad, empleando para este fin muchos y convincentes argumentos. Cuando vio que todos eran de la misma opinión, dijo que no había necesidad de palabras y promesas, sino de hechos, si iba a suceder

lo que hacía falta; y añadió que él mismo los dirigiría. Después de pronunciar estas palabras, cogió la 5
daga con la que se había matado la mujer, se acercó al cadáver (pues todavía yacía a la vista de todos esa lamentable visión) y juró por Marte y por los demás dioses hacer todo cuanto pudiera para acabar con el poder de Tarquinio, y que no se reconciliaría con los tiranos ni toleraría que otros lo hicieran, sino que consideraría enemigo a quien no deseara lo mismo, y que odiaría a muerte la tiranía y a quienes la apoyaran. Y pidió que, si violaba el juramento, él y sus hijos tuvieran el mismo fin que Lucrecia.

Juran expulsar a Tarquinio. Plan de Bruto

Tras pronunciar estas palabras in- 71
vitó a todos los demás a que prestaran el mismo juramento, y ellos, sin vacilar ya, se pusieron en pie y tomando unos de otros la daga prestaron el juramento. Inmediatamente después de los juramentos, buscaron la manera de llevar a cabo su propósito. Bruto les sugirió lo siguiente: «En primer lugar, tengamos vigiladas las puertas de la muralla, para que Tarquinio no se entere de nada de lo que en la ciudad se dice o hace contra la tiranía antes de que nuestros preparativos estén listos. Luego, llevemos al Foro el cuerpo de 2
Lucrecia, tal como está, empapado en sangre, expongámoslo a la vista de todos y convoquemos al pueblo a una asamblea. Cuando se haya reunido y veamos que el Foro está lleno, que Lucrecio y Colatino se adelanten, cuenten todo lo sucedido y lamenten su suerte. Después 3
que todos los otros se presenten y que cada uno condene la tiranía y exhorte a los ciudadanos a la libertad. Esta exhortación coincidirá con el deseo de todos los romanos si nos ven a nosotros, los patricios, a la cabeza de la lucha por la libertad, pues han sufrido muchas calamidades de manos del tirano y sólo necesitan un pequeño pretexto. Y cuando tengamos al pueblo deseo-

so de poner fin a la monarquía, concedámosle la oportunidad de votar la no permanencia de Tarquinio como rey de los romanos y enviemos rápidamente a los del
4 campamento su decisión al respecto. También los que tienen las armas, si se enteran de que en la ciudad la situación es totalmente adversa a los tiranos, se mostrarán bien dispuestos a luchar por la libertad de su patria, pues ni los retienen ya los regalos, como antes, ni pueden soportar los ultrajes de los hijos y adulado-
5 res de Tarquinio». Cuando hubo terminado de hablar, tomó la palabra Valerio y dijo: «Creo que has hecho correctamente todas las demás consideraciones, Junio, pero en lo que respecta a la asamblea aún quiero saber quién será el que la convoque de acuerdo con las leyes y proponga la votación a las curias, pues ésta es una atribución de los magistrados y ninguno de nosotros os-
6 tenta magistratura alguna». Bruto tomó la palabra y le respondió: «Yo, Valerio, pues soy jefe de los *celeres*, y de acuerdo con las leyes me está permitido convocar una asamblea cuando quiera [112]. El tirano me concedió este importantísimo cargo en la creencia de que se lo entregaba a un idiota que ni conocía su poder ni, aunque lo conociera, lo utilizaría; y yo seré el primero en pronunciar un discurso contra el tirano».

[112] Según Mommsen esto es imposible. En la antigua constitución de Roma, un simple tribuno no tenía el derecho de convocar las curias. Es claro que ha querido colocarse la función de la República en un terreno legal y que se ha confundido al tribuno de los *celeres* (v. II 13, 2) con el jefe de la caballería *(magister equitum)*, que tuvo después una importancia mucho mayor. A consecuencia de su rango pretoriano tuvo éste, en efecto, autoridad para convocar las centurias; de aquí, por una nueva confusión, la convocatoria de las curias atribuida a Bruto.

Consideraciones sobre el futuro régimen de gobierno

Cuando escucharon esta declaración, 72
todos aplaudieron y le pidieron que, ya que había comenzado con una propuesta honorable y legal, expusiera el resto de su plan. Y él prosiguió: «Puesto que os parece bien actuar de esta manera, consideremos ahora qué poder gobernará la ciudad después del derrocamiento de los reyes, quién lo designará y, todavía antes, qué forma de gobierno instauraremos una vez libres del tirano; pues es preferible tener todas estas cuestiones decididas antes de emprender una acción de tamaña importancia, y no dejar nada sin examinar y consultar previamente. Por tanto, que cada uno de vosotros manifieste lo que piensa al respecto». A continuación se pro- 2
nunciaron muchos discursos por parte de numerosos oradores. A unos les parecía que debía establecerse de nuevo un régimen monárquico, y enumeraban los beneficios que habían dispensado a la ciudad todos los reyes anteriores. Otros opinaban que no había que volver a poner el gobierno en manos de un único monarca y exponían las injusticias tiránicas cometidas por otros muchos, y en último lugar por Tarquinio, contra sus compatriotas. Éstos opinaban que había que poner al frente de todos los asuntos de gobierno al consejo del Senado, como en muchas ciudades griegas. Otros recha- 3
zaban ambas formas de gobierno, aconsejaban establecer una democracia como en Atenas y, alegando los abusos y avaricia de la oligarquía y los levantamientos protagonizados por los humildes contra los poderosos, declaraban que para una comunidad libre la democracia era el régimen más seguro y conveniente [113].

Como la elección parecía a todos difícil y ardua, por 73
las desventajas que acompañaban a cada uno de los re-

---

[113] Nuevamente encontramos reminiscencias de Heródoto (HERÓD., III 80-82).

gímenes, Bruto tomó la palabra y dijo: «Lucrecio, Colatino y todos vosotros que estáis presentes, hombres nobles y de noble origen, yo no creo que en la actual situación debamos instaurar ningún régimen nuevo, pues el tiempo a que nos limitan los acontecimientos es breve y en él no es fácil cambiar la ordenación del Estado; además, el intento de cambio, aún en el caso de que acertáramos a tomar las mejores decisiones, es incierto y no exento de riesgo. Luego, cuando nos hayamos librado de la tiranía, nos será posible deliberar ya con mayor libertad y tiempo y elegir un gobierno bueno en lugar de uno malo, si es que hay alguno mejor que el que Rómulo, Pompilio y todos los reyes posteriores a ellos establecieron y nos han transmitido, y gracias al cual nuestra ciudad ha sido siempre grande y próspera
2 y gobierna sobre muchos hombres. Pero las penalidades que suelen acompañar a las monarquías, por cuya causa degeneran en una crueldad tiránica y por las que todos las rechazan, os aconsejo que las corrijáis ahora y toméis precauciones para que no vuelvan nunca a pre-
3 sentarse. ¿Y qué penalidades son éstas? En primer lugar, dado que la mayoría se fija en los nombres de las cosas y en virtud de ellos o aceptan algo que les perjudica o evitan lo que les beneficia, y que entre estos últimos resulta estar la monarquía, os aconsejo que cambiéis el nombre del régimen y que no llaméis más reyes ni monarcas a los que vayan a tener el poder supremo, sino que les deis un nombre más moderado y humano.
4 En segundo lugar, no hagáis que un solo criterio sea soberano en todos los asuntos, sino, por el contrario, confiad a dos hombres el poder real, como me he enterado que hacen los lacedemonios desde hace ya muchas generaciones, forma esta de gobierno por la que son los mejor gobernados y los más prósperos de todos los griegos. En efecto, al dividir el poder en dos y tener cada uno la misma fuerza, serán menos soberbios y orgullo-

sos. El mutuo respeto, el mutuo impedimento de vivir
entregados al placer y la rivalidad por conseguir una
reputación de virtud serían las principales consecuen-
cias de este honor y poder equitativamente repartidos.
»En cuanto a los muy numerosos atributos que se 74
dan a los reyes, creo que, si algunos son molestos y odio-
sos a los ojos de los más, debemos disminuir unos y
suprimir otros —me refiero a estos cetros, a las coro-
nas de oro y a los vestidos de púrpura y oro— excepto
en algunas festividades y en las procesiones triunfales,
ocasiones en que los llevarán en honor de los dioses,
pues a nadie molestará si esto ocurre de tarde en tarde.
En cambio, creo que hay que dejar a los hombres el
trono de marfil en el que se sientan para juzgar, la blan-
ca vestimenta bordeada de púrpura y las doce hachas
que los preceden en sus salidas. Hay, además de esto, 2
todavía otra cosa que creo que será la más útil de cuan-
tas he dicho y la principal causante de que los que reci-
ban el poder no cometan muchos errores: no permitir-
les gobernar vitaliciamente (pues un gobierno indefini-
do y no obligado a rendir cuentas de su actuación es
penoso para todos y de él nace la tiranía), sino limitar
a un año la duración del cargo, como sucede en Atenas.
El hecho de que una misma persona alternativamente 3
gobierne y sea gobernada, y sea desposeída del mando
antes de que su mente se corrompa, refrena a las natu-
ralezas audaces y no permite que el temperamento se
embriague con el poder. Si establecemos estas reformas,
nos será posible recoger los frutos buenos del régimen
monárquico y liberarnos de los males que lo acompañan.
Y para que también el nombre del poder real, que he- 4
mos heredado de nuestros padres y que entró en la ciu-
dad sancionado por los augurios favorables de los dio-
ses, se mantenga por su carácter sagrado, que se desig-
ne a un rey vitalicio encargado de los sacrificios [114],

[114] *Rex sacrorum* o *rex sacrificulus*.

que posea este honor durante toda la vida y que deje toda ocupación política y militar para tener como única función, al igual que el *basileús*[115] en Atenas, la dirección de los sacrificios y ninguna otra.

75 »Escuchad de qué modo se llevará a efecto cada una de estas medidas. Yo convocaré la asamblea, como he dicho, puesto que la ley me lo permite, y expondré el plan: desterrar a Tarquinio con sus hijos y su mujer de la ciudad y el territorio de Roma, y mantener alejados por siempre incluso a sus descendientes. Cuando los ciudadanos hayan dado su voto favorable al plan, les daré a conocer la forma de gobierno que proyectamos instaurar y elegiré un *interrex* que designe a los que habrán de recibir el gobierno, y yo mismo renun-
2 ciaré al mando de los céleres. El *interrex* por mí elegido, tras convocar una asamblea centuriada, nombrará a los que vayan a ocupar el gobierno por un año y concederá a los ciudadanos la posibilidad de emitir su voto acerca de ellos. Si a la mayoría de las centurias le parece bien ratificar la elección de esos hombres y los augurios con respecto a ellos son favorables, recibirán las hachas y demás atributos del poder real y se ocuparán de que habitemos un país libre y los Tarquinios no puedan regresar nunca a él, pues si no los vigilamos intentarán, lo sabéis bien, volver otra vez al poder por la persuasión, la fuerza, el engaño y cualquier otro procedimiento.

3 »Éstas son, pues, las más importantes y válidas medidas que ahora os puedo proponer y aconsejar. Los detalles, que son muchos y no fáciles de examinar ahora minuciosamente (pues nos vemos limitados por la precipitación del momento), creo que debemos dejarlos en

---

[115] El *basileús* era el segundo de los nueve arcontes de Atenas. Tenía a su cargo ciertos deberes religiosos, incluyendo los juicios por homicidio, y presidía el Areópago.

manos de quienes reciban el poder. Sin embargo, afir- 4
mo que estos hombres deben examinar todos los asuntos junto con el consejo del Senado, como hacían los reyes, no hacer nada sin contar con vosotros y llevar las decisiones del Senado ante el pueblo, como acostumbraban hacer nuestros antepasados, sin despojarlo de ninguna de las prerrogativas que tenía anteriormente. De esta manera desempeñarán su magistratura del modo más seguro y mejor».

Los conjurados aprueban el plan y lo exponen ante el pueblo

Cuando Junio Bruto hubo presenta- 76
do su plan, todos lo aprobaron. En seguida deliberaron acerca de las personas que tomarían el mando y decidieron designar *interrex* a Espurio Lucrecio, padre de la mujer que se había quitado la vida. Éste a su vez decidió nombrar a Lucio Junio Bruto y a Lucio Tarquinio Colatino para que ostentaran el poder
de los reyes. Dispusieron que esos magistrados fueran 2
llamados, en su lengua, *consules*. Este nombre, traducido a nuestra lengua, puede significar «consejeros» o «delegados», pues los romanos llaman *consilia* a los consejos. Con el tiempo los griegos los llamaron *hýpatoi* («los supremos») por la amplitud de su poder, ya que mandan sobre todos y ocupan el más alto lugar y los antiguos llamaban *hýpaton* a lo sobresaliente y elevado.
Una vez consultadas y fijadas estas cuestiones, tras su- 3
plicar a los dioses que los ayudaran en sus justas y piadosas aspiraciones, se dirigieron al Foro [116]. Los acompañaban los criados que portaban sobre un lecho recubierto de telas negras a la muerta, sin amortajar y empapada en sangre. Ordenaron que la colocaran ante el edificio del Senado en un lugar alto y visible y a continuación convocaron una asamblea del pueblo. Cuando 4
se hubo congregado no sólo la muchedumbre que en

[116] Livio (I 59, 3 y sigs.) hace conducir el cadáver al Foro de Colacia. La acción pasará a Roma más tarde.

aquel momento se encontraba en el Foro, sino también la que andaba dispersa por toda la ciudad (pues los heraldos habían ido por las calles convocando al pueblo para que acudiera al Foro), Bruto subió a la tribuna desde donde los que convocaban las asambleas acostumbraban a dirigirse al pueblo, y, tras colocar junto a él a los patricios, dijo lo siguiente:

77 «Voy a hablaros, ciudadanos, de asuntos vitales para el Estado, pero primero quiero decir unas breves palabras sobre mi persona. Sé, en efecto, que probablemente algunos o, más exactamente, muchos de vosotros pensaréis que tengo la cabeza trastornada, porque a pesar de ser un hombre de poca inteligencia y que necesita a alguien que vele por él, como un enfermo, me dispon-
2 go a hablar sobre asuntos de tanta importancia. Sabed ya que la común creencia que tenéis todos de que yo soy un tonto es falsa, y no ha sido creada por nadie más que por mí mismo. Lo que me obligó a vivir no como pedía mi naturaleza, ni como correspondía a mi persona, sino como quería Tarquinio y parecía conve-
3 nirme, fue el temor sobre mi vida. Tarquinio, cuando tomó el poder, mató a mi padre para quedarse con su muy considerable fortuna y asesinó secretamente a mi hermano mayor, que habría intentado vengar la muerte de nuestro padre, si no lo hubiera hecho desaparecer; y no estaba claro que me hubiera perdonado la vida a mí, que había quedado privado de mis más próximos familiares, si no hubiera fingido esta falsa estupidez.
4 Esta ficción, creída por el tirano, me libró de sufrir la misma suerte que ellos y me ha venido salvando hasta el día de hoy. Pero ahora, por primera vez después de veinticinco años de mantenerla, la depongo, puesto que ha llegado la ocasión que deseaba y aguardaba. Esto es todo lo que tenía que decir sobre mí.

78 »Las cuestiones de común interés por las que os he convocado a una asamblea, son las siguientes: los patri-

cios, reunidos, hemos tomado la decisión de despojar
del poder a Tarquinio, pues no se hizo con él conforme
a las leyes y costumbres de nuestros antepasados ni,
después de haberlo obtenido del modo que fuera, hace
de él un uso digno y propio de un rey, sino que supera
en arrogancia e ilegalidad a todos los tiranos de cual-
quier lugar y época. Hace tiempo que esta decisión era
necesaria, pero la tomamos ahora que la ocasión es pro-
picia; y a vosotros, plebeyos, os hemos convocado para
exponeros nuestra decisión y pediros que colaboréis con
nosotros en la lucha por conseguir para nuestra patria
la libertad de la que no pudimos gozar antes, desde que
Tarquinio se hizo con el poder, ni podremos hacerlo lue-
go, si ahora nos acobardamos. Si yo tuviera todo el tiem- 2
po que quisiera o fuera a hablar a gente que ignora los
hechos, explicaría todas las ocasiones en que el tirano
ha faltado a la ley, por las que sería justo que pereciera
no una, sino mil veces; pero, puesto que el tiempo que
me conceden las circunstancias es breve y en él es nece-
sario hablar poco y obrar mucho, y puesto que mis pa-
labras se dirigen a gente que ya conoce los hechos, os
recordaré sus actos más graves y notorios y que no ad-
miten justificación.

»Ciudadanos, éste es el Tarquinio que antes de to- 79
mar el poder asesinó con veneno a su propio hermano
Arrunte, que no quería ser un bellaco, contando, en ese
abominable delito, con la colaboración de la mujer de
éste, hermana de su propia esposa, con la que este ene-
migo de los dioses mantenía relaciones adúlteras ya ha-
cía tiempo. Éste es el hombre que, en los mismos días 2
y con el mismo veneno mató a su legítima y prudente
mujer, madre de sus hijos; y luego ni siquiera conside-
ró necesario desviar las acusaciones de los dos envene-
namientos, como si no hubiera sido él el culpable, adop-
tando una actitud compungida y una mínima aparien-
cia de dolor, sino que, casi al mismo tiempo que llevaba

a cabo estos increíbles actos, antes de que se hubieran apagado las llamas que habían acogido sus desdichados cuerpos, invitó a un banquete a los amigos, celebró su boda y condujo al lecho de su hermana a la novia asesina, sellando el nefando acuerdo que con ella había hecho. Y fue el primero y el único hombre que introdujo en la ciudad de Roma acciones impías, abominables y desconocidas en cualquier parte del territorio griego o
3 bárbaro. ¡Y qué actos, deplorables y terribles, llevó a cabo, hombres de la plebe, contra sus suegros, que estaban ya en el ocaso de sus vidas! A Servio Tulio, el mejor de los reyes y el que más beneficios os dispensó, lo asesinó a la vista de todos y no permitió que su cuerpo fuera honrado con el funeral y el entierro acostum-
4 brados. Y a Tarquinia, la mujer de Tulio, a la que debía honrar como a una madre, por ser hermana de su padre y haberse ocupado de él, la estranguló, a la desdichada, antes de que hubiera podido llorar a su difunto marido y tributarle los honores acostumbrados. Así trató a quienes lo habían salvado, en cuya casa se había criado, y a quienes iba a suceder cuando murieran, si hubiera esperado un poco hasta que la muerte les llegara de manera natural.

80 »Pero, ¿por qué lo censuro por tales delitos cuando, además de los cometidos contra sus parientes y suegros, puedo acusarlo de tantos contra su patria y contra todos nosotros, si es que hay que llamarlos delitos y no destrucción y desaparición de todas las leyes y costumbres? Por ejemplo, el trono, para empezar, ¿cómo lo obtuvo? ¿Acaso como los reyes que lo precedieron? ¿Có-
2 mo? Bien lejos estuvo de ello. Todos aquellos reyes fueron conducidos al trono por vosotros de acuerdo con las leyes y costumbres de la patria. Primero promulgaba un decreto el Senado, a quien se concedió el poder de tomar la primera decisión sobre todos los asuntos de Estado; a continuación se elegían unos *interreges* a

quienes el Senado encomendaba la designación del más
apto entre aquellos que reunían condiciones para el po-
der; después, el pueblo, en los comicios, daba el voto
con el que la ley quiere que sean sancionados todos los
asuntos de máxima importancia y, además de todo esto,
debían producirse augurios, presagios y demás señales
favorables, sin los cuales ningún cuidado ni preocupa-
ción humanas sería de utilidad. Y bien, ¿cuál de estos 3
requisitos sabe cualquiera de vosotros que tuviera lu-
gar cuando Tarquinio tomó el poder? ¿Cuál fue el de-
creto del Senado? ¿Cuál la decisión de los *interreges?*
¿Cuál la votación del pueblo? ¿Cuáles los augurios fa-
vorables? Y no digo ya todos estos requisitos, aunque
era necesario, al menos para que todo fuera bien, que
no se hubiera dejado de lado ninguna de nuestras cos-
tumbres legales, sino que si alguien puede mostrar que
se ha cumplido uno solo de ellos, no deseo acusarlo fal-
samente de omisión de las formalidades. Así pues, ¿có-
mo llegó al poder? Por las armas, la fuerza y la compli-
cidad de hombres viles, como suelen hacer los tiranos,
pese a vuestra oposición y rechazo. Bien, pero después 4
de adueñarse del poder, lo hiciera como lo hiciera, ¿aca-
so ha hecho de él un uso propio de un rey y ha imitado
a los anteriores gobernantes, quienes con sus palabras
y sus acciones llevaron a cabo empresas con las que
entregaron la ciudad a sus sucesores más próspera y
grande que como ellos la habían recibido? ¿Y quién en
su sano juicio podría afirmarlo al ver cuán lamentable
e indignamente nos ha tratado a todos?

»Las desgracias de nosotros, los patricios, que inclu- 81
so un enemigo lloraría al oír, las silencio, aunque de
muchos que éramos hemos quedado sólo unos pocos;
de poderosos, nos hemos convertido en humildes y he-
mos acabado en una pobreza e indigencia terribles, tras
haber perdido nuestros abundantes y ricos bienes. De
aquellos hombres brillantes, respetados y poderosos, por

los que nuestra ciudad fue en otro tiempo espléndida,
2 unos han muerto y otros están desterrados. Pero, ¿cuál es vuestra situación, plebeyos? ¿No ha suprimido vuestras leyes? ¿No ha puesto fin a la elección de magistrados, a las votaciones y a las asambleas para discutir los asuntos de Estado? ¿No os fuerza, como esclavos comprados, a soportar penalidades vergonzosas, como picar piedra, cortar madera y transportar cargas, y a consumiros en profundas galerías y cavernas sin obte-
3 ner el más mínimo respiro en vuestros sufrimientos? ¿Cuál será, pues, el límite de nuestras desgracias? ¿Hasta cuándo vamos a seguir soportándolas? ¿Cuándo vamos a recobrar la libertad de nuestros padres? ¿Cuándo Tarquinio muera? ¡Por Júpiter! ¿Y qué provecho obtendremos entonces? ¿Qué cosa que no sea peor? De hecho, de uno solo pasaremos a tener tres Tarquinios
4 mucho peores que su padre [117]. En efecto, cuando un particular que ha llegado a tirano y ha empezado tarde a ser malvado cumple con precisión todos los crímenes propios de un tirano, ¿de qué calaña hay que pensar que van a ser los hijos que tienen una familia perversa, han recibido una educación depravada y que nunca han podido ver ni aprender a hacer nada civilizado ni moderado? Para que no tengáis que adivinar sus execrables naturalezas, sino que conozcáis con exactitud qué cachorros alimenta la tiranía de Tarquinio contra vosotros, contemplad la obra del mayor de ellos.

82 *El pueblo aprueba el plan. Lucrecio designado interrex. Bruto y Colatino son elegidos para gobernar*

»Esta mujer es hija de Espurio Lucrecio, a quien el tirano nombró prefecto de la ciudad cuando marchó a la guerra, y mujer de Tarquinio Colatino, pariente de los tiranos y que ha padecido muchas desgracias por causa de ellos. Esta mujer, que deseaba conservar su virtud y amaba a su marido, como corresponde a una buena es-

[117] Sexto, Tito y Arrunte.

posa, cuando Sexto estaba la pasada noche hospedado
en su casa, en virtud de su parentesco, y Colatino se
encontraba ausente en el campamento, no pudo esca-
par a la insolencia desenfrenada de la tiranía, y, como
una cautiva, obligada por la necesidad, soportó ultrajes
que no es justo que sufra una mujer libre. Indignada por 2
estas ofensas y considerando intolerable la afrenta, des-
pués de referir a su padre y demás parientes las violen-
cias a que había sido sometida, entre múltiples súplicas
e imprecaciones para que vengaran sus desdichas, sacó
la daga que ocultaba bajo el vestido y, ante los ojos de
su padre, hombres de la plebe, hundió el arma en sus
entrañas. ¡Oh mujer admirable y merecedora de gran- 3
des elogios por tu noble decisión! Te has ido, has muer-
to por no soportar la insolencia del tirano, despreciando
do todos los placeres de la vida, para no tener que su-
frir ya un ultraje semejante. Así que ¿mientras tú, Lu-
crecia, a pesar de tener una naturaleza femenina, has
tenido la decisión de un hombre valiente, nosotros en
cambio, que hemos nacido hombres, vamos a ser infe-
riores a las mujeres en valor? A ti, porque una noche
te viste obligada a someterte al tirano y fuiste privada
por la fuerza de tu inmaculada castidad, te pareció que
la muerte era más dulce y dichosa que la vida. ¿Acaso
no nos van a mover los mismos sentimientos a noso-
tros, a quienes Tarquinio, no un día, sino ya veinticinco
años nos ha estado privando de todos los placeres de la
vida al habernos despojado de la libertad con su tiranía?
Nuestra vida, plebeyos, sumidos en semejantes desgra- 4
cias, no es digna de ser vivida, siendo como somos des-
cendientes de aquellos hombres que deseaban esta-
blecer la justicia para los demás y que arrostraron
muchos peligros por el poder y la gloria. Pero todos
debemos elegir una de estas dos opciones: una vida li-
bre o una muerte gloriosa. Ha llegado la ocasión que 5
esperábamos, pues Tarquinio está ausente de la ciudad,
los patricios somos los jefes de la operación y, si nos

lanzamos con ardor a la empresa, no nos faltará nada, ni hombres, ni dinero, ni armas, ni generales, ni material alguno de guerra (ya que la ciudad está llena de todo ello); y sería vergonzoso que quienes aspiran a gobernar sobre los volscos, los sabinos y otros muchísimos pueblos soportaran ser esclavos de otros, y que mientras emprenden muchas guerras por satisfacer la ambición de Tarquinio, no emprendieran ninguna por su propia libertad.

83 »¿De qué recursos y de qué alianzas nos vamos a servir para la realización de nuestro plan? Pues esto es lo que queda por hablar. En primer lugar, de las esperanzas puestas en los dioses cuyos ritos, recintos sagrados y altares Tarquinio contamina al iniciar sacrificios y libaciones con manos manchadas de sangre y de todo tipo de sacrilegios contra su pueblo. En segundo lugar, de las esperanzas puestas en nosotros mismos, que ni somos pocos ni carecemos de experiencia en la guerra. Además, contamos también con la ayuda de los aliados que no desean mezclarse en asuntos ajenos si nosotros no los llamamos, pero que si nos ven adoptar una actitud valerosa, de buen grado nos ayudarán en la guerra, pues la tiranía es odiosa para todos los que
2 desean ser libres. Y si alguno de vosotros teme a los ciudadanos que están con Tarquinio en el campamento, porque piensa que van a ayudarlo y que van a luchar contra nosotros, su temor es infundado, porque también para ellos la tiranía es insoportable y porque el deseo de libertad es innato en todos los hombres y cualquier pretexto de cambio es válido para los que se ven obligados a soportar calamidades. Si votáis ayudar a vuestra patria, no será el miedo a los tiranos el que los domine, ni el agradecimiento ni ninguna otra de las razones que fuerzan o convencen a los hombres para actuar injusta-
3 mente. Y si por una naturaleza malvada o una mala educación hay en alguno de ellos una propensión a la tira-

nía, como no son muchos, por Júpiter, también a éstos
los podremos reducir con fuertes medidas de coacción
de tal forma que de ser unos miserables pasen a ser
gente de bien, pues tenemos en la ciudad como rehenes
de estos hombres a sus hijos, mujeres y padres, que son
para cada uno de ellos más preciados que su propia vi-
da. Así que, si les prometemos la devolución de estos
rehenes, en caso de que abandonen a los tiranos, y vota-
mos una amnistía para sus delitos, los convenceremos
fácilmente. Así pues, tened confianza, hombres de la ple- 4
be, y, con buenas esperanzas sobre el futuro, marchad
a la lucha y afrontad la más hermosa de las guerras
que jamás hayáis sostenido. ¡Oh dioses paternos, bue-
nos guardianes de esta tierra! ¡Oh divinidades a quie-
nes ha correspondido el cuidado de nuestros padres!
¡Oh ciudad, la más amada por los dioses entre todas
las ciudades, en la que hemos nacido y nos hemos cria-
do! Nosotros os defenderemos con nuestras decisiones,
con nuestras palabras, con nuestras manos y con nues-
tras vidas, dispuestos a sufrir todo lo que la divinidad
y el destino nos deparen. Yo predigo que el éxito acom- 5
pañará a nuestras nobles tentativas. ¡Que todos los pre-
sentes, animados por esta misma confianza y por un
mismo sentir, puedan salvarnos y ser salvados por
nosotros!».

Mientras Bruto se dirigía al pueblo en estos térmi- 84
nos, a cada una de sus palabras surgía de la multitud
continuos gritos de aprobación y de ánimo, y la mayor
parte de ellos derramaba incluso lágrimas de alegría
al escuchar esas admirables e inesperadas palabras. Va-
riados sentimientos, en nada semejantes unos a otros,
se apoderaban del ánimo de cada uno, pues el dolor se
mezclaba con la alegría, aquél por los recientes y des-
graciados acontecimientos, ésta, por las buenas perspec-
tivas para el futuro; el coraje surgía al mismo tiempo
que el miedo, el uno impulsando a despreciar la seguri-

dad para acabar con el objeto de su odio, provocando el otro la vacilación ante la empresa por la considera-
2 ción de que no era fácil acabar con la tiranía. Pero cuando cesó de hablar, todos, unánimemente, como si se tratara de una sola persona, gritaron que los condujera a las armas. Bruto, contento, dijo: «Si antes escucháis y confirmáis las resoluciones del Senado[118], pues hemos decidido que los Tarquinios y toda su descendencia sean expulsados de la ciudad de Roma y del territorio que gobiernan los romanos; que a nadie le sea permitido obrar ni hablar en favor del retorno de los Tarquinios, y que si se encuentra a alguien infringiendo
3 estas disposiciones, sea castigado con la muerte. Si deseáis que esta resolución sea firme, dividíos por curias y depositad vuestro voto y que este primer derecho sea el comienzo de vuestra libertad». Así se hizo, y cuando todas las curias hubieron votado el destierro de los tiranos, Bruto se adelantó nuevamente y dijo: «Puesto que nuestras primeras decisiones se han visto convenientemente confirmadas, escuchad también nuestras restantes
4 resoluciones con respecto a la forma de gobierno. Al considerar la magistratura que estaría al frente de los asuntos públicos, no nos pareció conveniente restablecer la monarquía, sino designar cada año dos gobernantes con poder real, que vosotros elegiríais votando por centurias en los comicios. Si también esta resolución os complace, votadla». El pueblo aprobó también esta decisión
5 sin ningún voto en contra. Después Bruto se adelantó y, conforme a las leyes tradicionales, designó *interrex* a Espurio Lucrecio para que presidiera los comicios. Éste disolvió la asamblea y ordenó que todos acudieran rápidamente y con armas a la llanura donde tenían la costumbre de elegir a los magistrados. Cuando llegaron eligió a dos hombres, Bruto y Colatino, para que de-

---

[118] No ha habido ninguna reunión del Senado, sino una reunión de «los más señalados ciudadanos» en casa de Lucrecio.

sempeñaran cuantas funciones habían pertenecido a los reyes. Y el pueblo, llamado por centurias, confirmó a estos hombres en el poder. Éstas fueron las reformas que en aquel tiempo se llevaron a cabo en la ciudad.

Tarquinio no puede evitar la revuelta y huye a Gabios. Tregua con los ardeates

Cuando los primeros mensajeros que 85
llegaron de la ciudad, tras haber conseguido escapar antes de que se cerraran las puertas, comunicaron al rey Tarquinio la noticia de que Bruto dominaba la asamblea, atrayéndose al pueblo y exhortando a los ciudadanos a la libertad, se apresuró a tomar a sus hijos y a sus más fieles amigos y, sin decírselo a nadie más, cabalgó a rienda suelta con la intención de anticiparse a la revuelta. Al encontrar las puertas cerradas y las almenas llenas de soldados armados, regresó al campamento, lo más rápidamente que pudo, entre quejas y lamentos. Pero resultó 2
que también allí la situación estaba ya perdida, pues los cónsules, previendo su pronta presencia en la ciudad, enviaron una carta [119] a los del campamento por otros caminos, en la que los exhortaban a levantarse contra el tirano y les revelaban las decisiones tomadas por los de la ciudad. Tito Herminio y Marco Horacio, 3
los comandantes dejados por el rey, recibieron estas cartas y las leyeron en una asamblea. Preguntaron a las centurias su opinión sobre qué se debía hacer y, como a todos les pareció bien considerar válidas las decisiones tomadas por la ciudad, no admitieron ya a Tarquinio cuando regresó. El rey, perdida también esta esperanza, ya canoso por la edad, y después de haber retenido el trono durante veinticinco años, huyó con unos pocos hombres a la ciudad de Gabios [120], de la que, como

[119] Livio (I 59, 12 y 60, 1) dice que Bruto fue en persona al campamento de Ardea.

[120] Según Livio (I 60, 2), Sexto se marchó a Gabios, pero Tarquinio y sus otros dos hijos se fueron a Cere.

dije antes, había designado rey a Sexto, el mayor de sus hijos. Herminio y Horacio, tras fijar con los ardeates una tregua de quince años, condujeron al ejército de vuelta a casa.

LIBRO V

Elección de los primeros cónsules y del rey de los ritos sagrados

La monarquía romana, después de haberse mantenido por espacio de doscientos cuarenta y cuatro años desde la fundación de Roma, y después de haber degenerado en tiranía bajo el último rey, fue abolida por las razones aludidas y por los hombres ya mencionados a comienzos de la LXVIII Olimpiada (507 a. C.), en la que venció en la carrera del estadio Iscómaco de Crotona, bajo el arcontado en Atenas de Iságoras. Una vez instaurada la aristocracia, los pri- 1
meros cónsules que recibieron el poder real, cuando faltaban cuatro meses para terminar aquel año, fueron Lucio Junio Bruto y Lucio Tarquinio Colatino. Como ya he dicho, los romanos los llaman, en su lengua, consejeros. Éstos acogieron a muchos de los que llegaron a la ciudad procedentes del campamento tras concluir los pactos con los ardeates [1], y, pocos días después de la expulsión del tirano, convocaron al pueblo a una asamblea en la que pronunciaron numerosos discursos en pro de la concordia y confirmaron otro decreto concerniente a las medidas que los de la ciudad habían aprobado con anterioridad condenando a los Tarquinios a un destierro perpetuo. Después de esto, purificaron la 3
ciudad, degollaron una víctima y, sobre sus restos, pres-

[1] Habitantes de la ciudad latina de Ardea. Véase nota a I 72, 5.

taron juramento ellos primero, y, luego, convencieron a los demás ciudadanos para que juraran que no traerían del destierro ni al rey Tarquinio, ni a sus hijos ni a los descendientes de éstos, que ya nunca establecerían a nadie como rey de la ciudad de Roma, ni se lo permitirían a quienes quisieran hacerlo. Y este juramento lo prestaron por sí mismos, por sus hijos y por sus
4 descendientes. Sin embargo, como consideraban que los reyes habían sido autores de muchos e importantes beneficios para el Estado, quisieron conservar el nombre de esta institución mientras que la ciudad existiera, y ordenaron a los pontífices y augures que designaran al más idóneo de los ancianos, que se ocuparía únicamente de la dirección de los cultos sagrados, que quedaría libre de toda prestación militar y civil y que recibiría el nombre de rey de los ritos sagrados [2]. El primer rey de los ritos que se eligió fue Manio Papirio, un patricio amante de la tranquilidad.

Primeras medidas de los cónsules

2 Una vez fijadas estas cuestiones, temerosos, en mi opinión, de que se produjera en la mayoría la falsa impresión sobre el nuevo sistema de gobierno, de que en lugar de uno solo, eran dos reyes los dueños de la ciudad —si cada uno de los cónsules tenía doce hachas, como los reyes—, resolvieron poner fin a los temores de los ciudadanos y disminuir la repulsa hacia su autoridad. Para ello ordenaron que uno de los cónsules fuera precedido por las doce hachas y el otro por doce lictores sólo con varas o, según cuentan algunos, también con mazas, y que recibieran alternativamente las hachas, de modo que cada uno dispu-
2 siera de ellas durante un mes. Al establecer esta medida y otras muchas del mismo carácter, lograron que los plebeyos y el pueblo humilde se mostrara favorable a

[2] *Rex sacrorum.* Véase IV 74, 4.

la continuidad de esta forma de gobierno. En efecto,
también restablecieron las leyes promulgadas por Tulio
relativas a los contratos, que parecían humanas y populares y que Tarquinio había abolido en su totalidad; ordenaron que, tanto en la ciudad como en el campo, volvieran a celebrarse, como se hacía bajo el reinado de
Tulio, los sacrificios que, reunidos, celebraban en común los miembros de los pagos [3] y de las tribus; y les
concedieron también el derecho de reunirse en asamblea para tratar los asuntos de máxima importancia, de
votar y de llevar a cabo todo aquello que hacían de acuerdo con las primitivas costumbres. Así pues, la mayoría 3
veía con agrado estas decisiones de los cónsules, ya que,
después de una esclavitud de tantos años, habían alcanzado una libertad inesperada. Sin embargo, se encontraban entre ellos algunos que, por necedad o por ambición, añoraban los males de la tiranía, hombres de no
oscura condición, que formaron una conspiración para
traicionar a la ciudad y tramaron restituir a Tarquinio
y asesinar a los cónsules. Para contar quiénes fueron
sus cabecillas y por qué inesperada fortuna fueron descubiertos, aunque creían pasar inadvertidos a todos,
mencionaré previamente unos pocos hechos que tuvieron lugar antes.

Tarquinio se refugia en la ciudad de Tarquinios y envía embajadores a Roma

Tarquinio, después de su expulsión 3
del trono, pasó un corto tiempo en la
ciudad de los gabinos [4], recogiendo a
los que dejaban Roma para reunirse
con él, hombres para quienes la tiranía
era más deseable que la libertad, y con
las esperanzas puestas en los latinos, con cuya ayuda
pensaba establecerse de nuevo en el poder. Pero como
las ciudades no le prestaban atención ni deseaban entablar una guerra contra la ciudad de Roma en defensa

[3] Véase IV 15.

[4] Habitantes de la ciudad de Gabios. Véase I 84, 5 y nota.

de Tarquinio, renunció a la idea de recibir ayuda de ellas y se refugió en la ciudad tirrena de Tarquinios [5],
2 de la que procedía la familia de su madre [6]. Después de sobornar con regalos a las autoridades de Tarquinios y ser conducido, por su mediación, ante la asamblea, recordó el parentesco que le unía a la ciudad, enumeró los beneficios que su abuelo había dispensado a todas las ciudades de Tirrenia y les trajo a la memoria los acuerdos que habían llevado a cabo con él. Además de todo esto, lamentó el infortunio que le había sobrevenido, pues en un solo día se había visto privado de una gran felicidad y, errante y necesitado, se veía obligado, con sus tres hijos, a buscar refugio entre quienes
3 en otro tiempo habían estado bajo su poder. Con este relato lleno de lamentos y lágrimas consiguió convencer al pueblo de que, como primera medida, enviara embajadores a Roma con palabras conciliadoras acerca de él, asegurando que los poderosos de allí le ayudaban y colaborarían en su retorno. Se designó embajadores a los hombres que él mismo eligió y, después de explicarles lo que debían decir y hacer y entregarles cartas de los exiliados que estaban con él con súplicas para sus familiares y amigos, les dio también algo de oro y los despachó.

La embajada habla ante el Senado

4 Estos hombres fueron a Roma y dijeron ante el Senado que Tarquinio solicitaba acudir con un salvoconducto y en compañía de unos pocos hombres, primeramente al Senado, como es justo, después, si obtenía el consentimiento del Senado, también a la asamblea, para dar cuenta de todos sus actos desde que se adueñó del poder, poniendo por jueces a todos los romanos en el caso de que alguien le hiciera

[5] Véase nota a III 46, 5.

[6] Se trata de Tanaquil, aunque, según Dionisio, era abuela y no madre de Tarquinio.

alguna acusación. Cuando se hubiera defendido y hu- 2
biera convencido a todos de que no había hecho nada
para merecer el destierro, si le entregaban de nuevo el
trono, gobernaría con las condiciones que los ciudada-
nos fijaran; si, por el contrario, preferían no ser ya go-
bernados por un rey, como antes, sino establecer otra
forma de gobierno, permanecería en la ciudad que era
su patria y, disfrutando de su hacienda, viviría como
ciudadano en las mismas condiciones que todos los de-
más y se vería libre del destierro y de la vida de vaga-
bundo. Tras exponer estas peticiones, los embajadores 3
pidieron que, a ser posible, conforme al principio de jus-
ticia establecido para todos los hombres de no privar a
nadie de la posibilidad de explicarse y de ser juzgado,
permitieran a Tarquinio realizar una defensa de la que
los propios romanos serían los jueces. Pero si no que-
rían otorgarle esa gracia, les pedían que, en atención
a la ciudad que intercedía por él, fueran moderados y
concedieran a ésta un favor por el que, sin recibir ningún
perjuicio, ellos aparecerían como autores de un gran ho-
nor a los ojos de la que lo recibía; y dijeron que, puesto
que eran hombres, no tuvieran sentimientos que excedie-
ran a la naturaleza humana y no albergaran resentimien-
tos inmortales en cuerpos mortales, sino que, en aten-
ción a quienes lo pedían, aceptaran, incluso contra su
propio parecer, hacer algo que les convenía, porque era
un acto propio de hombres sensatos favorecer a los ene-
migos en razón de las amistades, y de insensatos y bár-
baros destruir a los amigos al tiempo que los enemigos.

Divergencias entre los cónsules

Cuando hubieron pronunciado estas 5
palabras, Bruto se levantó y dijo: «So-
bre el retorno de los Tarquinios a esta
ciudad, no digáis una palabra más, ti-
rrenos, pues se ha emitido ya un voto
que determina para ellos un destierro perpetuo, y todos
hemos jurado por los dioses que ni nosotros haríamos
volver a los tiranos ni se lo permitiríamos a otros. Pero

si tenéis alguna otra petición que sea razonable y que no nos impidan satisfacer ni leyes ni juramentos, hablad». A continuación los embajadores se adelantaron y
2 dijeron: «Nuestra primera intervención ha resultado en contra de lo que esperábamos, pues hemos venido como embajadores en nombre de un hombre suplicante que desea rendir cuentas ante vosotros y, a pesar de pediros como favor particular un derecho que es común a todos, no hemos podido obtenerlo. Dado que esa es vuestra decisión, no insistiremos ya más sobre el regreso de los Tarquinios, pero os exhortamos a otro acto de justicia sobre el que nuestra patria nos ha dado instrucciones y que no hay ninguna ley ni juramento que os impida cumplir: devolver al rey los bienes que antes poseyó su abuelo sin haberse apoderado con violencia o furtivamente de nada que os perteneciera, sino habiéndolo recibido de su padre y traído a vuestra patria. A él le basta con recoger sus propiedades y vivir felizmente en algún lugar sin causaros ninguna molestia».
3 Los embajadores, una vez expuestas estas peticiones, se retiraron. De los cónsules, Bruto aconsejaba retener su fortuna como castigo por los delitos que los tiranos habían cometido contra la comunidad, que eran muchos y graves, y por la conveniencia de que no tuvieran recursos para emprender una guerra. Explicó que los Tarquinios no se contentarían con recuperar sus riquezas ni soportarían llevar una vida de simples ciudadanos, sino que, desde fuera, emprenderían una guerra contra
4 Roma e intentarían retornar al poder por la fuerza. Colatino, en cambio, aconsejaba lo contrario, decía que no eran las riquezas de los tiranos sino sus personas quienes habían delinquido contra la ciudad y les pedía que se guardaran de dos cosas: de ganarse ante todos la mala fama de haber expulsado del poder a los Tarquinios por sus riquezas, y de proporcionarles una excusa justificada para la guerra al quedar privados de sus bienes.

Decía que, mientras que no era seguro que, una vez recuperados sus bienes, todavía intentaran guerrear contra ellos por retornar, en cambio sí era seguro que, si se les privaba de ellos, no estarían dispuestos a mantenerse en paz.

Respuesta de los cónsules y conjura para hacer retornar a Tarquinio

Cuando los cónsules hubieron expuesto estas opiniones, hubo muchas intervenciones a favor de una y otra, y el Senado, sin saber qué hacer y después de considerar la cuestión durante muchos días, pues Bruto parecía decir lo más ventajoso, pero Colatino aconsejaba lo más justo, finalmente decidió que fuera el pueblo el que eligiera entre la conveniencia y la justicia. Después de que 2
cada uno de los cónsules hablara largamente, las curias, en número de treinta, emitieron su voto, y por tan poca diferencia se inclinaron hacia una de las opciones que los que aconsejaban la devolución de las riquezas superaron por un solo voto a los que deseaban retenerlas [7]. Los tirrenos, tras recibir de boca de los cónsules la respuesta y dedicar muchas alabanzas a la ciudad por haber preferido la justicia a la conveniencia, escribieron a Tarquinio que enviara algunos hombres para recoger sus bienes, y ellos, mientras, se quedaron en la ciudad con el pretexto de reunir el mobiliario y hacer disposiciones sobre los efectos que no se podían llevar. Pero la verdad era que estaban provocando agitaciones e intrigando por la ciudad, como les había encargado el tirano. En efecto, entregaron las cartas de 3
los exiliados a sus allegados y recibieron otras de éstos para aquéllos. Entablaron conversación con muchos ciudadanos, sondearon sus sentimientos e intentaron corromper con buenas expectativas y con sobornos a los

[7] Si las curias eran treinta, la votación no pudo resolverse por un voto de diferencia. Lo que Dionisio debe querer decir es que un voto habría cambiado el resultado.

que encontraban fáciles de atraer por la debilidad de sus convicciones, por la escasez de sus recursos materiales o porque añoraban las ventajas que habían dis-
4 frutado durante la tiranía. Y como es natural en una ciudad grande y populosa, iban a aparecer algunos que preferían una forma peor de gobierno a una mejor, y no sólo entre la gente vulgar, sino tambien entre los ilustres, como era el caso de los dos Junios, Tito y Tiberio, hijos de Bruto, el cónsul, que acababan de llegar a la mayoría de edad, así como de los dos Vitelios, Marco y Manio, hermanos de la mujer de Bruto, hombres capaces de gobernar, y de los dos Aquilios, Lucio y Marco, hijos de una hermana de Colatino, el otro cónsul, que tenían la misma edad que los hijos de Bruto. En casa de los Aquilios, cuyo padre no vivía ya, era donde se celebraban generalmente las reuniones y se trazaban los planes para el retorno de los tiranos.

Publio Valerio detiene a los conjurados

7 Entre otros muchos motivos por los que me parece que los asuntos de los romanos han llegado a tal grado de prosperidad por designio de los dioses, no es el menos importante lo que entonces sucedió. En efecto, tan gran insensatez y demencia se apoderó de aquellos desdichados, que consintieron escribir de propia mano cartas dirigidas al tirano, en las que le comunicaban el número de los implicados en la conspiración y la fecha en que iban a llevar a cabo el golpe contra los cónsules, persuadidos por las cartas que les habían llegado de parte del tirano, que decía querer saber de antemano a qué romanos debía
2 beneficiar cuando recuperara el poder. Pero los cónsules se hicieron con estas cartas por la siguiente casualidad. Los cabecillas de la conjura celebraban reuniones nocturnas en casa de los Aquilios, los hijos de la hermana de Colatino, invitados con el pretexto de unos ritos y sacrificios. Después del banquete ordenaban a los cria-

dos salir de la sala y apartarse de las puertas de la es-
tancia de los hombres, hablaban entre ellos de la res-
tauración de los tiranos y disponían sus decisiones en
las cartas autógrafas que los Aquilios debían recoger
y entregar a los embajadores de Tirrenia y éstos, a su
vez, a Tarquinio. En ese tiempo, uno de los criados, 3
un escanciador cautivo de la ciudad de Cenina [8], llama-
do Vindicio, sospechando por el hecho de que hicieran
retirarse a los criados que los hombres estaban maqui-
nando algún acto criminal, permaneció él solo fuera,
junto a las puertas, escuchó sus conversaciones y, al
aplicar el ojo a una fisura de la puerta que permitía ver
el interior, vio las cartas que todos escribían. Todavía 4
era noche cerrada cuando salió como si sus amos le hu-
bieran enviado a un recado. Vaciló en presentarse ante
los cónsules, pues temía que quisieran ocultar el asun-
to por favorecer a sus parientes e hicieran desaparecer
al delator de la conjura; pero cuando llegó a casa de
Publio Valerio, que era uno de los cuatro primeros que
habían acabado con la tiranía, y éste le hubo dado ga-
rantías sobre su seguridad ofreciéndole su mano y pres-
tando juramentos, reveló lo que había visto y oído.
Al enterarse Valerio, sin perder un solo momento, se 5
presentó al amanecer en casa de los Aquilios con un
grupo numeroso de clientes y amigos y, como si fuera
para otro asunto, atravesó las puertas sin ningún impe-
dimento cuando los jóvenes todavía estaban en la casa,
se apoderó de las cartas, los detuvo y los llevó ante los
cónsules.

Juicio y muerte de los hijos de Bruto

Temo que, al tener que narrar la 8
actuación posterior, noble y admirable,
del cónsul Bruto, de la que los roma-
nos se enorgullecen, los griegos consi-
deren que cuento algo cruel e increíble,
puesto que todos por naturaleza juzgamos lo que se nos

[8] Véase nota a I 79, 13.

dice de los demás a partir de nuestras propias experiencias y lo consideramos creíble o increíble con referencia a nosotros mismos.
2 A pesar de todo, voy a relatarla. En cuanto se hizo de día, Bruto se sentó en la tribuna y examinó las cartas de los conjurados y, cuando encontró las escritas por sus hijos, reconociendo una y otra por los sellos y, después de romper éstos, por la letra, en primer lugar ordenó al secretario que leyera las dos cartas para que las escucharan todos los presentes; luego, ordenó a sus hijos que, si querían decir algo, lo hicieran.
3 Como ninguno de ellos tuvo la desvergüenza de negarlo, sino que los dos lloraban porque desde hacía tiempo se habían condenado a sí mismos, Bruto, tras una breve pausa, se levantó, impuso silencio y, ante la expectación general por la sentencia que iba a pronunciar, declaró que condenaba a sus hijos a muerte. Al oír esta sentencia todos empezaron a gritar porque no consideraban justo que un hombre como él fuera castigado con la muerte de sus hijos y querían que, por consideración al padre, se perdonara la vida a los muchachos.
4 Pero él, sin atender a sus gritos y lamentos, ordenó a los lictores que se llevaran a los jóvenes, que lloraban, suplicaban y le llamaban en su auxilio con los apelativos más cariñosos. El que el hombre no cediera ni a las súplicas de los ciudadanos ni a los lamentos de sus hijos resultó admirable para todos, pero todavía mucho más admirable fue su dureza en la ejecución de de los castigos.
5 Efectivamente, no consintió que sus hijos fueran conducidos a otro lugar, fuera de la vista de todos, para morir, ni él mismo quiso evitarse el terrible espectáculo, retirándose del Foro antes de que fueran castigados. Tampoco les permitió sufrir la suerte decretada sin ultraje, sino que hizo observar todas las costumbres y leyes relativas a los castigos que estaba establecido que sufrieran los malhechores, y sólo después de que en el Foro, a la vista de todos, sus cuerpos fue-

ran azotados, él, que estaba presenciando todo lo que sucedía, permitió que se les cortara el cuello con las hachas. Pero por encima de todos los hechos extraordi- 6
narios e increíbles de este hombre, está la firmeza y dureza de su mirada, pues, mientras todos los demás asistentes al suplicio lloraban, él fue el único al que no se vio ni lamentar la suerte de sus hijos, ni compadecerse a sí mismo por la soledad que se iba a adueñar de su casa, ni dar ninguna otra muestra de debilidad, sino que permaneció sin soltar ni una lágrima ni un gemido e, imperturbable, soportó la desgracia con valor. Tal fue la fuerza de su voluntad, tal su firmeza en el mantenimiento de las sentencias y tal su dominio sobre los sentimientos que perturban la razón.

Colatino trata de salvar a sus sobrinos

En cuanto hubo hecho ejecutar a sus 9
hijos, llamó a los Aquilios, sobrinos de su colega, en cuya casa se habían venido celebrando las reuniones de los que conspiraban contra la ciudad. Ordenó al secretario que leyera sus cartas para que todos los presentes las oyeran y, a continuación, les dijo que se defendieran. Cuando los jóvenes fueron conducidos a la tribuna, bien por sugerencia de algún amigo, bien por haberlo acordado entre ellos, se arrojaron a las rodillas de su tío con la esperanza de salvarse por su mediación. Pero, cuando Bruto ordenó a los lictores que, si 2
no querían defenderse, se los llevaran y los condujeran a la muerte, Colatino les dijo que aguardaran un momento hasta que hubiera hablado con su colega y, cogiéndolo a solas, le suplicó con insistencia por los muchachos. Unas veces los defendía alegando que habían caído en tamaña insensatez por la ignorancia de la juventud y las malas compañías de los amigos; otras, le suplicaba que le concediera la vida de sus parientes, único favor que le pedía y única molestia que le causaría jamás; otras, le explicaba que, si intentaban castigar

con la muerte a todos los que parecían haber prestado
alguna colaboración a los exiliados para organizar su
regreso, un peligro perturbaría a toda la ciudad, pues
3 eran muchos y algunos de familias ilustres. Como no
conseguía convencerlo, acabó pidiéndole que no los con-
denara a muerte, sino que les impusiera un castigo me-
nos riguroso, aduciendo que era absurdo condenar al
destierro a los tiranos y, en cambio, sentenciar a muer-
te a sus amigos. Bruto se negó también a moderar el
castigo y no quiso aplazar para otro día el juicio de los
acusados (pues esta era la última petición de su colega),
sino que prometió y juró que mataría a todos ese mis-
mo día. Colatino, entonces, angustiado por no conseguir
nada de lo que pedía, dijo: «Pues bien, ya que eres re-
torcido y cruel, yo, que poseo el mismo poder que tú,
dejo en libertad a los jóvenes». Bruto, indignado, res-
pondió: «Mientras yo viva, Colatino, no podrás liberar
a los traidores de la patria; y también tú pagarás en
breve el castigo que te corresponde».

Discurso de Bruto ante la asamblea

10 Tras pronunciar estas palabras y po-
ner una guardia a los jóvenes, convocó
al pueblo a una asamblea. Cuando la
multitud llenó el Foro (pues la noticia
de la ejecución de los hijos de Bruto
había corrido por toda la ciudad), Bruto se adelantó,
colocó a su lado a los senadores más distinguidos y ha-
2 bló en los siguientes términos. «Ciudadanos, quisiera
que mi colega Colatino, aquí presente, compartiese en
todo mis opiniones y no sólo de palabra, sino también
de hecho, odiara y combatiera a los tiranos. Pero, ya
que es evidente que piensa lo contrario que yo y que
está próximo a los Tarquinios no sólo por la sangre,
sino también por su modo de pensar, pues intenta re-
conciliarse con ellos y mira su propia conveniencia en
contra de los intereses de la comunidad, yo estoy dis-
puesto a impedirle llevar a cabo sus dañinos propósi-

tos, y este es el motivo de que os haya convocado. Os
contaré, primeramente, en qué peligros se ha visto el
gobierno de la ciudad, y, luego, cómo los ha afrontado
cada uno de nosotros. Algunos ciudadanos se reunían en 3
casa de los Aquilios, los hijos de la hermana de Colati-
no, y entre ellos estaban mis dos hijos, los hermanos
de mi mujer y, con ellos, algunos otros nombres ilus-
tres. Se hicieron mutuas promesas y juramentos de que
me matarían y, después, restaurarían a Tarquinio en el
poder. Habían escrito de su puño y letra cartas al res-
pecto que sellaron con sus propios sellos y se disponían
a enviar a los exiliados. Nosotros, gracias a la benevo- 4
lencia de un dios, nos enteramos de estas intenciones,
delatadas por este hombre; se trata de un esclavo de
los Aquilios, en cuya casa se reunieron la pasada noche
y escribieron las cartas. Y nosotros nos hemos apodera-
do de ellas. Por lo que respecta a mis hijos Tito y Tibe-
rio, ya los he castigado yo y ninguna ley ni juramento
han sido violados por mi conveniencia. Colatino, en cam-
bio, quiere liberar de mi castigo a los Aquilios y afirma
que no permitirá que sufran la misma suerte que mis
hijos, a pesar de que han conspirado igual que ellos.
Si ésos no reciben ningún castigo, tampoco me será po- 5
sible castigar ni a los hermanos de mi mujer ni a los
demás traidores de la patria; pues, ¿qué justicia podré
invocar contra ellos si libero a éstos? ¿De qué conside-
ráis entonces que es señal esta actitud? ¿De buena dis-
posición hacia la ciudad o de reconciliación con los ti-
ranos? ¿De confirmación de los juramentos que todos,
después de nosotros, prestasteis o de violación y perju-
rio? Aunque a nosotros nos hubiera pasado inadverti- 6
do, estaría sujeto a sus maldiciones e incurriría en el
castigo de los dioses por los que juró en falso. Pero,
puesto que ha sido descubierto, debemos castigar noso-
tros a este hombre que pocos días atrás os convenció
de que devolvierais a los tiranos sus riquezas para que

la ciudad no pudiera emplearlas en una guerra contra sus enemigos, y, en cambio, los enemigos pudieran utilizarlas contra la ciudad. Y ahora cree que hay que dejar libres de castigo a los que se han conjurado para hacer regresar a los tiranos, perdonándolos, sin duda, para dar gusto a aquéllos, con el fin de que, si acaso regresan merced a una traición o a una guerra, pueda alegar estos favores y obtener de ellos, como amigo, to-
7 do cuanto quiera. Después de esto, yo, que no he perdonado a mis hijos, ¿te voy a perdonar a ti, Colatino, que tienes el cuerpo entre nosotros pero el corazón junto a los enemigos y que salvas a los traidores de la patria y, en cambio, me matas a mí, que lucho por ella? ¿Por qué iba a hacerlo? Bien lejos estoy de ello. Por el contrario, para que no vuelvas a realizar ningún acto de esta índole, te despojo de tu cargo y te ordeno marchar a otra ciudad. Y en cuanto a vosotros, ciudadanos, en seguida convocaré a las centurias para que votéis y decidáis si estas medidas han de tener validez. Pero sabed que tendréis como cónsul sólo a uno de los dos, o a Colatino, o a Bruto».

Espurio Lucrecio aconseja a Bruto y Colatino

11 Mientras Bruto pronunciaba estas palabras, Colatino gritaba dolido, a cada afirmación lo llamaba intrigante y traidor de los amigos, unas veces se defendía de las acusaciones que se le hacían y otras suplicaba por sus sobrinos; y, al no permitir que se diera a los ciudadanos la posibilidad de votar contra él, hizo que el pueblo se irritara más, provocando un terrible alboroto a cada una de sus palabras.
2 Los ciudadanos, enfurecidos contra él, no le aceptaron ninguna defensa, ni le admitieron ninguna petición, sino que exigieron que se les permitiera votar. Ante esto, el suegro de Colatino, Espurio Lucrecio, hombre estimado por el pueblo, tomando en sus manos la cuestión, por piedad, para que Colatino no fuera expulsado del

cargo y de la patria de manera ultrajante, pidió la palabra a los dos cónsules y, según cuentan los historiadores romanos, fue el primero en obtener esta facultad, pues, por entonces, todavía no existía entre los romanos la costumbre de que un particular hablara en la asamblea. Hizo entonces una petición a los dos cónsules: a Colatino le aconsejó que no se irritara ni retuviera contra la voluntad de los ciudadanos el cargo que por voluntad de ellos recibió, sino que lo dejara de su grado si quienes se lo habían entregado creían oportuno separarlo de él, que rechazara las acusaciones no con palabras sino con hechos y que trasladara su residencia con todas sus pertenencias a cualquier otro lugar, hasta que la situación del Estado fuera segura, puesto que esto era lo que el pueblo creía conveniente. Y le dijo que debía tener en cuenta que, mientras en el caso de los demás delitos los hombres se irritan una vez que han sido cometidos, con respecto a la traición es natural que lo hagan incluso cuando únicamente se sospecha, pues consideran más prudente guardarse de ella, aunque sea por un vano temor, que perderse por concederle poca importancia. A Bruto, por su parte, in- 3
tentaba convencerlo de que no desterrara de una manera ignominiosa y ultrajante a su colega, con el que había tomado las mejores decisiones para la ciudad, sino que, si él consentía en abandonar el cargo y exiliarse voluntariamente, no sólo le permitiera recoger y llevarse con tranquilidad todas sus pertenencias, sino que además le hiciera algún regalo del erario público, para que este favor del pueblo fuera un consuelo de su desgracia.

Dimisión de Colatino

Cuando Lucrecio les dio a ambos es- 12
tos consejos y los ciudadanos aprobaron sus palabras, Colatino, lamentando mucho su infortunio al verse obligado a abandonar su patria por haberse compadecido de sus familiares y sin haber cometido delito alguno, dimitió de su cargo. Bruto, por su parte, le 2

aplaudió por haber tomado la decisión mejor y más conveniente para sí mismo y para la ciudad y le pidió que no guardara rencor contra él ni contra la ciudad, que, aunque trasladara su residencia a otro lugar, considerara como su patria la que ahora dejaba, y que, ni de palabra ni de hecho, colaborara con los enemigos contra ella; en una palabra, que entendiera el cambio de residencia como un viaje fuera de casa, no como una expulsión o destierro, y que el cuerpo lo tuviera entre quienes lo acogieran, pero el corazón junto a quienes lo enviaban fuera. Tras hacer estas recomendaciones a Colatino, convenció al pueblo para que le regalara veinte talentos[9] y él mismo añadió cinco de su propia for-
3 tuna. De esta suerte, Tarquinio Colatino, tras tropezar con semejante destino, marchó a Lavinio[10], la principal ciudad del pueblo latino, en la que murió anciano. Como Bruto no consideró oportuno gobernar en solitario ni suscitar en los ciudadanos la sospecha de que había expulsado de la patria a su colega por el deseo de gobernar solo, convocó al pueblo en la llanura[11] donde acostumbraban elegir a los reyes y a los demás magistrados y designó como compañero de consulado a Publio Valerio, descendiente, como ya he dicho anteriormente, de Sabino Valerio, y hombre digno de alabanza y admiración por otras muchas cualidades, pero sobre todo por la independencia de su modo de vida. En efecto, aplicó a su propia persona una filosofía aprendida sin maestro que puso de manifiesto en muchas ocasiones, acerca de las que hablaré un poco más tarde.

---

[9] Véase nota a III 67, 5.

[10] Véase I 45, 1; 2 y nota.

[11] Se trata del Campo de Marte, situado bajo los muros de Roma. Allí se reunían los comicios centuriados.

Medidas de los cónsules para restablecer la normalidad

Tras esta elección, los cónsules, ya 13
con una misma forma de pensar en todo, mataron al punto a todos los que se habían conjurado para hacer regresar a los desterrados, y al esclavo que denunció la conspiración lo premiaron con la libertad, con el disfrute del derecho de ciudadanía y con abundantes riquezas. Luego, establecieron tres medidas excelentes y sumamente convenientes para la comunidad, mediante las cuales consiguieron que hubiera armonía entre todos los ciudadanos y redujeron el poder de los grupos enemigos. Las medidas fueron las siguientes: en 2
primer lugar, escogieron a los mejores plebeyos, los hicieron patricios y con ellos elevaron el número de senadores *a trescientos*[12]. *En segundo lugar,* expusieron en público, para todos los ciudadanos, los bienes de los tiranos y permitieron que cada uno se quedara con lo que cogiera de ellos; y la tierra que habían poseído los tiranos, la repartieron entre los que no tenían ninguna, con la sola excepción de una llanura situada entre la ciudad y el río. Sus antepasados habían decretado que esta llanura estuviera consagrada a Marte como una pradera para caballos y como el más adecuado gimnasio para los jóvenes que se ejercitaran en las armas. La mayor prueba de que ya antes estaba dedicada a este dios, aunque Tarquinio[13] se la había apropiado y la había dedicado al cultivo, creo que es lo que hicieron entonces los cónsules con respecto al grano que allí había: permitieron que el pueblo se llevara todos los bienes 3
del tirano, pero no consintieron que nadie arrebatara el trigo de esta llanura que todavía estaba en las eras, ni el que estaba en las espigas ni el que estaba ya trabajado, sino que decretaron que fuera arrojado al río, en

[12] Con Rómulo el número de senadores era de cien. Más tarde, con Tarquinio el Viejo, aumentaron a doscientos.

[13] Tarquinio el Soberbio.

la idea de que era maldito y en ningún modo apropiado
4 para ser llevado a casa. Como recuerdo visible de aquel
hecho hay ahora una isla de buen tamaño [14], consagra-
da a Esculapio, rodeada completamente por el río y que,
según dicen, se formó por la acumulación de paja po-
drida y, en parte, también con el légamo que le fue aña-
diendo el río. También concedieron la posibilidad de re-
gresar a la ciudad con impunidad y amnistía de todos
sus delitos a los romanos que se habían exiliado con
el tirano, y fijaron para ello un período de veinte días;
si no regresaban en el plazo señalado, determinaron co-
mo castigo un destierro perpetuo y la confiscación de
5 todas sus posesiones. Estas medidas de los cónsules hi-
cieron que los que habían sacado algún provecho, el que
fuera, de los bienes de los tiranos, soportaran cualquier
peligro para no volverse a ver privados de los benefi-
cios que habían obtenido; y también hicieron que los
que por miedo de verse forzados a someterse a juicio
por los delitos cometidos durante la tiranía se habían
autocondenado al exilio, liberados del miedo, se preo-
cuparan de los asuntos de la ciudad y no ya de los
tiranos.

Guerra contra los tirrenos y los exiliados

14 Llevadas a cabo estas medidas y dispuestos los preparativos para la guerra, durante un tiempo mantuvieron reunidas las fuerzas en las llanuras al pie de la ciudad, ordenadas bajo sus estandartes y generales y realizando ejercicios militares. Adoptaron esta decisión porque se habían enterado de que los exiliados estaban reuniendo contra ellos un ejército de todas las ciudades de Tirrenia; de que dos ciudades estaban ayudándoles abiertamente a regresar, Tarquinios y Veyes [15], ambas con fuerzas considerables, y

[14] Se trata de la isla Tiberina. En ella se construyó un santuario en el que se practicaban curaciones según la técnica de Epidauro.

[15] Véase II 54, 3 y nota.

de que había algunos voluntarios de las restantes ciudades, unos enviados por sus amigos, otros, mercenarios. Cuando los romanos supieron que los enemigos ya se habían puesto en marcha, decidieron salirles al encuentro y, antes de que atravesaran el río, transportaron sus fuerzas a la otra orilla, avanzaron y establecieron el campamento cerca de los tirrenos, en el prado llamado Nevio[16], junto al encinar consagrado al héroe
Horacio[17]. Se daba la circunstancia de que sus fuerzas 2
eran casi iguales en número y ambas avanzaban hacia la lucha con idéntico ardor. En primer lugar, en cuanto se avistaron y antes de que la infantería hubiera acampado, tuvo lugar una rápida escaramuza entre las caballerías, en la que tantearon sus fuerzas y, sin vencer ni ser vencidos, cada uno se retiró a sus respectivos campamentos. Luego, la infantería y la caballería de ambos ejércitos entablaron combate, colocadas en idéntico orden de batalla, con las unidades de infantería en el
centro y la caballería en ambas alas. Mandaba el ala 3
derecha de los romanos Valerio, el cónsul recientemente elegido, que tenía en frente a los de Veyes; la izquierda, Bruto, frente a la que se desplegaba el ejército de los de Tarquinios, cuyos generales eran los hijos del rey Tarquinio.

Combate entre Bruto y Arrunte y batalla entre los dos ejércitos

Cuando se disponían a entrar en 15
combate, de las filas de los tirrenos se adelantó uno de los hijos de Tarquinio, llamado Arrunte, el más fuerte y de más brillante inteligencia de los hermanos. Cabalgó hasta las proximidades de los romanos, desde donde todos podían ver su figura y oír su voz, lanzó palabras insultantes a Bruto, el general romano, llamándolo bestia salvaje, manchado con la sangre de sus hi-

[16] Este nombre no está atestiguado en ninguna otra parte. Plutarco lo llama *Aisoúeion*, que puede ser una corrupción de NAIOYION.

[17] Véase V 16, 2.

jos, y, tras echarle en cara su cobardía y su miedo, terminó desafiándole a un combate singular en nombre de
2 todos. Bruto no quiso soportar sus insultos e hizo avanzar su caballo fuera de la formación, haciendo caso omiso a los amigos que intentaban disuadirlo y apresurándose hacia la muerte que le había decretado el destino. Empujados por un mismo ímpetu y sin pensar en lo que iban a sufrir, sino en lo que deseaban realizar, los dos hombres se embisten de frente con sus caballos, se golpean con las lanzas, que no pueden esquivar y que atraviesan los escudos y las corazas; uno hunde la punta en el costado del adversario, el otro bajo sus costillas. Sus caballos, chocando pecho con pecho, por la fuerza del ataque se levantan sobre sus patas traseras y, al
3 encabritarse, derriban a los jinetes. Ellos caen y quedan tendidos, agonizantes, echando mucha sangre por sus heridas. El resto de las tropas, al ver a sus generales en el suelo, se lanzan con gritos y estrépito y se produce la mayor de todas las batallas, tanto de la infantería como de la caballería; y la fortuna fue igual para
4 ambas partes. En efecto, los romanos que ocupaban el ala derecha, a cuyo frente estaba el cónsul Valerio, vencieron a los de Veyes, los persiguieron hasta el campamento y llenaron la llanura de cadáveres. Por su parte, los tirrenos que ocupaban el ala derecha, a cuyo mando estaban Tito y Sexto, los hijos del rey Tarquinio, pusieron en fuga a los romanos del ala izquierda y, llegados a las proximidades de su campamento, si hubieran podido tomar la fortificación por la fuerza, no habrían renunciado al intento; pero los que estaban dentro les opusieron resistencia y, después de recibir muchas heridas, desistieron. Los centinelas que guardaban el campamento eran los llamados *triarii*, veteranos y curtidos en muchas guerras, a quienes se recurría en última instancia y en los combates más comprometidos, cuando toda esperanza estaba perdida.

Prodigio. Victoria de los romanos

Hacia la puesta del sol, se retiraron 16
a sus respectivos campamentos, más apesadumbrados por el número de los caídos que contentos por la victoria y pensando que, si fuera necesaria otra batalla, los supervivientes, heridos en su mayoría, no
serían capaces de afrontar el combate. El desánimo y 2
la desesperanza por los sucesos eran mayores entre los romanos, debido a la muerte de su general; y a muchos les vino el pensamiento de que sería mejor para ellos abandonar el campamento antes de que se hiciera de día. Cuando estaban ocupados en estos pensamientos y los discutían entre sí, aproximadamente en la primera guardia, se oyó, procedente del encinar junto al que habían acampado, una voz dirigida a ambos ejércitos, de forma que todos pudieran oírla, bien la del héroe al que estaba consagrado el bosque, bien la del llamado
Fauno[18]. En efecto, los romanos atribuyen a esta divi- 3
nidad los pánicos y dicen que son obra de este dios cuantas apariciones, tomando en cada ocasión una forma diferente, se presentan a la vista de los hombres infundiéndoles temor, y cuantas voces sobrenaturales perturban sus oídos. La voz de la divinidad exhortaba a los romanos a cobrar confianza, puesto que habían vencido, y declaraba que los enemigos habían tenido una baja más que ellos. Se dice que Valerio, animado por esta voz, cuando todavía era noche cerrada, se lanzó contra el campamento de los tirrenos y, después de matar a muchos de ellos y expulsar a los restantes, se adueñó de él.

[18] Livio (II 7, 2) lo llama Silvano.

17 *Funerales de Bruto. Origen de los discursos fúnebres*

Tal fue el desenlace de la batalla. Al día siguiente, los romanos, después de despojar a los cadáveres del enemigo y enterrar a los suyos, se marcharon. Los más bravos jinetes levantaron el cuerpo de Bruto y, adornado con coronas como premio a su valor, lo llevaron a Roma en medio de muchas
2 lágrimas y alabanzas. Salió a su encuentro el Senado, que había decretado honrar al general con una entrada triunfal, y todo el pueblo, que acogió al ejército con vino y comida. Cuando llegaron a la ciudad, el cónsul encabezó la procesión, como era costumbre entre los reyes cuando celebraban las procesiones con trofeos y los sacrificios, y, tras consagrar a los dioses los despojos, declaró sagrado aquel día y ofreció un banquete a los ciudadanos más distinguidos. Al día siguiente, con ropas oscuras, expuso en el Foro el cuerpo de Bruto, adornado y sobre un lecho espléndido. Después, convocó al pueblo en asamblea, subió a la tribuna y pronunció en
3 su honor el discurso fúnebre. Si fue Valerio el primero que instauró esta costumbre entre los romanos o si tomó una costumbre ya establecida por los reyes, no puedo decirlo con seguridad. Sin embargo, sé, por la historia universal que nos han transmitido los más antiguos poetas y los más doctos historiadores, que es una antigua invención de los romanos el pronunciar en los funerales de los hombres distinguidos alabanzas de su virtud, y que no fueron los griegos los primeros que es-
4 tablecieron esta costumbre. En efecto, los historiadores hablan de juegos fúnebres de carácter gimnástico y ecuestre establecidos en honor de los hombres ilustres por sus allegados, como los de Aquiles en honor de Patroclo [19] y, todavía antes, los de Hércules en honor de Pélope [20]. Pero no hacen mención de alabanzas pronun-

[19] *Iliada* XXIII.

[20] Hijo de Tántalo y héroe epónimo del Peleponeso.

ciadas en su honor, con excepción de los poetas trá-
gicos en Atenas, quienes, por adular a la ciudad, inven-
taron también esto sobre los muertos enterrados por
Teseo[21]. De hecho, fue mucho después cuando los ate-
nienses incorporaron el elogio fúnebre a sus costum-
bres, ya que lo pronunciaron por primera vez bien por
los que habían muerto en Artemisio, Salamina y Platea
en defensa de su patria, bien con ocasión de los aconte-
cimientos de Maratón[22]. Pero incluso los hechos de
Maratón, si es que esta fue la primera ocasión en que
se pronunciaron elogios en honor de los muertos, son
dieciséis años posteriores a los funerales de Bruto. Sin 5
embargo, si alguien, sin pararse a considerar quiénes
fueron los primeros que introdujeron los elogios fúne-
bres, quisiera examinar esta costumbre en sí misma y
ver en cuál de las dos naciones era mejor, hallará que
es tanto más razonable entre los romanos que entre los
atenienses cuanto que, mientras estos últimos parecen
haber establecido la costumbre de pronunciar las ora-
ciones fúnebres en los funerales de los caídos en la gue-
rra, pues consideran que hay que determinar quienes
son virtuosos sólo por el valor ante la muerte, aunque en
todo lo demás se sea un hombre de poca valía, los roma- 6
nos, en cambio, dispusieron este honor para todos los
hombres ilustres que, tanto en la dirección de la guerra
como en el gobierno de la ciudad, hayan dado muestras
de decisiones inteligentes y de nobles acciones, y esto
no sólo para los muertos en el combate, sino también
para los que hayan tenido cualquier tipo de muerte, pues

---

[21] Héroe ateniense. Se refiere a los siete que murieron ante Tebas y a la obra de Eurípides *Las Suplicantes*.

[22] Artemisio (480 a. C.), Salamina (480 a. C.) y Platea (479 a. C.) son batallas de la segunda guerra médica en las que los griegos derrotaron a los persas. Maratón es una llanura cerca de Atenas, donde tuvo lugar el enfrentamiento entre atenienses y persas en el año 490 a. C. con motivo de la primera guerra médica.

consideran que hay que alabar a los hombres nobles por la virtud que han mostrado durante su vida y no por la sola gloria de su muerte.

Sobre la descendencia de Bruto

18 Así murió Junio Bruto, el que derrocó a la monarquía y fue el primer cónsul designado, y que, pese a haber llegado tardíamente a un puesto destacado y haber brillado en él un breve instante, fue considerado el más grande de todos los romanos. Y no dejó descendencia ni masculina ni femenina, como escriben los que han llevado a cabo las más minuciosas investigaciones sobre la historia de los romanos, quienes presentan muchas y variadas pruebas de ello, pero sobre todo una irrebatible: que era de familia patricia, mientras que todos los Junios y Brutos que decían descender de esta familia eran plebeyos y se presentaron a los cargos que, según la ley, podían ocupar los plebeyos, la edilidad y el tribunado[23], pero ninguno lo hizo al consulado, al que sólo tenían derecho
2 los patricios. Esta magistratura la alcanzaron mucho más tarde, cuando también se permitió que la obtuvieran los plebeyos. Pero dejo la investigación de estos asuntos a quienes preocupe e interese su exacto conocimiento.

Primeras leyes promulgadas por Valerio

19 Tras la muerte de Bruto, su colega Valerio se hizo sospechoso a los ojos de los plebeyos de querer hacerse rey. En primer lugar, porque ocupaba el cargo él solo, cuando debía haber elegido inmediatamente un compañero, como hizo Bruto cuando expulsó a Colatino. En segundo lugar, porque había construido su casa en un lugar odiado, pues eligió una colina bastante alta y escarpada que dominaba el

---

[23] Para la magistratura edilicia véase VI 90, 2 y 95, 4. Para el tribunado véase VI 87-89.

Foro y que los romanos llaman Velia. Valerio, informado por sus amigos de que esta actitud disgustaba al pueblo, decretó una fecha para la elección y designó cónsul a Espurio Lucrecio, que murió a los pocos días de ocupar el cargo. Colocó en su puesto a Marco Horacio y trasladó su residencia a los pies de la colina, para que, como él mismo dijo ante la asamblea del pueblo, los romanos pudieran lanzarle piedras desde arriba si lo sorprendían en alguna injusticia. Con la intención de que los plebeyos tuvieran una firme garantía de su libertad, separó las hachas de las varas e impuso, para los cónsules que le siguieron, la costumbre, que ha permanecido hasta nuestros días, de utilizar las hachas fuera de la ciudad y, dentro de ella, usar como distintivo sólo las varas. Promulgó también unas leyes sumamente filantrópicas que favorecían a los plebeyos. Una, en la que expresamente prohibía que existiera un magistrado romano que no hubiera recibido el cargo del pueblo e imponía la pena de muerte para quien la violara, concediendo impunidad a quien matara a un transgresor. Otra, en la que estaba escrito: «Si un magistrado quiere matar, torturar o multar a algún romano, el particular puede citar al magistrado ante el pueblo para que éste juzgue, sin sufrir mientras tanto daño alguno hasta que el pueblo haya votado su caso» [24]. Por estas medidas se hizo querido entre los plebeyos y recibió el sobrenombre de Publícola, que en nuestra lengua quiere decir «amigo del pueblo». Ésta fue la actuación de los cónsules aquel año.

2 (at "Valerio, informado") · 3 (at "Con la intención") · 4 (at "Promulgó también") · 5 (at "Por estas medidas")

---

[24] También Livio (II 8) atribuye la promoción de la ley de apelación a P. Valerio. Sin embargo, fue promovida, junto con otras leyes *(Leges Valeriae Horatiae)*, por Lucio Valerio y Marco Horacio, cónsules del año 449 a. C.

Segundo consulado de Valerio

20 Al año siguiente Valerio fue elegido cónsul por segunda vez y con él Lucrecio [25]. No realizaron nada digno de mención salvo el censo de la población y la ordenación de los tributos para la guerra como había legislado el rey Tulio, que habían quedado suprimidos durante todo el tiempo del mandato de Tarquinio y que entonces por primera vez restablecieron estos cónsules. Por el censo se averiguó que había cerca de ciento treinta mil romanos en edad militar. Se envió un ejército a un lugar llamado Signurio [26], para vigilar la fortaleza establecida como baluarte contra las ciudades de los latinos y hérnicos, de quienes estaban esperando una guerra.

Porsena declara la guerra a Roma

21 Después de que Publio Valerio, llamado Publícola, fuera elegido por tercera vez para la misma magistratura y con él, por segunda vez, Marco Horacio Pulvilo [27], el rey de los clusinos [28] de Tirrenia, llamado Larte [29] y apodado Porsena, declaró la guerra a los romanos. Este hombre había prometido a los Tarquinios, que se habían refugiado junto a

---

25 En capítulos siguientes el *praenomen* de Lucrecio es Tito, lo mismo que Livio (II 8, 9). Es posible, sin embargo, que Dionisio dé sólo el *nomen*, como había hecho con Valerio. En cualquier caso, la omisión del *praenomen* resulta chocante, pues el único Lucrecio mencionado hasta ahora ha sido Espurio Lucrecio, cuya muerte se narra en el capítulo precedente (19, 2).

26 Las varias formas que dan los manuscritos hacen pensar en una forma *Signoúrion*, pero no se conoce ninguna localidad con este nombre. Lapus, primer traductor de Dionisio, tradujo adoptando la forma Signia, localidad situada al Sur de Roma.

27 Livio (II 8, 4) considera a Horacio Pulvilo como un *consul suffectus* (cónsul sustituto) del primer año e ignora el tercer consulado mencionado por Dionisio. Los acontecimientos de este tercer consulado los atribuye al segundo, los del cuarto al tercero y así sucesivamente.

28 Habitantes de Clusio. Véase nota a III 51, 4.

29 *Lars* o *Lar*, palabra etrusca que significa «jefe militar».

él, una de estas dos cosas: o bien reconciliarlos con sus conciudadanos sobre la base de su regreso y recuperación del poder, o bien rescatar y devolverles los bienes que les habían arrebatado. El año anterior había enviado embajadores a Roma portando súplicas mezcladas con amenazas, pero ni consiguió la reconciliación y el retorno para los exiliados, pues el Senado alegaba las maldiciones y juramentos prestados contra ellos, ni recuperó sus haciendas, pues aquellos entre quienes se habían distribuido y a quienes les había tocado un lote de tierra no consintieron en devolverlas. Hombre arro- 2
gante y de mente corrompida por la riqueza, las posesiones y la magnitud de su poder, Porsena, al no haber conseguido de los romanos ninguna de sus peticiones, dijo que éstos lo habían ultrajado y que había sufrido una terrible ofensa y, considerando que tenía buenos pretextos para acabar con el poder de Roma, cosa que ya deseaba desde hacía tiempo, les declaró la guerra. Le ayudaba en ella el yerno de Tarquinio, Octavio Ma- 3
milio, que deseaba mostrar su total disposición. Éste salió de la ciudad de Túsculo[30] a la cabeza de todos los camerinos[31] y antemnates[32], miembros de la nación latina que ya se habían rebelado decididamente contra los romanos. Entre los demás pueblos latinos, que no querían combatir abiertamente contra una ciudad aliada y tan poderosa a menos que hubiera motivos ineludibles, reclutó muchos voluntarios por su influencia personal.

[30] Véase nota a IV 45, 1.
[31] Habitantes de Cameria. Véase nota a II 50, 5.
[32] Habitantes de Antemnas. Véase nota a I 16, 5.

22 *Preparativos de guerra y disposición de los dos ejércitos*

Cuando los cónsules romanos se enteraron de estos preparativos, en primer lugar construyeron en las posiciones dominantes fortalezas capaces de proteger a los que se refugiasen en ellas y ordenaron a los campesinos que llevaran los bienes, rebaños y esclavos que tenían en los campos a las cercanas montañas. Luego fortificaron con construcciones más sólidas y puestos de guardia la colina llamada Janículo (montaña elevada que está cerca de Roma, a la otra orilla del río Tíber), pues consideraban de la mayor importancia que los enemigos no se hicieran con un lugar tan ventajoso como baluarte contra la ciudad; y allí guardaron los pertrechos de guerra. Dispusieron los asuntos del interior de la ciudad de un modo más democrático, tomando numerosas medidas humanitarias con respecto a los pobres, para que no se pasaran a los tiranos y no se dejaran convencer para traicionar a la
2 comunidad por ganancias personales. En efecto, decretaron que los pobres quedaran exentos de todos los impuestos públicos que pagaban cuando la ciudad estaba bajo los reyes, y los eximieron también de pagar los impuestos para el ejército y las guerras, pues consideraban un gran beneficio para el Estado el solo hecho de que pusieran sus vidas a disposición de la patria. Y con el ejército entrenado y equipado ya desde hacía tiempo, acamparon en la llanura que está delante de la ciudad.
3 El rey Porsena, al mando de su ejército, tomó en un ataque el Janículo, después de aterrorizar a los que lo guardaban, y estableció en él una guarnición de tirrenos. Marchó contra la ciudad pensando que también la sometería sin esfuerzo. Cuando llegó cerca del puente y vio a los romanos apostados delante del río, se dispuso para la batalla, convencido de que los desbarataría por su superioridad numérica, y lanzó sus fuerzas con
4 gran desprecio del enemigo. Tenían el mando del ala

izquierda los hijos de Tarquinio, Sexto y Tito, que capitaneaban a los exiliados de la propia Roma, a lo más escogido de la ciudad de Gabios y a una tropa no despreciable de extranjeros y mercenarios. El yerno de Tarquinio, Mamilio, mandaba el ala derecha, en la que estaban encuadrados los latinos que habían hecho defección de Roma. El rey Porsena ocupaba el centro de la formación. El ala derecha de los romanos, frente a los Tar- 5
quinios, la comandaban Espurio Larcio y Tito Herminio; la izquierda, Marco Valerio, hermano del cónsul Publícola, y Tito Lucrecio, el que había sido cónsul el año anterior, quienes se enfrentaron a Mamilio y los latinos; el centro de la formación, entre las dos alas, lo ocupaban los dos cónsules.

Comportamiento heroico de Larcio, Herminio y Cocles

Cuando trabaron combate, unos y 23
otros lucharon con bravura y resistieron durante mucho tiempo. Los romanos aventajaban a sus adversarios en veteranía y resistencia, los tirrenos y latinos, en cambio, superaban con mucho en número a los romanos. Pero cuando hubieron caído muchos de uno y otro bando, el miedo se apoderó de los romanos; primero, de los que formaban el ala izquierda, al ver a sus generales Valerio y Lucrecio retirados, heridos, del combate; luego, al ver la huida de los otros, el mismo temor se apoderó también de los del ala derecha, que ya iban venciendo a las fuerzas de los Tarquinios. Cuando huían en masa hacia la ciudad y se veían forza- 2
dos a pasar todos a la vez por un solo puente, se produjo un violento ataque de los enemigos; y muy poco faltó para que la ciudad fuera tomada por la fuerza, pues carecía de murallas por la parte que da al río, y habría caído si los perseguidores hubieran penetrado en ella al mismo tiempo que los fugitivos. Los que frenaron el ataque enemigo y salvaron a todo el ejército fueron tres hombres: Espurio Larcio y Tito Herminio, que manda-

ban el flanco derecho, ambos de edad, y un hombre joven, Publio Horacio, llamado Cocles[33] porque había perdido un ojo por una herida recibida en un combate, hombre de la más gallarda apariencia y del más valeroso
3 espíritu. Era éste sobrino del cónsul Marco Horacio y su linaje se remontaba a Horacio Marco[34], uno de los trillizos que venció a los trillizos albanos cuando las dos ciudades, en guerra por la hegemonía, acordaron no poner en peligro a todo el ejército, sino a tres hombres de cada una, como ya he explicado en uno de los libros
4 anteriores. Pues bien, estos tres hombres solos, de espaldas al puente, impidieron el paso a los enemigos durante mucho tiempo y permanecieron en la misma posición mientras les lanzaban muchos proyectiles de todo tipo y en el cuerpo a cuerpo los herían con espadas, hasta que todo el ejército romano atravesó el río.

Hazaña de Horacio Cocles

24 Cuando pensaron que los suyos estaban a salvo, dos de ellos, Herminio y Larcio, destrozadas ya sus armas defensivas por los continuos golpes, se fueron retirando poco a poco. Solamente Horacio, a pesar de que los cónsules y demás ciudadanos lo llamaban desde la ciudad y ponían todo su esfuerzo en salvar para la patria y para sus padres a un hombre de tal valía, no obedeció, sino que permaneció donde se había colocado desde el principio y ordenó a Herminio y Larcio decir a los cónsules, de su parte, que cortaran rápidamente el puente por el lado de la ciudad (en aquellos tiempos había un solo puente[35], construido de madera, ensamblado sin hierro, con las mismas tablas, y que los romanos todavía hasta nuestros días han conservado tal cual) y que ordenaran a los hombres

---

[33] Es posible que la palabra *Cocles* esté relacionada con *Kýklops*, que suele utilizarse con el valor de «un solo ojo».

[34] Uno de los trillizos Horacios. Véase III 13, 4-20.

[35] *Pons sublicius*. Véase III 45, 2 y nota.

que, cuando la mayor parte del puente estuviera cortada y quedara un trozo pequeño, le avisaran mediante alguna señal o con un grito fuerte; del resto —dijo— se ocuparía él. Una vez dadas estas órdenes a los dos 2
hombres, se situó en el puente mismo y a cuantos avanzaban hacia él, a unos los hería con la espada, a otros los derribaba con el escudo y rechazaba a todos los que se lanzaban sobre el puente. En efecto, los perseguidores ya no se atrevían a entrar con él en una lucha cuerpo a cuerpo, pues lo tenían por un loco o un suicida. Al mismo tiempo, no podían acercarse fácilmente a él, pues a derecha e izquierda tenía el río como defensa y por la parte de delante un montón de armas y de cadáveres. Pero todos juntos le arrojaban desde lejos lanzas, jabalinas y piedras como puños, y los que no tenían estos proyectiles le lanzaban las espadas y los escudos de los muertos. Él se defendía utilizando contra ellos 3
sus propias armas y, como es natural, al disparar contra todos juntos, sucedía que siempre hacía algún blanco. Y ya estaba lleno de golpes y de heridas que le cubrían el cuerpo, en particular una de lanza que, atravesándole una nalga y saliendo por la parte superior del muslo, le causaba daño y le impedía caminar, cuando oyó que a su espalda le gritaban que la mayor parte del puente había sido cortada; se lanzó al río con las armas, atravesó a nado la corriente con gran dificultad (pues la corriente, hendiéndose alrededor de los pilares del puente, era muy rápida y formaba grandes remolinos) y salió a flote junto a la orilla sin haber soltado al nadar ninguna de sus armas.

Honores a Horacio Cocles

Esta hazaña le proporcionó una glo- 25
ria inmortal. En efecto, los romanos inmediatamente lo coronaron y lo condujeron a la ciudad entre himnos, como a un héroe, y toda la muchedumbre salió a la calle deseosa de contemplarlo por última vez, mientras todavía vivía, pues creía que pronto moriría

2 a consecuencia de las heridas. Y cuando escapó a la muerte, el pueblo le erigió en la zona principal del Foro una estatua de bronce que lo representaba armado y le regaló de las tierra públicas cuanto él pudiera arar alrededor en un día con una yunta de bueyes. Además de los obsequios públicos, cada persona, tanto hombre como mujer, le regaló la comida de un día, cuando más agobiaba a todos la terrible escasez de los productos imprescindibles, y el total de personas superaba las tres-
3 cientas mil. Si algún romano ha ocupado una posición envidiable, éste ha sido Horacio, tras las muestras de valor que dio en aquella ocasión; pero quedó inútil para las restantes ocupaciones públicas debido a la mutilación de su pierna. Por este infortunio no obtuvo ni el
4 consulado ni ningún mando militar. Este hombre, por la admirable hazaña que llevó a cabo en aquel combate, es más digno de recibir las alabanzas de los romanos que ningún otro de los que han alcanzado renombre por su valor. Junto a él está Cayo Mucio, al que apodaban Cordo, hombre de antepasados ilustres y que también se lanzó a una gran empresa. Sobre él hablaré dentro de poco, después de referir en qué circunstancias se vio entonces la ciudad.

Escasez de alimentos en Roma

26 Después de aquella batalla, el rey de los tirrenos, acampado en el monte cercano de donde había expulsado a la guarnición romana, dominaba todo el territorio de ese lado del río Tiber. Los hijos de Tarquinio y su yerno Mamilio con balsas y botes transportaron sus fuerzas a la orilla del río que daba a Roma y establecieron su campamento en un lugar seguro. Tomando ese lugar como base de operaciones, devastaban el territorio de los romanos, destruían las granjas y atacaban a los rebaños que salían a pastar
2 fuera de las fortalezas. Como todo el territorio exterior estaba en poder del enemigo y en la ciudad no entraban

mercancías por tierra y sólo muy escasas a través del río, pronto sobrevino una escasez de alimentos para los muchos miles que consumían las exiguas provisiones. Además, cada día gran número de siervos abandonaba 3 a sus señores y se pasaba al enemigo, y, entre los plebeyos, los peores se iban al lado de los tirrenos. Los cónsules, al ver esto, decidieron pedir a los latinos que todavía respetaban los lazos de parentesco y parecían mantener su amistad, que les enviaran rápidamente ayuda militar. Decidieron también enviar embajadores a Cumas[36], en Campania, y a las ciudades de la llanura pomptina para pedir que les permitieran importar grano de allí. Los latinos rechazaron la petición de ayuda, 4 basándose en que no podían luchar ni contra los Tarquinios ni contra los romanos, dado que con ambos habían establecido oficialmente tratados de amistad. Pero Larcio y Herminio, los embajadores enviados para transportar el grano desde la llanura pomptina, llenaron muchas barcas con toda suerte de alimentos y, sin que los enemigos lo advirtieran, las trajeron, remontando el río desde el mar, en una noche sin luna. También estas pro- 5 visiones se agotaron rápidamente y sobrevino a los hombres la misma necesidad de antes. El tirreno, entonces, informado por los desertores de que los de dentro de la ciudad estaban en apuros por el hambre, les envió un heraldo intimándoles a recibir a Tarquinio si es que deseaban verse libres de la guerra y del hambre.

Plan de Mucio

Los romanos no aceptaron las órde- 27 nes, sino que prefirieron soportar todas las terribles adversidades. Entonces Mucio, sabedor de que les había de suceder una de estas dos cosas: o bien que no se mantendrían mucho tiempo en su resolución,

[36] Primera colonia griega en Italia, fundada por las ciudades de Calcis, Eretria y la homónima Cumas en la costa, cerca de Nápoles, aproximadamente en el 750 a. C. En lat. *Cumae*.

forzados por la carencia de alimentos, o bien que la mantendrían firmemente y morirían del modo más miserable, pidió a los cónsules que le convocaran al Senado para exponer ante él un asunto importante y urgente. Una vez reunido el Senado, dijo lo siguiente: «Padres, he pensado aventurarme a una empresa por la que la ciudad se verá libre de sus males actuales, confío plenamente en el plan y creo que lo lograré fácilmente. Con respecto a mi propia vida, no tengo muchas esperanzas de sobrevivir a la acción, más bien, si he de de-
2 cir la verdad, no tengo ninguna. Pues bien, puesto que voy a afrontar un riesgo tan grande, no me parece correcto que la gente ignore, si llegara a fracasar en mi intento, que he actuado movido por grandes ideales, sino que considero justo obtener grandes alabanzas por mi noble acción, por la que, a cambio de mi vida mor-
3 tal, alcanzaré una gloria inmortal. Ahora bien, no es seguro informar al pueblo de lo que me propongo llevar a cabo, no sea que alguien, por obtener beneficios personales, se lo comunique a los enemigos, pues el plan requiere que se mantenga en secreto como un misterio. Vosotros, que estoy convencido de que lo guardaréis celosamente, seréis los primeros y los únicos a quienes lo contaré. El resto de los ciudadanos lo sabrá por vo-
4 sotros cuando convenga. Mi plan es el siguiente: haciéndome pasar por desertor pretendo ir al campamento de los tirrenos. Si sospechan de mí y muero, los demás solamente perderéis un ciudadano; pero si consigo introducirme en el campamento, os prometo que mataré al rey de los enemigos. Muerto Porsena, la guerra acabará y de mí será lo que quieran los dioses. Ahora que vosotros compartís mis planes y sois testigos de ellos ante el pueblo, me marcho, poniendo como guía de mi camino el mejor destino para mi patria».

Captura de Mucio en el campamento tirreno

Después de recibir el aplauso de los 28 senadores y obtener augurios favorables a la empresa, atraviesa el río. Cuando llega al campamento de los tirrenos, entra en él, engañando a los centinelas de las puertas como si fuera uno de los suyos, pues no llevaba ningún arma a la vista y hablaba en tirreno, lengua que había aprendido de niño, educado por una nodriza tirrena. Cuando llega a la plaza y 2
a la tienda del general, ve a un hombre que sobresale por la estatura y fortaleza de su cuerpo, vestido de púrpura, sentado en la tribuna del general y rodeado de muchos soldados armados. Como nunca había visto al rey de los tirrenos, creyó, erróneamente, que ese hombre era Porsena. Pero, en realidad, era el secretario del rey y estaba sentado en la tribuna contando el número de los soldados y apuntando su paga. Se acerca a ese se- 3
cretario abriéndose camino entre la multitud que lo rodeaba, sube a la tribuna sin que nadie se lo impida, pues parecía ir desarmado, desenvaina el puñal que llevaba oculto bajo la ropa y hiere al hombre en la cabeza. Muerto el secretario de un solo golpe, Mucio fue apresado inmediatamente por los que se encontraban alrededor de la tribuna y conducido a presencia del rey, que ya estaba enterado por otros de la muerte del secretario. Porsena, al verlo, dijo: «Tú, el más infame de 4
todos los hombres y que en breve vas a sufrir el castigo que mereces, di: ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿En qué ayuda confiabas para intentar semejante acción? ¿Se te había ordenado matar sólo a mi secretario o también a mí? ¿Quiénes son tus cómplices en este atentado? ¿Quiénes lo conocen? No ocultes nada de la verdad para que no tengamos que obligarte a hablar bajo tortura».

29 *Mucio ante el rey Porsena*

Mucio, sin que se le mudara el color ni la expresión de su rostro denotara temor, y sin experimentar ninguna otra de las alteraciones que sufren los que van a morir, le respondió: «Yo soy romano y no de una familia cualquiera, y he venido a vuestro campamento, como un desertor, con el propósito de matarte, deseoso de liberar a mi patria de la guerra. Y no ignoraba que, tanto si tenía éxito como si fracasaba en mi empeño, habría de morir, pero preferí dar mi vida a la tierra que me la había dado y, a cambio de un cuerpo mortal, dejar tras de mí una gloria inmortal. Pero me he equivocado y, en tu lugar, he matado al secretario, al que no tenía ninguna necesidad de matar, engañado por la púrpura, el asiento y los otros sím-
2 bolos del poder. En consecuencia, en cuanto a la muerte, a la que yo mismo me había condenado cuando decidí lanzarme a esta empresa, no voy a suplicar; pero en cuanto a las torturas y otros ultrajes, si me das garantías por los dioses, prometo revelarte un asunto impor-
3 tante y que atañe a tu salvación». Esto lo decía con la intención de engañarlo. Y Porsena, que no estaba en condiciones de razonar y al que, además, muchos habían predicho falsos peligros, le dio su palabra mediante juramentos. Después de esto, Mucio, que había ideado una forma de engaño totalmente nueva y que no tenía una fácil comprobación, le dijo: «Rey, trescientos romanos de la misma edad y todos de familias patricias nos reunimos y decidimos matarte; y nos dimos palabra unos
4 a otros bajo juramento. Al considerar de qué modo llevaríamos a cabo nuestro plan, no nos pareció oportuno intentar la empresa todos a la vez, sino de uno en uno, ni comunicarnos uno a otro cuándo, cómo, dónde y por qué medios te íbamos a atacar, con el fin de que nos resultara más fácil pasar inadvertidos. Cuando tomamos estas decisiones, echamos a suertes y a mí me tocó

ser el primero en intentarlo. Así pues, ya que sabes de antemano que muchos hombres valerosos, movidos por el deseo de gloria, van a tener mi mismo propósito y que alguno de ellos es probable que alcance mejor suerte que yo, considera qué guardia te será suficiente contra todos».

Porsena delibera con sus colaboradores y su hijo

Cuando el rey escuchó estas pala- 30
bras, ordenó a su guardia que se lo lle-
vara, lo encarcelara y lo vigilara cuida-
dosamente. Él reunió a sus más fieles
amigos y, sentando a su lado a su hijo
Arrunte, consideró con ellos qué podía hacer para esca-
par a los planes de aquellos hombres. Todos propusie- 2
ron simples medidas de seguridad, pero a él le pareció
que no habían comprendido lo que hacía falta. Su hijo,
que fue el último en dar su opinión, expresó un parecer
más sensato que el propio de su edad. Pensaba que Por-
sena no debía considerar qué vigilancia iba a establecer
para no sufrir ningún atentado, sino qué medidas iba
a tomar para no necesitar vigilancia. Todos admiraron
su idea y querían saber cómo podría conseguirse. «Si
hicieras a esos hombres amigos en lugar de enemigos
—dijo—, considerando tu propia vida más valiosa que
el retorno de los que se exiliaron con Tarquinio». El 3
rey dijo que había hablado muy bien, pero que el asun-
to requería una deliberación sobre cómo llevar a cabo
una reconciliación digna con ellos. Decía que era una
gran vergüenza que, después de haberlos vencido en el
combate y tenerlos encerrados dentro de las murallas,
se retiraran sin haber cumplido ninguna de las prome-
sas hechas a los Tarquinios, como si hubiera sido de-
rrotado por los vencidos y huyera de quienes ya no se
atrevían a salir de las puertas de la ciudad. Y declaró
que la única solución honrosa del conflicto sería que
se presentaran ante él algunos hombres de parte de los
enemigos para tratar un acuerdo de amistad.

Porsena envía una embajada a Roma

31 Esto fue lo que entonces dijo a su hijo y a los presentes. Pero pocos días después se vio forzado a ser él el primero en iniciar conversaciones de paz por la siguiente razón: cuando sus soldados estaban dispersos por el territorio, robando las provisiones que se conducían a la ciudad, cosa que hacían continuamente, los cónsules romanos les tendieron una emboscada en un lugar adecuado, mataron a muchos e hicieron un número de prisioneros todavía mayor que el de muertos. Los tirrenos, irritados por ello, hablaban en corrillos culpando al rey y a los demás generales de la prolongación de la guerra y deseaban vol-
2 ver a sus casas. Al considerar Porsena que todos verían con agrado la reconciliación, envió como embajadores a sus más íntimos amigos[37]. Algunos dicen que con ellos envió también a Mucio, que había dado su palabra al rey, bajo juramento, de regresar. Otros, en cambio, dicen que quedó bajo custodia en el campamento como rehén, hasta que se concluyera la paz; y quizás esta
3 versión sea más veraz. Las instrucciones que el rey dio a los embajadores eran las siguientes: que no hicieran mención alguna del retorno de los Tarquinios, pero que pidieran la devolución de sus bienes, sobre todo de cuantos había dejado Tarquinio el Viejo[38] y de cuantos ellos mismos habían adquirido y poseído con justicia; y si esto no pudiera ser, que les entregaran, en la medida de lo posible, el valor de sus tierras, de sus casas, de sus rebaños y de la cosecha de sus campos de la forma que les pareciera conveniente, o bien que aportaran el dinero quienes los poseían y disfrutaban, o bien que lo

---

[37] Livio (II 13, 1-4) dice que la embajada fue enviada por la preocupación de Porsena por su propia seguridad. También difiere de Dionisio en las condiciones exigidas por el rey.

[38] En latín *priscus*, que significa «el más viejo».

sacaran del erario público. Éstas eran las instrucciones 4 relativas a los Tarquinios. Para él, puesto que iba a poner fin a las hostilidades, les ordenó pedir los llamados Siete Distritos[39]. Este territorio era antiguamente de los tirrenos, pero los romanos lo poseían tras habérselo arrebatado en una guerra a sus ocupantes. Y para que los romanos mantuvieran firme su amistad con los tirrenos, les encomendó que les pidieran como rehenes de la ciudad a los hijos de las familias más ilustres.

Llegada al campamento tirreno de una embajada romana con rehenes

Cuando la embajada llegó a Roma, 32 el Senado, persuadido por el cónsul Publícola, votó conceder todo cuanto pedía el tirreno, pues creía que la masa plebeya y sin recursos, que estaba en apuros debido a la escasez de provisiones, recibiría con satisfacción la terminación de la guerra en los términos que fuera. Sin embargo, el pueblo 2 ratificó los otros puntos del decreto del Senado, pero no admitió la devolución de los bienes. Por el contrario, decidió no devolver nada a los tiranos, ni del dinero de los particulares ni de fondos públicos, y enviar al rey Porsena, con respecto a estos temas, embajadores para pedirle que aceptara los rehenes y el territorio y que, en el asunto de las propiedades, él mismo hiciera de juez entre los Tarquinios y los romanos y, después de escuchar a ambas partes, decidiera en justicia, sin dejarse llevar por el agradecimiento o la enemistad. Los 3 tirrenos regresaron ante el rey con estas respuestas y, con ellos, los embajadores designados por el pueblo, quienes llevaban a veinte hijos de las principales familias, que debían servir de rehenes de su patria. Los cónsules habían sido los primeros en entregar a sus hijos, Marco Horacio a su hijo, y Publio Valerio a su hija, que estaba en edad de casarse. Cuando llegaron al campa- 4

[39] Véase nota a II 55, 5.

mento, el rey se alegró y, después de dirigir muchas alabanzas a los romanos, pactó con ellos una tregua por un número determinado de días y aceptó ser él quien juzgara el litigio. Los Tarquinios, en cambio, se disgustaron, al desvanecerse las grandes esperanzas que tenían en el rey, pues habían creído que Porsena iba a restaurarlos en el trono. Sin embargo, se vieron obligados a contentarse con aquella situación y aceptar lo que se les ofrecía. En la fecha señalada llegaron de la ciudad los hombres que iban a defender su causa y los senadores más ancianos. El rey se sentó en la tribuna con sus amigos, ordenó a su hijo que le ayudara a juzgar y les concedió la palabra.

Fuga de los rehenes y emboscada de Tarquinio

33 Cuando todavía se estaba viendo la causa, llegó uno anunciando la fuga de las jóvenes rehenes. Habían pedido a los guardianes que les permitieran ir al río para bañarse. Cuando obtuvieron el permiso, les dijeron que se apartaran un poco del río hasta que se hubieran bañado y se hubieran puesto de nuevo la ropa, para que no las vieran desnudas. Así lo hicieron, y ellas, animadas por Clelia y siguiendo su ejemplo, atravesaron el río a nado y regresaron a la ciu-
2 dad. Entonces Tarquinio acusó con vehemencia a los romanos de faltar a sus juramentos y su palabra y exhortó al rey a que, puesto que había sido engañado por unos tramposos, no se fiara de ellos. Pero el cónsul se defendió diciendo que la acción había sido iniciativa de las propias jóvenes, sin orden de sus padres, y que en breve le presentaría la prueba de que ellos no habían planeado nada, y el rey quedó convencido y le permitió
3 partir para traer a las muchachas, como prometía. Así pues, Valerio se marchó para traer a las jóvenes. Pero Tarquinio y su yerno, despreciando la justicia, trazaron un plan impío: enviar en secreto al camino un grupo de jinetes y secuestrar no sólo a las jóvenes que traían,

sino también al cónsul y al resto de los que iban al campamento, con el propósito de retenerlos en prenda de las propiedades que los romanos habían arrebatado a Tarquinio, sin esperar ya la resolución del juicio. Pero 4
no les permitió la divinidad que su plan resultara conforme a lo previsto. Mientras los jinetes que iban a atacar a los que se acercaban salían del campamento de los latinos, el cónsul romano se les adelantó con las doncellas, y, ya estaba junto a las mismas puertas del campamento tirreno cuando fue alcanzado por los que lo seguían desde el otro campamento. Como el combate tuvo lugar allí mismo, los tirrenos se enteraron en seguida; el hijo de Porsena acudió rápidamente en su ayuda al frente de un escuadrón de caballería y también corrieron en su auxilio los soldados de infantería que estaban delante del campamento.

Paz entre Roma y Porsena

Porsena, irritado por estos hechos, 34
convocó a los tirrenos a una asamblea. Les explicó cómo, después de que los romanos le hubieran encomendado el juicio sobre las acusaciones de que eran objeto por parte de Tarquinio, aquellos hombres justamente desterrados habían intentado, antes de que se concluyera el juicio y en período de tregua, infringir la ley en las personas inviolables de los embajadores y rehenes (motivo por el que los tirrenos absolvían a los romanos de las acusaciones y rompían todos los vínculos de amistad con Tarquinio y Mamilio); y les ordenó que abandonaran el campamento ese mismo día. Así pues, los 2
Tarquinios, que en un principio habían albergado fundadas esperanzas o bien de volver a ser tiranos de la ciudad con la ayuda de los tirrenos, o bien de recuperar su fortuna, por el atentado contra los embajadores y rehenes se marcharon del campamento con deshonra y odiados por todos, sin haber conseguido ninguna de sus dos aspiraciones. El rey de los tirrenos ordenó que los 3

rehenes romanos fueran conducidos a la tribuna y se los devolvió al cónsul diciendo que la palabra de la ciudad era más valiosa que ningún rehén. Entre los rehenes alabó a una muchacha, aquella que había convencido a las demás de que atravesaran el río a nado, por tener un temple superior al de su sexo y edad. Y después de felicitar a la ciudad por criar no sólo hombres valerosos, sino también muchachas semejantes a hombres, regaló a la joven un caballo de guerra adornado
4 con una espléndida testera. Tras la asamblea, concluyó el tratado de paz y amistad con los embajadores romanos y, después de agasajarlos como huéspedes, les entregó sin rescate a todos los prisioneros, que eran muy numerosos, como regalo para llevar a la ciudad; además, les dio el territorio en el que estaba acampado, dispuesto no como un campamento en tierra extranjera para una estancia breve, sino como una ciudad, suficientemente provisto de construcciones públicas y privadas, a pesar de que los tirrenos no acostumbraban dejar las construcciones en pie cuando levantaban el campamento de un territorio enemigo, sino quemarlas; y no fue este un regalo de poco valor monetario, como mostró la venta que efectuaron los cuestores [40] después
5 de la partida del rey. Éste fue el fin que tuvo la guerra que enfrentó a los romanos con los Tarquinios y el rey de los clusinos, Larte Porsena, y que llevó a la ciudad a grandes peligros.

---

[40] En los comienzos de la República, los cuestores ayudaban a los pretores en los asuntos judiciales (*quaestor* significa «inquisidor») y eran nombrados por los mismos pretores. Posteriormente, fueron simples tesoreros elegidos por las asambleas populares. Algunos historiadores sostienen que existían ya en la monarquía con funciones de jueces para las causas penales.

Recompensas a Mucio y Clelia. Terminación del templo de Júpiter Capitolino

El Senado de Roma, después de la 35
retirada de los tirrenos, votó enviar a Porsena un trono de marfil, un cetro, una corona de oro y un vestido de triunfo, símbolos que utilizaban los reyes. A Mucio, el que había resuelto morir por su patria, considerándolo máximo responsable de la terminación de la guerra, decretó concederle toda la tierra pública al otro lado del Tíber que fuera capaz de rodear con el arado en un solo día, de la misma manera que antes hiciera con Horacio, el que luchó delante del puente. Ese lugar todavía en nuestros días, recibe
el nombre de Praderas de Mucio. Éstas fueron las re- 2
compensas para los hombres. A la joven Clelia le concedieron la erección de una estatua de bronce, que los padres de las muchachas colocaron junto a la Via Sacra [41] que lleva al Foro. Nosotros ya no encontramos esa estatua en pie; se decía que fue destruida cuando se produjo un incendio en las casas cercanas.

En este año se completó el templo de Júpiter Capi- 3
tolino [42], que describí detalladamente, parte por parte, en el libro anterior. Este templo fue consagrado por el cónsul Marco Horacio e inscrito con su nombre antes de que llegara su compañero; pues se daba la circunstancia de que en ese tiempo Valerio había salido con un ejército en auxilio del territorio, ya que, tan pronto como la gente abandonó las fortificaciones y se reunió en los campos, Mamilio envió bandas de ladrones, causando grandes perjuicios a los campesinos. Estos sucesos tuvieron lugar durante el tercer consulado.

---

[41] La Via Sacra atravesaba el Foro y estaba flanqueada por numerosas estatuas.

[42] Véase nota a IV 61, 4. Según Livio, la terminación del templo tuvo lugar en el primer consulado. Véase nota a V 21, 1.

36 *Muerte de Arrunte y derrota de su ejército*

Los cónsules que gobernaron durante el cuarto año, Espurio Larcio y Tito Herminio, terminaron su mandato sin guerras. En su consulado, Arrunte, el hijo del rey de los tirrenos, Porsena, murió mientras sitiaba, ya por segundo año, la ciudad
2 de Aricia [43]. Efectivamente, tan pronto como se concluyó la paz con los romanos, con la mitad del ejército de su padre emprendió una expedición contra los aricinos, con el propósito de hacerse con un dominio propio. Y estaba a punto de tomar la ciudad cuando los aricinos recibieron ayuda desde Ancio [44], Túsculo y Cumas de Campania. Pese a enfrentarse con un ejército inferior a fuerzas superiores en número, puso en fuga a la mayoría y los empujó hasta la ciudad; pero murió, vencido por los de Cumas, a cuyo frente estaba Aristodemo, apodado «el Afeminado»; y el ejército tirreno, después de su muerte, no siguió resistiendo y se dio a la fuga.
3 Muchos de ellos murieron perseguidos por los de Cumas, pero muchos más se dispersaron por el territorio y se refugiaron en la campiña romana, que no distaba mucho, después de haber perdido sus armas e incapaces de llegar más lejos por causa de las heridas. Los romanos los recogieron de los campos y los condujeron, algunos medio muertos, a la ciudad en carros, carromatos y otros vehículos de tiro, los llevaron a sus casas y los reanimaron con alimentos, cuidados y otras atenciones humanitarias llenas de compasión; de modo que muchos de ellos, seducidos por estos favores, ya no tuvieron deseos de regresar a sus casas, sino que quisie-
4 ron quedarse con sus benefactores. El Senado concedió a estos hombres unas tierras de la ciudad donde construyeran sus viviendas, el barranco que aproximadamen-

[43] *Aricia*, ciudad latina situada al sur de Roma.

[44] Véase nota a I 72, 5.

te a lo largo de cuatro estadios se extiende entre el Palatino[45] y el Capitolio[46]; y por esta razón, todavía en nuestros días, los romanos llaman en su lengua «Barrio de los tirrenos» al camino que lleva desde el Foro hasta el Circo Máximo[47]. En reconocimiento de estos favores recibieron del rey de los tirrenos un obsequio de muchísimo valor y que les proporcionó una enorme satisfacción: el terreno al otro lado del río al que renunciaron cuando pusieron fin a la guerra. Y con grandes gastos realizaron en honor de los dioses los sacrificios que habían prometido celebrar cuando de nuevo fueran dueños de los Siete Distritos.

Guerra entre romanos y sabinos

En el quinto año después de la ex- 37
pulsión del rey, tuvo lugar la LXIX Olimpiada (503 a. C.), en la que Iscómaco de Crotona venció por segunda vez en la carrera del estadio, bajo el arcontado en Atenas de Acestórides y el consulado en Roma de Marco Valerio, hermano de Valerio Publícola, y de Publio Postumio, apodado Tuberto. En su consulado 2
aguardaba a los romanos otra guerra de sus vecinos más próximos. Esta guerra comenzó por saqueos, desembocó en numerosos e importantes combates y terminó, sin embargo, en una paz honrosa en el cuarto consulado después del de estos hombres, tras haberse luchado ininterrumpidamente durante todo ese período. En efecto, algunos sabinos, advirtiendo la debilidad de la ciudad a raíz de la derrota de los tirrenos y en la convicción de que ya no recuperaría su antiguo prestigio, atacaban a los que regresaban al campo desde las fortificaciones, mediante la organización de bandas de ladrones, y causaban grandes perjuicios a los agricultores. En relación 3

45 Véase I 79, 5.

46 Véase I 32, 3 y nota.

47 En griego *mégas hippódromos*. Véase III 68 y notas.

a estos hechos, los romanos, antes de recurrir a las armas, enviaron una embajada para exigir una satisfacción y que en el futuro no cometieran ningún acto hostil contra los que trabajaban la tierra. Como recibieron respuestas insolentes, les declararon la guerra. Primero se produjo un ataque imprevisto del cónsul Valerio, con jinetes y lo mejor de la infantería ligera, contra los que andaban saqueando el territorio. La matanza de los sabinos sorprendidos en las expediciones de saqueo, que fueron muchas, fue enorme, como es natural tratándose de hombres en desorden y desprevenidos ante el ata-
4 que. Luego, cuando los sabinos enviaron contra ellos un poderoso ejército bajo el mando de un experimentado general, se produjo otra expedición romana, esta vez con todas sus fuerzas, conducida por los dos cónsules. Postumio acampó en un lugar montañoso cerca de Roma, temeroso de que se produjera algún ataque imprevisto de los exiliados contra la ciudad. Valerio lo hizo cerca del enemigo, a la orilla del río Anión, que, después de la ciudad de Tíbur[48], se derrama caudaloso desde una elevada roca, fluye a través de la llanura de los sabinos y romanos, delimitando sus territorios, y, finalmente, hermoso y de dulces aguas, une su corriente al río Tíber.

Batalla junto al río Anión

38 En la otra orilla del río estaba colocado el campamento de los sabinos, tampoco a mucha distancia de la corriente, sobre una colina de suave pendiente, no muy segura. Al principio, los dos ejércitos se observaban con mutua precaución y vacilaban en atravesar el río e iniciar la lucha. Pero, después de algún tiempo, entablaron combate sin tener en cuenta ni prever la conveniencia, dominados por la có-
2 lera y la rivalidad. En efecto, para abastecerse de agua y llevar los caballos a beber se adentraron mucho en

[48] Véase nota a I 16, 5.

el río. Fluía entonces con tan poco caudal, no crecido todavía con las aguas invernales, que marchaban con el agua un poco por encima de las rodillas. Primero, se produjo una escaramuza entre unos pocos, y algunos hombres de uno y otro campamento corrieron en auxilio de los suyos; luego, a su vez, otros, de cada una de las partes, para ayudar a los que estaban siendo vencidos. Unas veces los romanos rechazaban a los sabinos del río, otras los sabinos a los romanos. Cuando se ha- 3
bían producido muchas muertes y heridas y se apoderó de todos el deseo de vencer, como suele suceder en los combates improvisados, sobrevino a los generales de ambos ejércitos el mismo deseo de atravesar el río. Pero 4
el cónsul romano se adelantó y, después de hacer pasar al otro lado a su ejército, entró en contacto con el enemigo cuando todavía los sabinos estaban armándose y colocándose en formación. Sin embargo, tampoco éstos se demoraron en trabar combate, animados por un gran menosprecio del enemigo, ya que no iban a luchar ni contra los dos cónsules ni contra todo el ejército de Roma, y, una vez llegados a la lucha cuerpo a cuerpo, pelearon dando muestras de una total audacia y arrojo.

Victoria romana

El combate que siguió fue duro. 39
Mientras el flanco derecho de los romanos, en el que estaba el cónsul, atacaba a sus adversarios e iba ganando terreno, el izquierdo estaba ya en apuros y era rechazado por el enemigo hacia el río. Al conocer la situación, el cónsul que mandaba el otro campamento romano hizo salir al ejército. Mientras él marcha- 2
ba al paso al mando de las unidades de infantería, envió a toda velocidad al legado Espurio Larcio, que había sido cónsul el año anterior, al mando de la caballería. Éste cabalgó al galope, cruzó fácilmente el río sin que nadie se lo impidiera, pasó de largo el ala derecha del enemigo y cargó por el flanco contra la caballería

sabina. Allí mismo se produjo un violento combate, pues ambas caballerías estuvieron luchando cuerpo a cuerpo
3 durante mucho tiempo. En eso, también Postumio llegó junto a ellos con la infantería y, atacando a la enemiga, mató a muchos hombres en el combate y a los restantes los hizo abandonar la formación. Si no hubiera caído la noche, todos los sabinos, rodeados por los romanos, que ya se habían impuesto con la caballería, habrían sido totalmente aniquilados. Pero la oscuridad amparó a los que huían de la batalla, que estaban sin armas y no eran muchos, y los hizo llegar sanos y salvos hasta sus hogares. Los cónsules se apoderaron sin lucha de su campamento, abandonado por sus ocupantes al ver la derrota de los suyos. Cogieron de él un gran botín, permitieron a los soldados que se lo llevaran y, des-
4 pués, condujeron al ejército de vuelta a casa. Entonces, por primera vez, la ciudad, recobrada de la derrota de los tirrenos, volvió a su antiguo espíritu y se atrevió, como antes, a aspirar a la supremacía sobre sus vecinos. Decretó la concesión de un triunfo conjunto para los dos cónsules y obsequiar en particular a uno de ellos, Valerio, con un terreno para su vivienda en la mejor zona del Palatino, así como costear los gastos de su edificación con dinero del erario público. Las hojas de las puertas de esta casa, junto a la que estaba el toro de bronce, son las únicas de Roma, tanto de edificios públicos como privados, que se abren hacia fuera.

Nueva guerra contra los sabinos. Origen de la tribu Claudia

40 A estos hombres les sucedieron en el consulado Publio Valerio, el llamado Publícola, elegido por cuarta vez para desempeñar el cargo, y Tito Lucrecio, que compartía la magistratura con Valerio por segunda vez. Durante su consulado todos los sabinos celebraron una asamblea general de las ciudades y resolvieron entrar en guerra con los romanos, pues, en su opinión, los tratados que

habían hecho con ellos no tenían vigencia, ya que el rey Tarquinio, con quien los habían establecido, había sido derribado del poder. Habían sido persuadidos por Sexto, 2
uno de los hijos de Tarquinio, que, prestándoles servicios particulares e instando a los hombres influyentes de cada ciudad, arrastró a todos a una guerra común contra los romanos; también se atrajo a dos ciudades, Fidenas[49] y Cameria, apartándolas de los romanos y convenciéndolas de que combatieran junto a los sabinos. Por sus buenos oficios lo eligieron general con plenos poderes y le confiaron el reclutamiento de tropas de todas las ciudades, en la idea de que en la batalla anterior habían fracasado por la debilidad del ejército y la ineptitud del general. Mientras estaban ocupados 3
en estos preparativos, quiso una buena fortuna igualar los perjuicios y los beneficios de los romanos, proporcionándoles, a cambio de los aliados perdidos, otra ayuda inesperada de sus enemigos de la siguiente índole: Tito Claudio[50], un hombre noble y rico del pueblo de los sabinos, que vivía en la ciudad de Regilo[51], se pasó a ellos llevando consigo a un gran número de parientes y amigos y a muchos clientes, que se trasladaron con sus familias, y no eran menos de cinco mil los que podían portar armas. Se dice que la causa que lo forzó a cambiar su residencia a Roma fue la siguiente: Los 4
que ostentaban el poder en las principales ciudades, hostiles a este hombre por rivalidad política, lo demandaron, acusándolo de traición porque no era partidario de declarar la guerra a Roma, sino que fue el único que, en la asamblea general, se opuso a quienes estimaban que los tratados estaban derogados, y no permitió que sus conciudadanos consideraran válidas las decisiones

---

49 Véase II 53, 2 sigs. y nota.

50 Livio (II 16, 4) lo llama *Attius Clausus*, nativo de *Inregillum*.

51 *Regillum*.

5 aceptadas por los demás. Como temía el juicio (pues la causa debía ser fallada por las demás ciudades), reunió sus bienes y a sus amigos y se pasó a los romanos. Su influencia en los acontecimientos fue decisiva y parece que fue el máximo responsable del éxito de esta guerra. A cambio de ello, el Senado y el pueblo lo inscribieron entre los patricios y le permitieron que tomara una parte de la ciudad, del tamaño que quisiera, para la construcción de sus viviendas y, además, le dieron de la tierra pública un territorio entre Fidenas y Picecia[52] para que pudiera distribuir lotes a todos los suyos. De ellos, con el tiempo, se formó una tribu llamada Claudia, que ha seguido manteniendo ese mismo nombre hasta nuestros días.

Valerio se entera de los planes del enemigo

41 Cuando todo estuvo preparado por ambas partes, los sabinos fueron los primeros en hacer salir sus ejércitos y establecieron dos campamentos, uno en campo abierto, no lejos de Fidenas, el otro en la propia Fidenas, para proteger a los de dentro y servir de refugio a los que estaban acampados fuera en el caso de que sufrieran alguna derrota. Luego, los cónsules romanos, enterados de que los sabinos marchaban contra ellos, acamparon también separados uno de otro, al mando de todos los que estaban en edad militar. Valerio cerca del campamento que los sabinos tenían en campo abierto; Lucrecio, no muy lejos, sobre una colina desde donde era perfectamente visible el otro
2 campamento. La opinión de los romanos era que la guerra se decidiría rápidamente en una batalla a campo abierto. El general sabino, en cambio, que temía enfrentarse abiertamente a la audacia y firmeza de unos hombres dispuestos a afrontar toda clase de peligros, deci-
3 dió atacarlos de noche. Tras preparar todo lo necesario

[52] *Picetia.* El emplazamiento de esta localidad no se conoce.

para llenar el foso y escalar la empalizada, cuando todo estuvo listo para el combate, levantó a lo más escogido del ejército después del primer sueño y se dispuso a conducirlos contra la fortificación de los romanos. A los que estaban acampados en Fidenas les ordenó que, cuando vieran que los suyos habían salido, salieran también ellos de la ciudad equipados con armamento ligero. Después ordenó que se emboscaran en lugares apropiados y que, si a los hombres de Valerio les llegaban refuerzos del otro campamento, se levantaran y les atacaran por la espalda con griterío y estruendo. Este era el 4
plan de Sexto y, después de comunicárselo a los centuriones y de que también ellos lo aceptaran, esperó el momento oportuno. Pero un desertor fue al campamento romano y reveló su plan al cónsul. No mucho después, unos jinetes llegaron con prisioneros sabinos que habían cogido cuando estos salían por leña. Interrogados por separado sobre qué se preparaba a hacer su general, respondieron que estaba construyendo escaleras y planchas; dónde y cuándo pensaba utilizarlas, dijeron no saberlo. Valerio, enterado de estos planes, 5
envió al otro campamento al legado Larcio para que comunicara los planes del enemigo a Lucrecio, que mandaba aquel campamento, y le explicara de qué manera debía atacar. Él, por su parte, convocó a los tribunos y centuriones [53], les comunicó cuanto había oído del desertor y de los prisioneros, les exhortó a ser hombres valientes pensando que habían encontrado la oportunidad que esperaban para obtener una gloriosa satisfacción de los enemigos, explicó a cada uno lo que debía hacer, les dio la consigna y después los mandó a sus puestos.

---

[53] Los tribunos militares, en número de seis, eran, por turno, los jefes de la legión. El centurión era el grado principal entre los cuadros inferiores. Por lo general, era elegido entre los mismos soldados por mérito de guerra.

42 *Derrota de los sabinos*

Todavía no era medianoche cuando el general de los sabinos puso en pie a lo más escogido de su ejército y lo condujo al campamento, ordenando que todos guardaran silencio y no hicieran ruido con las ramas para que los enemigos no advirtieran su llegada hasta que se encontraran junto a la fortificación. Cuando estuvieron cerca del campamento los que iban primero y no vieron resplandores de luces ni oyeron voces de centinelas, atribuyeron a los romanos una gran necedad, pues pensaban que habían dejado solos los puestos de guardia y dormían dentro del campamento. Llenaron de maleza los fosos por muchas partes
2 y los atravesaron sin que nadie se lo impidiera. Pero entre el foso y la empalizada estaban agazapados por compañías los romanos, ocultos por las sombras, e iban matando a los sabinos que cruzaban cuando llegaban a sus manos. Durante algún tiempo la muerte de los que iban delante pasó inadvertida a los que marchaban detrás; pero cuando salió la luna y hubo luz, al ver los que se acercaban al foso montones de cadáveres de compañeros suyos junto a él y un fuerte contingente de enemigos que salía a su encuentro, arrojaron las armas y
3 se dieron a la fuga. Los romanos, con grandes gritos (esta era la consigna para los del otro campamento), salieron corriendo todos en masa tras ellos. Lucrecio, al oír el griterío, envió por delante a la caballería para que reconociera el terreno, no sea que hubiera tendida una emboscada del enemigo, y poco después la siguió
4 al mando de lo mejor de la infantería. Al mismo tiempo, la caballería se topó con los emboscados de Fidenas y los puso en fuga, mientras que la infantería perseguía y daba muerte a los que llegaban a su campamento sin armas ni formación. En estos combates murieron alrededor de trece mil quinientos sabinos y aliados suyos y fueron cogidos cuatro mil doscientos

prisioneros. Su campamento fue tomado ese mismo día.

Toma de Fidenas y castigo de los responsables de la defección

43 Fidenas, después de un asedio de pocos días, fue tomada por la parte que parecía más difícil y que estaba vigilada por pocos hombres. Sin embargo, la ciudad no sufrió esclavitud ni destrucción, ni se dio muerte a muchos hombres tras la conquista, pues a los cónsules les pareció castigo suficiente para una ciudad hermana [54] que había cometido una falta la confiscación de los bienes y de los esclavos y la muerte de los que habían perecido en el combate. Y pensaron que, para que los hombres de la ciudad capturada no pudieran ya volver fácilmente a las armas, el castigo de los responsables de la defección sería una precaución moderada y acostumbrada entre los romanos. Así pues, convocaron en el Foro a los fidenates y, 2
después de dirigirles muchos reproches por su insensatez y afirmar que todos los que estaban en edad militar merecían la muerte, pues no habían mostrado gratitud por los beneficios recibidos ni habían aprendido prudencia con las desgracias, azotaron y dieron muerte a los hombres más prominentes a la vista de todos. Al resto le permitieron seguir viviendo como antes, si bien dejaron una guarnición tan numerosa como el Senado decidió y les quitaron una parte del territorio para dársela a ésta. Tras tomar estas medidas, retiraron el ejército del territorio enemigo y celebraron el triunfo decretado por el Senado. Éstos son los acontecimientos que tuvieron lugar durante su consulado.

[54] Fidenas era una ciudad latina.

Incursión victoriosa de los sabinos

44 Publio Postumio, el llamado Tuberto, había sido elegido por segunda vez para gobernar, y, con él, Agripa Menenio, el llamado Lanato[55], cuando se produjo una tercera incursión de los sabinos[56], con un ejército mayor, antes de que los romanos se percataran de su salida, y llegaron hasta las murallas de Roma. Durante este avance murieron muchos romanos, no sólo entre los agricultores, a quienes el peligro se les vino encima de una manera repentina y sin que lo esperaran, antes de que cada uno pudiera refugiarse en la fortaleza más cercana, sino también entre
2 los que en ese momento vivían en la ciudad. En efecto, el cónsul Postumio, considerando intolerable la insolencia del enemigo, salió a toda prisa en ayuda de los campesinos con los primeros hombres que encontró, con mejor disposición que prudencia. Los sabinos, al ver que, en desorden y separados unos de otros, avanzaban contra ellos tan confiados, quisieron aumentar todavía más su confianza y se retiraron apresuradamente, como si huyeran, hasta que llegaron a un espeso bosque donde aguardaba emboscado el resto de su ejército. Entonces dieron la vuelta y atacaron a sus perseguidores, y los del bosque se lanzaron contra ellos con grandes alari-
3 dos. Al atacar los sabinos en gran número y en formación a hombres desordenados, confundidos y sin respiración a causa de la carrera, mataron a los que fueron a su encuentro y al resto, cuando se lanzó a la huida, le cortaron los caminos que conducían a la ciudad y los cercaron en la cima desguarnecida de una colina. Acamparon cerca de ellos (pues ya anochecía) e hicie-

[55] *Lanatus* significa «lanoso».

[56] Livio no habla de ningún problema con los sabinos durante este año. Menciona, en cambio, una guerra contra los auruncos. Véase nota a I 21, 3.

ron guardia toda la noche para que no escaparan sin
que lo advirtieran. Cuando llegó a Roma la noticia del 4
desastre, se produjo una gran agitación y todos corrie-
ron a las murallas, temerosos de que durante la noche
los enemigos, animados por la victoria, fueran a la ciu-
dad. Hubo también lamentos por los muertos y compa-
sión por los supervivientes, pues pensaban que, si no
les llegaba ayuda rápidamente, muy pronto serían cap-
turados por falta de provisiones. Aquella noche la pa- 5
saron en vela y en un lamentable estado de ánimo. Pero
al día siguiente, Menenio, el otro cónsul, armó a todos
los que estaban en edad militar y los condujo, en orden
y formación, en auxilio de los que estaban en el monte.
Los sabinos, cuando los vieron acercarse, no esperaron
más, sino que levantaron su ejército y lo retiraron de
la montaña, considerando suficiente su presente fortu-
na; y sin perder ya más tiempo volvieron a su tierra
con gran orgullo, cargados con un rico botín en ganado,
esclavos y dinero.

Tercera guerra contra los sabinos

Los romanos, irritados por la derro- 45
ta, de la que culpaban al cónsul Postu-
mio, decidieron hacer rápidamente una
expedición con todas sus fuerzas con-
tra el territorio de los sabinos, deseosos
de enjugar la bochornosa e inesperada derrota que ha-
bían sufrido e indignados por la gran insolencia y osa-
día de la embajada recientemente llegada de parte del
enemigo. En efecto, como si ya les hubieran vencido y 2
fueran a tomar Roma sin ningún esfuerzo en caso de
que los romanos no quisieran cumplir sus mandatos,
les ordenaban que permitieran el retorno de los Tarqui-
nios, que les cedieran la soberanía y que establecieran
la forma de gobierno y las leyes que los vencedores im-
pusieran. Los romanos respondieron a los embajadores
que comunicaran a la asamblea general que los roma-
nos ordenaban a los sabinos deponer las armas, entre-

garles las ciudades y someterse nuevamente a ellos como antes, y que, una vez cumplidas estas condiciones, si deseaban obtener la paz y su amistad, fueran a rendir cuentas de las ofensas y perjuicios que les habían causado en sus anteriores incursiones; y que, si no cumplían lo que se les ordenaba, esperaran que la guerra
3 llegara en breve a sus ciudades. Recibidas y dadas mutuamente estas órdenes, una vez que estuvieron preparados con todo lo necesario para la confrontación, sacaron sus tropas. Los sabinos conducían a los mejores jóvenes de cada ciudad, inmejorablemente armados; los romanos habían reunido todas las fuerzas de la ciudad y de las guarniciones, pues consideraban que los que sobrepasaban la edad militar y la multitud de siervos serían suficientes para guardar la ciudad y las fortale-
4 zas del territorio. Los dos ejércitos se aproximaron y establecieron sus campamentos a poca distancia uno de otro, no lejos de la ciudad de Ereto, que era de los sabinos.

Prodigio en el campamento romano. Victoria romana

46 Cuando unos y otros conocieron el número de sus enemigos, calculándolo por el tamaño de los campamentos y por la información de los prisioneros, los sabinos se llenaron de confianza y desprecio por el escaso número de sus adversarios, mientras que a los romanos les invadió el temor ante la multitud de sus oponentes. Pero cobraron confianza y obtuvieron no pequeñas esperanzas de victoria porque se produjeron señales enviadas a ellos por los dioses y entre ellas, particularmente, un último prodigio, cuando iban a colocarse en orden de batalla, que tuvo la si-
2 guiente forma: de las jabalinas [57] clavadas en el suelo

[57] En el texto aparece la palabra *hyssós*, empleada por Polibio y otros para designar el *pilum* romano. La palabra griega para jabalina es *akóntion*, y aparece al final del paréntesis.

junto a las tiendas (estas armas arrojadizas de los romanos son las que lanzan cuando van al combate cuerpo a cuerpo; son varas alargadas, suficientemente gruesas como para llenar la mano, con puntas de hierro de no menos de tres pies que sobresalen rectas de uno de los extremos, con las que alcanzan la misma longitud que una jabalina corriente), de estas jabalinas surgieron llamas en torno a los extremos de las puntas y el resplandor se extendió por todo el campamento como si se tratara de antorchas y se mantuvo durante gran
parte de la noche. Por este prodigio conjeturaron, como 3
revelaron los intérpretes de portentos y como no era difícil de comprender para cualquiera, que la divinidad les señalaba una rápida y brillante victoria, puesto que todo cede ante el fuego y no hay nada que él no destruya. Como esta llama prendió en sus armas defensivas, salieron del campamento con gran arrojo, entablaron combate con los sabinos y lucharon pocos en número contra enemigos mucho más numerosos, pues confiaban en su valor. Su superior experiencia, unida a su fuerza de voluntad para soportar las penalidades, les
llevaba a despreciar cualquier peligro. En primer lugar, 4
Postumio con el ala izquierda, deseoso de vengar la anterior derrota, rechazó al ala derecha de los enemigos y se arrojó en medio de ellos como los locos y suicidas, sin tener en ninguna consideración su propia vida frente a la victoria; después, también los que, junto a Menenio, ocupaban el otro flanco, a pesar de que ya estaban cansados y habían sido apartados de su posición, al darse cuenta de que los de Postumio vencían a sus adversarios, cobraron ánimo y avanzaron contra el enemigo. Las dos alas de los sabinos retrocedieron y se produjo
una victoria completa, pues ni siquiera los que estaban 5
en el centro de la formación resistieron, una vez que los extremos quedaron desguarnecidos, sino que se fueron retirando forzados por las cargas de los escuadro-

nes de la caballería romana. Cuando todos huyeron, los romanos los persiguieron, penetraron en los campamentos junto con ellos y tomaron los dos. La noche y el hecho de que la derrota hubiera sucedido en su propia tierra fueron la causa de que el ejército enemigo no fuera totalmente aniquilado. En efecto, los fugitivos fácilmente llegaron sanos y salvos a sus hogares por su conocimiento del terreno.

Concesión del triunfo a ambos cónsules

47 Al día siguiente, los cónsules hicieron quemar a sus muertos y recoger los despojos (se cogieron también algunas armas de hombres vivos que fueron arrojadas en la huida). Después de esto, volvieron a casa, tras haber obtenido una brillantísima victoria, llevando prisioneros, que habían cogido en gran número, y dinero, aparte del botín cogido por los soldados (de la venta pública de este botín todos los ciudadanos recuperaron el dinero de las contribuciones con las
2 que habían equipado a los soldados). El Senado honró con triunfos a ambos cónsules, con uno mayor y más honroso a Menenio, que hizo su entrada sobre un carro real, a Postumio con uno inferior y de menor categoría que llaman *ovatio* [58], alterando ligeramente el nombre griego en una forma oscura. En efecto, primeramente se llamaba *euastés* por lo que en él tenía lugar, como yo mismo he conjeturado y encontrado en muchos es-
3 critos locales. El Senado introdujo entonces por primera vez este tipo de triunfo, según cuenta Licinio. Se diferencia del otro, en primer lugar, en que el que consigue este triunfo hace la entrada a pie al frente del ejército y no en carro como en el otro; en segundo lugar,

---

[58] El verbo *ouare* parece que originariamente significaba «lanzar gritos de *euoe*», equivaliendo al verbo griego *euázein*. La forma *ouatio* resultaba difícil de transliterar al griego, por lo que Dionisio, modificando ligeramente la palabra *euastés*, empleó el término *ouastés*.

en que no viste el traje bordado de oro[59] con el que se adorna el otro, ni lleva la corona de oro, sino que va vestido con una toga blanca bordeada de púrpura[60], vestimenta que llevan allí los cónsules y los pretores[61], y ciñe una corona de laurel; y también es inferior al otro en que no lleva cetro, pero en todo lo demás es igual. El motivo de que Postumio obtuviera un honor 4
inferior, a pesar de que en la batalla había destacado más que nadie, fue la grave y bochornosa derrota sufrida anteriormente en su salida contra los sabinos, en la que no sólo perdió a muchos hombres de su ejército, sino que él mismo estuvo a punto de ser hecho prisionero junto con los que sobrevivieron a la derrota.

Muerte y entierro de Valerio

Durante el consulado de estos hom- 48
bres, murió de enfermedad Publio Valerio, apodado Publícola, considerado superior en virtud a todos los romanos de su tiempo. No necesito referir las demás acciones de este hombre, por las que es merecedor de admiración y recuerdo, porque al principio de este libro he narrado la mayor parte de ellas. Sin embargo, creo que no debo omitir la más admirable de todas las alabanzas de este hombre, de la que todavía no he hecho mención; pues considero que, por encima de todo, es deber de los historiadores no sólo narrar las acciones bélicas de los generales ilustres, ni si idearon y establecieron alguna medida política beneficiosa y provechosa para sus Estados, sino también dar a conocer sus vidas, si llevaron una vida mesurada, pruden-

59 *Toga picta.* Véase nota a III 61, 1.

60 *Toga praetexta.*

61 En un principio, pretores era el nombre que se daba a los cónsules y eran magistrados que sólo se podían elegir entre los patricios. La pretura, en su significado de magistratura judicial, apareció en el 336 a. C. Los pretores eran los altos dirigentes del procedimiento judicial, y luego tuvieron también el encargo de gobernar las provincias.

2 te y respetuosa de las costumbres patrias. Pues bien, aquel hombre, a pesar de haber sido uno de los primeros cuatro patricios que promovieron el derrocamiento de los reyes y confiscaron sus bienes, a pesar de haber obtenido cuatro veces el poder consular, de haber logrado la victoria en dos guerras importantísimas y conseguido triunfos por ambas, el primero por la victoria sobre la nación de los tirrenos, el segundo por la de los sabinos, y aunque dispuso de tales oportunidades para el lucro que nadie habría podido calificar de indignas e injustas, no se dejó dominar por la avaricia que esclaviza a todos los hombres y que los obliga a obrar torpemente. Por el contrario, siguió llevando una vida sobria, independiente y libre de todo deseo, viviendo de la pequeña hacienda heredada de sus antepasados, y con su pequeño capital crió a unos hijos dignos de su linaje y demostró a todos que no es rico el que más tiene sino
3 el que menos necesita. Una prueba segura e irrefutable de la sobriedad que este hombre mostró durante toda su vida es la pobreza que se reveló tras su muerte. En efecto, ni siquiera dejó entre sus pertenencias lo suficiente para un funeral y un entierro como convenía a un hombre de su categoría, sino que sus parientes pensaban sacar su cadáver de la ciudad y quemarlo y enterrarlo sencillamente, como si se tratara de un hombre cualquiera. Sin embargo, el Senado, enterado de la penuria económica en que se encontraban, decretó contribuir a los gastos del entierro con dinero del tesoro público, y él ha sido el único de los hombres ilustres que ha habido hasta mis días para quien el Senado señaló un lugar en la ciudad, cerca del Foro y a los pies de la colina Velia, donde se le quemara y enterrara. Y este lugar está consagrado y destinado a que en él sean enterrados sus descendientes, un bien superior a cualquier riqueza y realeza, si uno mide la felicidad no por place-
4 res censurables sino por el honor. Así pues, Valerio Pu-

blícola, que escogió no poseer nada más que lo imprescindible, fue honrado por la ciudad con unos funerales espléndidos, como si de un rey riquísimo se tratara. Y todas las mujeres romanas, de común acuerdo, estuvieron de duelo por él durante un año, del mismo modo que por Junio Bruto, quitándose el oro y las púrpuras, tal y como acostumbran mostrar su dolor después de los funerales de sus parientes más cercanos.

Paz con los sabinos. Destrucción de Cameria

Después de aquel año fueron elegi- 49
dos cónsules Espurio Casio, apodado Vecelino, y Opitor Virginio Tricosto. Durante su mandato, el cónsul Espurio puso fin a la guerra contra los sabinos, tras una dura batalla que se libró no lejos de la ciudad de Cures [62], en la que murieron alrededor de diez mil trescientos sabinos y casi cuatro mil fueron
cogidos prisioneros. Derrotados por este último fracaso, 2
los sabinos enviaron embajadores ante el cónsul para entablar conversaciones de paz. Casio los envió ante el Senado, y ellos, una vez en Roma, tras muchas súplicas consiguieron con dificultad la reconciliación y la terminación de la guerra. Para ello tuvieron que entregar al ejército la cantidad de trigo que Casio les ordenó, una determinada suma de dinero por cabeza y mil pletros [63]
de terreno cultivado. Espurio Casio consiguió un triunfo 3
por esta guerra. El otro cónsul, Virginio, realizó una expedición contra la ciudad de Cameria, que, durante esta guerra, se había retirado de la alianza con Roma. Llevó consigo la mitad del otro ejército y, sin decir a nadie adónde pensaba marchar, recorrió el camino durante la noche para atacar a los habitantes de la ciudad sin que estuvieran sobre aviso y preparados, como
de hecho sucedió. En efecto, se presentó ante las mura- 4

---

[62] Véase noata a II 36, 3.
[63] Véase nota a III 68, 2.

llas sin que nadie lo advirtiera, justo al apuntar del día, y, sin ni siquiera acampar, acercó a los muros arietes y escalas y empleó todos los medios que se utilizan en los asedios. Los camerinos, sorprendidos por su repentina aparición, eran partidarios, unos de abrir las puertas y recibir al cónsul, otros de defenderse con todas sus fuerzas y no dejar entrar al enemigo. Mientras la confusión y el desacuerdo reinaban entre ellos, el cónsul rompió las puertas, conquistó con escalas las partes más bajas de las murallas y tomó la ciudad por la fuer-
5 za. Aquel día y la noche siguiente permitió a sus hombres saquear la ciudad; al día siguiente ordenó que se reuniera a los prisioneros en un solo lugar y, tras mandar ejecutar a todos los autores de la revuelta y vender al resto, destruyó la ciudad.

Asamblea de las ciudades latinas en Ferentino

50 En la LXX Olimpiada (499 a. C.), en la que venció en la carrera del estadio Niceas, locrio de Opunte[64], durante el arcontado en Atenas de Esmiro, obtuvieron el consulado Póstumo Cominio y Tito Larcio. Durante su mandato las ciudades latinas se separaron de la amistad de Roma. Octavio Mamilio, el yerno de Tarquinio, había convencido a los hombres más relevantes de cada ciudad, a unos con promesas de regalos, a otros con súplicas, de que ayudaran a re-
2 gresar a los exiliados. Se celebró una asamblea general de todas las ciudades, reunidas en Ferentino, con la sola excepción de la ciudad de Roma (pues fue ésta la única ciudad a la que no se le comunicó que asistiera, como era costumbre). En la asamblea, las ciudades debían votar sobre la guerra, designar generales y decidir
3 sobre los restantes preparativos. Sucedió que en ese tiempo los romanos enviaron como embajador a las ciu-

---

[64] Capital de Lócrida, región que da al estrecho que separa el continente de la isla de Eubea.

dades vecinas a Marco Valerio, el que fuera cónsul, para pedirles que no se sublevaran, pues algunos hombres de estas ciudades, enviados por sus gobernantes, estaban devastando los campos limítrofes con graves perjuicios para los agricultores romanos. Este hombre, cuando se enteró de que estaba teniendo lugar una asamblea general para que todas las ciudades votaran sobre la guerra, se presentó allí y, tras pedir la palabra a los presidentes, dijo que Roma le había mandado como embajador a las ciudades que estaban enviando bandas de saqueadores para pedir que averiguaran quiénes eran los culpables de los delitos y se los entregaran con el fin de que recibieran el castigo correspondiente, conforme a la ley que habían fijado en los tratados cuando establecieron lazos de amistad; y también para pedirles que en el futuro tuvieran cuidado de que no se produjera ninguna nueva falta que destruyera su amistad y parentesco. Añadió que, al ver que todas las ciudades se 4
habían reunido para tratar sobre la guerra contra Roma —lo que había comprendido por muchos indicios, pero, sobre todo, por el hecho de que los romanos habían sido los únicos a quienes no se comunicó que acudieran a la asamblea, a pesar de que estaba escrito en los tratados que todas las ciudades del pueblo latino estuvieran presentes en las asambleas generales, previa convocatoria por parte de los presidentes—, se preguntaba con extrañeza qué daño habían sufrido nunca de parte de la ciudad o de qué podían acusarla los allí reunidos para que fuera aquella la única ciudad no invitada a la reunión, cuando debía ser la primera en estar presente y la primera a la que se pidiera opinión, puesto que ostentaba la soberanía de la nación, que había recibido con su beneplácito a cambio de numerosos y grandes beneficios.

51 *Conspiración frustrada de los esclavos*

Después de que él hubo hablado, los aricinos pidieron la palabra y acusaron a los romanos de haberles llevado a ellos, que eran sus hermanos de raza, la guerra con los tirrenos, y de haber hecho todo lo posible para que las ciudades latinas perdieran la libertad a manos de aquellos. El rey Tarquinio, recordando los tratados de amistad y alianza existentes entre él y la asamblea de las ciudades, les pidió que mantuvieran sus juramentos y lo restauraran en el poder. Los exiliados de Cameria y Fidenas, lamentando estos la toma de su ciudad y su expulsión de ella, y aquellos la esclavitud de sus habitantes y la destruc-
2 ción de su ciudad, los exhortaron a ir a la guerra. En último lugar, Mamilio, el yerno de Tarquinio, que tenía por aquel entonces un enorme poder entre los latinos, se levantó y lanzó un largo discurso contra Roma. Valerio se defendió de todas las acusaciones y parecía que sus argumentos eran más justos, y entre acusaciones y defensas agotaron aquel día sin llegar a ninguna conclusión. Al día siguiente, los presidentes ya no invitaron a la reunión a los embajadores romanos, sino que concedieron la palabra a Tarquinio, Mamilio, los aricinos y a los demás que deseaban acusar a Roma. Después de escuchar a todos, votaron que los romanos habían roto las tratados y dieron como respuesta a la embajada de Valerio que, puesto que los romanos habían roto con actos de injusticia los lazos de parentesco, iban a deliberar con tranquilidad de qué modo debían castigarlos.

3 Mientras tenían lugar estos acontecimientos, se produjo una conspiración contra el Estado. Numerosos esclavos acordaron tomar las zonas altas y prender fuego a la ciudad por muchos lugares. Pero como sus cómplices delataron el plan, los cónsules cerraron inmediatamente las puertas y la caballería ocupó todos los

puntos fortificados de la ciudad. Acto seguido, todos cuantos los delatores dijeron que tomaban parte en la conspiración fueron, o bien detenidos en sus casas, o bien traídos de los campos, y todos fueron crucificados después de haber sido azotados y torturados. Éstos fueron los hechos que tuvieron lugar durante su consulado.

Rebelión y asedio de Fidenas. Asamblea de las ciudades latinas

Después de que Servio Sulpicio Ca- 52
merino[65] y Manio Tulio Longo recibieran el consulado, algunos fidenates, tras mandar a buscar soldados de los Tarquinios, tomaron la ciudadela y, después de matar a algunos de los que no compartían sus ideas y desterrar a otros, hicieron que la ciudad se rebelara de nuevo contra Roma. Cuando llegó una embajada romana, pensaron tratar a los hombres como a enemigos, pero, como los más ancianos se lo impidieron, los expulsaron de la ciudad sin considerarlos dignos de
dar ni de recibir ningún mensaje. El Senado romano, 2
al enterarse de estos hechos, no quería hacer la guerra todavía contra el conjunto de los latinos, sabedor de que no todos aprobaban las resoluciones tomadas por los diputados en la asamblea, sino que los plebeyos de todas las ciudades rechazaban la guerra, y que eran más los que deseaban mantener los tratados que los que afirmaban que estaban rotos. Sin embargo, votó enviar contra los de Fidenas al cónsul Manio Tulio con un poderoso ejército. Éste, después de devastar su territorio con absoluta impunidad, sin que nadie lo defendiera, acampó cerca de las murallas y montó guardia para que no llegaran a los habitantes ni provisiones, ni armas, ni nin-
gún otro tipo de ayuda. Los fidenates, encerrados den- 3
tro de las murallas, enviaron embajadores a las ciuda-

---

[65] Sobre este consulado Livio (II 19, 1) dice *nihil dignum memoria actum*. Los manuscritos dan, como *praenomen* de Sulpicio, Servilio y no Servio.

des latinas para pedir que les enviaran ayuda rápida-
mente. Los jefes latinos convocaron una asamblea de
las ciudades y, después de dar nuevamente la palabra
a los Tarquinios y a los que habían llegado de la ciudad
sitiada, invitaron a los consejeros a manifestar su opi-
nión sobre cómo se debía combatir con los romanos,
empezando por los más ancianos y los más distingui-
4 dos. Se pronunciaron muchos discursos, primero sobre
si se debía aprobar la guerra. Los diputados más turbu-
lentos pedían que se restaurase al rey en su trono y
aconsejaban que se ayudara a los fidenates, deseosos
de obtener una hegemonía militar y de realizar grandes
hazañas, sobre todo los que deseaban vivamente conse-
guir el dominio y la tiranía en sus propias ciudades,
que confiaban establecer con la ayuda de los Tarqui-
nios una vez que estos hubieran recobrado el trono de
Roma. En cambio, los más pudientes y moderados sos-
tenían que las ciudades debían mantenerse en los trata-
dos y no recurrir a las armas tan a la ligera; y eran
5 estos los más influyentes entre el pueblo. Los partida-
rios de la guerra, frenados por los que aconsejaban la
paz, acabaron convenciendo a la asamblea de que, al
menos, enviaran embajadores a Roma para pedir y, al
mismo tiempo, aconsejar a la ciudad que recibiera a
los Tarquinios y a los demás exiliados bajo garantías
de inmunidad y amnistía; que, tras prestar juramento
acerca de esto, se gobernaran con el sistema tradicio-
nal y que retiraran al ejército de Fidenas, pues ellos,
al menos, no iban a permitir que sus parientes y amigos
fueran desposeídos de su patria. Si los romanos no acep-
taban ninguno de estos puntos, entonces deliberarían
6 sobre la guerra. Ellos no ignoraban que los romanos
no aceptarían nada de esto, pero deseaban obtener pre-
textos convincentes para su hostilidad y pensaban que,
entre tanto, podrían atraerse a sus oponentes con lison-
jas y favores. Después de votar estas medidas y fijar

un plazo de un año para que los romanos deliberaran y ellos pudieran prepararse, eligieron como embajadores a los hombres que Tarquinio quiso y disolvieron la asamblea.

Conspiración contra la aristocracia

Cuando los latinos volvieron a sus 53
ciudades, Mamilio y Tarquinio, al ver que el entusiasmo de la mayoría había decaído, abandonaron sus esperanzas de ayuda exterior por no considerarlas muy seguras y, cambiando sus planes, maquinaron suscitar en la misma Roma una guerra civil que pillara desprevenidos a sus enemigos, fomentando una rebelión
de los pobres contra los ricos. La mayor parte del pueblo 2
ya estaba agitada y descontenta, especialmente los pobres y los que, por deudas, se veían forzados a no pensar ya en lo mejor para el Estado, pues los acreedores no mostraban moderación alguna en el uso del poder, sino que privaban de libertad a los deudores y los
trataban como a esclavos comprados. Tarquinio, enterado 3
de esta situación, envió a la ciudad, junto con los embajadores latinos, a unos hombres, libres de sospecha, con dinero. Estos entraron en conversación con los pobres y con los más audaces y, mediante la entrega de parte del dinero y la promesa de entregarles el resto cuando regresaran los reyes, consiguieron corromper a un número muy elevado de ciudadanos. Y se formó una conspiración contra la aristocracia no sólo de hombres libres necesitados, sino también de viles esclavos, llevados por esperanzas de libertad. Estos últimos se encontraban en un estado de hostilidad hacia sus amos y estaban dispuestos a conspirar contra ellos debido al castigo de sus compañeros de esclavitud el año anterior, y ellos mismos estaban sujetos a la desconfianza y la sospecha de sus dueños, que pensaban que también ellos los atacarían algún día si tenían ocasión. Por estas razones respondieron de buena gana a la llamada de los

4 que les invitaban al golpe. El plan de la conspiración era el siguiente: cabecillas de la intentona aguardarían una noche sin luna y, entonces, se apoderarían de los lugares elevados y fortificados de la ciudad. Los esclavos, cuando supieran que aquellos se habían adueñado de los lugares ventajosos (esto se les daría a conocer con un grito), matarían a sus amos mientras dormían y, cuando hubieran hecho esto, saquearían las casas de los ricos y abrirían las puertas a los tiranos.

Los hermanos Tarquinio revelan la conspiración

54 Pero la divina providencia, que ha salvado a la ciudad en toda ocasión y ha continuado haciéndolo hasta nuestros días reveló sus planes por medio de una delación que hicieron al cónsul Sulpicio los dos hermanos Publio y Marco Tarquinio, de la ciudad de Laurento[66], que estaban entre los cabecillas de la conspiración y que fueron obligados a re-
2 velarla por una fuerza divina. En efecto, cuando estaban dormidos, se les aparecían en sueños unas visiones terribles que los amenazaban con horribles castigos si no desistían y abandonaban el golpe y, al final, veían que los perseguían unos demonios que los golpeaban, les arrancaban los ojos y les infligían otros muchos y crueles tormentos. Espantados y temblorosos por estos sueños, se despertaban y no podían dormir debido a es-
3 tos terrores. Al principio, trataron de alejar a los demonios que se les presentaban con algunos sacrificios propiciatorios y expiatorios, pero como no lograban nada, recurrieron a la adivinación, manteniendo en secreto sus propósitos y pidiendo saber solamente esto: si era ya el momento oportuno de hacer lo que deseaban. El adivino les respondió que estaban siguiendo un camino malo y funesto y que, si no cambiaban sus planes, morirían del modo más indigno. Entonces, temerosos de que otros

[66] Véase nota a I 45, 1.

se les anticiparan en revelar el secreto, ellos mismos lo delataron ante el cónsul que estaba entonces en Roma.
El cónsul los felicitó, les prometió muchos beneficios 4
si demostraban que sus hechos eran iguales a sus palabras y los retuvo en su casa sin decir nada a nadie. Y aunque hasta entonces había dado largas y había diferido una contestación a los embajadores latinos, ahora los introdujo en el Senado y les dio las respuestas de-
cididas por los senadores. «Amigos y parientes, id y co- 5
municad a la comunidad latina que el pueblo romano ni concedió el retorno de los tiranos a los tarquinienses [67], que lo solicitaban como un favor, ni luego cedió ante todos los tirrenos, conducidos por el rey Porsena, cuando intercedieron por ellos y provocaron la más penosa de todas las guerras, sino que, por la libertad y por no hacer por imposición de otros algo que no quería, resistió, pese a ver su tierra devastada y sus granjas incendiadas, encerrado en sus murallas. Y en cuanto a vosotros, latinos, el pueblo romano está asombrado de que, aun sabiendo esto, no por ello hayáis dejado de venir con la orden de que acoja a los tiranos y ponga fin al asedio de Fidenas, y de que amenacéis con una guerra si no obedecemos. Cesad, pues, de aducir excusas malas y poco convincentes para la enemistad y, si por esos motivos tenéis la intención de romper los vínculos de parentesco y de declarar la guerra, no lo posterguéis más».

Plan de Sulpicio para detener a los conspiradores

Tras dar esta respuesta a los emba- 55
jadores y hacerlos escoltar fuera de la ciudad, habló al Senado acerca de la conspiración secreta de la que le habían informado los delatores. Los senadores le concedieron plenos poderes para investigar quiénes participaban en los planes secretos y castigar a los que descubriera. Él no empleo un método duro y autorita-

[67] Habitantes de Tarquinios.

rio, como habría hecho otro cualquiera en una situación tan apremiante, sino uno razonable, seguro y consecuente con la forma de gobierno entonces establecida.
2 En efecto, no quiso que los ciudadanos fueran apresados y llevados desde sus casas a la muerte, arrancados de sus mujeres, hijos y padres, considerando cuál sería la compasión de los familiares ante la violenta separación de sus parientes más próximos y temeroso de que algunos, desesperados, recurrieran a las armas y de que, forzados a transgredir las leyes, llegaran a un derramamiento de sangre civil. Tampoco creyó necesario establecer tribunales para ellos, pues pensaba que todos negarían su culpabilidad y los jueces no tendrían ninguna prueba segura e irrefutable, aparte de la delación, en que poder confiar para condenar a muerte a sus con-
3 ciudadanos. Encontró una nueva forma de engañar a los rebeldes, en virtud de la cual, en primer lugar, los jefes de la conspiración secreta se reunirían en un lugar ellos mismos, sin que nadie los forzara, y, en segundo lugar, se los cogería con pruebas irrefutables, de modo que no les quedaría defensa alguna. Además, como no se reunirían en un lugar solitario, ni se probaría su culpabilidad en presencia de pocos testigos, sino que quedarían en evidencia en el Foro, a la vista de todos, sufrirían el castigo que merecían sin que se produjera en la ciudad ningún disturbio ni ningún levantamiento de los otros, como suele ocurrir cuando se castiga a los insurrectos, sobre todo en momentos peligrosos.

Preparativos para llevar a cabo el plan

56 Seguramente, otro cualquiera habría considerado suficiente contar lo principal, es decir, que apresó y mató a los participantes en la conspiración, pensando que los hechos requerían poca explicación. Yo, en cambio, he considerado que el modo en que se llevó a cabo la detención de los hombres era digno de relatarse y he decidido no pasarlo por alto,

en la convicción de que para los lectores de historias no es de suficiente provecho conocer sólo el desenlace de los acontecimientos, sino que todos piden que se les narren las causas de lo sucedido, cómo se desarrollaron los hechos, las intenciones de los protagonistas y los acontecimientos que acaecieron a instancias de la divinidad, y no desconocer ninguna de las circunstancias que acompañaron a lo sucedido. Y para los políticos veo que es también absolutamente necesario el conocimiento de estos detalles a fin de que puedan servirse de ellos como ejemplo en las situaciones que se presenten.
2 El modo que halló el cónsul para detener a los conspiradores fue el siguiente: eligió a los senadores más fuertes y les ordenó que, cuando recibieran la señal convenida, ocuparan con los amigos y parientes de más confianza los puntos fuertes de la ciudad en la zona en que cada uno tuviera su casa. A la caballería le ordenó aguardar, con espadas, en las casas más convenientemente situadas en torno al Foro y hacer lo que él les mandara.
3 Además, para que en la detención de los hombres ni sus familiares ni ningún otro ciudadano provocaran disturbios, ni se produjeran asesinatos entre conciudadanos debido a esta agitación, envió una carta al cónsul que tenía a su cargo el asedio de Fidenas pidiéndole que, al caer la noche, fuera a la ciudad con lo mejor de su ejército y acampara en un lugar montañoso cerca de las murallas.

Muerte de los cabecillas de la conspiración

57 Una vez realizados estos preparativos, ordenó a los delatores <que dijeran>[68] a los cabecillas de la conspiración que se presentaran a media noche en el Foro con los compañeros en que más confiaran, como si allí fueran a conocer el pues-

[68] Laguna en el texto εἶπε ... Cobet restituye εἰπεῖν προσέταξε «ordenó que dijeran».

to y lugar asignados y la consigna y a enterarse de lo que cada uno debía hacer. Así se hizo, y, cuando todos los jefes de la conspiración estuvieron reunidos en el Foro, a una señal convenida, desconocida para ellos, las partes altas se llenaron inmediatamente de los hombres que habían tomado las armas en defensa de la ciudad, la caballería rodeó y vigiló el Foro y no quedó una sola
2 salida para quien quisiera escapar. Contemporáneamente, Manio, el otro cónsul, que había partido de Fidenas, se presentó en la llanura [69] con su ejército. Tan pronto como se hizo de día, los cónsules, rodeados de hombres armados, fueron hacia la tribuna y ordenaron a los heraldos que anunciaran por todas las calles al pueblo que acudiera a una asamblea. Cuando toda la población estuvo reunida, le revelaron la conspiración que se había tramado para hacer regresar al tirano e hicie-
3 ron subir a los delatores. Después, concedieron a los rebeldes la posibilidad de defenderse, si es que alguno tenía que hacer alguna objeción a la acusación. Como ninguno intentó negar nada, los cónsules se trasladaron desde el Foro al Senado para pedir la opinión de los senadores con respecto a ellos. Después de escribir la decisión del Senado, volvieron a la asamblea y leyeron el decreto, que decía como sigue: que a los Tarquinios que revelaron el golpe, se les concediera la ciudadanía, diez mil dracmas de plata [70] y veinte pletros de tierra pública a cada uno; y que los conspiradores apresados fueran muertos, si también el pueblo era de esta misma
4 opinión. La multitud congregada confirmó el decreto del Senado. Entonces los cónsules ordenaron a los que habían acudido a la asamblea que salieran del Foro; seguidamente hicieron venir a los lictores [71] armados con

[69] Se trata del Campo de Marte.

[70] El dracma valía seis óbolos; cien dracmas constituían una mina y sesenta minas un talento. Véase nota a III 67, 5.

[71] Véase III 61, 2 y nota.

espadas. Estos, rodeando a todos los culpables en el lugar en que habían sido cercados, les dieron muerte. Después de matar a esos hombres, ya no admitieron ninguna otra delación contra ninguno de los que habían tomado parte en la conspiración, sino que dejaron libres de cargos a todos los que habían escapado al castigo en el momento, para evitar toda alteración en la ciudad.
De esta manera murieron los organizadores de la cons- 5
piración. El Senado decretó que todos los ciudadanos se purificasen, porque se habían visto obligados a dar su opinión acerca de la muerte de conciudadanos suyos y pensaban que no les estaba permitido estar presentes en los ritos ni realizar los sacrificios antes de purificarse de la mancha y liberarse de la desgracia mediante los sacrificios expiatorios habituales. Una vez que los intérpretes de los asuntos religiosos[72] llevaron a cabo cuanto ordenaban las leyes divinas de acuerdo con la costumbre del lugar, el Senado decidió que a continuación se celebraran sacrificios de agradecimiento y competiciones, y para esto estableció tres días sagrados. El cónsul Manio Tulio, en la procesión de los juegos sagrados, llamados con el nombre de la ciudad[73], cayó del carro sagrado en el Circo mismo y murió tres días después de la procesión; por este motivo Sulpicio ocupó solo el consulado durante el breve tiempo restante.

Asedio de Fidenas y Signia

Para el año siguiente fueron desig- 58
nados cónsules Publio Veturio Gémino y Publio Ebucio Elva[74]. De éstos, Ebucio fue puesto al frente de los asuntos civiles, que parecían requerir no poca vigilancia, no fuera a ser que los pobres intentaran alguna otra acción revolucionaria. Veturio, por su parte, al mando de la mitad del ejército, devastó el territorio

---

72 *Pontifices.* Véase II 73.

73 *Ludi Romani.*

74 Livio (II 19, 1) llama a estos cónsules C. Vetusio y T. Ebucio.

de los fidenates sin que nadie se lo impidiera y, acampando frente a la ciudad, realizaba continuos ataques. Pero, como no podía tomar la muralla mediante el asedio, procedió a rodear la ciudad con una empalizada y un foso, con la intención de reducir a sus habitantes
2 por hambre. Cuando los fidenates estaban ya en situación crítica, les llegó ayuda de los latinos, enviada por Sexto Tarquinio, con trigo, armas y demás útiles de guerra. Confiando en esto, se atrevieron a salir de la ciudad con un ejército nada despreciable y acamparon al descubierto. El cerco ya no resultaba útil a los romanos y parecía necesaria una batalla. El combate se desarrolló cerca de la ciudad y durante algún tiempo estuvo igualado. Luego, vencidos por la mayor resistencia que poseían los romanos gracias a su mucho entrenamiento, los fidenates, a pesar de ser superiores en número,
3 se dieron a la fuga. Sin embargo, no murieron muchos, pues el camino de retirada a la ciudad no era largo y los de las murallas rechazaron a los perseguidores. Tras esta acción, las tropas auxiliares se dispersaron y se marcharon sin haber prestado ninguna ayuda a los fidenates. La ciudad, por su parte, se encontró nuevamente en los mismos apuros y sufría por la escasez de provi-
4 siones. Contemporáneamente, Sexto Tarquinio, al mando de un ejército de latinos, marchó contra Signia[75], que estaba en poder de los romanos, con la intención de tomar la guarnición por asalto. Sin embargo, como sus habitantes resistieron con bravura, se dispuso a forzarlos por hambre a rendir la plaza y pasó allí mucho tiempo sin hacer nada digno de mención. Pero perdió también esta esperanza cuando llegaron a la guarnición provisiones y ayuda de los cónsules y, abandonando el asedio, se retiró con su ejército.

---

[75] Véase nota a IV 63, 1.

Los fidenates piden una tregua

Al año siguiente los romanos nombraron cónsules a Tito Larcio Flavo y a Quinto Clelio Sículo. De éstos, el Senado encomendó a Clelio el cuidado de la ciudad, contando con la mitad del ejército para vigilar a los rebeldes, pues parecía ser de talante razonable y democrático. Larcio, por su parte, marchó a la guerra contra los fidenates con un ejército bien equipado y tras haber llevado a cabo los preparativos necesarios para un asedio. A los fidenates, fatigados por la duración de la guerra y carentes de todo lo necesario, los puso en apuros, pues minó los cimientos de las murallas, levantó terraplenes y acercó máquinas de guerra sin dejar el asedio ni de noche ni de día, pensando que tomaría la ciudad por la fuerza en poco tiempo. En efecto, las ciudades latinas, las únicas en las que los fidenates habían confiado cuando iniciaron la guerra, entonces ya no podían salvarlos. De hecho, ni una sola ciudad tenía suficiente fuerza para liberarlos del asedio, y las fuerzas conjuntas de toda la nación todavía no se habían reunido; y a los embajadores que frecuentemente habían llegado desde Fidenas los dirigentes de las ciudades les habían dado idéntica respuesta: que pronto les llegarían socorros. Pero los hechos no respondían a las promesas y sus esperanzas de ayuda no pasaban de las palabras. Sin embargo, los fidenates no desesperaron totalmente de recibir ayuda de los latinos, sino que, con esta esperanza, resistían, soportando todas las penalidades. Pero el hambre, por encima de todo, era un problema invencible que causó una gran mortandad entre los habitantes. Cuando por fin cedieron ante las calamidades, enviaron embajadores al cónsul para pedir una tregua por un determinado número de días, diciendo que en ese tiempo iban a deliberar sobre las condiciones en que establecerían un tratado de paz con los romanos. Pero no era para deliberar para

(Margin numbers: 59 beside first line; 2 at "vos necesarios... fatiga-"; 3 at "rra, entonces... ni una"; 4 at "no pasaban de las palabras..."; 5 at last line.)

lo que pedían el tiempo, sino para que sus aliados se prepararan, según revelaron algunos desertores recién llegados. En efecto, la noche anterior habían enviado a los ciudadanos más ilustres y de mayor influencia en las ciudades latinas, portando ramos de olivo[76], como embajadores ante el consejo general.

Rendición de Fidenas

60 Como Larcio conocía sus planes, instó a los que pedían la tregua a que primero depusieran las armas y abrieran las puertas y luego hablaran con él. Y dijo que de no ser así no obtendrían de Roma ni tregua, ni paz, ni ninguna otra medida generosa o mesurada. En cuanto a los embajadores enviados a la nación latina, se cuidó de que ya no entraran dentro de la muralla, interceptando todos los caminos que llevaban a la ciudad con guarniciones más vigilantes. De esta forma los asediados se vieron obligados a abandonar las esperanzas en los aliados y recurrir a las súplicas a los enemigos. Reunidos en asamblea, decidieron aceptar la paz en las condiciones que exigía el conquistador.

2 Pero el comportamiento de los generales de entonces era tan obediente al poder civil y tan distante de la arrogancia de los tiranos, a la que, de los generales de nuestros días, ensoberbecidos por la magnitud de su poder, sólo unos pocos han conseguido escapar, que el cónsul, después de tomar la ciudad, no hizo nada por propia iniciativa, sino que, tras ordenar a los fidenates que depusieran las armas y dejar una guarnición en la ciudadela, marchó él mismo a Roma. Allí reunió al Senado y dejó en sus manos la decisión del modo en que había que tratar a los que se habían entregado.

3 Los senadores, admirándolo por el honor que les hacía, condenaron a los fidenates más sobresalientes y que habían iniciado el levantamiento, a los que el cónsul señalara, a ser azotados con varas y decapitados. En cuanto

---

[76] Símbolo de los suplicantes.

a los demás, le dieron autoridad para hacer cuanto quisiera. Larcio, con plenos poderes, dio muerte a la vista 4
de todos y confiscó los bienes de unos pocos fidenates que habían sido acusados por sus oponentes. A todos los demás les permitió conservar su ciudad y sus bienes, pero se apropió de la mitad de su tierra, que fue repartida en lotes entre los romanos que quedaron en la ciudad como guarnición de la ciudadela. Después de hacer esto, volvió a casa con el ejército.

Las ciudades latinas declaran la guerra a Roma

Cuando llegó a los latinos la noticia 61
de la toma de Fidenas, todas las ciudades se excitaron y atemorizaron y todos se indignaron con los que estaban al frente de la comunidad, acusándolos de haber traicionado a sus aliados. Reunida una asamblea en Ferentino, los partidarios de tomar las armas y, sobre todo, Tarquinio, su yerno Mamilio y los jefes de la ciudad de los aricinos, lanzaron muchas acusaciones contra los que se empeñaban en impedir la guerra.
Convencidos por su demagogia, todos los miembros de 2
la nación latina declararon conjuntamente la guerra contra los romanos. Y para que ninguna ciudad traicionase a la comunidad ni se reconciliara con los romanos sin el consentimiento de todos, se intercambiaron juramentos y votaron que los que no cumplieran los acuerdos quedaran excluidos de la alianza y fueran malditos y
enemigos de todos. Los diputados que suscribieron los 3
acuerdos y prestaron estos juramentos pertenecían a las siguientes ciudades: Ardea, Aricia, Bovilas, Bubento, Cora, Carvento, Circeyos, Coríolos, Corbión, Cabo, Fortinea, Gabios, Laurento, Lanuvio, Lavinio, Labicos, Nomento, Norba, Preneste, Pedo, Querquetula, Satrico, Escapcia, Secia, Tíbur, Túsculo, Tolerio, Telenas y Velitras [77]. Se votó que de todas estas ciudades tomaran

[77] Véase mapa.

parte en la campaña tantos hombres en edad militar como necesitaran sus jefes, Octavio Mamilio y Sexto Tarquinio, pues los habían nombrado generales con ple-
4 nos poderes. Con el fin de que los pretextos que daban para la guerra pareciesen justificados, enviaron a Roma como embajadores a los hombres más distinguidos de cada ciudad. Éstos, una vez introducidos en el Senado, dijeron que la ciudad de Aricia acusaba a la ciudad de Roma de que, cuando los tirrenos emprendieron la guerra contra los aricinos, no sólo les permitieron atravesar con tranquilidad su territorio, sino que también les ayudaron en cuanto necesitaban para la guerra. Además, acogieron a los tirrenos que escaparon del desastre y salvaron a todos cuando estaban heridos y sin armas, aunque no ignoraban que estaban llevando a cabo una guerra contra toda la nación en común y que, si hubieran sometido la ciudad de Aricia, nada les habría impedido esclavizar también todas las demás ciudades.
5 Así pues, si los romanos querían comparecer ante el tribunal general de los latinos para responder a las acusaciones de los aricinos y aceptaban el veredicto de todos, dijeron que no tendrían necesidad de una guerra; pero si mantenían su acostumbrada arrogancia y no querían hacer a sus parientes una concesión justa y razonable, los amenazaron con que todos los latinos lucharían contra ellos con todas sus fuerzas.

Embajadas de los romanos y los latinos para buscar aliados

62 Los embajadores expusieron estas condiciones y el Senado no quiso responder ante los aricinos de un delito cuyos jueces iban a ser los mismos acusadores, pues suponía que sus enemigos no iban a juzgarlos sólo de estas acusaciones, sino que añadirían cargos todavía más graves que éstos, y votó aceptar la guerra. Por su valor y experiencia bélica, el Senado supuso que ninguna desgracia caería sobre la ciudad, pero temía el número de sus

enemigos y envió embajadores a distintos puntos para
invitar a las ciudades vecinas a una alianza. Los lati-
nos, a su vez, enviaron también embajadas a las mis-
mas ciudades, lanzando muchas acusaciones contra Ro-
2 ma. Los hérnicos se reunieron y dieron a ambas emba- 2
jadas una respuesta poco clara y nada sincera, diciendo
que, por el momento, no se aliarían con ninguno de los
dos contendientes, pero que considerarían con calma
cuál de ellos tenía pretensiones más justas y que se da-
3 rían un año para deliberar. Los rútulos prometieron 3
abiertamente enviar ayuda a los latinos y dijeron a los
romanos que, si deseaban poner fin a la enemistad, ellos,
con su influencia, conseguirían que los latinos fueran
más moderados en sus condiciones y que serían media-
dores en una reconciliación. Los volscos dijeron que se
asombraban de la desvergüenza de los romanos porque,
a sabiendas de las muchas injusticias que habían come-
tido contra ellos y particularmente de la última, arre-
batarles y retener la mejor parte de su territorio, no
sentían ningún pudor en invitarlos a formar una alian-
za, siendo enemigos como eran. Les aconsejaron que les
devolvieran la tierra y que luego, como amigos, hicie-
ran sus justas reclamaciones. Los tirrenos pusieron pe-
gas a unos y otros, argumentando que habían estableci-
do un tratado con los romanos hacía poco y que tenían
4 lazos de parentesco y amistad con los Tarquinios. A 4
pesar de tales respuestas, los romanos no se desanima-
ron, como era natural que hicieran quienes, al empren-
der una guerra importante, encuentran perdida toda es-
peranza de ayuda. Por el contrario, confiando sólo en
sus propias fuerzas se encontraron mucho más dispues-
tos para la lucha, pues pensaban que, forzados por la
necesidad, serían hombres valientes frente a los peli-
gros y que, si se cumplían sus propósitos y ganaban la
guerra por su propio valor, no compartirían la gloria

con nadie. Tan elevada moral y tan gran audacia habían adquirido en las muchas luchas que habían sostenido.

63 *Los pobres se niegan a tomar parte en la guerra*

Cuando estaban haciendo los preparativos necesarios para la guerra y habían empezado el alistamiento de las tropas, quedaron sumamente desconcertados porque no todos mostraban la misma disposición para la empresa. En efecto, los pobres y, sobre todo, los que no podían pagar las deudas a sus acreedores, que eran muchísimos, no obedecieron la llamada a las armas, pues no querían participar con los patricios en ninguna acción si éstos no votaban la remisión de sus deudas. Es más, algunos de ellos decían incluso que abandonarían la ciudad y se exhortaban unos a otros a no querer permanecer en una ciudad
2 que no les hacía partícipes de ningún bien. Durante algún tiempo los patricios trataron de convencerlos con sus ruegos y hacerlos cambiar de opinión, pero, como no se mostraban más razonables ante sus súplicas, se reunieron entonces en el Senado para considerar cuál sería la solución más conveniente a la agitación que dominaba la ciudad. Los senadores de carácter razonable y de moderada fortuna aconsejaron condonar las deudas a los pobres y comprar, por poco dinero, la buena disposición de los ciudadanos, pues de ella obtendrían grandes beneficios particulares y públicos.

64 *Discurso de Valerio a favor de la abolición de deudas*

El que sostenía esta opinión era Marco Valerio, hijo de Publio Valerio, uno de los que habían acabado con la tiranía y que por su benevolencia para con el pueblo recibió el nombre de Publícola. Les explicaba que a quienes combaten por idénticos intereses suele animarlos una idéntica ambición en las acciones, mientras que a quienes no van a obtener ningún beneficio, nada los empuja a ser valientes. Decía que todos los pobres estaban irritados y an-

daban por el Foro diciendo: «En el caso de que venza- 2
mos a los enemigos de fuera, ¿qué ganaremos nosotros si los acreedores nos podrán esclavizar por deudas y si, después de conseguir la hegemonía para la ciudad, nosotros no podremos mantener siquiera la libertad para las personas?». Manifestó también que, en el caso de que el pueblo se enemistara con el Senado, este no sería el único riesgo que se les presentaría, el que el pueblo abandonara la ciudad en medio de los peligros, cosa que debían temer todos los que deseaban salvarla, sino que también los amenazaría otro todavía más grave que este, el que, seducido por los favores de los tiranos, se levantara en armas contra los patricios y restaurara a Tarquinio en el poder. Así pues, mientras fueran 3
sólo palabras y amenazas y no se hubiera producido todavía ningún acto hostil por parte del pueblo, les aconsejaba que se apresuraran a ganarse a los plebeyos para la situación, concediéndoles esa ayuda, pues ni serían ellos los primeros en adoptar esta medida ni incurrirían en grave deshonra por ello, sino que podían señalar a muchos que habían soportado esto y habían tomado medidas mucho más duras cuando no había otra solución. De hecho —dijo—, las necesidades son más fuertes que la naturaleza humana y todos piensan que hay que tener en cuenta las buenas apariencias cuando ya tienen la seguridad.

Argumentos de Marco Valerio

Después de enumerar muchos ejem- 65
plos de numerosas ciudades, mencionó finalmente a la ciudad de Atenas, que por entonces gozaba del mayor renombre por su sabiduría, la cual no hacía mucho, en la época de sus padres y bajo la guía de Solón [78], había votado la abolición de las deudas de los pobres. Y nadie —dijo— censuró a la ciudad por esta medida, ni llamó al que la había introducido adulador

[78] Véase nota a II 26, 2.

del pueblo ni cobarde, sino que todos dan fe de la gran prudencia de los que se dejaron convencer y de la gran
2 sabiduría del hombre que los persuadió. Y los romanos, que corrían un peligro relativo no a pequeñas diferencias, sino a la posibilidad de ser entregados de nuevo a un tirano cruel y peor que cualquier fiera, ¿quién en su sano juicio los censuraría si por esta medida de benevolencia conseguían que los pobres fueran aliados
3 en vez de enemigos de la ciudad? Después de los ejemplos de naciones extranjeras, terminó refiriéndose a un ejemplo sacado de las propias acciones de los romanos, recordándoles la apremiante necesidad que recientemente se había apoderado de ellos, cuando su territorio cayó en poder de los tirrenos y quedaron encerrados dentro de las murallas con gran escasez de provisiones. Entonces no tomaron resoluciones insensatas propias de hombres locos y suicidas, sino que cedieron ante la situación, tomando la necesidad como maestra de lo que les convenía, y consintieron en entregar como rehenes al rey Porsena a los hijos de las mejores familias, a lo que nunca antes habían accedido, en perder una parte de su territorio, pues cedieron a los tirrenos los Siete Distritos, en tener a un enemigo como juez de las acusaciones que contra ellos formulaba el tirano, y en proporcionar a los tirrenos provisiones, armas y todo cuanto
4 pedían para poner fin a la guerra. Tras recurrir a estos ejemplos, manifestó que no eran hechos que reflejaran la misma prudencia no oponerse en nada a las peticiones de los enemigos y luchar, en cambio, por una pequeña diferencia, contra los propios conciudadanos, quienes habían sostenido muchas y gloriosas batallas por la supremacía cuando los reyes tenían el gobierno, habían mostrado un gran arrojo cuando ayudaron a liberar la ciudad de los tiranos y mostrarían en las demás actuaciones un arrojo todavía mayor si se les invitaba a ello; pues, aunque faltos de recursos, entregarían de-

sinteresadamente sus personas y sus vidas, lo único que les quedaba, ante cualquier peligro en defensa de la ciudad. Para terminar, dijo que, incluso en el caso de que estos, dominados por la vergüenza, no intentaran decir ni solicitar nada semejante, los patricios debían tomar una decisión apropiada sobre ellos y concederles con presteza lo que sabían que necesitaban, tanto en conjunto como individualmente; pues debían pensar que actuaban con soberbia cuando les pedían sus personas y, al mismo tiempo, no les concedían el dinero, y cuando decían a todos que luchaban por la libertad común y, al mismo tiempo, privaban de ella a quienes habían colaborado en su consecución, no porque pudieran reprocharles su maldad, sino su pobreza, que más debía compadecerse que odiarse.

Discurso de Apio Claudio contrario al de Valerio

Después de que Valerio pronunciara esta palabras y muchos aplaudieran su propuesta, Apio Claudio Sabino, cuando le tocó el turno de hablar, aconsejó lo contrario. Explicó que las rivalidades internas no abandonarían la ciudad si votaban una abolición de deudas, sino que se harían todavía más gravosas al pasar de los pobres a los ricos. Efecti- 66
vamente, para todos era evidente que los que iban a ser privados de su dinero, ciudadanos en plena posesión de sus derechos civiles y que habían participado en todas las campañas que les habían tocado en defensa de la ciudad, lo soportarían de mala gana, pues no les parecería justo que lo que les habían dejado sus padres y lo que ellos mismos habían adquirido con una vida laboriosa y sobria les fuera confiscado en beneficio de los ciudadanos más bajos y vagos. Y sería una gran locura que, por querer favorecer a la peor parte de los ciudadanos, despreciaran a la mejor y que confiscaran las fortunas ajenas en beneficio de los ciudadanos más injustos, quitándoselas a quienes las habían adquirido

3 con justicia. Les pidió que tuvieran en cuenta que los Estados no se hunden por causa de los hombres pobres y sin fuerza, cuando se les obliga a obrar justamente, sino de los hombres ricos y que pueden administrar los asuntos públicos, cuando reciben ultrajes de los inferiores y no obtienen justicia. Y aunque los que iban a ser privados del reconocimiento de sus deudas no se indignaran y soportaran con cierta tranquilidad e indiferencia los perjuicios, ni siquiera así —dijo— sería honroso ni seguro para ellos favorecer a los pobres con un regalo tal que, por él, la vida de la comunidad iba a quedar privada de las relaciones mutuas, llena de odios recíprocos y falta de los imprescindibles servicios, sin los que no es posible vivir en las ciudades; pues ni los agricultores sembrarían ni plantarían ya la tierra, ni los comerciantes surcarían el mar ni comerciarían en los mercados de ultramar, ni los pobres desempeñarían
4 ninguna otra ocupación justa. De hecho, ningún rico cedería su dinero a quienes necesitaran capital para cualquiera de esas ocupaciones. Como consecuencia de esto, la riqueza se vería con malos ojos, se pondría fin a la laboriosidad, tendrían mejor consideración los desenfrenados que los moderados, los injustos que los justos y los que se apropian de los ajeno que los que guardan lo propio. Estas cosas son las que crean en las ciudades sediciones, muertes recíprocas e incesantes y todas las demás formas de mal que hicieron perder la libertad a las más prósperas y destruyeron totalmente a las menos afortunadas.

Advertencias de Apio Claudio

67 Pero, por encima de todo, les pidió que, al establecer una nueva forma de gobierno, tuvieran cuidado de que ninguna costumbre perniciosa se introdujera en ella, diciendo que era absolutamente necesario que tal y como fueran las costumbres públicas de los Estados, así debían ser las vidas

de los particulares. Y no había peor costumbre para las
ciudades y para las familias que el que cada uno viviera
siempre conforme a su placer y el que los poderosos
concedieran todo a sus inferiores, bien como un favor,
bien por necesidad; pues los deseos de los insensatos
no se satisfarían cuando obtuvieran lo que pedían, sino
que al punto tendrían deseos mayores y así hasta el infi-
nito; y esto sucedía especialmente con las multitudes.
En efecto, las acciones ilegales que cada uno individual-
mente tiene vergüenza o miedo de hacer, reprimido por
el que posee mayor poder, esas mismas las hacen más
resueltamente al reunirse, pues suman a sus propias in-
clinaciones la fuerza de los que tienen sus mismos de-
seos. Dijo que, dado que los deseos de la multitud in- 2
sensata eran insaciables e ilimitados, era necesario im-
pedirlos al comienzo, mientras era débiles, y no destruir-
los cuando fueran fuertes y grandes; pues a todos los
domina una cólera más violenta cuando se les priva de
lo que se les ha concedido que cuando no obtienen lo
que esperan. Puso muchos ejemplos de esto y relató 3
hechos de todas las ciudades griegas que, debilitadas
por diversas circunstancias, dejaron progresar princi-
pios de malas costumbres y ya no pudieron destruirlas
ni suprimirlas; y por ellas se vieron obligadas a llegar
a desgracias bochornosas e irreparables. Dijo que la co-
munidad se asemejaba a cada particular, pues el Sena-
do tenía alguna similitud con el alma de un hombre,
y el pueblo con su cuerpo. Pues bien, si permitían que 4
el pueblo insensato mandara sobre el Senado, dijo que
le sucedería lo mismo que a los que subordinan el alma
al cuerpo y no viven conforme a la razón sino a las pa-
siones. Si, por el contrario, acostumbraban al pueblo
a que se dejara gobernar y guiar por el Senado, harían
lo mismo que los que subordinan el cuerpo al alma y
conducen sus vidas hacia lo mejor y no hacia lo más
placentero. Manifestó que ningún grave perjuicio sobre- 5

vendría a la ciudad si los pobres, irritados porque no se les concedía la abolición de las deudas, rehusaban tomar las armas en su defensa, afirmando que eran realmente pocos aquellos a quienes no les quedaba nada excepto su persona y que éstos ni proporcionarían al Estado una ayuda notable si participaban en las expediciones militares, ni ningún perjuicio si no lo hacían. Les recordó que los que, según el censo, tenían las rentas más bajas ocupaban las últimas posiciones en las batallas y que estaban como simple fuerza de apoyo de los que formaban en la falange, pues estaban presentes sólo para atemorizar a los enemigos, dado que no llevaban ningún arma, a excepción de hondas, cuya utilidad en los combates era mínima.

Propuesta de Apio Claudio

68 Añadió que los que juzgaban conveniente compadecer la pobreza de los ciudadanos y aconsejaban ayudar a quienes no podían pagar sus deudas, debían investigar qué era lo que los había hecho pobres después de haber recibido la herencia que sus padres les dejaron, los numerosos beneficios de las campañas militares y, por último, la parte correspondiente de los bienes confiscados a los tiranos. Luego, a los que viesen que habían vivido para el estómago y los más bajos placeres y que por ello habían perdido sus bienes, debían considerarlos como una vergüenza y un perjuicio para la ciudad, y entender que era una gran ventaja para la comunidad que se largaran voluntariamente de ella. En cambio, a los que comprendieran que habían perdido sus bienes por una suerte ad-
2 versa, debían favorecerlos con sus propias fortunas. Dijo que sus acreedores no sólo comprendían esto muy bien, sino que lo harían lo mejor posible y ellos mismos los socorrerían en su desgracia voluntariamente, sin que nadie los obligara a ello, para que, en lugar del dinero, fuera el agradecimiento el que les quedara co-

mo una hermosa deuda. Pero hacer la ayuda extensiva
a todos, de forma que de ella participaran por igual los
ruines y los honrados, y favorecer a algunos no a ex-
pensas propias sino de otros, sin dejar a quienes fueran
privados de su dinero ni siquiera el agradecimiento por
sus favores, era algo totalmente impropio de la virtud
de los romanos. Pero, por encima de estas y otras consi- 3
deraciones, era terrible e inadmisible para los romanos,
que reivindicaban la hegemonía que sus padres habían
adquirido con mucho esfuerzo y legado a sus descen-
dientes, no hacer lo mejor y lo que convenía a la comu-
nidad, bien por propia decisión, bien convencidos por
otros, ni en el momento oportuno, sino que, como si
la ciudad hubiese sido tomada o esperara serlo, se deja-
ran convencer para llevar a cabo, contra su propio cri-
terio, algo por lo que no recibirían ningún beneficio o,
en todo caso, uno muy pequeño, arriesgándose, en cam-
bio, a sufrir los peores males. De hecho, para ellos era 4
mucho mejor hacer lo que pedían los latinos, pues era
más moderado, y no intentar una guerra, que conce-
der lo que pedían a quienes nunca fueron útiles y
hacer desaparecer de la ciudad la confianza que sus
padres habían dispuesto que fuera honrada con la erec-
ción de un templo y con sacrificios anuales, y esto sólo
para atraerse la ayuda de unos honderos para la gue-
rra. Su propuesta, en resumen, era la siguiente: tomar 5
a los ciudadanos que desearan participar en la fortuna
de la guerra en las mismas condiciones que cualquier
otro y mandar a paseo a quienes pretendían tomar las
armas en defensa de la patria con alguna condición, en
la idea de que, aunque las tomaran, no serían de ningu-
na utilidad. Dijo que, si ellos sabían esto, cederían y
se mostrarían obedientes a quienes decidían lo mejor
para la comunidad; pues suele suceder que la necedad,
cuando se la adula, es arrogante, y, cuando se la ame-
drenta, se amedrenta.

69 *Se aplaza la discusión hasta después de la guerra*

Éstas fueron las más encontradas opiniones que se expusieron, pero hubo otras muchas que se situaban en un término medio. En efecto, unos pedían que sólo se perdonaran las deudas a los que no poseían nada, y permitían a los prestamistas llevarse los bienes pero no las personas. Otros aconsejaban que el tesoro público pagara las deudas de los insolventes, con el fin de que la palabra de los pobres fuera mantenida por el favor público y sus acreedores no sufrieran un injusto perjuicio. Algunos opinaban que debían liberar tanto a quienes ya estaban esclavizados por deudas como a quienes iban a perder la libertad,
2 cambiándoselos a los acreedores por prisioneros. Después de que se expusieran diversas propuestas de este tipo, el criterio que prevaleció fue el de no promulgar por el momento ningún decreto sobre estos temas, y, cuando las guerras hubieran acabado del modo más satisfactorio, que entonces los cónsules propusieran su discusión y pidieran su voto a los senadores. Y que, mientras tanto, no se produjera ninguna exacción de deuda alguna debida a contrato o a condena, todos los demás pleitos se aplazaran, no se constituyeran tribunales ni los magistrados tomaran ninguna decisión sobre asunto alguno, excepto los que se relacionaban con la
3 guerra. Esta decisión, llevada al pueblo, disminuyó, en cierta medida, la agitación ciudadana, aunque no desterró por completo el espíritu de sedición. En efecto, entre la masa de plebeyos había algunos a quienes no les pareció suficiente ayuda la esperanza que les daba el Senado, pues no contenía nada claro ni seguro. Pedían que el Senado hiciera una de estos dos cosas: o concederles ya la condonación de las deudas, si quería que participaran en los peligros, o no engañarlos aplazándolo para otro momento, porque los sentimientos de los

hombres no son iguales cuando están necesitados que cuando han visto satisfechas sus peticiones.

Creación de la dictadura

Ante esta situación de los asuntos 70
públicos, el Senado, al considerar el modo por el que mejor podría lograr que los plebeyos dejaran de producir alteraciones, decidió suprimir temporalmente el poder consular y crear otra magistratura[79] con plenos poderes sobre la guerra, la paz y todos los restantes asuntos, soberana y no sujeta a rendición de cuentas de lo que decidiera o hiciera. La duración de 2
la nueva magistratura era de seis meses, tras los cuales nuevamente gobernarían los cónsules. Los motivos que obligaron al Senado a someterse voluntariamente a una tiranía para acabar con la guerra provocada por el tirano fueron muchos y variados, pero, sobre todo, la ley introducida por el cónsul Publio Valerio[80], llamado Publícola, respecto a la cual dije al principio que invalidaba la decisiones de los cónsules en el sentido de que ningún romano fuera castigado antes de juicio y concedía a los condenados por ellos el derecho de apelar ante el pueblo y de que sus personas y bienes gozaran de seguridad hasta que el pueblo votara su caso; y ordenaba que quien intentara infringir esto fuera muerto impunemente. El Senado pensaba que, mientras esta ley per- 3
maneciera en vigencia, nada obligaría a los pobres a obedecer a los magistrados, pues, como era lógico, despreciarían los castigos que no fueran a sufrir inmediatamente, sino cuando el pueblo los condenara; si, en cambio, la ley era abolida, todos cumplirían las órdenes ineludiblemente. Para que los pobres no presentaran ninguna oposición si se abolía abiertamente esa ley, el Senado decidió introducir en el gobierno una magistratu-

[79] Livio fija la dictadura de Tito Larcio tres años antes de la fecha adoptada por Dionisio.

[80] Véase V 19, 4 sobre la ley de Publicola.

ra semejante a la tiranía que estaría por encima de todas
4 las leyes. Y dictó un decreto por el que, sin que los po-
bres se dieran cuenta, los engañó y anuló la ley que
les aseguraba la libertad. El decreto era el siguiente:
que los entonces cónsules, Larcio y Clelio, renunciaran
a su poder así como todos los que ostentaran alguna
magistratura o tuvieran alguna función pública; que a
un solo hombre, el que el Senado eligiera y el pueblo
confirmara, se le entregara el poder de todos y gober-
nara por un tiempo no superior a seis meses con una
5 autoridad superior a la de los cónsules. Los plebeyos,
sin darse cuenta del sentido que este decreto tenía (en
efecto, la magistratura que tiene un poder superior al
de las ordinarias es una tiranía), sancionaron con su
voto las decisiones del Senado y permitieron a los sena-
dores que ellos solos deliberaran y eligieran a quien ha-
bía de gobernar.

Modo de elegir al dictador

71 Después de esto, los principales
miembros del Senado se entregaron a
una búsqueda exhaustiva y cuidadosa
del hombre que habría de recibir el
mando. Les parecía que se necesitaba
un hombre bien dispuesto para la acción, con mucha
experiencia militar y, además, prudente, sensato y que
no se dejara llevar a la insensatez por la magnitud de
su poder. Pero, por encima de todas estas cualidades
y de otras que se deben dar en los buenos generales,
se necesitaba alguien que supiera gobernar con firmeza
y que no fuera a mostrarse blando frente a los desobe-
dientes, cualidad esta especialmente necesaria en esas
2 circunstancias. Aunque veían todas las cualidades que
pedían en el cónsul Tito Larcio (pues Clelio, pese a ser
superior en virtudes políticas, no era hombre de acción
ni dado a las guerras, ni era apto para mandar ni capaz
de inspirar temor, sino que era moderado a la hora de
castigar a los desobedientes), sintieron vergüenza de des-

pojar a uno del poder que legalmente poseía y otorgar al otro el de los dos, convertido en un poder superior al de la monarquía. Tenían también el secreto temor de que Clelio considerara intolerable el que lo apartaran de la magistratura, en la idea de que el Senado lo deshonraba, y entonces cambiara su forma de pensar y, convertido en jefe del pueblo, arruinara al Estado.
Como todos se avergonzaban de exponer en público lo 3
que pensaban y esta situación se prolongaba mucho tiempo, el más anciano y honrado de los excónsules expresó la opinión de mantener igual dignidad para ambos cónsules y que fueran ellos mismos quienes eligieran al más capacitado para gobernar. Dijo que, ya que el Senado había resuelto y el pueblo confirmado que el poder de la magistratura se entregara a una sola persona, y quedaban dos cuestiones que requerían no poca deliberación y cuidado, a saber, quién iba a recibir la magistratura de igual poder que la tiranía y por qué autoridad legal iba a ser designado, le parecía oportuno que uno de los cónsules, bien por consentimiento de su compañero, bien por sorteo, eligiera entre los romanos a quien él pensaba que iba a regir los destino de la ciudad del modo mejor y más conveniente. Añadió que, en las presentes circunstancias, puesto que la ciudad tenía una magistratura legal, no necesitaban *interreges*[81] que, en la monarquía, era costumbre que designaran, según su propia opinión, a quienes iban a reinar.

Elección del primer dictador

Todos aplaudieron esta propuesta. A 72
continuación se levantó otro y dijo: «Senadores, yo creo que habría que añadir tambien esto a la propuesta: que, puesto que en este momento los dos mejores hombres administran el Estado, superiores a los cuales no podríais encontrar a nadie, a uno de ellos se le

[81] Véase II 57.

dé poder para hacer la proclamación, y el otro sea elegido por su colega, después de decidir entre ellos quién es el más apto, con el fin de que disfruten de igual honor y satisfacción, uno por haber señalado a su colega como el mejor y el otro porque su compañero lo juzgó el mejor; pues agradable y honroso es lo uno y lo otro. Yo sé que, aunque no se añada esta precisión a la propuesta, ellos mismos optarían por actuar así; pero es mejor que vosotros no queráis que se haga de otra
2 forma». A todos les pareció que también esta propuesta coincidía con su criterio, y, sin hacer ya ningún añadido a la proposición, se sancionó el decreto. Cuando los cónsules recibieron el poder de decidir cuál de ellos era el más apto para gobernar, hicieron algo sorprendente y contra toda humana suposición. En efecto, cada uno manifestaba que no era él quien merecía el mando, sino el otro. Pasaron todo aquel día enumerando sus mutuas virtudes e insistiendo en no tomar ellos el poder, de modo que los que estaban en el Senado quedaron sumi-
3 dos en un gran desconcierto. Cuando el Senado se disolvió, los parientes de ambos y los más ilustres entre los demás senadores se acercaron a Larcio y estuvieron, hasta bien entrada la noche, suplicándole una y otra vez, explicándole que el Senado tenía puestas en él todas las esperanzas y diciendo que su desinterés por el mando era perjudicial para el Estado. Pero él era tenaz y, a su vez, siguió haciendo muchos ruegos y súplicas a cada uno de ellos. Al día siguiente se reunió de nuevo el Senado y como también entonces se resistiera y, pese a que todos trataban de convencerlo, no cambiaba de parecer, Clelio se levantó y lo proclamó, como acostumbraban hacer los *interreges*, y renunció él mismo al consulado.

Explicación del nombre de dictador

Éste fue el primer magistrado elegido en Roma con poder absoluto sobre la guerra, la paz y todos los demás asuntos. Le dan el nombre de dictador, bien por el poder de ordenar lo que quiera y de disponer para los demás las normas justas y convenientes que le parezcan oportunas (los romanos llaman edictos a los decretos y ordenanzas sobre lo justo y lo injusto), bien, según escriben algunos, por la forma de designación que entonces se introdujo, ya que no iba a ostentar el poder por elección del pueblo, conforme a las costumbres tradicionales, sino designado por un solo hombre [82]. Opinaban, en efecto, que no debían 73
2 dar un nombre odioso y temible a una magistratura que administraba una ciudad libre, tanto por los gobernados, para que no se agitaran por lo odioso del nombre, como por la precaución hacia los que recibieran la magistratura, no fuera a ser que, sin que ellos se enteráran, sufrieran algo desagradable por parte de otros, o ellos mismos cometieran contra sus conciudadanos los abusos que trae consigo una autoridad tan grande; y, efectivamente, la magnitud del poder que posee el dictador no está en absoluto indicada por su nombre, ya que la dictadura es una tiranía elegida. Me parece que los ro-
3 manos tomaron de los griegos también esta institución, pues, según cuenta Teofrasto en su tratado *Sobre la monarquía* [83], los antiguamente llamados entre los griegos *aisymnétai* [84] eran una especie de tiranos designados

---

[82] La primera explicación supone que la palabra *dictator* procede de *dictare* y que significa «aquel que dicta o prescribe»; la segunda explicación hace derivar el nombre del hecho de que el dictador era nombrado *(dictus)* y no elegido *(creatus)*.

[83] La autenticidad de esta obra fue puesta en duda por los antiguos.

[84] La palabra *aisymnétai* parece ser que significaba «el que otorga la justa porción»; en la época heroica la palabra servía para designar a los jueces de los juegos.

por elección. Las ciudades los elegían no por un tiempo determinado ni continuamente, sino en las circunstancias en que parecía conveniente y por el tiempo que fuera; como también en otro tiempo los mitileneos[85] eligieron a Pítaco[86] para hacer frente a los exiliados encabezados por el poeta Alceo[87].

Orígenes de la figura del dictador

74 Los primeros que recurrieron a esta institución habían aprendido su utilidad por la experiencia. En un principio, todas las ciudades griegas estaban gobernadas por reyes, pero no despóticamente, como las naciones bárbaras, sino conforme a unas leyes y unas costumbres heredadas de sus antepasados, y el mejor rey era el más justo, el que observaba más las leyes y el que no se apartaba en nada de las
2 costumbres tradicionales. Homero también atestigua esto al llamar a los reyes «administradores de justicia» y «administradores de leyes». Y durante mucho tiempo las monarquías continuaron gobernando con ciertas condiciones, como la de los lacedemonios. Pero cuando algunos empezaron a ir más allá de sus atribuciones, haciendo poco caso de las leyes y gobernando la mayor parte de las veces según su propio criterio, la mayoría, indignada con toda la institución, abolió los regímenes monárquicos, estableció leyes y eligió magistrados de los que se sirvió como guardianes de sus ciudades.
3 Sin embargo, cuando ni las leyes que habían establecido bastaban para garantizar la justicia, ni los magistrados, encargados de su cuidado, podían ayudarlas, y las circunstancias críticas, al introducir muchos cambios, los obligaban a elegir no las mejores instituciones, sino las que más convenían a la situación, no sólo en las des-

---

[85] Habitantes de Mitilene, ciudad de la isla de Lesbos.

[86] Tirano de Mitilene en el siglo VI a. C.

[87] Poeta lírico de la isla de Lesbos. Vivió entre c. 630 a. C. y la primera mitad del siglo VI a. C. Fue desterrado por el tirano Pítaco.

gracias no deseadas, sino también en la excesiva prosperidad, al invalidarse por estas causas las formas de gobierno y necesitar éstas una rectificación rápida y por propia determinación, se veían forzados a introducir de nuevo los poderes monárquicos y tiránicos, si bien los ocultaban bajo nombres más atractivos. Así, los tesalios los llamaban *archoí*[88] y los lacedemonios *harmostaí*[89], pues temían llamarlos tiranos o reyes, ya que no les estaba permitido confirmar otra vez poderes que habían abolido con juramentos e imprecaciones y con el consentimiento de los dioses. Yo opino, como ya he 4
dicho, que los romanos tomaron el modelo de los griegos. Licinio, en cambio, cree que los romanos tomaron la figura del dictador de los albanos[90] y dice que éstos fueron los primeros que, al desaparecer la familia real tras la muerte de Amulio[91] y Númitor[92], establecieron unos magistrados anuales con el mismo poder que los reyes y los llamaron dictadores. Yo, sin embargo, no pretendía investigar de dónde tomó este nombre la ciudad de Roma, sino de dónde tomó el modelo del poder comprendido en el nombre. Pero quizá no sea oportuno escribir más sobre esta cuestión.

Primeras medidas de Larcio

Intentaré exponer en pocas palabras 75
el modo en que Larcio, nombrado ya primer dictador, se ocupó de los asuntos y la dignidad con que rodeó la magistratura, pues considero que las narraciones más útiles para los lectores son las que pro-

[88] La palabra utilizada normalmente en Tesalia para designar a los jefes supremos en tiempo de guerra era *tagoí*. *Archoí* «guía; jefe» probablemente es una glosa que ha sustituido la palabra que pretendía explicar.

[89] Nombre de los gobernadores que los lacedemonios establecieron en las islas o en las ciudades extranjeras durante su hegemonía. Es, por tanto, un término utilizado después de la guerra del Peloponeso.

[90] Habitantes de Alba. Véase I 45, 2.

[91] Véase I 71, 4. Rey albano.

[92] Abuelo de Rómulo y Remo. Véase I 71, 4.

porcionan una gran abundancia de ejemplos buenos y provechosos a los legisladores, a los que conducen al pueblo y a todos los demás que quieren tomar parte en la vida pública y en el gobierno. No voy a exponer las instituciones y los modos de vida de una ciudad insignificante y oscura, ni decisiones y actos de hombres desconocidos y despreciables, de modo que mi empeño por detalles pequeños y triviales pudiera parecer a alguien una charla inoportuna e inútil. Por el contrario, escribo sobre la ciudad que determina las normas de justicia y derecho para todos y sobre los gobernantes que la llevaron a esta dignidad, lo que cualquier filóso-
2 fo o político tendría interés en no ignorar. Pues bien, Larcio, tan pronto como recibió el poder, nombró jefe de la caballería a Espurio Casio, que había sido cónsul en la LXX Olimpiada [93]. Los romanos han seguido manteniendo esta costumbre hasta mi generación, y ningún dictador elegido en todo este tiempo ha ejercido su magistratura sin un jefe de la caballería. Luego, deseando mostrar la magnitud de su poder, más para impresionar que por utilidad, ordenó a los lictores que llevaran por la ciudad, junto con los haces de varas, las hachas, recuperando una costumbre del período de los reyes abandonada por los cónsules desde que Valerio Publícola, en su primer consulado, quiso disminuir el odio que
3 suscitaba esta magistratura. Tras asustar con este y con otros símbolos del poder real a los alborotadores y sediciosos, ordenó, en primer lugar, que se llevara a la práctica la mejor de las disposiciones legales establecidas por Servio Tulio, el más democrático de los reyes: que todos los romanos, por tribus, presentaran una valoración de sus bienes, añadiendo los nombres de sus mujeres e hijos, así como su edad y la de los hijos. En

[93] Espurio Casio había sido cónsul cuatro años antes, en el último año de la LXIX Olimpiada. Véase cap. 49.

poco tiempo todos hicieron la valoración, debido a la magnitud del castigo (pues los que desobedecieran no sólo perderían sus bienes, sino también la ciudadanía), y se halló que los romanos mayores de edad eran ciento cincuenta mil setecientos. Después, separó a los que es- 4
taban en edad militar de los de más edad, los dispuso en centurias y distribuyó la infantería y la caballería en cuatro cuerpos. De ellos, tomó para sí el mejor, y, de los restantes, ordenó a Clelio, el que había sido su compañero en el consulado, que tomara el que quisiera; el tercero ordenó que lo cogiera Espurio Casio, el jefe de la caballería, y su hermano Espurio Larcio el que quedaba. Dispuso que este último quedara dentro de las murallas para guardar la ciudad con ayuda de los hombres de mayor edad.

Tregua entre los latinos y los romanos

Cuando tuvo bien dispuesto todo lo 76
necesario para la guerra, sacó las fuerzas al exterior y estableció tres campamentos en los lugares en que suponía que los latinos efectuarían con más probabilidad su ataque. Consideraba que no sólo correspondía a un general prudente asegurar su propia situación, sino también debilitar la del enemigo y, sobre todo, acabar las guerras sin combate ni penalidades, y si no, al menos, con la mínima pérdida de soldados. Y pensando también que las peores guerras y las más dolorosas son aquellas que uno se ve forzado a emprender contra sus parientes y amigos, creía que en este caso eran necesarias soluciones basadas más en la clemencia que en la justicia. En consecuencia, envió en secreto 2
a los más ilustres latinos a unos hombres libres de sospecha para tratar de convencerlos de establecer una amistad entre las ciudades, y abiertamente mandó embajadores a cada ciudad y a la confederación y consiguió sin dificultad que no tuvieran ya todas la misma disposición para la guerra. Sobre todo se los ganó y con-

siguió que se separaran de sus generales mediante el
3 siguiente favor. Mamilio y Sexto, que habían recibido el mando absoluto de los latinos, con las fuerzas concentradas en la ciudad de Túsculo, se preparaban para marchar contra Roma, pero perdían mucho tiempo en hacerlo, bien por esperar a las ciudades que se retrasaban, bien porque los presagios no les eran favorables. Entre tanto, algunos hombres, alejándose del campamen-
4 to, saqueaban el territorio romano. Larcio, al enterarse, envió a Clelio contra ellos, al mando de los más valientes de la caballería y de la infantería ligera. Clelio se presentó ante ellos de manera inesperada, mató a unos pocos en el combate y cogió prisioneros al resto. Larcio, tras hacer que los curaran de sus heridas y ganárselos con otros favores, los envió a Túsculo sanos y salvos y sin rescate, y con ellos mandó como embajadores a los romanos más distinguidos. Éstos consiguieron que se deshiciera el ejército latino y que se estableciera entre los dos Estados una tregua de un año.

Elogio de los antiguos dictadores

77 Conseguido esto, Larcio condujo las tropas de vuelta a casa y, antes de que expirara su mandato, designó cónsules y abandonó el cargo sin haber dado muerte ni desterrado de la patria a ningún romano y sin haber causado a nadie ningún otro
2 sufrimiento. Esta conducta digna de admiración, iniciada por aquel hombre, fue mantenida por todos los que recibieron este mismo poder hasta tres generaciones antes de la nuestra. Al menos la historia no nos habla de ninguno que no haya hecho uso de él con moderación y civismo, a pesar de que la ciudad se vio obligada con frecuencia a suprimir las magistraturas ordinarias y a poner la administración de todos los asuntos en manos
3 de un solo hombre. Y si los dictadores hubieran sido buenos jefes de su patria, sin dejarse corromper por la magnitud de su poder, solamente en las guerras exte-

riores, serían menos admirables; pero la realidad es que, también en los muchos y graves disturbios civiles, los que recibieron tal poder, bien para acabar con los sospechosos de perseguir el trono o la tiranía, bien para impedir otras innumerables desgracias, se comportaron todos de forma irreprochable e igual que el primero que obtuvo la magistratura. De modo que todos tenían la misma opinión: que la única solución de cualquier mal irremediable y la última esperanza de salvación cuando, debido a ciertas circunstancias, todas se habían venido abajo, era la institución del dictador. En tiem- 4
pos de nuestros padres, sin embargo, transcurridos unos cuatrocientos años desde la dictadura de Tito Larcio, esta magistratura fue desacreditada y se hizo odiosa a los ojos de todos los hombres por culpa de Lucio Cornelio Sila [94], que fue el primero y el único que la desempeñó de una manera cruel e inhumana; de modo que, entonces por primera vez, los romanos se dieron cuenta de lo que habían ignorado durante todo aquel tiempo: que la dictadura es una tiranía. Sila formó un Senado de hombres vulgares, redujo el poder de los tribunos a la mínima expresión, despobló ciudades enteras, abolió algunas monarquías y él mismo estableció otras y llevó a cabo otras muchas y arrogantes acciones, cuya enumeración llevaría mucho trabajo. En cuanto a los ciudadanos, aparte de los que murieron en los combates, dio muerte a no menos de cuarenta mil que se habían entregado, a algunos de los cuales primero sometió a tortura. No es este el momento de examinar si 6
hizo todo esto por necesidad o para beneficio del Estado; lo que yo me proponía explicar era que por esta razón el nombre del dictador se hizo odioso y terrible.

---

[94] Cornelio Sila (138-78 a. C.). Rival de Mario durante la guerra civil, se hizo con el poder absoluto en el 82 a. C. y lo abandonó en el 79 a. C., después de llevar a cabo una sangrienta represión y de restaurar el poder de la aristocracia.

Esto se da no sólo en las situaciones de poder, sino también en las demás actividades que son objeto de disputa y admiración en la vida corriente, pues todo parece noble y provechoso a quienes las disfrutan, cuando se hace un buen uso de ello, e innoble e inútil, cuando la toma en sus manos un desaprensivo. De esto es responsable la naturaleza, que añade a todos los bienes algunas desgracias congénitas. Pero sería mejor discutir sobre esto en otra ocasión[95].

---

[95] En los manuscritos aparecen aquí las cinco primeras líneas del libro VI, que se repiten al comienzo del nuevo libro.

LIBRO VI

Consulado de A. Sempronio Atratino y M. Minucio. Consagración del templo de Saturno

Aulo Sempronio Atratino y Marco 1
Minucio, que obtuvieron el consulado al año siguiente, en la LXXI OLimpiada (495 a. C.), en la que ganó en la carrera del estadio Tisícrates de Crotona, durante el arcontado de Hiparco en Atenas, no llevaron a cabo durante su magistratura ninguna acción bélica ni administrativa digna de mención. La tregua con los latinos les proporcionó un prolongado descanso de guerras exteriores, y la prohibición decretada por el Senado de exigir el pago de las deudas hasta que la temida guerra llegara a una solución definitiva, calmó los disturbios que habían provocado en la ciudad los pobres al exigir que el Estado los liberara de ellas. Sancionaron un decreto del Senado muy razo- 2
nable: que las mujeres romanas casadas con hombres latinos, y las latinas casadas con romanos fueran dueñas de quedarse junto a sus maridos si querían o de regresar a su patria; los hijos varones permanecerían junto a sus padres, y las hijas no casadas acompañarían a sus madres. Sucedía que por razón de parentesco o amistad muchísimas mujeres de una nación habían sido dadas en matrimonio en la otra. Éstas, al obtener garantías por el decreto, mostraron cuán grande era su deseo de vivir en Roma. En efecto, casi todas las roma- 3
nas que vivían en ciudades latinas abandonaron a sus

maridos y regresaron a casa de sus padres; y todas las latinas casadas con romanos, excepto dos, despreciaron su patria y permanecieron junto a sus maridos, feliz presagio de la ciudad que iba a vencer en la guerra.

4 Dicen que en tiempo de estos cónsules se consagró el templo de Saturno[1] en la subida que lleva al Capitolio desde el Foro, y se establecieron en honor del dios fiestas y sacrificios anuales costeados por el Estado. Dicen que antes se levantaba allí un altar construido por Hércules sobre el que sacrificaban con fuego las primicias, según la costumbre griega, aquellos que habían recibido de él los ritos sagrados. Algunos historiadores cuentan que la edificación del templo se atribuyó a Tito Larcio, el cónsul del año anterior, y otros, incluso, al rey Tarquinio, el que fue expulsado del poder, y que, por decreto del Senado, la consagración del templo correspondió a Póstumo Cominio. Así pues, estos cónsules pudieron gozar, como he dicho, de una paz absoluta.

Consulado de A. Postumio y T. Virginio. Postumio es nombrado dictador

2 Después de ellos, recibieron el consulado Aulo Postumio[2] y Tito Virginio. Bajo su mandato expiró la tregua de un año con los latinos y las dos naciones llevaron a cabo grandes preparativos para la guerra. Todo el pueblo de Roma iba voluntariamente y con gran entusiasmo al combate; en cambio, la mayoría de los latinos iban de mala gana y forzados por la necesidad, ya que los poderosos de las ciudades habían sido sobornados casi todos con regalos y promesas por Tarquinio y Mamilio, y la gente del pueblo, que no deseaba la guerra, estaba apartada del control de los asuntos públicos, pues ya

---

[1] Las ruinas del templo, en el *Clivus Capitolinus*, todavía son visibles. Las fiestas de Saturno (Saturnales) aparecen ya en el Calendario de Numa. Livio (XXII 1, 20) dice que se establecieron en el 217 a. C., pero esto es erróneo.

[2] Según Livio (II 19, 1, 3), Postumio no era cónsul.

no se concedía el derecho de hablar a quien quisiera.
Resentidos por ello, muchos se vieron obligados a dejar 2
sus ciudades y a pasarse a los romanos, pues los hom-
bres que se habían hecho con el poder en las ciudades
no quisieron impedírselo, sino que quedaron muy agra-
decidos a los disidentes por su exilio voluntario. Los
romanos acogieron a estos exiliados. A los que llegaban
con mujeres e hijos, los asignaron a las fuerzas del inte-
rior de la ciudad y los incluyeron en las centurias ciu-
dadanas; al resto lo enviaron a las guarniciones de los
alrededores de la ciudad, los repartieron entre las colo-
nias y los tuvieron bajo vigilancia para que no provoca-
ran ninguna agitación. Como todos pensaban de la mis- 3
ma manera: que la situación requería nuevamente un
poder único, libre de rendir cuentas y de administrar
todo según su propio criterio, Aulo Postumio, el más
joven de los cónsules, fue nombrado dictador por su
colega Virginio. Postumio, del mismo modo que el dic-
tador anterior, eligió a su propio jefe de la caballería,
nombrando a Tito Ebucio Elva. En poco tiempo alistó
a todos los romanos en edad militar y dividió el ejército
en cuatro partes. Él personalmente estaba al frente de
una, otra, ordenó que la mandara su colega Virginio,
la tercera, Ebucio, el jefe de la caballería, y dejó como
comandante de la cuarta a Aulo Sempronio, encomen-
dándole la vigilancia de la ciudad.

Guerra con los latinos. Batalla del lago Regilo

Cuando había dispuesto todo lo ne- 3
cesario para la guerra, llegaron los ex-
ploradores anunciándole que los lati-
nos habían salido con todo el ejército.
Otros, a continuación, le comunicaron
que éstos, en un ataque, habían tomado una plaza fuer-
te, llamada Corbión [3], en la que estaba instalada una

[3] *Corbio.* Ciudad latina en la vertiente oriental de los Montes Albanos por la que se luchó duramente en las guerras entre romanos, volscos y ecuos. En el 498 formó parte de la alianza contra Roma (cf.

pequeña guarnición romana. Habían destruido la guarnición por completo y, tras apoderarse de la propia plaza, la habían convertido en base de operaciones para la guerra. Pero no habían cogido esclavos ni ganado en los campos, excepto los tomados en Corbión, ya que los campesinos se habían trasladado con mucha anticipación a las guarniciones más próximas, llevando cada uno consigo cuanto le fue posible. Sin embargo, habían prendido fuego a sus casas, que habían quedado abandona-
2 das, y andaban devastando el territorio. Cuando los latinos ya habían salido de campaña, les llegó de Ancio, la ciudad más importante del pueblo de los volscos, un ejército poderoso con armas, trigo y todo lo que necesitaban para la guerra. Ante esto cobraron gran confianza y tenían buenas esperanzas de que también los demás volscos los ayudarían en la guerra, ahora que la
3 ciudad de Ancio había dado el primer paso. Cuando Postumio tuvo conocimiento de esto, salió rápidamente antes de que se reunieran todas las fuerzas del enemigo. Durante la noche condujo su ejército a marchas forzadas, llegó cerca de donde estaban acampados los latinos, en un lugar seguro junto al lago llamado Regilo[4], y colocó el campamento en una colina elevada y de difícil acceso, dominando al enemigo, pues pensaba que, si permanecía allí, obtendría una gran ventaja.

4 [5] Los generales latinos Octavio el tusculano, yerno del rey Tarquinio, o, según escriben algunos, hijo del yerno, y Sexto Tarquinio reunieron sus fuerzas en un mismo lugar (pues en aquel momento estaban acampados por separado) y, tomando consigo a los tribunos y centuriones, deliberaron sobre el modo en que llevarían

V 61). Fue destruida en el 457 (Liv. III 30, 8). Es insegura su identificación con la actual Rocca Priora.

[4] *Regillus.* No se conoce bien su situación. Quizá fuera el Pantano Secco, al norte de Frascati, en los montes Albanos.

[5] Livio (II 19, 3; 20, 13) sitúa la batalla tres años antes.

adelante la guerra. Se expresaron muchas opiniones. 2
Unos eran partidarios de atacar a los hombres que habían ocupado la colina con el dictador, mientras todavía les tuvieran miedo, pues pensaban que el hecho de ocupar posiciones seguras no es signo de confianza, sino de cobardía. Otros eran partidarios de rodearlos con un foso, cercarlos con una pequeña guarnición y, tomando el resto de las tropas, conducirlas contra Roma, pues pensaban que sería fácil de conquistar al estar fuera lo mejor de su juventud. Otros aconsejaban esperar los refuerzos de los volscos y de los demás aliados, prefiriendo la seguridad a la audacia, pues, mientras los romanos no obtendrían ninguna ventaja de la dilación, su situación, en cambio, mejoraría con la demora. Mientras 3
ellos estaban todavía deliberando, llegó repentinamente de Roma, con su ejército, el cónsul Tito Virginio, que había hecho el camino la noche anterior. Acampó a distancia del dictador, sobre otra cima muy escarpada y segura, de modo que por ambas partes quedaban cerradas para los latinos las salidas hacia el territorio enemigo, pues el cónsul estaba acampado en la parte izquierda y el dictador en la derecha. Una confusión todavía mayor y un miedo a verse forzados a gastar los escasos víveres si la situación se prolongaba, se apoderaron de los jefes que preferían la seguridad por encima de todo. Cuando Postumio se dio cuenta de la inexperiencia de los generales latinos, envió a Tito Ebucio, el jefe de la caballería, con los mejores hombres de esta y de la infantería ligera, con la orden de tomar una colina convenientemente situada en el camino por donde entraban a los latinos las provisiones procedentes de su patria. Antes de que el enemigo se diera cuenta, el ejército enviado con el jefe de la caballería pasó durante la noche al lado del campamento y, tras atravesar un bosque sin caminos, se adueñó de la colina.

5 Cuando los generales enemigos se dieron cuenta de
que también las defensas que tenían a sus espaldas es-
taban siendo ocupadas, perdieron las esperanzas de re-
cibir con seguridad provisiones de su patria y decidie-
ron echar a los romanos de la colina antes de que se
2 fortificaran con una empalizada y un foso. Sexto, uno
de los dos generales, se dirigió hacia allí al galope con
la caballería, pensando que los jinetes romanos no los
esperaban. Sin embargo, estos resistieron valientemen-
te a los atacantes, y Sexto se mantuvo durante algún
tiempo retirándose y volviendo a atacar. Pero como la
naturaleza del terreno ofrecía grandes ventajas a los que
dominaban las alturas, y a quienes atacaban desde aba-
jo, en cambio, no les reportaba sino muchísimas heri-
das y esfuerzos sin fin, y además llegó en auxilio de
los romanos otro ejército de hombres escogidos de la
infantería que Postumio había enviado tras los pasos
del primer ejército, Sexto, sin poder hacer ya nada, con-
dujo la caballería de vuelta al campamento. Los roma-
nos, dueños ya del lugar, reforzaron abiertamente la
3 guarnición. Después de esta acción a Mamilio y Sexto
les pareció que no se debía dejar pasar más tiempo, si-
no decidir la situación rápidamente con una batalla. El
dictador romano, aunque en un principio tenía la inten-
ción de poner fin a la guerra sin lucha, cosa que espera-
ba conseguir fundamentalmente por la inexperiencia de
los generales contrarios, decidió entonces entablar com-
bate. Habían sido capturados por los jinetes que vigila-
ban los caminos unos mensajeros que llevaban una car-
ta de los volscos a los generales latinos en la que mani-
festaban que en tres días más o menos llegarían nume-
rosas tropas volscas en su auxilio y también otras de
4 los hérnicos. Esto fue lo que forzó a los generales ro-
manos a un combate inmediato que hasta entonces no
habían querido. Cuando en uno y otro ejército se eleva-
ron las señales para la batalla, avanzaron ambos hacia

el terreno entre los dos campamentos y ordenaron sus
fuerzas de la siguiente manera: Sexto Tarquinio se colo-
có en el ala izquierda, Octavio Mamilio en la derecha
y Tito, el otro hijo de Tarquinio, ocupó el centro, donde
también estaban colocados los desertores romanos y los
exiliados. Toda la caballería, dividida en tres grupos,
fue repartida entre las dos alas y el centro de la for-
mación. En cuanto al ejército romano, el flanco izquier- 5
do, enfrente de Octavio Mamilio, lo ocupaba Tito Ebu-
cio, el jefe de la caballería; el derecho, Tito Virginio,
el cónsul, frente a Sexto Tarquinio; el centro de la for-
mación lo ocupaba el dictador Postumio en persona, que
iba a avanzar contra Tito Tarquinio y los exiliados que
lo acompañaban. El número de fuerzas de uno y otro
ejército reunidas para el combate era, por parte roma-
na, de veintitrés mil setecientos soldados de infantería
y mil jinetes; por parte latina, de unos cuarenta mil sol-
dados de infantería y tres mil jinetes, incluyendo a los
aliados.

Cuando se disponían a entablar combate, los genera- 6
les latinos convocaron a sus hombres y les dirigieron
muchas palabras y súplicas para incitarlos al valor. El
dictador romano, al ver a sus hombres atemorizados por-
que iban a enfrentarse a un ejército muy superior en
número al suyo, los convocó a una asamblea con la in-
tención de eliminar el temor de su pensamiento y, tras
colocar a su lado a los miembros del Senado más an-
cianos y estimados, dijo lo siguiente: «Los dioses, por 2
medio de augurios, presagios y otros vaticinios, nos pro-
meten conceder a la ciudad libertad y una feliz victoria,
no sólo como recompensa por la piedad que hemos mos-
trado hacia ellos y la justicia que hemos practicado du-
rante toda nuestra vida, sino también para vengarse,
como es natural, de vuestros enemigos, porque después
de haber recibido muchos y grandes beneficios de noso-
tros, como parientes y amigos, y de haber jurado tener

nuestros mismos amigos y enemigos, han pasado por alto todo esto y emprenden contra nosotros una guerra injusta, no por el poder y la hegemonía, para decidir cuál de nosotros dos debe poseerlos (pues esto sería menos terrible), sino en defensa de la tiranía de Tarquinio, para hacer otra vez a la ciudad esclava en lugar de libre.
3 Pero también es necesario que vosotros, centuriones y soldados, sabiendo que tenéis por aliados a los dioses, que siempre han salvado a la ciudad, seáis valientes en esta batalla, sabedores de que la ayuda de los dioses la obtienen quienes combaten valientemente y quienes ponen todo su ardor en la consecución de la victoria, no los que rehúyen los peligros, sino los que están dispuestos a sufrir en su propia defensa. Nosotros tenemos muchas ventajas deparadas por el destino para conseguir la victoria, pero especialmente tres que son las mayores y más evidentes.

7 »En primer lugar, la mutua confianza, que es lo más necesario para quienes pretenden vencer a sus enemigos. En efecto, vosotros no necesitáis empezar hoy a ser buenos amigos ni leales aliados, sino que vuestra patria, desde hace mucho tiempo, os ha ido proporcionando a todos este bien, pues os habéis criado de la misma forma, habéis recibido una educación común, habéis sacrificado a los dioses sobre los mismos altares y en común habéis disfrutado de muchos bienes y experimentado muchas desgracias, de todo lo cual nace una amistad fuerte e indisoluble entre todos los hombres.
2 En segundo lugar, la lucha por los más preciados bienes os atañe a todos, pues si caéis en poder del enemigo, no va a suceder que algunos sufráis los más graves daños y otros, en cambio, ninguno, sino que todos, por igual, perderéis la dignidad, la soberanía y la libertad, y no podréis disfrutar ni de vuestras mujeres, ni de vuestros hijos, ni de vuestra hacienda, ni de ningún otro de vuestros bienes; y los que gobiernan la ciudad y admi—

nistran los asuntos públicos morirán de la forma más mi-
serable con vejaciones y torturas. Si pese a no haber 3
sufrido ningún mal, grande ni pequeño, de vuestra par-
te, han cometido contra todos vosotros todo tipo de ul-
trajes, ¿qué debemos esperar que hagan, si ahora nos
vencen por las armas, deseosos como están de vengarse
porque los expulsasteis de la ciudad, los despojasteis
de sus bienes y no les permitisteis pisar la tierra de
sus padres? Y, por último, no podría decirse que es in- 4
ferior a ninguna de las otras ventajas mencionadas, si
lo examináis correctamente, el hecho de que los enemi-
gos no hayan puesto frente a nosotros tales fuerzas co-
mo suponíamos, sino muy inferiores a nuestras previ-
siones. Así pues, a excepción de la ayuda de los ancia-
tes [6], observad que ningún otro aliado está presente pa-
ra tomar parte con ellos en la guerra. Nosotros dába-
mos por supuesto, en cambio, que todos los volscos y
muchos sabinos y hérnicos vendrían como aliados su-
yos, y nos imaginábamos otros innumerables y vanos
temores. Pero todo eso no eran sino fantasías de los 5
latinos, basadas en promesas vacías y esperanzas no rea-
lizadas. Algunos han abandonado sus promesas de ayu-
da al darse cuenta de la inexperiencia de los generales,
otros, en vez de ayudarlos, se demorarán, mientras pa-
san el tiempo dándoles esperanzas, y los que ahora es-
tán ocupados en los preparativos llegarán tarde a la ba-
talla y no les serán de ninguna utilidad.

»Si alguno de vosotros cree que he hablado con acier- 8
to, pero está asustado por el número de los enemigos,
que se entere mediante una breve explicación, o mejor
por su memoria, de que teme algo que no es terrible.
Primeramente, considerad que entre ellos son mayoría
los que toman las armas contra nosotros a la fuerza,
como muchas veces nos han mostrado con palabras y

---

[6] Habitantes de Ancio.

con hechos, y que son muy pocos los que voluntaria y
ardorosamente combaten por los tiranos; de hecho, só-
lo una parte insignificante en comparación con noso-
tros. Considerad, en segundo lugar, que no ganan todas
las guerras los que son superiores en número, sino en
2 valor. Sería un trabajo ímprobo traer aquí los ejemplos
de todos los ejércitos bárbaros y griegos que, a pesar
de ser superiores en número, resultaron derrotados por
fuerzas muy inferiores, tanto que su relato resulta in-
creíble para la mayoría. Omito el resto, pero vosotros
mismos, ¿en cuántas guerras habéis triunfado con un
ejército menor que el que ahora tenéis y contra enemi-
gos con más recursos que éstos? Vamos, ¿es que, a pe-
sar de seguir siendo temibles para aquellos a quienes
habéis vencido, vais a ser despreciables para estos lati-
nos y sus aliados los volscos porque nunca han probado
a enfrentarse con vosotros? Pero todos sabéis que nues-
tros padres vencieron a estos dos pueblos en muchas
3 batallas. ¿Es, entonces, razonable pensar que la situa-
ción de los vencidos haya mejorado después de tales
desgracias y que la de los vencedores, en cambio, haya
empeorado después de tan grandes éxitos? ¿Qué perso-
na sensata podría afirmar esto? Me sorprendería que
alguno de vosotros temiese el número del enemigo, cu-
yo valor es escaso, y, en cambio, despreciara a su pro-
pio ejército, que es más numeroso y valiente que ningu-
no de los que jamás hayamos reunido en ninguna de
las guerras anteriores.

9 »Es también un gran estímulo, para no asustarse ni
rehuir los peligros, el hecho de que los principales se-
nadores, como veis, están todos presentes para compar-
tir con vosotros las vicisitudes de la guerra, a pesar de
que la edad y la ley les permiten quedar libres del servi-
2 cio militar. ¿No sería en verdad vergonzoso que vos-
otros, que estáis en la flor de la vida, rehuyerais los
peligros, y, en cambio, estos hombres que sobrepasan

la edad los persiguieran? ¿Y no lo sería también que el ardor de los ancianos, ya que no es capaz de matar a ningún enemigo, deseara, al menos, morir en defensa de la patria, y en cambio vosotros, en la plenitud de vuestras fuerzas, a quienes os es posible, si tenéis éxito, salvaros y vencer, y, si fracasáis, sufrir una noble derrota, no probarais fortuna ni dejarais tras vosotros la fama de vuestro valor? ¿No es un incentivo para vosotros, romanos, el que, aparte de tener muchas y admi- 3
rables acciones de vuestros padres[7], que ninguna narración puede celebrar como merecen, también vuestros descendientes recojan el fruto de muchas y famosas acciones vuestras, si tenéis éxito en esta guerra? Para que no quede sin recompensa el valor de quienes adoptéis la mejor decisión, ni queden sin castigo quienes temáis los peligros más de lo necesario, antes de entrar en combate escuchad qué suerte correrán unos y otros. A aquel 4
que los testigos presenciales testimonien que ha llevado a cabo en el combate alguna acción noble o valerosa, además de otorgarle al punto todos los honores que cualquier hombre puede conseguir según nuestras ancestrales costumbres, le daré un lote de tierra pública, suficiente para que no le falte nada. En cambio, para aquel a quien su espíritu cobarde y demente le impulse a desear una huida vergonzosa, estableceré la muerte de que huía, pues para sí y para los demás semejante ciudadano estará mejor muerto. Y los que así mueran no recibirán ni sepultura ni los demás ritos tradicionales, sino que, de modo no envidiable y sin que nadie los llore, serán despedazados por las fieras y aves de rapiña. Y ahora 5
que ya sabéis esto, id todos animosos al combate, con buenas esperanzas como guías de nobles acciones, pen-

[7] El texto aquí es incierto. «Padres» es una enmienda de Bücheler por «otros» que aparece en los mss. Algunos piensan que lo que aquí traducimos como una sola oración es lo que ha quedado de dos oraciones diferentes.

sando que en esta única batalla, si termina del mejor modo y como todos deseamos, obtendréis los mayores beneficios: os libraréis del temor a los tiranos; daréis a la ciudad que os engendró el merecido agradecimiento que reclama por vuestra crianza; no permitiréis que vuestros hijos, los que todavía los tenéis pequeños, y vuestras mujeres sufran males irreparables de manos de los enemigos, y haréis que vuestros ancianos padres lleven una vida agradable el poco tiempo que les queda.
6 Dichosos quienes consigáis celebrar el triunfo de esta guerra, pues os recibirán vuestros hijos, mujeres y padres. Pero los que entreguen sus vidas por la patria serán gloriosos y envidiados por su valor; pues todos los hombres, cobardes o valientes, estamos destinados a morir, pero sólo los valientes a hacerlo con honra y con gloria».

10 Cuando todavía estaba incitándolos al valor, una especie de confianza divina se apoderó del ejército y todos, como un solo hombre, gritaron al tiempo: «Valor y adelante». Postumio alabó su arrojo y, después de prometer a los dioses que, si seguía a la batalla un final feliz y glorioso, realizaría grandes y costosos sacrificios e instituiría fastuosos juegos que el pueblo romano celebraría todos los años, los hizo marchar a sus pues-
2 tos. Cuando recibieron la señal de sus generales y las trompetas dieron la orden de combate, se lanzaron al ataque gritando: primero, la infantería ligera y la caballería de cada una de las partes, luego, las formaciones de infantería, que tenían igual armamento y formación, y, mezclados todos los combatientes, se produjo una dura batalla en la que todos lucharon cuerpo a cuerpo.
3 Sin embargo, unos y otros estaban muy errados en sus cálculos, pues ninguno de los dos contendientes esperaba tener necesidad de luchar, sino que suponía que los enemigos se asustarían al primer ataque; los latinos, porque confiaban en la superioridad numérica de su caba-

llería, de la que pensaban que los jinetes romanos no soportarían ni el estruendo; y los romanos, porque confiaban en espantar al enemigo al lanzarse en medio del peligro con audacia y sin dudar. Esta era la opinión que en un principio tenían unos de otros, pero vieron que las cosas sucedían al contrario, y ambos bandos, no fundando ya su salvación y su victoria en el miedo de sus adversarios, sino en su propio valor, se mostraron como soldados valerosos, incluso por encima de sus fuerzas. Y la suerte del combate fue diversa y cambiante en torno a ellos.

Primero, los romanos que ocupaban el centro de la 11
formación, donde estaba el dictador rodeado de jinetes escogidos, y él mismo, pues combatía entre los primeros, rechazaron al contingente que les hacía frente, después de que Tito, uno de los hijos de Tarquinio, fuera herido en el hombro derecho por una lanza y no pudiera ya utilizar el brazo. Licinio y Gelio [8], sin exami- 2
nar ni lo verosímil ni lo posible, introducen en escena al propio rey Tarquinio, un hombre que rondaba los noventa años, luchando a caballo y herido. Cuando Tito cayó, los que lo acompañaban, después de luchar durante un breve tiempo y levantar su cuerpo con vida, sin dar ya más muestras de valor, se fueron retirando lentamente ante el avance de los romanos. Después, nuevamente les hicieron frente y avanzaron contra los enemigos, cuando Sexto, el otro hijo de Tarquinio, fue en su ayuda con los exiliados de Roma y con lo más escogido de la caballería. Éstos se recuperaron y volvieron 3
a la lucha. Los comandantes de las dos formaciones, Tito Ebucio y Octavio Mamilio, que luchaban más brillantemente que nadie, poniendo en fuga a los que les hacían frente allí por donde atacaran y haciendo volver a sus puestos a aquellos de sus hombres que estaban

[8] A estos dos historiadores podemos añadir a Livio (II 19, 6).

en confusión, marcharon al encuentro uno de otro en desafío, lucharon cuerpo a cuerpo y se infligieron mutuamente heridas graves, aunque no mortales. El jefe de la caballería clavó su lanza en el pecho de Mamilio a través de la coraza, y Mamilio atravesó por el centro el brazo derecho de aquél; y ambos cayeron de los caballos.

12 Cuando los retiraron del campo de batalla, Marco Valerio, que otra vez había sido designado legado [9], tomó el mando del jefe de la caballería y, atacando con sus jinetes a los adversarios que tenía enfrente, tras una breve resistencia por su parte, en poco tiempo les deshizo la formación y los hizo retroceder un gran trecho. Pero también a éstos les llegó ayuda de la caballería y la infantería ligera de los exiliados de Roma, y Mamilio, ya repuesto de su herida, se presentó nuevamente con un fuerte contingente de caballería e infantería. En este combate, el legado Marco Valerio, el primero que había conseguido un triunfo frente a los sabinos y había levantado el espíritu de la ciudad humillado por la derrota ante los tirrenos, cayó herido de lanza, así como otros muchos y valientes romanos que lo acompaña-
2 ban. En torno a su cuerpo caído se produjo un violento combate, al proteger Publio y Marco, los hijos de Publícola, a su tío con los escudos. Lo entregaron a los escuderos, sin despojar y respirando todavía, y lo enviaron al campamento. Ellos, por su parte, por su audacia y coraje, se lanzaron en medio de los enemigos, recibieron muchas heridas y, rodeados por los exiliados, murieron juntos. Después de esta desgracia, la formación romana fue rechazada a gran distancia por el lado izquierdo y rota casi hasta el centro. Luego, cuando el

[9] *Presbeutés* es el término griego para el lat. *legatus.* En V 50, 3 M. Valerio fue mencionado con este término, pero en el sentido de «embajador».

dictador se enteró de la huida de los hombres, corrió
rápidamente en su ayuda. Después de ordenar a Tito
Herminio, el otro legado, que avanzara con un escua-
drón de caballería por la espalda de su propia forma-
ción e hiciera dar la vuelta a los que huían y que, si
no obedecían, los matara, él mismo se lanzó, con los
mejores hombres, contra la masa de combatientes, y,
una vez cerca del enemigo, fue el primero en cargar al
galope. Ante esta carga compacta e impresionante, los
enemigos, sin poder resistir su furia y ferocidad, se die-
ron a la fuga y muchos cayeron. En eso, también el le-
gado Herminio, que había recuperado a los romanos hui-
dos por miedo, los condujo contra los hombres de Ma-
milio. Al toparse con él, que era el hombre de más cor-
pulencia y fuerza entre los de su tiempo, lo mató, y él
mismo, herido en el costado por la espada de alguien
mientras despojaba el cadáver, murió. Sexto Tarquinio, 5
al mando del ala izquierda de los latinos, todavía resis-
tía frente a los peligros y estaba haciendo ceder a los
romanos del flanco derecho. Pero cuando vio aparecer
a Postumio con sus jinetes escogidos, abandonó toda es-
peranza y se lanzó en medio de ellos. Allí, rodeado por
la caballería y la infantería romanas y herido por todas
partes, como una fiera, murió, no sin haber matado a
muchos de sus atacantes. Muertos sus generales, se pro-
dujo inmediatamente una huida en masa de los latinos,
y, abandonado por sus vigilantes, fue conquistado su
campamento, de donde los romanos tomaron un abun-
dante y valioso botín. Para los latinos no sólo supuso 6
una grandísima derrota, cuyas desatrosas consecuencias
sufrieron durante muchísimo tiempo, sino también una
pérdida de hombres como nunca anteriormente sufrie-
ran, pues de cuarenta mil soldados de infantería y tres
mil de caballería, como dije, fueron menos de diez mil
los supervivientes que regresaron sanos y salvos a sus
casas.

13 Se dice que en esta batalla dos jinetes de barba incipiente y muy superiores en belleza y estatura a lo que presenta la naturaleza humana se aparecieron a Postumio, el dictador, y a los que con él estaban y, poniéndose al mando de la caballería romana, hirieron con sus lanzas a los latinos que les salieron al encuentro y los rechazaron en desorden. Cuando, hacia la tarde, después de la huida de los latinos y de la toma de su campamento, terminó la batalla, cuentan que fueron vistos del mismo modo en el Foro de Roma dos jóvenes vestidos con atuendo militar, altísimos, bellísimos y de la misma edad. Conservaban en sus rostros las señales del combate, como si vinieran de una batalla, y traían los
2 caballos empapados de sudor. Cuando ambos lavaron y abrevaron sus caballos en el manantial que brota junto al templo de Vesta, formando un estanque pequeño pero profundo, una muchedumbre los rodeó, queriendo saber si traían alguna noticia del campamento, y ellos les contaron cómo se había desarrollado el combate, y que los romanos habían vencido. Dicen que, una vez que salieron del Foro, nadie los vio más, pese a que el hombre que había quedado al mando de la ciudad [10] llevó
3 a cabo una intensa búsqueda. Cuando, al día siguiente, los que se encontraban al frente de la ciudad recibieron la carta del dictador y, junto con todas las demás incidencias de la batalla, se enteraron también de la aparición de las divinidades, pensaron, como era lógico, que ambas apariciones eran de los mismos dioses, y se convencieron de que las figuras eran las de los Dióscuros [11].

4 De esta increíble y asombrosa aparición de las divinidades hay en Roma muchas señales: no sólo el templo de los Dióscuros, que erigió la ciudad en el Foro,

[10] El *praefectus urbi*. Véase cap. 2, 3.

[11] Cástor y Pólux.

allí donde se vieron sus figuras, y la fuente adyacente que recibe el nombre de estos dioses y que se ha considerado sagrada hasta nuestros días [12], sino también fastuosos sacrificios que el pueblo celebra cada año, durante las fiestas más importantes, en los llamados Idus del mes que denominan *Quintilis* [13], día en que ganaron esta batalla. Además de esto, se celebra, después del sacrificio, la procesión de los que tienen un caballo público [14], que, ordenados por tribus y centurias, avanzan cabalgando y en filas, como si vinieran de una batalla, coronados con ramos de olivo y vestidos con la toga púrpura bordeada de escarlata que llaman trabea. Inician la procesión en un templo de Marte que se levanta fuera de la ciudad, recorren ésta y, a través del Foro, llegan al templo de los Dióscuros, a veces hasta cinco mil hombres, llevando todos los premios al valor que recibieron de los generales en las batallas, espectáculo hermoso y digno de la grandeza del dominio de Roma [15]. Esto es lo que he sabido que dicen y hacen los 5
romanos en relación con la aparición de los Dióscuros. A partir de éstos y otros muchos y claros indicios, se podría conjeturar qué gratos eran a los dioses los hombres de entonces.

---

[12] La única fuente que conocemos en ese lugar del Foro es la llamada Fuente de Juturna.

[13] Después llamado *Iulius* (Julio) por Julio César. En este mes los Idus eran el día quince.

[14] *Equites equo publico.* Eran los 1.800 jinetes que en tiempo de Tulio constituían las dieciocho centurias de caballeros. El Estado les proporcionaba y mantenía los caballos. Hacia el 400 a. C. se admitió en la caballería a hombres con caballo propio *(equites equo privato)*, que no gozaban de los mismos privilegios que los primeros.

[15] Augusto, de acuerdo con su política de revivir los rituales tradicionales, restauró la *transvectio* («desfile») del 15 de julio que ya llevaba mucho tiempo sin celebrarse, permitiendo que los inválidos y enfermos desfilaran a pie. Los que tomaban parte en esta ceremonia formaban las *turmae equitum Romanorum*.

14 *Llegan los volscos después de terminada la batalla*

Postumio acampó aquella noche en la llanura y al día siguiente, después de coronar a los que se habían distinguido por su valor en la batalla y organizar la vigilancia de los prisioneros, procedió a ofrecer a los dioses los sacrificios por la victoria. Pero cuando todavía tenía ceñida la corona y colocaba sobre los altares las primeras ofrendas que se dan al fuego, unos exploradores, que bajaron corriendo de las alturas, le anunciaron que un ejército enemigo marchaba contra ellos. Se trataba de la juventud escogida de la nación de los volscos, enviada, antes de que
2 terminara la batalla, para ayudar a los latinos. Al enterarse de esto, ordenó a todos ir a buscar las armas y permanecer en el campamento, cada uno junto a su estandarte, guardando silencio y orden hasta que él les comunicara lo que se debía hacer. Los generales volscos levantaron el campamento fuera de la vista de los romanos y, al ver la llanura llena de cadáveres, los dos campamentos en pie, y que nadie, ni amigo ni enemigo, salía de las fortificaciones, quedaron algún tiempo perplejos, sin poder imaginar qué destino habían seguido los acontecimientos. Pero cuando se enteraron de todos los detalles de la batalla por aquellos que huían después de la derrota, consideraron con los demás jefes
3 qué se debía hacer. A los más audaces les parecía que lo mejor era atacar por sorpresa el campamento romano, mientras muchos estuviesen postrados por las heridas y todos agotados por la fatiga, la mayoría tuviera inservibles las armas, unas sin punta y otras rotas, y todavía no les hubiera llegado de casa ninguna tropa de refresco, en tanto que su propio ejército era numeroso, valiente, bien armado y experimentado en la guerra y, si se presentaba de improviso ante unos hombres que no lo esperaban, parecería terrible incluso a los más valerosos.

Plan de los volscos

A los más prudentes no les parecía empresa segura atacar sin aliados a unos hombres valientes en el combate y que acababan de destruir un ejército latino tan poderoso, pues correrían el mayor de todos los peligros en una tierra extranjera, donde, si sucedía alguna desgracia, no dispondrían de ningún refugio seguro. Éstos preferían pensar en ponerse a salvo, regresando rápidamente a casa, y considerar gran ganancia el no obtener ningún perjuicio de la expedición. Otros pensaban que no debía seguirse nin- 15
guna de estas propuestas y manifestaban que era temerario lanzarse a la lucha y vergonzosa una huida inesperada a su patria, ya que los enemigos recibirían con agrado cualquiera de estas decisiones que tomaran. Su idea era fortificar, de momento, el campamento, prepararse para el combate y enviar mensajeros a los demás volscos para solicitar que hicieran una de estas dos cosas: o que enviaran otro ejército capaz de enfrentarse con los romanos, o que hicieran regresar a los que habían enviado. Sin embargo, la opinión que pareció más 3
convincente a la mayoría y que adoptaron los que tenían el mando, fue la de enviar algunos espías al campamento romano a título de embajadores, para que gozaran de seguridad. Estos espías saludarían al general y le dirían que habían llegado, de parte de la nación de los volscos, como aliados de los romanos, que sentían haber llegado tarde a la batalla, ya que no iban a recibir ninguno, o, en todo caso, sólo un pequeño agradecimiento por su celo, pero que se congratulaban de su buena fortuna, por haber ganado una gran batalla sin aliados. Después de engañarlos con la amabilidad de sus palabras y de conseguir que confiaran en ellos como en sus amigos, examinarían todo y, a su regreso, revelarían su número, armamento, preparativos y cualquier cosa que tuvieran en mente hacer. Cuando conocie-

ran estos datos con exactitud, convocarían un consejo para decidir si era mejor hacer venir a otro ejército y atacar a los romanos o retirar las fuerzas.

Fracaso del plan

16 Una vez que, adoptada esta propuesta y llegados ante el dictador, los embajadores elegidos fueron llevados ante la asamblea y pronunciaron sus engañosas palabras, Postumio, tras una breve pausa, les dijo: «Volscos, habéis venido con buenas palabras que encubren malas intenciones y queréis ganaros la consideración de amigos realizando acciones
2 hostiles. Vosotros fuisteis enviados por vuestra nación para ayudar a los latinos contra nosotros, pero como habéis llegado tarde a la batalla y habéis visto que habían sido derrotados, queréis engañarnos diciendo lo contrario de lo que pensabais hacer, y ni la amabilidad de las palabras que simuláis para la presente ocasión, ni la ficción de vuestra llegada aquí son sinceras, sino que están llenas de trampa y engaño. En efecto, no se os ha enviado para felicitarnos por nuestros éxitos, sino para examinar la debilidad o la fortaleza de nuestra situación; y de palabra sois embajadores, pero de hecho,
3 espías». Como los embajadores negaban todo, les dijo que, en breve, les presentaría pruebas. E inmediatamente mostró la carta que, prometiendo ayudarlos, habían enviado a los generales latinos y de la que se había apoderado antes de la batalla, e hizo comparecer también a sus portadores. Después de leer la carta y de que los prisioneros explicaran las órdenes recibidas, la tropa se precipitó para apedrear a los volscos como espías cogidos *in fraganti;* pero Postumio, creyendo que los hombres buenos no debían asemejarse a los malos, dijo que era mejor y más noble guardar la cólera para quienes los habían enviado, que manifestarla con los enviados, y dejar libres a los hombres por deferencia al aparente título de embajadores, que matarlos por su se-

creta misión de espionaje, no fueran a proporcionar un pretexto apropiado de guerra a los volscos —que alegarían que los embajadores habían sido asesinados, contraviniendo la ley de todos los pueblos—, y un motivo de acusación a los demás enemigos que, aunque falso, sin embargo, no sería absurdo ni increíble.

Los volscos huyen y Postumio vuelve a Roma. Construcción del templo de Ceres, Líber y Libera

Una vez contenido el impulso de la 17
tropa, ordenó a los hombres que se marcharan sin volver la cabeza y los entregó a la custodia de unos jinetes que los llevaron al campamento volsco. Después de expulsar a los espías, mandó a sus soldados que dispusieran los preparativos para una batalla, pensando que se enfrentarían al día siguiente. Pero no tuvo necesidad de ninguna batalla, pues los generales volscos, cuando todavía era noche cerrada, levantaron el campamento y volvieron a su casa. Como todo 2
sucedió según su deseo, después de enterrar a sus muertos y purificar al ejército, entró de regreso en la ciudad, honrado con un espléndido triunfo y llevando montones de armas en numerosos carros, abundantes útiles de guerra y los cinco mil quinientos prisioneros hechos en la batalla. Después de apartar la décima parte del botín, con cuarenta talentos organizó juegos y sacrificios a los dioses y contrató mano de obra para la construcción de templos a Ceres, Líber y Líbera [16] en cumplimiento de una promesa. En efecto, al principio, es- 3
casearon las provisiones para la guerra y se produjo entre ellos un gran temor de que llegaran a faltar totalmente, ya que la tierra había dejado de dar fruto y, por causa de la guerra, ya no llegaban provisiones de fuera.

[16] *Liber y Libera* eran antiguas divinidades romanas de las cosechas, y en especial de la vid. Después identificadas con Dioniso y Perséfone *(Kóre)*. Aunque Dionisio habla de templos se trataba de un único edificio. Véase III 69, 5 y IV 59, 1 y 61, 3-4.

Por este temor, ordenó a los guardianes de los libros sibilinos que los consultaran, y, al saber que los oráculos mandaban aplacar a estos dioses, les hizo la promesa, cuando se disponía a salir con el ejército, de que, si había en la ciudad, durante su mandato, la misma abundancia que en tiempos anteriores, les construiría
4 templos e instituiría sacrificios anuales. Ellos le escucharon e hicieron que la tierra produjera ricas cosechas, no sólo de grano, sino también de frutas, y que todas las provisiones de fuera abundaran más que antes. Cuando Postumio vio esto, él mismo [17] hizo votar la construcción de los templos. Así pues, los romanos, tras haber repelido, gracias al favor de los dioses, la guerra provocada por el tirano, se encontraban celebrando fiestas y sacrificios.

Los latinos se presentan como suplicantes

18 Pocos días después les llegaron, como embajadores de la nación latina, elegidos de entre todas las ciudades, los hombres que se habían opuesto a la guerra, llevando ramos de olivo y cintas de suplicantes. Estos hombres, conducidos ante el Senado, señalaron como responsables del inicio de la guerra a los que tenían el poder en las ciudades, mientras que el pueblo —decían—, sólo había cometido un error: haberse dejado convencer por demagogos malva-
2 dos que buscaban su propio beneficio. Dijeron que por ese engaño, en el que la necesidad había tenido la mayor parte, cada ciudad había pagado una pena no despreciable: la muerte de sus mejores jóvenes, hasta el punto de que no era fácil encontrar una casa libre de luto. Pidieron que los recibieran de buen grado, dado que ya no les disputaban la soberanía ni peleaban por la igualdad, sino que en el futuro serían aliados y súb-

[17] Esta es la lectura de los mss., pero la palabra «él mismo» es probablemente una corrupción.

ditos suyos y añadirían a la buena fortuna de los romanos todo el prestigio que la divinidad había arrebatado a los latinos. Para terminar su discurso, invocaron el 3
parentesco, recordaron las ayudas que en otro tiempo les habían prestado sin vacilar y se lamentaron de las desgracias que iban a caer sobre quienes no habían cometido ninguna falta, que eran muchos más que los culpables. Y mientras decían cada una de estas cosas, se lamentaban, abrazaban las rodillas de todos los senadores e iban depositando los ramos de olivo a los pies de Postumio, de modo que todo el Senado acabó compadeciéndose, en mayor o menor medida, ante sus súplicas.

El Senado delibera sobre las medidas que debe tomar con los latinos

Cuando los embajadores salieron del 19
Senado y se concedió la palabra a los que era costumbre que manifestaran su opinión en primer lugar [18], Tito Larcio, el que el año anterior [19] fuera el primer dictador designado, les aconsejó que administraran su buena suerte, argumentando que el mayor elogio, tanto para un individuo como para una nación entera, era el de no dejarse destruir por su buena fortuna, sino llevar sus éxitos con mesura y moderación; pues todo éxito es objeto de envidia, pero sobre 2
todo, aquel al que se unen una arrogancia y una dureza con los que han sido humillados y sometidos. Les aconsejó que no confiaran en la suerte, puesto que habían experimentado muchas veces en las propias adversidades y fortunas qué insegura y cambiante era, y que no redujeran a los enemigos a la necesidad de correr peligros extremos, necesidad por la que algunos se vuelven

---

[18] Seguimos a Kiessling, quien añadió «primero». Los que hablaban primero eran los cónsules electos, si los había, y a continuación los ex-magistrados, comenzando por los que habían ocupado el consulado.

[19] Lo había sido dos años antes. Kiessling propuso suprimir «el año anterior».

osados, incluso en contra de su inclinación, y luchado-
3 res por encima de su capacidad. Añadió que tenían razones para temer atraerse el odio común de todos aquellos sobre los que pretendían mandar si hacían pagar penas severas e inexorables a los culpables, pues pensarían que los romanos habían abandonado sus principios tradicionales, olvidando que por ellos habían llegado a su esplendor, y habían hecho del poder una tiranía, y no una soberanía y liderazgo como era antes. Dijo que las faltas eran moderadas y no graves cuando algunas naciones que se abrazan a la libertad y que una vez aprendieron a gobernar, no desean abandonar su antiguo prestigio; y que si los hombres que aspiran a los más nobles fines, son irremisiblemente castigados si fracasan en sus esperanzas, no habrá nada que impida que toda la humanidad se destruya entre sí, pues todos te-
4 nemos un deseo innato de libertad. Manifestó que era mucho mejor y más seguro un gobierno que quería gobernar a sus súbditos con favores y no con castigos, porque a los primeros les acompaña el afecto, y a los segundos el temor, y es una ley de la naturaleza odiar especialmente todo lo que causa temor. Para terminar el discurso, les pidió que tomaran como ejemplo las más nobles acciones de sus antepasados, con las que aquellos consiguieron alabanzas, y enumeró todas las ciudades tomadas por la fuerza que no destruyeron, a cuyos hombres en edad militar no mataron ni esclavizaron, y que convirtieron en colonias de Roma, concediendo entre los sometidos la ciudadanía a los que deseaban vivir con ellos, procedimiento por el que hicieron que su ciudad, que era pequeña, llegara a ser grande. El punto fundamental de su postura era renovar los tratados anteriormente establecidos con la comunidad latina, y no tomar venganza contra ciudad alguna por ninguno de sus errores.

Servio Sulpicio nada opuso respecto de la paz y de 20
la renovación de los tratados, pero puesto que los lati-
nos habían sido los primeros en romperlos, y no había
sido esa la primera vez, en cuyo caso podrían merecer
un perdón si aducían como pretexto la necesidad y el
engaño, sino que ya antes lo habían hecho muchas ve-
ces, y necesitaban por ello un escarmiento, propuso con-
ceder a todos la amnistía y la libertad en razón de su
parentesco, pero que se les desposeyera de la mitad de
su territorio y se enviaran a él colonos romanos que
le sacarían provecho y cuidarían de que los latinos no
volvieran a sublevarse. Espurio Casio aconsejaba des- 2
truir sus ciudades, diciendo que se asombraba de la sim-
plicidad de los que recomendaban dejar sus faltas sin
castigo, si no podían comprender que por la envidia in-
nata y permanente que sentían hacia su creciente ciu-
dad urdían una guerra tras otra y nunca cesarían vo-
luntariamente en su insidiosa intención mientras alber-
garan en sus corazones esa lamentable pasión. De he-
cho, habían acabado por intentar poner a una ciudad
hermana en poder de un tirano más salvaje que cual-
quier fiera, violando todos los tratados realizados ante
los dioses e impulsados por la sola esperanza de que,
en caso de que la guerra no se desarrollara según sus
planes, no recibirían ningún castigo o, en todo caso,
uno muy pequeño. También él pidió que tomaran como 3
ejemplo los hechos de sus antepasados, que, cuando su-
pieron que la ciudad de los albanos, de la que ellos y
todas las ciudades latinas habían sido colonias, estaba
envidiosa de su prosperidad y se valía de la impunidad
que había encontrado en sus anteriores faltas como pun-
to de partida para intrigas mayores, decidieron destruir-
la en un solo día [20], considerando que era igual de ne-
fasto no castigar a ninguno de los que cometen los ma-

[20] Véase III 27, 31.

yores y más irreparables delitos, que no tener compa-
4 sión de ninguno de los que cometen faltas leves. Sería una acción de gran locura y necedad, y ciertamente no de benevolencia y moderación, que, después de no haber soportado la envidia de sus fundadores, cuando les pareció más agobiante e intolerable de lo debido, soportaran la de sus parientes, y que, después de haber castigado con la privación de su ciudad a los enemigos acusados de inferiores tentativas, no aplicaran ningún castigo a los que muchas veces habían dado muestras de
5 un odio irreconciliable. Tras decir esto, enumerar todos los levantamientos de los latinos y recordar el número de romanos muertos en guerra contra ellos, pidió que se los tratara de la misma manera en que anteriormente habían tratado a los albanos, es decir, que destruyeran sus ciudades, anexionaran su territorio al de los romanos y, en cuanto a sus habitantes, hicieran ciudadanos, permitiéndoles conservar sus pertenencias, a los que habían mostrado alguna buena disposición hacia ellos, y, en cambio, mataran como traidores a los responsables del levantamiento, por cuya causa se habían roto los tratados, e hicieran esclavo a cuanto mendigo, ocioso e inútil hubiese entre ellos.

Tratado de paz con los latinos

21 Éstas fueron las opiniones expresadas por los principales miembros del Senado. El dictador prefirió la opinión de Larcio, y, como nadie habló ya en contra, se llamó a los embajadores, que se presentaron en el Senado para recibir la respuesta. Postumio, después de reprocharles la maldad que nunca habían podido reprimir, dijo: «Lo justo sería que sufrierais las medidas extremas que vosotros mismos pensabais aplicar de haber tenido éxito en las expediciones que con frecuencia habéis realizado contra nosotros». Sin embargo, dijo, los romanos no anteponían la justicia a la benevolencia, pues tenían en cuenta que eran

parientes y que habían recurrido a la compasión de los agraviados, y dejaban sus faltas sin castigo por consideración hacia los dioses protectores de la estirpe y a la inescrutable fortuna por la que habían obtenido la victoria. «Por tanto —dijo—, marchaos ahora libres de 2
todo temor y cuando hayáis liberado a los prisioneros, entregado a los desertores y expulsado a los exiliados, entonces enviadme embajadores para tratar sobre la amistad y la alianza, en la seguridad de que no dejarán de conseguir nada que sea razonable». Los embajadores se marcharon con esta respuesta y pocos días después volvieron, tras haber puesto en libertad a los prisioneros y haber expulsado de sus ciudades a los que se habían exiliado con Tarquinio, llevando encadenados a los desertores que habían cogido. A cambio de ellos, obtuvieron del Senado la antigua amistad y alianza y renovaron, por medio de los *fetiales* [21], los juramentos que en otro tiempo habían prestado con respecto a estas cuestiones. Así pues, de esta forma terminó la guerra contra los tiranos, catorce años después de su expulsión. El rey Tarquinio —pues todavía quedaba él de la 3
familia—, que por aquel entonces contaba casi noventa años, tras haber perdido a sus hijos y a su familia política [22], sufría una vejez digna de compasión incluso para sus enemigos. Como ni los latinos, ni los tirrenos, ni los sabinos, ni ninguna otra nación libre vecina lo acogía ya en sus ciudades, marchó a Cumas [23] de Campania, a la corte de Aristodemo, llamado «el Afeminado» [24], que en ese tiempo era tirano de la ciudad. Tras

[21] Véase II 72, 1.

[22] El único pariente político del que ha hablado era Mamilio; pero véase IV 4, 1.

[23] *Cumae*, véase nota a V 26, 3.

[24] Véase V 36, 2. Dionisio explica más tarde (VII 2, 4) el por qué de este apodo y dice que algunos creen que era llamado así porque de pequeño se dejaba tratar como a una mujer, y que otros piensan que recibió este apodo por su carácter apacible y tranquilo.

vivir allí un corto número de días, murió y fue enterrado por Aristodemo[25]. De los exiliados que lo acompañaban, unos permanecieron en Cumas, y otros se dispersaron por otras ciudades y terminaron sus vidas en territorio extranjero.

Nuevos conflictos por causa de las deudas. Postumio renuncia a la dictadura

22 Una vez que los romanos hubieron puesto fin a las guerras exteriores, surgieron otra vez entre ellos las disensiones internas, al decretar el Senado que se constituyeran tribunales y que se decidieran, de acuerdo con las leyes, los pleitos que se habían pospuesto a causa de la guerra. Las disputas relativas a contratos llegaron a convertirse en grandes tumultos y en terribles muestras de comportamiento absurdo y desvergonzado, pues los plebeyos alegaban no poder satisfacer las deudas porque, durante la larga guerra, sus tierras habían sido devastadas, sus rebaños exterminados, sus esclavos habían disminuido por las deserciones y ataques, y el dinero que tenían en la ciudad se había agotado con los gastos para la campaña. Por su parte, los prestamistas decían que estas desgracias habían afectado a todos por igual, y no sólo a los deudores, y consideraban intolerable tener que perder no sólo lo que los enemigos les habían arrebatado en la guerra, sino también lo que en tiempo de paz habían prestado a algunos ciudadanos que se lo
2 pidieron. Y como ni los prestamistas se avenían a aceptar ninguna solución moderada ni los deudores a hacer nada justo, sino que los unos se negaban a perdonar incluso los intereses, y los otros ni siquiera querían pagar la deuda sin los intereses, los afectados de una y otra parte se estaban reuniendo ya en corrillos y se producían en el Foro manifestaciones hostiles, y, a veces, incluso, enfrentamientos personales, y todo el orden ciu-

[25] Livio (II 21, 5) sitúa su muerte al año siguiente.

dadano estaba alterado. Cuando Postumio vio esto, decidió escapar de la tormenta política renunciando a la dictadura mientras todavía gozaba de la estima de todos por igual por haber dado un brillante final a una dura guerra. Sin completar todo el tiempo de su mandato, estableció un día para la elección y restauró, junto con su compañero de consulado, las magistraturas tradicionales. 3

Consulado de A. Claudio Sabino y Publio Servilio Prisco. Se prepara una expedición contra los volscos y la plebe se niega a participar

23 Los cónsules que recibieron de nuevo la magistratura anual y legal fueron Apio Claudio Sabino y Publio Servilio Prisco. Éstos vieron acertadamente que lo más útil sería desviar la agitación interna hacia guerras externas, y se prepararon para que uno de ellos condujera un ejército contra la nación de los volscos, con el propósito de castigarlos por la ayuda enviada a los latinos contra los romanos y de impedir sus preparativos, todavía reducidos. En efecto, se les había comunicado que los volscos estaban reclutando también un ejército a toda prisa y enviando embajadores a las naciones vecinas para invitarlas a una alianza, pues se habían enterado de que los plebeyos se habían rebelado contra los patricios y pensaban que no sería difícil tomar una ciudad que padecía una guerra civil. 2 Después de decidir conducir un ejército contra los volscos y de que los senadores aprobaran su decisión, ordenaron que se presentaran todos los hombres en edad militar, y fijaron una fecha para hacer el reclutamiento de los soldados. Pero cuando los plebeyos, a pesar de que se les llamó repetidamente para prestar el juramento militar, no obedecieron, los cónsules ya no mantuvieron por más tiempo una misma opinión, sino que, a partir de ese momento, empezaron a distanciarse y continuaron oponiéndose uno a otro durante todo el tiempo de su magistratura. 3 Servilio opinaba que debían seguir el cami-

no más moderado, adhiriéndose a la opinión de Manio Valerio, el más favorable al pueblo, quien consideraba conveniente poner remedio a la causa de la sedición, a ser posible, decretando una abolición o disminución de las deudas, y, si no, decretando, al menos, la prohibición de encarcelar por el momento a los que les hubiera vencido la fecha de pago; llevar a los pobres a prestar el juramento militar, más por medio de la exhortación que de la coacción, y no establecer castigos severos e inexorables para los desobedientes, como en una ciudad unida, sino moderados y razonables, pues existía el peligro de que si se forzaba a servir en el ejército a expensas propias a hombres que carecían de lo indispensable para vivir, se unieran y recurrieran a una solución desesperada.

24 En cambio, la opinión de Apio, el jefe de los principales miembros de la aristocracia, era dura y arrogante: no mostrar ninguna blandura con el pueblo y permitir a los prestamistas que exigieran el pago del dinero prestado en los términos convenidos; constituir tribunales; que el cónsul que permaneciera en la ciudad, de acuerdo con las costumbres [26] tradicionales, exigiera el cumplimiento de las penas que las leyes establecían para los desertores; no ceder ante los plebeyos en nada que no fuera justo ni colaborar con ellos en el estableci-
2 miento de un poder nefasto. «Pues ahora —dijo— son arrogantes más allá de lo razonable por haber sido eximidos de los tributos que antes pagaban a los reyes y haber quedado libres de las penas corporales con que aquellos los castigaban cuando no obedecían prontamente alguna de sus órdenes. Pero si van más lejos e intentan provocar algún disturbio o agitación, impidámoselo

[26] Detrás de «costumbres» hay en el texto un «y» que hemos suprimido siguiendo a Kiessling. Jacoby supuso la pérdida de una palabra después de «y».

con la ayuda de la parte sensata y sana de los ciudadanos, que mostrará ser más numerosa que la afectada por este mal. Nosotros, al menos, disponemos de una 3
fuerza no despreciable, la juventud patricia que está dispuesta a cumplir nuestras órdenes. Pero el arma más importante y difícil de vencer de todas, con la que dominaremos fácilmente a los plebeyos, es el poder del Senado. Atemoricémoslos con él, poniéndonos del lado de las leyes. Si cedemos a sus pretensiones, en primer lugar, nos atraeremos una deshonra al permitir que el pueblo administre los asuntos públicos, cuando es posible dejarlos en manos de la aristocracia; en segundo lugar, nos encaminaremos a un peligro, y no precisamente pequeño, si algún hombre tiránico, adulando al pueblo, se hiciera con un poder superior a las leyes: vernos privados nuevamente de la libertad». Como los cónsules discutían de este modo en privado y, cuando se reunió el Senado, muchos se pusieron de parte de uno o de otro, la sesión se levantó sin haber tomado ninguna decisión provechosa, después de escuchar disputas, alborotos y palabras indecorosas con que unos y otros se insultaron.

Servilio convence al pueblo. Expedición contra los volscos

Después de haber perdido mucho 25
tiempo en estas discusiones, el cónsul Servilio, pues la expedición le había correspondido a él por sorteo, se procuró, con muchas súplicas y adulaciones, la colaboración del pueblo para la guerra, y marchó con un ejército no reclutado a la fuerza, sino de voluntarios, como las circunstancias requerían, cuando los volscos todavía estaban haciendo sus preparativos y no esperaban que los romanos, divididos como estaban y enemistados entre sí, fueran a ir contra ellos con un ejército, ni creían que fueran a entablar combate porque nadie los atacara, sino que pensaban que tenían la posibilidad de iniciar la guerra cuando quisieran. Pero 2

cuando se dieron cuenta de que eran atacados y debían luchar, entonces, alarmados por la rapidez de los romanos, los más ancianos salieron de las ciudades con ramos de olivo y se entregaron a Servilio para que hiciera de ellos lo que quisiera, puesto que habían cometido una falta. Servilio, después de tomar de ellos provisiones y ropas para el ejército y de elegir a trescientos hombres de las más ilustres familias como rehenes, par-
3 tió, convencido de que la guerra estaba terminada. Pero en realidad esto no era un final, sino un aplazamiento y una oportunidad de prepararse para aquellos que habían sido sorprendidos por el inesperado ataque. Cuando el ejército romano se marchó, los volscos nuevamente se ocuparon de la guerra, fortificando las ciudades y reforzando la vigilancia de todo lugar que pudiera ofrecerles seguridad. Colaboraron abiertamente con ellos en la empresa los hérnicos y los sabinos, y muchos otros lo hicieron en secreto. Pero los latinos, cuando les llegó la embajada para solicitar su ayuda, apresaron a los
4 embajadores y los condujeron a Roma. El Senado, en agradecimiento a su firme lealtad y, más todavía, a su buena disposición para el combate (pues estaban dispuestos a ayudarlos voluntariamente en la guerra), les concedió lo que pensaba que deseaban por encima de todo, pero que les daba vergüenza pedir, entregándoles, sin rescate, los casi seis mil prisioneros de guerra, después de haberlos vestido con ropas propias de hombres libres, para que el regalo tuviera, dentro de lo posible, toda la magnificencia que correspondía a su condición de parientes. En cuanto a la ayuda, el Senado dijo que no la necesitaba, asegurando que las fuerzas propias de Roma eran suficientes para castigar a los sediciosos. Una vez dada esta respuesta a los latinos, votó a favor de la guerra contra los volscos.

Nueva rebelión de los pobres

26 Cuando todavía estaban sentados en el Senado y consideraban qué fuerzas serían las que saldrían a la campaña, apareció en el Foro un anciano vestido con harapos, largas su cabellera y su espesa barba, gritando y solicitando la ayuda de los ciudadanos. Se congregó al punto toda la multitud que andaba cerca, y entonces se puso en un lugar donde pudiera ser bien visible y dijo: «Yo nací libre, participé en todas las campañas mientras estuve en edad militar, combatí en veintiocho batallas, y recibí muchos premios al valor en las guerras. Cuando se apoderaron de la ciudad las circunstancias que la llevaron a las más extremas dificultades, me vi forzado a contraer una deuda para pagar las contribuciones exigidas. Como no tenía con qué liquidarla, puesto que los enemigos habían devastado mis tierras y la falta de alimentos había agotado los bienes que tenía en la ciudad, mi acreedor me llevó como esclavo junto con mis dos hijos; y por replicar a mi amo cuando me ordenó un trabajo difícil, recibí muchísimos latigazos».
2 Tras pronunciar estas palabras, se quitó los harapos y mostró el pecho lleno de heridas y la espalda cubierta de sangre de los golpes. Al surgir gritos y lamentos de los presentes, el Senado suspendió la sesión, y los pobres corrieron por toda la ciudad, lamentando su suerte y pidiendo a sus vecinos que los ayudaran; los que sufrían esclavitud por deudas salieron de las casas con largas melenas, la mayoría con cadenas y grillos, sin que nadie se atreviera a enfrentárseles, y si alguno hubiera tan sólo tocado a uno, hubiera sido despedazado en el intento, tal era el furor que
3 se apoderó del pueblo en aquellos momentos; y en poco tiempo el Foro estuvo lleno de los que se habían escapado de sus prisiones. Entonces, Apio, temiendo la cólera del pueblo contra su persona, puesto que era responsable de sus males y parecía que todo había sucedido

por su causa, salió huyendo del Foro. Servilio, por su parte, se despojó de la toga ribeteada de púrpura y, postrándose con lágrimas a los pies de cada uno de los plebeyos, a duras penas consiguió convencerlos para que aguardaran aquel día y volvieran al siguiente con el convencimiento de que el Senado se ocuparía de ellos. Una vez dicho esto, ordenó al heraldo proclamar que ningún prestamista podía esclavizar a un ciudadano por una deuda privada, hasta que el Senado decidiera sobre ellos, y que los presentes se marcharan sin miedo a donde quisieran. De esta manera puso fin al tumulto.

Guerra contra los volscos

27 Así pues, se marcharon del Foro, pero al día siguiente se presentó no sólo la muchedumbre de la ciudad, sino también la plebe de los campos cercanos, y el Foro estaba lleno desde el amanecer. Cuando se reunió el Senado para decidir lo que se debía hacer, Apio llamó a su colega «demagogo» y «cabecilla de la demencia de los pobres», y Servilio, por su parte, lo llamó «duro», «arrogante» y «responsable de los males que atenazan a la ciudad»; y sus reproches
2 no tenían fin. En esto, unos jinetes latinos, cabalgando a toda velocidad, se presentaron en el Foro y anunciaron que los enemigos se habían puesto en marcha con un gran ejército y estaban ya ante sus fronteras. Esto fue lo que dijeron los latinos. Los patricios, la caballería en masa, y todos los demás que tenían riquezas o reputación de sus antepasados, se armaron rápidamen-
3 te, ya que corrían peligro en cosas importantes. En cambio, los pobres, y en especial los que estaban abrumados de deudas, ni cogieron las armas ni prestaron ningún otro tipo de ayuda a los problemas de la comunidad, sino que se alegraron y recibieron la guerra exterior como la respuesta a sus ruegos, pues pensaban que los liberaría de sus actuales desgracias; y a los que les pedían su ayuda les mostraban las cadenas y los grillos

y les preguntaban burlonamente si les merecía la pena combatir para conservar esos bienes. Muchos, incluso, se atrevían a decir que sería mejor ser esclavos de los volscos que soportar los ultrajes de los patricios. Y la ciudad se llenó de lamentos, alboroto y todo tipo de quejas de mujeres.

Servilio vuelve a convencer al pueblo. Victoria sobre los volscos y toma de Suesa Pomecia

Al ver la situación, los senadores pidieron al cónsul Servilio, que en ese momento parecía gozar de mayor influencia entre la multitud, que ayudara a la patria. Él convocó al pueblo en el Foro, explicó que la urgencia del momento no admitía ya luchas intestinas, y pidió que marcharan contra los enemigos con unanimidad de sentimientos y que no permitieran que fuera destruida la patria en la que estaban los dioses de sus padres y los sepulcros de los antepasados de cada uno, que eran las cosas más preciosas para todos los hombres. Les pidió que tuvieran consideración con sus padres, que por la vejez no serían capaces de defenderse, y compasión de sus mujeres, que se verían pronto obligadas a soportar los ultrajes más terribles e insoportables y, sobre todo, que compadecieran los insultos y afrentas que padecerían sus hijos, todavía pequeños y que no habían sido criados con la expectativa de un futuro semejante. Y cuando 2
todos, con un mismo ardor, se hubieran librado del presente peligro, entonces ya considerarían la manera de establecer una forma de gobierno equitativa, imparcial y provechosa para todos, en la que ni los pobres conspiraran contra las haciendas de los ricos, ni éstos insultaran a los más humildes (pues estos comportamientos no eran en absoluto cívicos), en la que hubiera una asistencia estatal para los pobres y también una ayuda proporcionada para los prestamistas, al menos para los que sufrieran injusticia, de modo que, el mayor de los bienes humanos, que mantiene en concordia a todas las

ciudades, la buena fe en los contratos, no fuera destruida por completo y para siempre solamente en la ciu-
3 dad de Roma. Después de exponer éstas y cuantas otras cosas convenía decir en semejante ocasión, para terminar, habló, en su propia defensa, acerca de la buena disposición que mantenía con respecto al pueblo y pidió que participaran con él en esa expedición en atención a su interés por ellos, pues el cuidado de la ciudad le había sido encomendado a su colega, mientras que a él se le había entregado el mando en la guerra, ya que el sorteo había determinado para ellos este reparto de los deberes. Dijo también que el Senado le había prometido confirmar lo que acordara con el pueblo y que él, a su vez, había prometido a los senadores convencer al pueblo para que no entregara su patria a los enemigos.

29 Tras pronunciar estas palabras, ordenó al heraldo proclamar que no se permitía a nadie ni apoderarse, ni vender, ni tomar como fianza las casa de los romanos que marcharan a la guerra contra los enemigos, ni esclavizar a su familia por ninguna deuda, ni impedir que el que quisiera tomara parte en la expedición, y que, en cambio, a los que se quedaran fuera de la campaña, los prestamistas podían reclamarles el pago de las deudas en los términos en que cada uno hubiera acordado el préstamo. Cuando los pobres oyeron esto, inmediatamente estuvieron de acuerdo, y todos, con gran ardor, se dispusieron a ir a la guerra, unos, inducidos por las esperanzas de botín; otros, por gratitud hacia el general, y la mayoría, por huir de Apio y de los ultrajes a que estarían expuestos los que permenecieran en la ciudad.

2 Servilio tomó el ejército y, sin pérdida de tiempo, marchó a toda velocidad para entablar combate con los enemigos antes de que penetraran en territorio romano. Los encontró acampados en la región pomptina, saqueando el territorio de los latinos, porque éstos no les

habían prestado la colaboración que les habían pedido para la guerra. Por la tarde estableció el campamento junto a una colina que distaba unos veinte estadios del enemigo. Por la noche los atacaron los volscos, creyendo que eran pocos, que estarían agotados por el largo camino y faltos de ardor por causa de los disturbios provocados por los pobres en relación con las deudas, que parecían estar en su punto álgido. Servilio luchó 3
desde el campamento mientras fue de noche, pero cuando se hizo de día, y se dio cuenta de que los enemigos estaban saqueando el territorio desordenadamente, mandó abrir en secreto numerosas puertecillas de la empalizada y, a una señal, lanzó al ejército contra ellos. Ante el repentino e inesperado ataque, unos pocos volscos les hicieron frente y fueron muertos cuando combatían junto a la empalizada; pero los demás huyeron en desorden, perdiendo a muchos de los suyos, y llegaron con vida a su campamento, la mayoría heridos y sin armas. Los romanos los persiguieron pisándoles los talones y 4
rodearon el campamento. Ellos, tras defenderse por un corto espacio de tiempo, lo entregaron con cantidad de esclavos, ganado, armas y material de guerra. También se apoderaron de muchos hombres libres, unos volscos, otros de los pueblos que los ayudaban en la lucha, y de muchísimas riquezas de oro y plata y de ropajes, como si hubieran tomado la más poderosa de las ciudades. Servilio permitió a los soldados repartirse todo este botín para que todos obtuvieran algún beneficio, y ordenó que no llevaran nada al tesoro público. Luego, tras incendiar el campamento, marchó con su ejército contra la muy cercana Suesa Pomecia, pues no sólo por su tamaño y el número de sus habitantes, sino también por su fama y riqueza, parecía ser muy superior a las ciudades de la zona y venía a ser la capital de la nación. Estableció el campamento a su alrededor, y no re- 5
tiró el ejército ni de día ni de noche, con el fin de que

los enemigos no tuvieran ni un momento de descanso al no poder dormir ni obtener un respiro en la guerra. En poco tiempo tomó la ciudad, después de agotarlos por hambre, escasez de medios y falta de refuerzos, dando muerte a todos los que estaban en edad militar. También esta vez permitió a los soldados que saquearan cuantas riquezas había allí. A continuación condujo el ejército contra las restantes ciudades sin que ningún volsco pudiera ya rechazarlos.

Apio mata a los rehenes volscos. Servilio se concede el triunfo a sí mismo

30 Después de que los volscos fueran humillados por los romanos, Apio Claudio, el otro cónsul, condujo a sus rehenes, trescientos hombres en total, al Foro, y, para que los que se los habían dado en prenda de su amistad tuvieran cuidado de no violar los tratados, los azotó a la vista
2 de todos y ordenó que les cortaran el cuello. Cuando, no muchos días después, llegó su colega de la expedición y pidió recibir el triunfo que el Senado acostumbra conceder a los generales que han sostenido un brillante combate, Apio se opuso, llamándolo sedicioso y amigo de una mala forma de gobierno y acusándolo, sobre todo, de no haber llevado ninguna parte del botín de la guerra al erario público y de habérselo regalado, en cambio, a los que quiso, y convenció al Senado de que no le concediera el triunfo. Servilio, por su parte, considerándose ultrajado por el Senado, se comportó con una arrogancia inusual entre los romanos. Convocó al pueblo a una asamblea en la llanura que está delante de la ciudad [27] y, tras referirles sus acciones en la guerra, el odio de su colega y el ultraje del Senado, dijo que por sus propias acciones y por las del ejército que había combatido con él, tenía el derecho de entrar en procesión en conmemoración de sus gloriosas y afortu-

[27] El Campo de Marte.

nadas hazañas. Después de pronunciar estas palabras, 3
ordenó adornar las varas con coronas y, tras coronarse él mismo, vistiendo el traje triunfal, condujo la procesión a la ciudad, acompañado por todo el pueblo, subió al Capitolio, cumplió los votos, y consagró los despojos. Por este hecho se atrajo un odio todavía mayor de los patricios, pero se ganó a los plebeyos.

Batalla con los sabinos

Cuando la ciudad se encontraba en 31
tal agitación, una tregua que tuvo lugar con motivo de los tradicionales sacrificios y los juegos brillantes y costosos que siguieron, contuvieron por el momento la sedición del pueblo. Pero cuando estaban ocupados en las celebraciones, los sabinos, que esperaban esta ocasión desde hacía mucho, marcharon contra ellos con un poderoso ejército. Comenzaron la marcha al caer la noche, para presentarse ante la ciudad antes de que los de dentro se dieran cuenta; y muy fácilmente los habrían vencido, si algunos soldados de infantería ligera no hubieran abandonado la formación y producido un alboroto al atacar granjas para saquearlas. En 2
efecto, inmediatamente se produjo un griterío, y los agricultores corrieron hacia las murallas antes de que los enemigos se hubieran acercado a las puertas. Cuando los de la ciudad, que estaban en plenas fiestas y adornados con guirnaldas, se dieron cuenta de la invasión, dejaron los juegos y se lanzaron a las armas. Se apresuró a unirse a Servilio una numerosa tropa de voluntarios, con la que él, una vez ordenada, cayó sobre los enemigos, que estaban agotados por la falta de sueño y el cansancio y que no esperaban el ataque de los romanos. Cuando los ejércitos se enzarzaron cuerpo a cuer- 3
po, la pelea subsiguiente acabó con la formación y el orden, debido al ardor de uno y otro bando, pero, como por una casualidad, coincidieron falange contra falange, compañía contra compañía u hombre contra hom-

bre, y la caballería y la infantería lucharon mezcladas. Dado que las ciudades no estaban a mucha distancia, les llegaron refuerzos de una y otra que dieron ánimos a los que estaban cansados y les hicieron resistir las penalidades durante mucho tiempo. Luego, los romanos volvieron a vencer a los sabinos al llegar la caballería en su ayuda, y, después de matar a muchos, regresaron a la ciudad con muchísimos prisioneros. A los sabinos que estaban en la ciudad, llegados con la excusa de asistir a las celebraciones, pero con la intención de ir tomando las guarniciones para los que vinieran después, como habían concertado, los buscaron y los llevaron a prisión. En cuanto a los sacrificios que la guerra había interrumpido, votaron que se llevaran a cabo con doble esplendor que los anteriores, y nuevamente se dedicaron a la diversión.

Batalla con los auruncos

32 Cuando todavía estaban celebrando las fiestas, llegaron ante ellos unos embajadores de la nación de los auruncos, que habitaban las mejores llanuras de Campania. Después de ser introducidos en el Senado, pidieron que devolvieran el territorio de los volscos llamados ecetranos [28], que los romanos habían arrebatado a éstos y repartido entre los colonos enviados para vigilar a este pueblo, y retiraran de él la guarnición. Y añadieron que, si no lo hacían, entonces podían esperar que en un breve plazo los auruncos marcharan contra el territorio romano para tomar venganza de los sufrimientos que habían infligido a sus vecinos.
2 Los romanos les dieron la siguiente respuesta: «Embajadores, comunicad a los auruncos que nosotros los romanos consideramos justo que uno entregue a sus descendientes, como propio, cuanto posee por habérselo arrebatado a los enemigos merced a su valor. Y no

[28] Habitantes de Ecetra.

tememos la guerra contra ellos, que no será la primera ni la más terrible; por el contrario, estamos acostumbrados a luchar con todos por la hegemonía, y como vemos que ésta va a ser una confrontación de valor, la esperamos sin temor». Después de esto, los auruncos, 3
que habían salido de su territorio con un gran ejército, y los romanos, con sus tropas bajo el mando de Servilio, se encontraron cerca de la ciudad de Aricia, que dista ciento veinte estadios[29] de Roma; y ambos acamparon en unas colinas que ofrecían seguridad, a poca distancia unos de otros. Cuando hubieron fortificado los campamentos, avanzaron hacia la llanura para combatir y, una vez entablada, mantuvieron la lucha desde la mañana hasta mediodía, de modo que se produjeron muchas bajas por ambos lados. El pueblo de los auruncos era belicoso y por su corpulencia, su fuerza y su terrible aspecto, que tenía mucho de salvaje, era sumamente terrorífico.

Se dice que en este combate los más valientes fue- 33
ron los jinetes romanos y su jefe, Aulo Postumio Albo, que el año anterior había ocupado la dictadura. El terreno en que tuvo lugar la batalla, por tener colinas rocosas y profundos precipicios, no era en absoluto apropiado para la caballería, de modo que esta no podía ayudar en ninguno de los dos bandos. Postumio, sin em- 2
bargo, ordenó a sus hombres que desmontaran, formó una tropa de seiscientos hombres, entabló combate con los enemigos allí donde la formación romana estaba en peor situación por haber sido empujada colina abajo, y en seguida recompuso sus líneas. Al retroceder los bárbaros, cundió el ánimo entre los romanos e invadió a la infantería el deseo de emular a la caballería; y ambas, formando una masa compacta, empujaron el ala derecha de los enemigos hasta la colina. Unos persiguie-

[29] Unos 20 ó 25 kms.

ron a los que huían hacia el campamento y dieron muerte a muchos, otros atacaron por la espalda a los que com-
3 batían. Y cuando también pusieron en fuga a éstos, los persiguieron mientras se retiraban de manera dificultosa y lenta hacia territorios montañosos, cortándoles los tendones de los pies y hendiéndoles las corvas con golpes oblicuos de espada hasta que llegaron a su campamento. Después de vencer a sus guardianes, que no eran muchos, se apoderaron de él y lo saquearon. Sin embargo, no encontraron un gran botín, excepto armas, caballos y algún otro utensilio de guerra. Éstas fueron las acciones que llevaron a cabo los cónsules Servilio y Apio.

Consulado de A. Virginio Celimontano y T. Veturio Gémino. Sabinos y medulinos se alían contra Roma. Los plebeyos se niegan a luchar

34 A continuación recibieron el consulado Aulo Virginio Celimontano y Tito Veturio Gémino, durante el arcontado de Temístocles en Atenas, en el año 260 de la fundación de Roma, y en el anterior a la LXXII Olimpiada (492 a. C.), en la que venció por segunda[30] vez Tisícrates de Crotona. Durante su consulado, los sabinos se prepararon para conducir contra los romanos un ejército mayor que el anterior, y los medulinos[31] se rebelaron contra Roma y juraron una alianza con la nación de los
2 sabinos. Los patricios, enterados de sus intenciones, se prepararon a toda prisa para marchar con todo el ejército; pero los plebeyos no les obedecieron, pues conservaban con rencor el recuerdo de las muchas veces que habían faltado a la promesa de ayudar a los pobres que lo necesitaban, [...][32]. Se reunieron por grupos pequeños y se intercambiaron juramentos de no volver a colaborar con los patricios en ninguna guerra y de ayudar

[30] En la carrera del estadio.

[31] Habitantes de Medulia *(Medullia)*. Véase nota a II 36, 2.

[32] El texto está corrupto y no se ha propuesto ninguna enmienda satisfactoria.

contra cualquiera, entre todos, a los pobres que estuvieran oprimidos. Aunque la conjura fue evidente para los cónsules en muchas ocasiones, en altercados tanto verbales como físicos, lo fue especialmente cuando los llamados a prestar servicio militar no se presentaron. En 3
efecto, cuando ordenaban coger a uno del pueblo, todos los pobres en masa arrebataban al detenido, y si los lictores de los cónsules no querían soltarlo, los echaban de allí a golpes, y no se abstenían de pegar a los caballeros ni a los patricios que estaban presentes y trataban de impedir estos hechos; y en poco tiempo, la ciudad entera se llenó de desorden y agitación. Al mismo tiempo que la sedición aumentaba en la ciudad, también aumentaron los preparativos de los enemigos para el ataque. Cuando los volscos planearon otra vez una revuelta y los llamados ecuos [...] [33], llegó ante los romanos una embajada de todos los pueblos sometidos para pedir su ayuda, pues estaban en zona de guerra. Los 4
latinos decían que los ecuos habían invadido su territorio, devastaban sus campos y habían saqueado ya algunas ciudades. La guarnición de Crustomerio [34] manifestaba que los sabinos estaban cerca y con grandes deseos de atacarla. Y cada uno llegaba anunciando un daño diferente que había sufrido o que iba a suceder y para solicitar una ayuda inmediata. También se presentaron en el Senado unos embajadores de los volscos que pedían, antes de empezar la guerra, que les fuera devuelto el territorio que les habían arrebatado los romanos.

---

[33] Kiessling supuso aquí una laguna, puesto que debía haberse mencionado también a los sabinos (cf. cap. 42, 1).

[34] *Crustomerium*. Véase nota a II 53, 4.

El Senado busca una solución

35 Reunido el Senado para tratar estos asuntos, los cónsules llamaron en primer lugar a Tito Larcio, que era considerado hombre de superior dignidad y el más capacitado para decidir lo que convenía. Se adelantó y dijo: «Senadores, lo que los demás consideran temible y que precisa una solución inmediata, a saber, cómo debemos ayudar a los aliados o de qué manera debemos rechazar a los enemigos, a mí no me parece ni temible ni urgente. En cambio, lo que no consideran males gravísimos ni urgentes en este momento y que despreocupadamente permiten en la idea de que no va a causarnos ningún perjuicio, esto es lo que me parece más temible; y si no lo detenemos rápidamente será causa de la ruina más extrema y de la destrucción del Estado. Me refiero a la desobediencia de los plebeyos, que no quieren cumplir las órdenes de los cónsules, y a nuestra propia severidad con su deso-
2 bediencia e independencia. Y creo que, en las actuales circunstancias, no debemos considerar nada que no sea el modo de eliminar estos males de la ciudad y de gobernarnos todos de común acuerdo, anteponiendo los intereses de la comunidad a los propios; pues si la ciudad está en concordia, tendrá suficiente poder tanto para proporcionar seguridad a los amigos como para causar temor a los enemigos; en cambio, dividida, como ahora, no sería capaz de realizar ninguna de estas dos cosas. Y me extrañaría que no se destruyera a sí misma y ofreciera a los enemigos la victoria sin esfuerzo, lo cual, por Júpiter y los demás dioses, no creo que tarde mucho en suceder si seguís gobernando como lo estáis haciendo.

36 »Como veis, vivimos divididos y habitamos dos ciudades: una, presidida por la pobreza y la necesidad; otra, por la saciedad y la arrogancia. Pero la humildad, la justicia y el orden, por los que toda comunidad ciuda-

dana se salva, no se mantienen en ninguna de las dos ciudades. Por esta razón, unos y otros nos tomamos la justicia por la mano y tenemos lo más violento por lo más justo, igual que las fieras, prefiriendo destruir al adversario, aun a costa de la propia ruina, antes que mantener la propia seguridad y salvarnos junto con el contrario. Yo os pido que tengáis mucho cuidado de 2
todo esto y que celebréis una reunión para tratar estas cuestiones en cuanto hayáis despachado las embajadas. Las respuestas que, en las actuales circunstancias, puedo aconsejaros que les deis son éstas: puesto que los volscos nos reclaman lo que poseemos después de haberlo conquistado con las armas y nos amenazan con la guerra si no les obedecemos, digámosles que los romanos consideramos que las más bellas y justas posesiones son las que tenemos después de haberlas obtenido conforme a la ley de la guerra y que no admitiremos que nuestro valor caiga en saco roto por una insensatez; y que si devolviéramos a quienes las han perdido las posesiones de las que deben disfrutar nuestros hijos y por las que lucharemos por dejar a sus descendientes, nos privaríamos de lo que ahora ya tenemos y nos perjudicaríamos como a enemigos. En cuanto a los latinos, 3
aplaudamos su buena disposición y, con respecto a su temor, infundámosles nuevos ánimos, asegurándoles que, mientras mantengan su lealtad, no los abandonaremos en ningún peligro en que puedan caer por nuestra causa, y que en breve enviaremos fuerzas suficientes para defenderlos. Éstas creo que serán las mejores y más justas respuestas. Y afirmo que, cuando las embajadas se marchen, nosotros debemos dedicar la primera sesión a los desórdenes de la ciudad y no celebrar esta reunión mucho después, sino al día siguiente».

Después de que Larcio manifestara esta opinión y 37
de que todos la aplaudieran, las embajadas recibieron las mencionadas respuestas y partieron. Al día siguien-

te, los cónsules reunieron al Senado y le propusieron que estudiara alguna solución para los desórdenes ciudadanos. El primero al que se llamó para manifestar su opinión fue Publio Virginio, hombre favorable al pueblo, que entró de lleno en el asunto diciendo: «Dado que el año pasado los plebeyos dieron muestras del mayor ardor en los combates en defensa de la ciudad, enfrentándose a nuestro lado contra los volscos y auruncos que atacaban con un gran ejército, opino que los que entonces nos ayudaron y tomaron parte en esas guerras deben quedar libres y que ni su persona ni su hacienda deben caer en poder de los prestamistas; y que esta medida de justicia valga tanto para sus padres y abuelos como para sus hijos y nietos. Al resto, opino que se lo pueden llevar los acreedores, conforme a las condicio-
2 nes en que cada uno hizo el contrato». Después habló Tito Larcio. «Senadores, a mí me parece mejor liberar de deudas no sólo a los que combatieron valerosamente, sino también a todo el resto del pueblo. Sólo así podremos conseguir que la ciudad entera esté en armonía». En tercer lugar, se adelantó Apio Claudio, el cónsul del año anterior, y dijo:

38 «Senadores, siempre que se han sometido a debate estas cuestiones, he sostenido la misma opinión: no conceder al pueblo nada de lo que solicita que no sea legal y honorable, y no perjudicar el buen nombre de la ciudad. Tampoco ahora mi opinión difiere en nada de la que desde el principio he venido manteniendo. Sería el más insensato de todos los hombres si el año pasado, cuando era cónsul y mi colega —que se oponía a mí—, levantó al pueblo en mi contra, resistí y permanecí firme en mis opiniones sin echarme atrás por miedo, ni ceder a súplicas ni a favores, y, en cambio, ahora que soy un particular me rebajara y traicionara la sinceri-
2 dad. Que cada uno llame a mi independencia de espíritu como quiera, nobleza o arrogancia, pero nunca mien-

tras viva propondré una abolición de deudas para favorecer a los miserables, sino que incluso me enfrentaré con toda energía a quienes la propongan, pues pienso que todo daño, corrupción y, en una palabra, la destrucción de un Estado tienen su origen en la abolición
de las deudas. Y si alguien piensa que digo esto por 3
prudencia o por locura, porque no quiero considerar mi propia seguridad, sino la de la ciudad, o por cualquier otro motivo, le dejaré que crea lo que quiera, pero me opondré siempre a los que quieran introducir medidas que no se ajusten a nuestros principios tradicionales. Y dado que los tiempos no piden una abolición de las deudas, sino una medida importante, expondré el único remedio que en la actualidad puede haber para la sedición: elegid en seguida a un dictador que, con autoridad libre de rendir cuentas, obligue al Senado y al pueblo a pensar lo mejor para la comunidad, pues no habrá otra solución para una situación tan grave».

Manio Valerio es elegido dictador. Guerra contra los ecuos, volscos y sabinos

Después de que Apio pronunciara 39
estas palabras que los jóvenes acogieron con gritos de aprobación como la propuesta más conveniente, Servilio y algunos otros senadores ancianos se levantaron para oponerse, pero fueron derrotados por los jóvenes, que habían acudido con ese propósito, y que se mostraban muy molestos; y, al final,
prevaleció la opinión de Apio. Entonces, cuando la ma- 2
yoría creía que Apio sería designado dictador, pensando que era el único capaz de dominar la sedición, los cónsules, de común acuerdo, lo excluyeron y eligieron a Manio Valerio, hermano de Publio Valerio, el primer cónsul, hombre anciano que parecía que iba a ser muy favorable al pueblo, pues pensaban que el solo terror que inspiraba la magistratura sería suficiente, y que la situación requería una persona moderada en todos los aspectos para que no provocara ninguna nueva revuelta.

40 Valerio, después de recibir el cargo y de elegir como jefe de la caballería a Quinto Servilio, hermano del Servilio que fuera colega de Apio en el consulado, convocó al pueblo para que acudiera a una asamblea. Se congregó entonces por primera vez una gran multitud, ya que Servilio había renunciado al cargo y el pueblo, forzado al servicio militar, se encontraba en un estado de manifiesta desesperación. Valerio se adelantó a la tribuna y dijo:

«Ciudadanos, bien sabemos que siempre os agrada que os gobierne algún miembro de la familia de los Valerios, gracias a los cuales estáis libres de una dura tiranía, y quizás esperaríais [35] no dejar de conseguir nada razonable después de haberos puesto en manos de quienes parecen ser y son los más democráticos de todos
2 los hombres. Así que vosotros, a quienes van dirigidas mis palabras, no necesitáis que se os explique que nosotros, que os la entregamos al principio, vamos a fortalecer la libertad del pueblo, sino que os basta con una moderada exhortación para que confiéis en que vamos a cumplir lo que prometamos. He alcanzado una edad que no admite el más mínimo engaño, y gozo del suficiente prestigio para no proceder con la más mínima ligereza. Además no tengo intención de vivir el tiempo que me queda en parte alguna más que entre vosotros, y sufriré el castigo por aquello en lo que creáis que os
3 he engañado. Así pues, como he dicho, pasaré por alto estos temas, pues no necesito dirigir largos discursos a quienes conocen los hechos. Pero lo que, por haber sufrido de manos de otros, sospecháis con razón de todos —pues estáis viendo continuamente que alguno de los cónsules, para animaros a ir a la guerra, os promete obtener del Senado todo lo que pidáis, pero no cumple

[35] Las palabras «quizá esperaríais» son una conjetura de Jacoby. Los mss. son totalmente confusos en este punto.

ninguna de sus promesas—, de que esto lo sospecharíais injustamente de mí, podría convenceros fundamentalmente con los dos argumentos siguientes: primero, que el Senado no se habría valido para ese servicio de mí, que tengo fama de ser el más favorable al pueblo, cuando hay personas más adecuadas, y, segundo, que no me habría honrado con un poder absoluto, gracias al cual podré sancionar, sin contar con él, lo que a mí me parezca mejor.

»Por tanto, no sospechéis que conozco el engaño, que 41
estoy colaborando en él y que me he puesto de acuerdo con el Senado para perjudicaros. Si os entran estas sospechas sobre mí < haced >[36] conmigo lo que queráis, como si fuera el peor de todos los malhechores. Hacedme caso, liberad vuestras almas de esta sospecha y traspasad vuestra cólera de los amigos a los enemigos que vienen a quitaros la ciudad, a haceros esclavos en lugar de libres y que se anuncia que no están lejos de nuestro territorio en su deseo de procuraros todo cuanto los hombres consideran terrible. Así pues, recibidlos valien- 2
temente y mostradles que el poder de Roma, incluso cuando está dividido, es superior a cualquier otro aunque esté unido, pues, o no opondrán resistencia cuando los ataquéis todos juntos, o sufrirán los castigos que merece su atrevimiento. Pensad que son los volscos y sabinos, a los que habéis vencido en combate más de una vez, quienes os atacan, y que ahora no tienen mayor corpulencia ni poseen un espíritu más valeroso que sus antepasados, sino que os han subestimado porque estáis enemistados entre vosotros. Cuando hayáis castigado a los enemigos, yo os garantizo que el Senado decidirá las disputas relativas a las deudas y cualquier otra petición razonable que le hagáis, de acuerdo con

[36] «Haced» no está en el texto. Kiessling reconoció aquí una laguna.

3 el valor que hayáis mostrado en la guerra. Que entre tanto, ninguna hacienda, ninguna persona, ni ningún derecho de ciudadano romano pueda tomarse en prenda de ningún préstamo ni de ninguna otra deuda. La más hermosa corona para quienes combaten valerosamente será que esta ciudad, que los ha engendrado, permanezca en pie, así como la gloriosa alabanza de sus compañeros. Y la recompensa que recibirán de nosotros será suficiente, en dinero, para restaurar sus haciendas, y en honor, para dar brillo a sus linajes. Quiero también que mi arrojo en los peligros sea un ejemplo para vosotros, pues lucharé en vuestra defensa como el más valiente».

42 Mientras pronunciaba estas palabras, todo el pueblo lo escuchaba complacido, y como pensaba que ya no se le iba a engañar, prometió colaborar en la guerra. Se formaron diez legiones de cuatro mil hombres cada una. Cada cónsul tomó tres de ellas, con sus jinetes correspondientes, y el dictador, las otras cuatro con los jinetes restantes. En seguida hicieron los preparativos y marcharon rápidamente: Tito Veturio contra los ecuos, Aulo Virginio contra los volscos y el propio dictador Valerio contra los sabinos, mientras que Tito Larcio quedaba para guardar la ciudad con los más ancianos y
2 un pequeño destacamento de soldados. La guerra contra los volscos tuvo un desenlace rápido, pues éstos, al verse muy superiores en número, se olvidaron de las anteriores derrotas[37] y, dejándose arrastrar a una lucha más precipitada que prudente, fueron ellos los primeros en atacar a los romanos tan pronto como los vieron acampados al alcance de su vista. Se produjo una dura batalla en la que, a pesar de realizar muchas acciones valerosas, fueron más las desgracias que sufrie-

[37] Seguimos la propuesta de Gelenio, que añadió al texto («recordaron») una negación («no recordaron»).

ron, de modo que se dieron a la fuga. El campamento volsco fue tomado, y una importante ciudad, llamada Velitras[38], rendida por asedio. De igual manera, el or- 3
gullo de los sabinos fue humillado en muy poco tiempo, al desear unos y otros vencer con una sola batalla. Luego, su territorio fue sometido a pillaje y se tomaron algunos poblados de los que los soldados cogieron muchos hombres y riquezas. Los ecuos, desconfiando de sus propias fuerzas, al enterarse de que las guerras sostenidas por los aliados estaban llegando al final, no sólo se establecieron en lugares seguros sin presentar batalla, sino que se retiraron en secreto, por donde pudieron, a través de montañas y bosques, y así estuvieron prolongando la guerra durante algún tiempo; pero, sin embargo, no pudieron salvar su ejército, ya que los romanos los atacaron audazmente en sus escarpados territorios y tomaron el campamento por la fuerza. Después, los ecuos huyeron del territorio latino y devolvieron las ciudades que habían tomado en su primera incursión. Los que por espíritu de emulación no abandonaron las ciudadelas fueron capturados.

El Senado se niega a cumplir sus promesas. Valerio renuncia al cargo

Valerio, después de que la guerra se 43
desarrollara según sus planes y de obtener el acostumbrado triunfo por la victoria, licenció al pueblo, pese a que el Senado consideraba que todavía no era el momento adecuado, no fuera a ser que los pobres reclamaran lo prometido. También envió colonos, elegidos entre los pobres, al territorio que habían arrebatado a los volscos en la guerra. Estos colonos no sólo vigilarían el territorio enemigo, sino que con su partida disminuiría el elemento sedicioso en la ciudad. Después de arreglar estos asuntos, pidió al Se- 2
nado que le hiciera firmes las promesas, dado que ha-

[38] *Velitrae.* Véase nota a III 41, 5.

bía obtenido la buena disposición del pueblo en los combates. Pero no le hicieron caso, sino que los jóvenes, violentos y superiores en número al resto, como antes se habían unido para oponerse a su opinión, también entonces se opusieron, llamando a su familia, con grandes gritos, aduladora del pueblo y responsable de leyes nefastas, y acusando a los Valerios de haber hecho desaparecer todo el poder de los patricios con esa medida, de la que más se vanagloriase, referente al papel de la asamblea como tribunal [39]. Valerio, enormemente indignado, les reprochó que, por sus calumnias, pudiera sufrir un trato injusto por parte del pueblo, lamentó la suerte que les depararía el futuro si tomaban tales decisiones y, como era lógico en tan desgraciada situación, hizo algunas profecías, unas, debido a la emoción, y otras, porque era más inteligente que la mayoría. A continuación salió del Senado y, después de reunir al pueblo en asamblea, dijo:

3 «Ciudadanos, os agradezco la buena disposición de que habéis hecho gala al prestarme voluntariamente vuestra ayuda en la guerra, y, todavía más, el valor que habéis demostrado en los combates, y estaba deseoso de concederos, entre otras recompensas, el cumplimiento de las promesas que os hice en nombre del Senado, así como de transformar finalmente en armonía la discordia entre él y vosotros, actuando como consejero y árbitro. Pero me lo impiden hacer los que prefieren no lo mejor para la comunidad, sino lo que en este momento les agrada. Estos son fuertes porque superan a los demás senadores en número y en el poder que la ju-
4 ventud, más que la situación, les proporciona. Yo ya soy viejo, como veis, y también mis amigos. Nuestra fuerza consiste en consejos que somos incapaces de llevar

---

[39] Se refiere a la Ley Valeria, que garantizaba el derecho de apelar a la asamblea del pueblo *(provocatio)*. Véase V 19, 4.

a la práctica, y lo que se consideraba preocupación nuestra por la comunidad ha pasado a parecer una enemistad particular contra ambas partes. Para el Senado soy culpable de adularos, y antes vosotros se me calumnia diciendo que muestro mejor voluntad hacia él.

»Pues bien, si el pueblo, después de haber sido bien 44
tratado, hubiera incumplido las promesas que, a través de mí, hizo al Senado, yo habría tenido que alegar ante él en mi defensa que vosotros habíais mentido, pero que no había ninguna culpa por mi parte; sin embargo, puesto que son las promesas que os hizo el Senado las que no se han cumplido, me veo ahora en la necesidad de explicar al pueblo que el trato que habéis recibido no ha contado con mi consentimiento, sino que ambos hemos sido igualmente engañados y burlados, y yo más que vosotros, porque no sólo se me ha perjudicado al engañárseme junto a vosotros, sino también al difamárseme personalmente, en el sentido de que entregué a los pobres el botín cogido a los enemigos, sin el consentimiento del Senado, porque deseaba obtener un beneficio personal; de que pretendí confiscar las propiedades de los ciudadanos, a pesar de que el Senado me prohibía violar las leyes, y de que licencié al ejército con la oposición del Senado, cuando debía manteneros en territorio enemigo ocupados en dormir al raso y marchar
de un lado a otro. También se me ha reprochado el en- 2
vío de colonos al territorio de los volscos, porque no regalé a los patricios y caballeros una tierra abundante y fértil, sino que la repartí entre los pobres; y lo que, por encima de todo, ha provocado mayor irritación contra mí es que, al reunir el ejército, alisté entre los jinetes a más de cuatrocientos plebeyos con abundantes re-
cursos. Pues bien, si estas calumnias se hubieran lan- 3
zado contra mí cuando me encontraba en la plenitud de mis fuerzas, habría dejado claro a mis enemigos, por mis hechos, a qué hombre habían ultrajado; pero como

tengo más de setenta años y ya no soy capaz de defenderme a mí mismo y veo que ya no podría poner fin a nuestra discordia, renuncio al cargo y pongo mi persona a disposición de quienes lo deseen, para que, si creen que yo los he engañado en algo, hagan de mí lo que consideren justo».

Secesión de la plebe en el Monte Sacro

45 Con estas palabras se ganó la comprensión de todo el pueblo, que lo acompañó al salir del Foro, pero consiguió que el Senado fuera todavía más duro con él. He aquí lo que sucedió inmediatamente después de estos hechos: los pobres ya no siguieron reuniéndose ocultamente y de noche como antes, sino abiertamente, y planeaban una revuelta contra los patricios. El Senado, por su parte, con el propósito de impedirlo, ordenó a los cónsules que no licenciaran todavía el ejército, pues cada uno de ellos estaba todavía al mando de sus tres legiones, obligadas por los juramentos militares; y ningún soldado quiso abandonar sus enseñas, tan fuerte era el miedo que los juramentos ejercían en ellos. El pretexto que se ideó para mantener el ejército fue que los ecuos y los latinos se
2 habían unido para luchar contra los romanos. Cuando los cónsules salieron de la ciudad con sus fuerzas y establecieron los campamentos no lejos uno de otro, todos los soldados se reunieron, dueños de las armas y los estandartes, e, instigados por un tal Sicinio Beluto, hicieron defección de los cónsules tras arrebatarles las enseñas, pues, en expedición, éstas tienen el máximo valor para los romanos y se consideran sagradas como estatuas de dioses. Después de elegir otros centuriones y nombrar a Sicinio jefe absoluto, tomaron un monte cercano al río Anión, no lejos de Roma, que ahora y
3 desde entonces se llama Monte Sacro. Y cuando los cónsules y centuriones los llamaron con súplicas, lamentos y muchas promesas, Sicinio respondió: «¿Con qué in-

tención, patricios, llamáis ahora a los que habéis echado de la patria y habéis hecho esclavos en lugar de libres? ¿Con qué garantía nos vais a hacer las promesas que ya muchas veces demostrasteis haber violado? Pero ya que deseáis poseer vosotros solos la ciudad, marchaos sin recibir ninguna molestia de los pobres y humildes; a nosotros nos bastará con considerar nuestra patria toda tierra, cualquiera que sea, en la que tengamos libertad».

Cuando estas noticias fueron anunciadas a los de la 46
ciudad, se produjo un gran alboroto, lamentos y carreras por las calles, pues los plebeyos se preparaban para abandonar la ciudad, y los patricios pretendían disuadirlos y empleaban la violencia contra los que no querían obedecer. Junto a las puertas se oían muchos gritos y lamentos, y se intercambiaban palabras hostiles y actos propios de enemigos, sin consideración ya a la edad, a la camaradería ni al respeto debido a la virtud.
Cuando los encargados por el Senado de guardar las 2
salidas (puesto que eran pocos e incapaces de seguir resistiendo) fueron obligados por el pueblo a abandonar la vigilancia, entonces ya una muchedumbre de plebeyos salió en desbandada, y la impresión era semejante a la de la toma de una ciudad. Entre los que quedaban se producían lamentos y mutuos reproches, al ver la ciudad desierta. Después, tuvieron lugar muchas deliberaciones y se hicieron muchas acusaciones a los responsables de la sedición. Además, al mismo tiempo, los atacaban los enemigos, que estaban devastando el territorio hasta la ciudad. Sin embargo, los rebeldes cogían los víveres necesarios de los campos cercanos y, sin causar ningún otro daño al territorio, permanecían en campo abierto y recibían a los que llegaban de la ciudad y de las guarniciones de los alrededores, que ya eran
muchos. Efectivamente, no sólo acudían junto a ellos los 3
que deseaban escapar a las deudas y a las condenas y

castigos que esperaban, sino también cuantos llevaban una vida ociosa o desocupada, o sin medios suficientes para costear sus deseos, o devota de prácticas reprobables, o envidiosa de la prosperidad de otros, o, por alguna otra razón o desgracia, hostil al gobierno establecido.

El senado busca una solución

47 En el primer momento, se apoderó de los patricios una gran inquietud y confusión, así como el temor de que los sediciosos marcharan en seguida contra la ciudad, junto con los enemigos de fuera. Luego, como a una sola señal, cada uno cogió las armas con sus clientes, y unos fueron a defender los caminos por los que pensaban que iban a llegar los enemigos, otros marcharon hacia las guarniciones para defender las plazas fuertes, otros acamparon en las llanuras de delante de la ciudad, y los que, por la edad, no podían hacer nada de esto, se colocaron en las mura-
2 llas. Pero cuando comprendieron que los sediciosos ni se unían a los enemigos, ni devastaban el territorio, ni causaban ningún otro daño digno de mención, pusieron fin a su temor, y, cambiando de modo de pensar, se pusieron a considerar en qué términos iban a reconciliarse con ellos. Los principales miembros del Senado pronunciaron discursos de todo tipo, muy diferentes entre sí, pero los más moderados y adecuados a las circunstancias del momento fueron los de los más ancianos, que mostraban que el pueblo no había realizado la sedición por maldad alguna, sino, en parte, forzado por inevitables desgracias, en parte, engañado por sus consejeros, guiándose por los sentimientos más que por la reflexión a la hora de juzgar lo conveniente, como suele suceder entre la masa ignorante. Decían, además, que la mayoría era consciente de haber tomado una decisión equivocada y trataba de encontrar excusas plausibles para reparar sus faltas. De hecho, ya se comporta-

ban como hombres arrepentidos, y si obtuvieran buenas esperanzas para el futuro, porque el Senado votara impunidad para ellos y llevara a cabo la reconciliación adecuada, se conformarían gustosamente con lo suyo. Al 3
aconsejar estas medidas, pedían que los hombres superiores no fueran peores en su cólera que los inferiores, y que no pospusieran la reconciliación hasta cuando la masa insensata se viera obligada forzosamente a ser sensata o a curar un mal menor con uno mayor, al privarse a sí misma de la libertad como resultado de entregar las armas y rendirse, pues estas cosas estaban cerca de lo imposible. Pedían, por el contrario, que los trataran con moderación, fueran los promotores de decisiones útiles y se les anticiparan en proponer la reconciliación, pensando que, mientras que gobernar y administrar el Estado corresponde a los patricios, ocuparse de la amistad y de la paz es propio de los hombres buenos. Mani- 4
festaron que el prestigio del Senado no iba a disminuir especialmente cuando gobernaran con seguridad, soportando valientemente las desgracias inevitables, sino cuando arruinaran el Estado comportándose de manera irascible ante los avatares de la fortuna. Añadieron que era una insensatez despreocuparse de la seguridad por atender a las apariencias; era deseable obtener ambas cosas, pero si una iba en detrimento de la otra, había que considerar la seguridad más necesaria que las apariencias. Su último consejo fue el de enviar embajadores para tratar sobre la paz con los sediciosos, en la idea de que no habían cometido una falta irreparable.

Embajada del Senado

El Senado aprobó estas propuestas. 48
Después eligió a los más apropiados y los envió a los que estaban en el campamento con la orden de preguntarles qué pedían y con qué condiciones consentirían en volver a la ciudad, pues el Senado no se opondría a las peticiones que fueran moderadas y po-

sibles. Así pues, de momento, si deponían las armas y regresaban a la ciudad, obtendrían el perdón de las faltas cometidas y una amnistía para el futuro; y si, tomando la mejor decisión para la comunidad, se arriesgaban valientemente por la patria, lograrían nobles y
2 ventajosas recompensas. Los embajadores, después de recibir estas órdenes, las transmitieron a los del campamento y hablaron en consecuencia. Pero los sediciosos no aceptaron sus invitaciones, sino que reprocharon a los patricios su orgullo, su dureza y su gran hipocresía, ya que, por una parte, fingían desconocer las peticiones del pueblo y las razones que los habían forzado a la sedición, mientras que, por otra, les concedían el perdón para que no sufrieran ningún castigo por ella, como si todavía fueran los amos, a pesar de que necesitaban la ayuda de los ciudadanos contra los enemigos externos que en breve llegarían con todo el ejército, frente a los que ellos, que consideraban su salvación no como un bien propio, sino como una suerte para los que les ayudaran en la lucha, no podrían resistir. Para terminar, añadieron que cuando los patricios comprendieran mejor las dificultades que atenazaban a la ciudad, sabrían frente a qué adversarios iban a luchar, y profi-
3 rieron muchas y duras amenazas. Los embajadores, sin responder ya a estas palabras, se marcharon e informaron a los patricios de las respuestas de los sediciosos. La ciudad, cuando recibió estas contestaciones, llegó a un grado de confusión y temor todavía mayor, y el Senado no era capaz de encontrar una solución ni un aplazamiento para el problema, sino que día tras día levantaba la sesión después de escuchar las injurias y acusaciones que sus principales miembros se dirigían mutuamente. Y tampoco los plebeyos que todavía permanecían en la ciudad, llevados por su buena disposición hacia los patricios o por su afecto por la patria, opinaban todos de la misma forma, sino que también una gran

parte de ellos, bien abiertamente, bien a escondidas, se iba marchando, y no parecía existir ninguna firmeza en los que quedaban. En esta situación, los cónsules, pues era poco el tiempo que les quedaba ya de mando, fijaron un día para la elección de magistrados.

Consulado de Póstumo Cominio y Espurio Casio. Discurso de Menenio

49 Al llegar el tiempo en el que el pueblo, reunido en la llanura [40], tenía que elegir a los magistrados, nadie aspiraba al consulado ni estaba dispuesto a aceptar el cargo. En vista de ello, el propio pueblo designó cónsules, de entre los que ya habían desempeñado esta magistratura, a dos hombres tanto del agrado de los plebeyos como de la aristocracia: Póstumo Cominio y Espurio Casio. Este último había derrotado a los sabinos, arrebatándoles la hegemonía, en la LXXII Olimpiada (491 a. C.), en la que Tisícrates de Crotona venció en la carrera del estadio, durante el arcontado de Diogneto en Atenas. 2 Al hacerse cargo éstos de la magistratura en las Calendas de septiembre [41], fecha más temprana que la acostumbrada por todos sus predecesores [42], y antes de emprender ninguna otra gestión, convocaron al Senado para pedirle su opinión sobre el retorno de los plebeyos. El primero al que llamaron para dar su parecer fue Agripa Menenio, hombre de edad madura que parecía aventajar a los demás en inteligencia y aplaudido sobre todo por la línea de su política, pues se atenía a una postura intermedia, sin acrecentar la arrogancia de los aristócratas ni permitir al pueblo hacer cuanto quisiera. Mene-

[40] El Campo de Marte.

[41] 1 de septiembre.

[42] Durante la República, los cónsules iniciaban su magistratura el 15 de marzo, primer mes del año en el primitivo calendario romano, que constaba sólo de diez meses. En el 153 a. C., *Ianuarius* (enero) pasó a ser el primer mes y el mandato de los cónsules comenzó el 1 de enero.

nio exhortó al Senado a la reconciliación con estas
palabras:
3 «Si se diera el caso, senadores, de que todos los pre-
sentes tuviéramos la misma opinión y ninguno alberga-
ra la intención de obstaculizar la reconciliación con el
pueblo, sino que sólo tuviésemos ante nosotros para con-
siderar los términos, justos o no, en los que vamos a
reconciliarnos con ellos, os daría a conocer en pocas
4 palabras mi pensamiento. Pero puesto que algunos con-
sideran que incluso debe deliberarse todavía la cues-
tión de si es mejor para nosotros llegar a un entendi-
miento con los rebeldes o luchar contra ellos, no creo
que sea fácil dar mi consejo sobre lo que es necesario
hacer en una breve exposición. Por el contrario, me se-
rá forzoso emplear un mayor número de palabras para
enseñar a aquellos de vosotros que tienen otra disposi-
ción con respecto a la reconciliación que se contradi-
cen quienes se proponen asustaros a vosotros, que os
horrorizáis de las dificultades más simples y de fácil
arreglo, y no toman en consideración los males mayo-
res e irremediables. Y les ocurre esto no por otro moti-
vo que el no analizar lo conveniente con sensatez y sí,
5 en cambio, con pasión y alocamiento. En efecto, ¿cómo
podrían hablar de prever alguna cosa útil o posible esos
que suponen que una ciudad poderosa y dominadora
en tanto aspectos, que se ha hecho ya odiosa y molesta
a sus vecinos, podrá retener y conservar fácilmente los
pueblos sometidos sin contar con los plebeyos, o que,
en lugar de un pueblo inferior, va a anexionarse uno
mejor, que luchará en defensa de su poder y que vivirá
muy pacíficamente con ellos bajo el mismo gobierno,
mostrándose moderado tanto en la paz como en la gue-
rra? Porque en nada más podrían decir que confían cuan-
do os piden que no aceptéis la reconcilación.

50 »Yo os pediría que consideraseis el grado de estu-
pidez de una y otra idea a partir de la observación de

los hechos mismos, considerando que los más humildes, al estar en desacuerdo con vosotros por causa de los que no soportan las desgracias civilizada y moderadamente, se han ido retirando poco a poco de la ciudad, pero no hacen ni intentan ningún otro mal contra vosotros, sino que están buscando la manera de reconciliarse sin deshonor. En cambio, muchos de los que no están bien dispuestos hacia vosotros han recibido con satisfacción el suceso deparado por la fortuna y se encuentran en un estado de anhelante expectación, pues creen que esta que se les presenta es la ocasión deseada
en la que destruirán vuestro poder. Los ecuos y los vols- 2
cos, los sabinos y el pueblo de los hérnicos, además de no perder ninguna oportunidad de luchar contra nosotros, irritados por las recientes desgracias, se dedican también a saquear nuestros campos. De cuantas zonas de Campania y Tirrenia mantienen una actitud ambigua con respecto a nosotros, unas se están sublevando claramente, otras se preparan en secreto. Y ni siquiera nuestros parientes latinos, que habían llegado a una relación de amistosa lealtad, parecen permanecer ya como seguros amigos nuestros, sino que incluso se anuncia que gran parte de ellos está afectada, dominada por el vehemente deseo de un cambio que todos ansían.
Y nosotros, que hasta este momento solíamos sitiar a 3
otros, ahora permanecemos sentados en casa, encerrados dentro de nuestros muros, dejamos la tierra sin cultivar y vemos cómo saquean nuestras granjas, cómo se llevan el ganado como botín y cómo los servidores desertan sin que sepamos el modo de afrontar estas desgracias. Y en esta situación, ¿todavía esperamos que los plebeyos se reconcilien con nosotros, sabedores como somos de que está en nuestras manos poner fin a la sedición con un solo decreto?

»Pero si nuestras propiedades del campo están en 51
tan penosa situación, las desgracias dentro de la ciudad

no son menos terribles, pues ni nos procuramos con tiempo aliados como para resistir un asedio, ni nosotros mismos somos suficientes en número como para hacer frente a tantos pueblos enemigos. Además, de esa cantidad de tropas pequeña y poco capaz para el combate, la mayor parte es del pueblo: jornaleros, clientes y artesanos, guardianes no muy dignos de confianza de una aristocracia tambaleante. Y todo han vuelto sospe-
2 choso sus continuas defecciones hacia los rebeldes. Pero, por encima de todo lo anterior, la imposibilidad de aprovisionarnos, al estar la tierra en poder de los enemigos, causa ya cierto temor, y cuando estemos en apuros causará todavía más. Aparte de ello está la guerra, que no nos permite en ningún momento permanecer firmes en nuestros propósitos. Pero todo lo superan, terribles, las mujerzuelas, los niños pequeños y los padres ancianos de los sediciosos, que con vestidos miserables y aspecto luctuoso van de un lado para otro por el Foro y las callejuelas, llorando, suplicando, agarrándose a la diestra y a las rodillas de cada uno y lamentando la soledad que los invade y los va a invadir todavía más, espec-
3 táculo terrible e insoportable. Ciertamente, nadie tiene un carácter tan cruel que no se le caiga el alma a los pies al ver esto y que no sienta cierta compasión ante la desgracia de unos seres humanos. De manera que, si tenemos intención de mostrarnos desconfiados con los plebeyos, debemos eliminar también el obstáculo de esas personas, unas porque serán inútiles en un asedio, otras porque no es seguro que vayan a permanecer leales. Pero una vez expulsados, ¿qué fuerza quedará ya para guardar la ciudad? ¿En qué ayuda vamos a confiar para atrevernos a afrontar los peligros? Nuestro refugio natural y única esperanza segura, los patricios en edad militar, son pocos, como veis, y no conviene poner grandes aspiraciones en ellos. Así pues, ¿por qué los que nos recomiendan soportar la guerra, en lugar

de parlotear y engañarnos, no nos aconsejan abiertamente entregar ya la ciudad a los enemigos sin sufrimiento ni derramamiento de sangre?

»Pero a lo mejor yo estoy ofuscado al hablar así y 52
os estoy pidiendo que temáis lo que no es peligroso. Para la ciudad probablemente ya no existe otro peligro que el de un cambio, cosa no muy molesta, pues nos resultaría muy fácil admitir una multitud de jornaleros y clientes procedentes de cualquier pueblo y lugar. Esto es precisamente lo que andan repitiendo muchos de los que se oponen a los plebeyos y, por Júpiter, no los
menos ilustres. Algunos llegan ya a tal grado de estu- 2
pidez que, en lugar de proponer medidas de salvación, se dedican a expresar deseos imposibles. A éstos me gustaría preguntarles: ¿Cuánto tiempo nos va a quedar si nos ponemos a tratar esos asuntos cuando los enemigos están tan cerca de la ciudad? ¿Qué excusa hay para la demora y el retraso de los aliados que iban a venir, cuando nosotros nos encontramos en peligros que ni se demoran ni se retrasan? ¿Quién será, hombre o dios, el que nos proporcione seguridad y, con gran tranquilidad, reclute ayuda en todas partes y nos la envíe? Además, ¿quiénes serán los que abandonen su patria y emigren a la nuestra? ¿Acaso los que tienen casa, familia, medios de vida y gozan de la estima de sus conciudadanos por el buen nombre de sus padres o por la reputación de su propia virtud? ¿Y quién sería capaz de dejar sus bienes para tomar parte de manera deshonrosa en las calamidades ajenas? Porque no vendrán aquí para participar de la paz y del lujo, sino de peligros y de una guerra cuyo final no está claro que vaya a ser feliz.
¿O es que vamos a traer de fuera una multitud de ple- 3
beyos sin hogar como los que están expatriados de aquí, es decir, gente que por deudas, condenas u otras desgracias similares de buena gana emigrará adonde sea? Estos plebeyos, aunque por lo demás sean honestos y

moderados —para concederles también esto—, por el mero hecho de no ser del país, de no tener el mismo género de vida y de no conocer ni las costumbres, ni las leyes, ni la educación de nuestra tierra, sin duda serían con mucho y en todos los aspectos peores que los nuestros.

53 »Al menos los nativos tienen aquí como rehenes hijos, mujeres, padres y otros muchos familiares, y, por Júpiter, el apego a la tierra que los crió es inevitable en todos los hombres y no es algo que se pueda elegir. Pero si llegara a ser conciudadana nuestra esa multitud advenediza y hecha venir de fuera, al no tener aquí ninguna de estas cosas, ¿en defensa de qué bien querrían correr peligro? A no ser que alguien prometiera darles porciones de tierra y una parte de la ciudad más o menos grande, arrebatándoselas previamente a los actuales dueños, bienes de los que no consideramos oportuno hacer partícipes a nuestros propios conciudadanos, que muchas veces han luchado por ellos. Y quizá no les parecería suficiente lo que se les daba, sino que pedirían también participar de honores, magistraturas y demás beneficios en igualdad de condiciones que los
2 patricios. Así pues, si no les concedemos cada una de sus demandas, ¿vamos a tener como enemigos a quienes no las obtengan? Pero si condescendiéramos, nosotros mismos destruiríamos nuestra patria y nuestra constitución. Y no añado aquí que, en este momento, necesitamos personas útiles para la guerra, no agricultores, ni jornaleros, ni comerciantes, ni los que se ocupan en oficios artesanales, quienes deberán, a un mismo tiempo, aprender las técnicas militares y dar prueba de ellas (difícil prueba la de aquello a lo que no se está acostumbrado), como es forzoso que sea la chusma que emigre aquí
3 procedente de todas las naciones. No veo que tengamos ninguna alianza militar que nos respalde ni, si inesperadamente apareciera alguna, os aconsejaría admitir a estos aliados precipitadamente dentro de nuestras mu-

rallas, pues sé que muchas ciudades han sido esclavizadas por los ejércitos que introdujeron para guardarlas.

»Tened presentes estas cosas y cuantas os he dicho 54
anteriormente y recordad además las consideraciones que os invitan a la reconciliación: primero, que no somos nosotros los únicos ni los primeros entre los que la pobreza se ha rebelado contra la riqueza ni la baja condición contra la ilustre, sino que, por así decirlo, en todos los Estados, tanto grandes como pequeños, la clase inferior es, por lo general, hostil a la superior (cuando los que estaban al frente del gobierno mostraron moderación, salvaron a su patria, en cambio, cuando actuaron con arrogancia, no sólo destruyeron los otros bienes, sino también a sí mismos); y, segundo, que 2
es natural que cualquier cosa que esté compuesta por muchas partes enferme en alguna de ellas, y, además, que ni del cuerpo humano es siempre necesario cortar el miembro enfermo (pues el aspecto del resto quedaría feo y su naturaleza no resitiría mucho tiempo), ni de una comunidad política desterrar la parte afectada (pues no hay duda de que, mediante la destrucción paulatina de sus partes, la totalidad se destruiría más deprisa). Considerando también qué grande es la fuerza de la necesidad, única ante la que incluso los dioses ceden, no os irritéis con las adversidades ni os dejéis dominar por la arrogancia y la irreflexión en la idea de que todo va a suceder según nuestros deseos y sed humildes y ceded, siguiendo como ejemplo de prudencia no las acciones de extranjeros, sino las nuestras.

»Es necesario que lo mismo un hombre solo que una 55
ciudad entera cifren su honor en sus más nobles acciones y consideren de qué manera las restantes llegarán a ser concordes con éstas. Pues bien, vosotros, ya cuando sometisteis a muchos enemigos que os habían infligido los mayores agravios, no quisisteis hacerlos desaparecer ni despojarlos de lo suyo, sino que les restituis-

teis casas y tierras, les permitisteis habitar el país que los había visto nacer y a algunos de ellos incluso les concedisteis el privilegio de ser conciudadanos vuestros
2 con *igualdad de voto. Pero puedo mencionar una acción* vuestra todavía más admirable: que perdonasteis el castigo a muchos conciudadanos vuestros que habían cometido una grave falta contra vosotros, descargando vuestra cólera sólo contra los responsables, entre los que estaban los colonos de Antemnas, Crustomerio, Medulia y Fidenas y otros muchos. ¿Qué necesidad hay de enumerar ahora a todos los que vosotros, después de haber sometido por asedio, castigasteis mesurada y civilizadamente? Y no sólo no sobrevino a la ciudad ningún peligro ni reproche por ello, sino que se ha alabado vuestra moderación y en nada ha disminuido vuestra
3 seguridad. Y después de esto, vosotros, que sois considerados con los enemigos, ¿vais a combatir contra los amigos? Vosotros, que dejáis sin castigo a los pueblos sometidos, ¿vais a castigar a los que os ayudaron a conseguir el poder? Y vosotros, que ofrecéis vuestra propia ciudad como refugio seguro a todos los que os lo piden, ¿vais a consentir en expulsar de ella a los que en ella han nacido, con los que os habéis criado, os habéis educado y habéis compartido muchas desgracias y muchos bienes en la paz y en la guerra? No, si queréis ser justos y consecuentes con vuestras costumbres y consideráis sin ira lo que os conviene.

56 »Pero que es necesario poner fin a la revuelta —podría decir alguno— nosotros lo sabemos tan bien como tú y hemos puesto de nuestra parte muy buena voluntad, pero trata de decirnos cómo podríamos terminar con ella. Ya ves cuánta arrogancia hay en la plebe, que ni manda enviados para tratar de llegar a una solución, a pesar de ser ella la que está fuera de la ley, ni da a los nuestros repuestas civilizadas ni amables, sino que se muestra altanera y amenazante y no es fácil adivinar

lo que quiere». Escuchad ahora qué os aconsejo hacer ante esta situación. Yo no creo que el pueblo esté en 2
una actitud irreconciliable con nosotros ni que vaya a cumplir ninguna de sus amenazas. Para pensar esto me baso en el hecho de que sus obras no son semejantes a sus palabras, sino que tiene mucho más interés que nosotros en poner fin a esta situación. En efecto, nosotros habitamos nuestra muy querida patria y tenemos en nuestro poder medios de vida, casa, familia y todo lo que más estimamos; en cambio ellos no tienen ni patria ni hogar, se ven privados de las personas más allegadas y no tienen fácil el sustento de cada día.

«Entoces, si están en situación tan lamentable, ¿por 3
qué motivo —podría alguien preguntarme— no aceptan nuestras proposiciones ni nos envían embajadores?» Porque, por Júpiter —le respondería yo— hasta ahora oyen palabras del Senado, pero no ven que de ellas haya derivado ningún acto de bondad ni moderación, y creen que nosotros los hemos engañado muchas veces porque siempre estamos prometiendo hacer algo en su favor pero nunca lo hacemos. A enviar embajadas no se atreven por causa de los que aquí acostumbran a acusarlos y porque temen fracasar en algunas de sus peticiones. Quizá también haya en ellos cierto sentimiento de irre- 4
flexiva emulación. Y, por cierto, no es de extrañar, pues también entre nosotros hay algunos en quienes anida este belicoso espíritu de emulación en materia privada y pública y que no admiten estar por debajo de su rival, sino que buscan por todos los medios ser superiores y no conceder ningún favor antes de tener en sus manos al beneficiario. Teniendo presentes estas consideracio- 5
nes, creo necesario enviar a los plebeyos una embajada formada por los hombres en que ellos tengan más confianza; y aconsejo que los hombres que enviemos tengan plenos poderes para llegar con los plebeyos a una solución de la revuelta en los términos que a ellos mis-

mos les parezcan justos, sin necesidad de dar previamente cuenta de ellos al Senado. Si los que ahora se muestran altaneros y dignos ven esto, se darán cuenta de que buscáis sinceramente llegar a un acuerdo y condescenderán en condiciones más moderadas, sin pedir nada deshonroso ni imposible para nosotros; pues todo el que está irritado, especialmente si es de condición humilde, suele encolerizarse con los que se muestran desdeñosos con él, y, en cambio, conciliarse con quienes lo tratan con solicitud».

57 Después de pronunciar Menenio este discurso, un gran alboroto se produjo en el Senado y cada uno hacía comentarios con su grupo. Los que tenían una disposición favorable a los plebeyos se exhortaban unos a otros a poner el máximo empeño para traer de vuelta al pueblo a su tierra, ya que habían conseguido tener como portavoz de su punto de vista al hombre más distinguido del partido aristocrático. Los aristócratas, que querían por encima de todo que no se alterara la manera tradicional de gobierno, no sabían qué hacer en las presentes circunstancias, pues, por una parte, no creían conveniente cambiar sus principios, pero, por otra, no podían permanecer en sus resoluciones. Los neutrales y los que no tomaban partido por ninguno de los dos bandos querían traer la paz y consideraban conveniente que se estudiara el modo de no quedarse encerrados dentro
2 de las murallas. Cuando se hizo el silencio, el cónsul de más edad alabó la nobleza de Menenio y pidió a los demás que fueran iguales defensores del Estado que aquél, manifestando su pensamiento con libertad y llevando a la práctica, sin dilación, sus resoluciones. Tras lo cual, pidiéndole que manifestara su opinión, llamó de la misma manera por su nombre a otro senador, Manio Valerio, hermano del que había contribuido a liberar la ciudad de los reyes, hombre que agradaba al pueblo más que cualquier otro de los aristócratas.

Palabras de Manio Valerio

58 Éste, poniéndose en pie, recordó primeramente al Senado su propia actuación política y que muchas veces él había predicho las desgracias que iban a suceder y ellos no hicieron caso de sus palabras. Luego, pidió a los que se oponían a la reconciliación que no se pusieran a examinar en ese momento su moderación, sino que, puesto que no habían permitido acabar con la rebelión cuando todavía las diferencias eran pequeñas en la ciudad, al menos entonces consideraran el modo de hacerlas cesar rápidamente para que no llegara más lejos y, sin que se dieran cuenta, se hiciera quizás incurable o, en todo caso, de difícil curación y fuera causa de muchos males para ellos. En cuanto a las demandas de los plebeyos, dijo que no serían las mismas que antes y que no creía que el pueblo fuera a llegar a un acuerdo en los mismos términos pidiendo únicamente una abolición de las deudas, sino que probablemente pediría también alguna medida que le permitiera vivir con seguridad en el futuro. En efecto, 2
desde que se instituyó la dictadura quedó abolida la ley, guardiana de su libertad, que no permitía a los cónsules dar muerte sin juicio a ningún ciudadano ni que los plebeyos condenados en el juicio por los patricios fueran entregados a los que habían ganado el proceso, sino que a quienes querían apelar les concedía la posibilidad de llevar las sentencias de los patricios ante el pueblo, y lo que éste decidiera era definitivo. También se les había arrebatado a los plebeyos casi totalmente el otro derecho de que disfrutaban en los primeros tiempos, ya que ni siquiera habían podido obtener del Senado el triunfo militar para Publio Servilio Prisco, que merecía alcanzar este honor más que ningún otro[43].
Ante esto era natural que, al sufrir una desgracia, la 3

[43] Véase cap. 30, 2-3.

mayoría se descorazonara y tuviera escasas esperanzas sobre su seguridad, puesto que ni al cónsul ni al dictador que quiso ocuparse de los plebeyos les fue posible, sino que incluso algunos de ellos, por su celo e interés en defensa del pueblo, recogió ultrajes y deshonra. Esto, dijo, lo habían llevado a cabo, mediante intrigas, no los patricios más cultivados, sino algunos insolentes y avariciosos que tenían un extraordinario interés por obtener una ganancia injusta y que con grandes préstamos de dinero a elevados intereses habían reducido a esclavitud a muchos ciudadanos e, imponiéndoles obligaciones crueles y arrogantes, lograron que toda la plebe se volviera hostil a la aristocracia. Estos formaron una facción de la que eligieron como jefe a Apio Claudio, un hombre enemigo del pueblo y de sentimientos oligárquicos, por medio del cual revolvían todos los asuntos de la ciudad. Si la parte sensata del Senado —continuó diciendo— no se oponía a estos hombres, la ciudad corría peligro de esclavitud y ruina. Para finalizar, manifestó que compartía la opinión de Menenio y pidió que se enviara la embajada rápidamente, que los hombres que fueran intentaran acabar con la sedición como les pareciera oportuno, y que, si no se les concedía lo que pedían, aceptasen lo que se les ofreciera.

Discurso de Apio Claudio

59 Después de él se levantó, por haber sido llamado, Apio Claudio, líder de la facción hostil al pueblo, hombre orgulloso de sí mismo, y no sin razón, pues su vida privada y cotidiana era sobria y respetable, sus principios de actuación política eran nobles y dirigidos a salvar el prestigio de la aristocracia. Éste, tomando como punto de partida el discurso
2 de Valerio, pronunció estas palabras: «Valerio recibiría menos acusaciones si se hubiera limitado a exponer su opinión sin acusar a los que piensan de distinta mane-

ra, pues no le tocaría oír sus propias faltas. Pero, puesto que no se ha conformado con dar unos consejos tales que no harían más que convertirnos en esclavos de los ciudadanos más viles, sino que también ha atacado a sus oponentes y ha dirigido algunos ataques contra mí, me veo ineludiblemente forzado a hablar también yo acerca de estas cuestiones y, en primer lugar, a liberarme de las calumnias que ha lanzado contra mí. Me ha reprochado mi actuación política diciendo que no es ni propia de un ciudadano ni decorosa, como si yo me hubiera propuesto hacer dinero por todos los medios y hubiera privado de libertad a muchos pobres, y como si el levantamiento del pueblo se hubiera producido en gran medida por mi culpa. Fácil os será daros cuenta de que ninguna de estas acusaciones es cierta ni bien
fundada. Ea pues, di, Valerio: ¿Quiénes son esos a los 3
que he convertido en esclavos por deudas? ¿A qué ciudadanos he tenido o tengo ahora privados de libertad? ¿Quién de entre los sublevados se ha visto privado de su patria por mi crueldad o avaricia? No podrías responder, pues tan lejos estoy de haber hecho esclavo a nadie por deudas que, después de haber prestado mi dinero a muchísimos, no he hecho que ninguno de los que me han defraudado fuera esclavizado [44] ni privado de sus derechos, sino que todos están libres y llenos de agradecimiento hacia mí y se encuentran entre mis amigos y clientes más próximos. Y no cuento esto para acusar a los que no han obrado como yo ni creo que son injustos quienes han actuado conforme a la ley; lo cuento para destruir las calumnias que has lanzado contra mí.

»Los reproches que me ha hecho respecto a mi dure- 60
za y a que estoy a la cabeza de unos hombres malvados,

---

[44] Dionisio usa la palabra *prósthetos* en el sentido del lat. *addictus*. El deudor insolvente era entregado al acreedor para que trabajara por el monto de su deuda.

tratándome de enemigo del pueblo y de oligarca porque defiendo a la aristocracia, son acusaciones que afectan también a cuantos de vosotros no consentís, siendo superiores, en ser gobernados por hombres inferiores ni que la democracia, el peor de los regímenes existentes entre los hombres, haga desaparecer el modo de gobier-
2 no que recibisteis de vuestros antepasados. Aunque ese llame oligarquía al gobierno de los mejores, el régimen, pese al calumnioso nombre, no será destruido. Nosotros, en cambio, podríamos dirigirle un reproche mucho más justo y verdadero: demagogia y deseo de acciones tiránicas. A nadie se le oculta que todo tirano nace de un adulador del pueblo y que un rápido camino para los que quieren esclavizar sus ciudades es el que conduce a los puestos de poder a través de los peores ciudadanos, a los que ése se ha pasado la vida adulando y
3 no ha cesado hasta hoy. Bien sabéis que los malvados y de baja condición no se habrían atrevido a cometer semejante acción si no los hubiera incitado ese «individuo respetable y amante de su ciudad», diciéndoles que la acción no entrañaba peligro para ellos y que, además de no sufrir ningún castigo, gozarían de mayor consideración que antes. Podríais daros cuenta de la veracidad de mis afirmaciones si recordarais que, al mismo tiempo que os atemorizaba con la guerra y mostraba la necesidad de la reconciliación, decía también que los pobres no se contentarían con la abolición de las deudas, sino que pedirían además alguna medida que los beneficiara y no soportarían más estar bajo vuestro mandato como antes. Para terminar os pedía que os contentarais con la presente situación y que condescendierais en las condiciones que el pueblo pretendiera obtener para su retorno, sin distinguir entre demandas honrosas
4 y deshonrosas, justas e injustas. ¡De tanta arrogancia ha llenado al pueblo insensato de la ciudad ese anciano que ha recibido de vosotros toda clase de honores! ¿Te

parecía digno, Valerio, lanzar contra otros reproches que no les corresponden, tú, que mereces esas acusaciones?

»Con relación a las calumnias de ese hombre basta 61
lo dicho, pero sobre el asunto que os habéis reunido a deliberar, me parecen justas, dignas de la ciudad y convenientes para vosotros las opiniones que no sólo manifesté al principio, sino que también ahora manifiesto, puesto que mantengo todavía el mismo criterio: no alterar la forma de gobierno, no cambiar las costumbres inalterables de nuestros padres, no hacer desaparecer de entre los hombres la buena fe, cosa sagrada con la que toda ciudad vive segura, y no ceder ante un pueblo insensato y deseoso de acciones que van contra
las leyes humanas y divinas. Y no sólo no me retracto 2
un ápice de mi opinión por miedo a mis adversarios que tratan de atemorizarme uniendo a los plebeyos de la ciudad contra mí, sino que mi cólera es mucho más fuerte que antes y mi indignación ante las peticiones del pueblo se ha duplicado. Y me deja admirado, senadores, lo ilógico de vuestro pensamiento, porque, mientras todavía no era un claro enemigo, no concedisteis al pueblo la abolición de deudas y la supresión de condenas que pedían, y ahora que está en armas y actúa como enemigo os ponéis a deliberar si vais a acceder a esto y a cualquier otra cosa que se le ocurra. Y sin duda se le ocurrirá y será la primera de sus peticiones tener igualdad de derechos y gozar de nuestros mismos
privilegios. ¿Entonces la forma de gobierno degenerará 3
en una democracia, el más insensato, como dije, de los regímenes que se dan entre los hombres y algo perjudicial para vosotros, que consideráis justo gobernar a los demás? No, si vosotros sois sensatos. Seríais más estúpidos que nadie si, después de considerar inadmisible ser gobernados por un solo tirano, ahora os pusierais vosotros mismos en manos del pueblo, tirano de muchas cabezas, y si accedierais a sus demandas no con-

vencidos por sus servicios, sino obligados por la necesidad y cediendo en contra de vuestras convicciones, como si no nos fuera posible hacer ahora ninguna otra
4 cosa. Y cuando la insensata multitud, en lugar de ser castigada por sus faltas, reciba incluso honores por ellas, ¿a qué grado de arrogancia e insolencia creéis que llegará? No os animéis con la esperanza de que el pueblo será moderado en sus peticiones cuando se entere de que todos vosotros habéis votado así.

62 »Pero en este punto Menenio, hombre mesurado, que por su modo de ser juzga buenas también las intenciones de los demás, se equivoca mucho en su modo de ver las cosas. En efecto, los plebeyos van a hacer que recaiga sobre vosotros un peso excesivo por la arrogancia que suele acompañar siempre a la victoria y por la insensatez de la que en tan gran medida participa el populacho. Y si no al principio, en todo caso luego, con el tiempo, cada vez que no obtenga lo que pida, tomará las armas y se os impondrá violentamente del mismo modo que ahora. De manera que si cedéis a sus primeras peticiones por creerlo conveniente, en seguida recibiréis una orden peor y después otra todavía más dura, suponiendo que obedecisteis por miedo a las anteriores, hasta que acaben por echaros de la ciudad. Esto es lo que ha ocurrido en otras muchas ciudades y recientemente en Siracusa, donde los terratenientes han
2 sido expulsados por sus clientes. Si, irritados por estas cosas, os vais a oponer a sus peticiones, ¿por qué entonces no empezáis desde este momento a pensar como hombres libres? Pues es mejor mostrar la nobleza por un motivo menor, antes de sufrir daño, que indignarse por lo sucedido después de haber soportado muchas ofensas y parar en las concesiones, comenzando a tener cabeza demasiado tarde. Que ninguno de vosotros se deje atemorizar por la amenaza de los sublevados ni por la guerra de los extranjeros. Y no subestiméis la propia

fuerza pensando que no es capaz de salvar la ciudad. La 3
fuerza de los fugitivos es insignificante, y en invierno, al raso y en tiendas, no se mantendrá mucho tiempo firme como ahora. Por otra parte, no podrá procurarse ya víveres mediante el saqueo cuando consuman los que tienen ni tampoco podrán, por su pobreza, conseguir alimentos comprándolos en otro sitio, pues no tienen dinero particular ni público; y las guerras, por lo general, se mantienen con abundancia de dinero. Como es natural, la anarquía y la disensión que de ella surge dividirá y desbaratará sus resoluciones. Y no querrán po- 4
nerse en manos de los sabinos, de los tirrenos ni de ningún otro pueblo extranjero y convertirse en siervos de aquellos a quienes ellos mismos, en otro tiempo, arrebataron la libertad junto con vosotros. Y, lo más importante, estos pueblos no confiarán en quienes indigna y vergonzosamente desearon destruir su propia patria, por miedo a que traten del mismo modo a la que los acoja. Además, todas las ciudades vecinas tienen un régimen aristocrático y en ninguna de ellas pretende la plebe obtener igualdad de derechos, de modo que, si los gobernantes de cada ciudad no permiten que su propio populacho se agite, por miedo a que, al concederles la igualdad de derechos, con el tiempo se vean ellos privados de los mismos, sin duda no aceptarán en su patria a esa chusma forastera y sediciosa. De todos 5
modos, si yo me equivocara en mi apreciación y alguna ciudad los acogiera, entonces se revelarían como enemigos y hombres que merecen ser tratados como tales. Además tenemos a sus padres, mujeres y demás parientes, rehenes que no podrían ser mejores ni aunque los hubiésemos pedido a los dioses. Poniéndolos a la vista de sus parientes, amenacemos [45] con matarlos con las más ignominiosas torturas en caso de que se atrevan

[45] El verbo principal de la oración *(apoloûmen)* está corrupto. Seguimos a Kiessling que sugiere *apeilômen* «amenacemos».

a atacarnos. Y bien sabéis que, al ver esto, los tendréis como suplicantes, llorando, y ellos mismos se os entregarán sin armas, dispuestos a soportar cualquier cosa. Semejante coacción es capaz de quebrar y echar abajo todos los pensamientos presuntuosos hasta convertirlos en nada.

63 »Éstas son las razones por las que no creo que haya que temer la guerra con los expatriados. Y los peligros procedentes de naciones extranjeras no será esta la primera vez que se demuestre que son tales sólo de palabra, sino que también antes, cuantas veces nos han dado prueba de sí mismos, han resultado inferiores a su fama. Y quienes creen que las fuerzas de la ciudad no son suficientes y precisamente por ello temen la guerra,
2 sepan que no las conocen bien. Contra los ciudadanos que han hecho defección podríamos tener una fuerza adecuada si quisiéramos, previa selección, liberar a los esclavos más fuertes, pues es preferible conceder la libertad a éstos que ser privados del poder por aquéllos. Además, los esclavos tienen suficiente experiencia militar por habernos ayudado muchas veces en nuestras
3 campañas. Contra los enemigos de fuera marchemos con todo nuestro ardor y llamemos también en nuestro auxilio a todos los clientes y a los plebeyos que queden. Y para que estos últimos estén bien dispuestos a pelear, concedámosles la abolición de sus deudas, no en común, sino a cada hombre en particular; pues si es necesario mostrar algo de moderación, cediendo a las circunstancias, que ésta no sea con los ciudadanos enemigos, sino con los amigos, a quienes otorgaremos los favores no forzados sino por convencimiento. Y en caso de que fuera necesaria más ayuda por considerar ésta insuficiente, hagamos venir a los de las guarniciones y llamemos a
4 los de las colonias. A cuánto asciende el número de éstos se puede saber fácilmente por el último censo. Hay censados ciento treinta mil romanos en edad militar,

de los cuales los fugitivos no llegarían a una séptima parte. Y no hago mención de las treinta ciudades de los latinos que, en razón de su parentesco, aceptarían de buena gana luchar por nosotros sólo con que votarais para ellos la igualdad de derechos civiles que continuamente reclaman.

»Antes de terminar expondré aquello que en las gue- 64
rras es lo más importante de todo y a lo que ni vosotros habéis prestado atención todavía ni ninguno de los consejeros menciona. Los que piensan obtener un resultado favorable de las guerras nada necesitan tanto como buenos generales. En ellos nuestra ciudad es rica, en cambio las de los contrarios andan escasas. En efecto, 2
las fuerzas muy numerosas, cuando toman generales que no saben mandar, actúan torpemente y en la mayoría de los casos fracasan por sí mismas; y tanto más padecen cuanto más grandes son. En cambio, los buenos generales, aunque tomen bajo su mando tropas pequeñas, rápidamente las hacen grandes. De manera que, mientras tengamos hombres capaces de mandar un ejército, no nos faltarán hombres dispuestos a obedecer. Teniendo 3
presentes, pues, estas consideraciones y recordando las hazañas de la ciudad, no votéis nada innoble, deshonroso ni indigno de vosotros. ¿Y qué, entonces, si alguno me preguntara, os aconsejo hacer? Pues eso es precisamente lo que quizá desde hace rato os inquiete saber. No enviar ninguna embajada a los sublevados, ni votar ninguna abolición de las deudas, ni hacer nada que pudieran interpretar como un signo de miedo e impotencia. Pero si deponen las armas, vuelven a la ciudad y se avienen a que deliberéis con calma sobre su situación, entonces examinad el asunto y sed moderados con ellos, sabedores de que todo ser irreflexivo, sobre todo cuando se trata de una multitud, suele volverse insolente con los humildes y humillarse, en cambio, ante los insolentes».

65 Cuando Claudio terminó, durante un largo rato se apoderó del Senado un gran clamor y un extraordinario tumulto. Por un lado, los que se consideraban de tendencia aristocrática y opinaban que se debía atender a lo justo antes que a lo injusto, se sumaban a la opinión de Claudio y pedían a los cónsules que se adhirieran al mejor partido[46], pues debían tener en consideración que el poder de su magistratura emanaba de los reyes y no del pueblo; y si no, que al menos procuraran ser imparciales y que, sin favorecer a ninguno de los dos bandos, contaran los partidarios de cada opinión y se
2 sometieran a la más numerosa. Y decían que si, despreciando a ambos, se daban a sí mismos plenos poderes para llegar a una reconciliación, no se lo permitirían, sino que se opondrían con todas sus fuerzas, de palabra mientras fuera posible, y recurriendo a las armas si fuera necesario. Era este grupo poderoso y casi todos los pa-
3 tricios jóvenes participaban de esta opinión. Los que deseaban la paz se adherían a la opinión de Menenio y de Valerio y sobre todo los de edad avanzada, pues tenían en la mente las desgracias que sobrevienen a las ciudades como consecuencia de las guerras civiles. Sin embargo, vencidos por el griterío y el desorden de los jóvenes, mirando con prevención su espíritu de rivalidad y temiendo que la arrogancia con la que trataban a los cónsules llegara a la violencia si no se cedía ante ellos, acabaron recurriendo a las lágrimas y a las súplicas.

[46] Esta parece haber sido la antigua denominación del partido aristocrático, como puede verse en Teognis y en otros escritores.

Los cónsules hacen un llamamiento a la concordia y levantan la sesión

Cuando, al cabo de un rato, cesó el alboroto y se hizo el silencio, los cónsules, después de dialogar un instante entre ellos, manifestaron su resolución definitiva de este modo: «Nosotros, senadores, deseábamos por encima de todo que vosotros fuerais de una misma opinión y, especialmente, al deliberar sobre la salvación común; pero si no, que los más jóvenes cedieran ante los mayores y que no disputaran con ellos, pensando que también ellos, cuando lleguen a esa edad, podrán recibir de sus descendientes la misma consideración. Pero como vemos que os habéis enzarzado en una disputa, la más funesta de las enfermedades humanas, y que es mucha la insolencia que se encuentra en los jóvenes que hay aquí, ahora, dado que es poco lo que queda de día y que en este tiempo no os sería posible tomar una decisión definitiva, marchad del Senado y a la siguiente reunión vendréis más moderados y con mejores ideas. Si persiste en vosotros el espíritu polémico, de los jóvenes no nos serviremos ya ni como jueces ni como consejeros, e incluso impediremos su insubordinación en el futuro, estableciendo por ley una edad mínima para los senadores. En cuanto a los ancianos, les daremos la oportunidad de reconsiderar sus opiniones y, si no llegan a ningún acuerdo, pondremos fin a sus discusiones por un procedimiento rápido que es mejor que escuchéis y conozcáis con antelación. Sabéis sin duda que, desde que habitamos esta ciudad, tenemos una ley[47] en virtud de la cual el Senado tiene poder para todo excepto para designar magistrados, votar leyes y declarar o poner fin a una guerra. En estas tres cosas es el pueblo quien tiene la facultad de decidir mediante una votación. En el momento presente no deliberamos sobre otra cues-

66 (margin, first line); 2 (margin, at "Si persiste"); 3 (margin, at "Sabéis sin duda")

[47] Véase II 14, 3.

tión que sobre la guerra y la paz, de modo que es totalmente obligado que el pueblo, soberano, sancione nues-
4 tras decisiones con su voto. Así que, convocaremos a la multitud para que se presente, de acuerdo con esta ley, en el Foro y, cuando vosotros hayáis expuesto vuestras opiniones, le pediremos su voto, pues creemos que así es como mejor pondremos fin a vuestras disputas; y lo que vote la mayoría lo consideraremos definitivo. Sin duda son dignos de obtener ese honor los que permanecen fieles a la ciudad y están dispuestos a compartir con nosotros lo bueno y lo malo».

Nueva sesión del Senado

67 Así diciendo, dieron por terminada la sesión. En los días que siguieron los cónsules ordenaron que se llamase a todos los que habitaban en los campos y en las guarniciones y notificaron al Senado que debía reunirse ese mismo día. Cuando comprobaron que la ciudad estaba llena de gente y que los sentimientos de los patricios sucumbían ante las súplicas, acompañadas de lamentos y gemidos, de los padres e hijos pequeños de los sediciosos, salieron en el día señalado hacia el Foro, completamente abarrotado por
2 una muchedumbre de todo tipo ya desde la noche. Y encaminándose al templo de Vulcano [48], junto al que solían celebrarse las asambleas, en primer lugar felicitaron al pueblo por el celo y la premura mostrados al acudir en masa. Luego les rogaron que aguardaran con calma hasta que estuviera la resolución provisional del Senado y animaron a los familiares de los sediciosos a tener buenas esperanzas, en el pensamiento de que en breve recobrarían a sus seres más queridos. Después se dirigieron al Senado, donde pronunciaron palabras razonables y mesuradas y pidieron a los demás que expusieran opiniones útiles y humanitarias. En primer lu-

[48] Estaba en el Foro, al pie del Capitolio.

gar llamaron a Menenio, quien, poniéndose en pie, habló en los mismos términos que la vez anterior, exhortando al Senado a la reconciliación, y manifestó la misma opinión, pidiendo que se enviara rápidamente a los sublevados una embajada con plenos poderes para negociar esa reconciliación.

68 Tras él se fueron levantando, llamados por orden de edad, los que habían desempeñado el consulado, y todos ellos fueron partidarios de seguir el criterio de Menenio, hasta que le llegó el turno a Apio. Éste, levantándose, dijo: «Veo, senadores, que a los cónsules y a casi todos vosotros os agrada la idea de hacer regresar al pueblo en las condiciones que él mismo establezca; y sólo quedo yo de todos los que se oponían a la reconciliación, aborrecido por la plebe y de ninguna utilidad ya para vosotros. 2 Sin embargo, no por este motivo me voy a apartar de lo que pensaba al principio ni dejaré voluntariamente mi puesto en la vida política. Cuanto más solo me dejen los que habían tomado el mismo partido que yo, tanto más me honraréis algún día, de modo que, mientras viva, me acompañarán las alabanzas y, a mi muerte, tendré el recuerdo de la posteridad. ¡Júpiter Capitolino, dioses protectores de nuestra ciudad, héroes y divinidades que vigiláis la tierra de los romanos! ¡Ojalá el retorno de los fugitivos sea honroso y beneficioso para todos y yo esté equivocado en mis previsiones! 3 Pero si como consecuencia de estas decisiones del Senado sobreviene alguna desgracia a la ciudad —y esto se verá en breve—, a los demás concededles vosotros mismos un remedio rápido y una salvación segura para el Estado; en cuanto a mí, que nunca, en ninguna otra ocasión, preferí decir lo más agradable en vez de lo más útil y que tampoco ahora traiciono a la comunidad por conseguir una seguridad personal, sedme favorables y propicios. 4 A los dioses dirijo estas plegarias, pues ya no hay necesidad de discursos; manifiesto la misma opi-

nión que antes: abolir las deudas de los plebeyos que permanecen en la ciudad y combatir con toda energía a los sediciosos mientras permanezcan en armas».

El Senado decide enviar nuevamente embajadores a los plebeyos

69 Y con estas palabras puso fin a su intervención. Después de las opiniones de los de más edad, que coincidían con la de Menenio, llegó a los jóvenes el turno de palabra y, ante la expectación de todos los senadores, se levantó Espurio Naucio [49], descendiente de una de las más ilustres familias. El fundador de su linaje, Naucio, sacerdote de Atenea Polias, era uno de los que con Eneas fundaron la colonia. Cuando partió de Troya se llevó la estatua de madera de la diosa, que custodiaban, de generación en generación, los miembros de la familia de los Naucios. Este Espurio, por su virtud, estaba considerado el más brillante de los jóvenes y se creía que no esta-
2 ba lejos de la dignidad consular. Comenzó por hacer una defensa general de todos los senadores jóvenes diciendo, que cuando en la anterior reunión del Senado adoptaron una postura contraria, no fue por rivalidad hacia sus mayores ni por arrogancia, y que si se habían equivocado fue porque la edad les hizo errar en su pensamiento. Para terminar, dijo que la prueba de esto era que iban a cambiar su opinión. Consentían en que los de más edad, como personas de mejor juicio, aprobaran todo lo que consideraran conveniente para el Estado, asegurándoles que ellos al menos no se opondrían a esas
3 resoluciones y que obedecerían a los ancianos. Como los demás jóvenes expresaron la misma opinión, a excepción de un número muy reducido de partidarios de Apio, los cónsules los felicitaron por la dignidad de su comportamiento y los exhortaron a comportarse del mismo modo en todos los asuntos públicos. A continuación

[49] *Spurius Nautius.* Virgilio *(Aen.* V 704) lo llama *Nautes.*

eligieron como embajadores a los diez ancianos más ilustres, todos ellos excónsules menos uno. Los designados fueron: Agripa Menenio Lanato, hijo de Cayo, Manio Valerio..., hijo de Voluso[50], Publio Servilio..., hijo de Publio, Publio Postumio Tuberto, hijo de Quinto, Tito Ebucio Flavio, hijo de Tito, Servio Sulpicio Camerino, hijo de Publio, Aulo Postumio Balbo, hijo de Publio, y Aulo Virginio Celimontano, hijo de Aulo. Después de esto, los 4
cónsules dieron por terminada la sesión del Senado y fueron a la asamblea, donde hicieron leer el decreto del Senado y presentaron a los embajadores. Y como todos deseaban conocer las instrucciones que les habían dado, dijeron claramente que les habían encargado reconciliar como pudieran al pueblo con los patricios, sin engaño ni fraude, y hacer regresar en seguida a sus casas a los huidos.

Llegada de los embajadores al campamento

Con esas instrucciones del Senado 70
los embajadores salieron ese mismo día. Pero la noticia de todo lo ocurrido en la ciudad se adelantó a su llegada y corrió entre los del campamento, que, inmediatamente, abandonaron en masa sus posiciones defensivas y salieron al encuentro de los embajadores, que todavía estaban en camino. Había en el campamento un hombre muy agitador y sumamente levantisco, de aguda inteligencia a la hora de prever con mucha antelación el futuro y no precisamente torpe para expresar su pensamiento, pues era locuaz y hablador. Su nombre era Lucio Junio, como el del hombre que había acabado con la monarquía, y queriendo completar la similitud

[50] En el texto griego cada nombre viene dado en el orden oficial romano *(praenomen, nomen, praenomen* del padre, *cognomen).* Sólo se conservan los nombres de ocho de los diez enviados, y de éstos, a dos les falta el *cognomen.* Kiessling, a quien hemos seguido, supone sólo dos lagunas en el texto, cada una de las cuales comprende un *cognomen* y un nombre completo. Uno de los nombres que falta es probablemente *Titus Larcius Flavus* (cf. cap. 81, 2).

del nombre, pedía que se le llamase también Bruto. La mayoría tomaba a risa su vana pretensión y cuando que-
2 rían burlarse de él lo llamaban Bruto. Este hombre hizo ver a Sicinio, el jefe del campamento, que no era lo más conveniente para el pueblo aceptar fácilmente lo que se les ofreciera, no fueran a caer en un retorno deshonroso por partir de peticiones demasiado modestas, sino resistirse durante un largo tiempo y añadir a las negaciaciones algo de teatro. Con la promesa de que él tomaría la palabra en defensa del pueblo, y tras sugerirle las demás cosas que había que hacer o decir, convenció a Sicinio. Después de esto, Sicinio convocó al pueblo en asamblea e invitó a los embajadores a exponer los motivos de su llegada.

Discurso de Manio Valerio

71 Al adelantarse para hablar Manio Valerio, el más anciano y el más amigo del pueblo, la multitud le atestiguó su favor con gritos y apelativos amistosos, y cuando obtuvo silencio, habló del siguiente modo: «Plebeyos, nada hay ya que os impida regresar a vuestros hogares y reconciliaros con los sena-
2 dores, pues el Senado ha votado para vosotros un retorno honroso y ventajoso y ha tomado la decisión de no tomar represalias por nada de lo sucedido. Y sabiendo que nosotros somos los más amigos del pueblo y que somos justamente honrados por vosotros, nos ha designado y enviado como embajadores plenipotenciarios sobre la reconciliación, para que, en lugar de basarnos en apariencias o conjeturas sobre vuestra disposición, escuchemos de boca vuestra en qué condiciones estáis dispuestos a poner fin a la sedición, y para que, si las exigencias son moderadas y no hay ningún impedimento ni ningún deshonor irreparable que lo imposibilite, os las concedamos sin aguardar el parecer del Senado ni diferir las negociaciones por mucho tiempo, evitando
3 exponerlas a las críticas de los adversarios. Por consi-

guiente, plebeyos, ya que el Senado ha votado estas resoluciones, aceptad contentos sus favores con la mejor voluntad y el mayor entusiasmo, apreciando en lo que vale tanta buena fortuna y dando por ella muchas gracias a los dioses, porque la ciudad de los romanos, que tantos hombres gobierna, y el Senado, que es en ella soberano sobre todas las cuestiones nobles, aunque no tienen costumbre de ceder ante ningún adversario, sólo ante vosotros lo hacen voluntariamente. Además, no han considerado oportuno examinar con rigor los deberes de cada una de las partes, como suelen hacer los superiores cuando tratan con sus inferiores, sino que incluso tomaron la iniciativa de enviar embajadores para tratar la reconciliación y no recibieron con cólera las insolentes respuestas que disteis a los primeros embajadores, sino que soportaron esa arrogancia vuestra y la puerilidad de vuestra osadía como unos padres benévolos soportarían las de sus hijos alocados; y han considerado conveniente enviar otra embajada y no hacer valer todos sus derechos, sino aceptar, ciudadanos, cualquier petición razonable. Ahora que habéis alcanzado tanta 4
fortuna, no os demoréis, plebeyos, en decir qué deseáis ni nos despreciéis. Poned fin a la sedición y regresad contentos a la ciudad que os ha engendrado y criado y a la que no agradecisteis como debíais sus cuidados y favores cuando la dejasteis privada de vuestra presencia y como pasto para las ovejas. Si dejáis pasar esta oportunidad, muchas veces desearéis encontrar otra igual».

Discurso de Lucio Junio Bruto

Cuando terminó de hablar Valerio, 72
se adelantó Sicinio y dijo que para tomar una buena decisión no debían buscar una solución a partir de una sola opinión, sino que debían considerar también el argumento contrario, especialmente cuando se examinaban asuntos de tanta importancia. Pidió que

los que quisieran respondieran a esas palabras, dejando a un lado toda vergüenza y precaución, pues la situación no les permitía, constreñidos por una necesidad tan apremiante, ceder ni a la vacilación ni a la
2 vergüenza. Se hizo el silencio. Todos se miraban mutuamente buscando a alguien que quisiera hablar en defensa de la causa común; y cuando parecía que no iba a haber nadie —pues Sicinio hizo muchas veces el mismo requerimiento—, se adelantó, como había prometido, Lucio Junio, aquel que quería que lo llamaran Bruto, y con el aplauso de la multitud reunida, pronunció el si-
3 guiente discurso: «Plebeyos, el temor a los patricios, impreso todavía en vuestras almas, parece dominaros y, en inferioridad de condiciones por ello, vaciláis en exponer públicamente los argumentos que soléis utilizar entre vosotros. Quizá cada uno de vosotros piensa que el vecino va a hablar en defensa de la causa común, y que todos, más que él, van a sufrir cualquier peligro que pueda acaecer, mientras que él, además de mantenerse seguro, participará sin miedo de cualquier beneficio que se obtenga por el valor de los demás. Pero se equivoca. Si todos supusiéramos esto, la común cobardía de cada uno de vosotros sería un perjuicio para todos, y por mirar uno su propia seguridad, destruirá
4 la de toda la comunidad. Pero aunque antes no supierais que no tenéis nada que temer y que, mientras tengáis las armas, tendréis la libertad asegurada, ya es hora de que os deis cuenta de ello, tomando por maestros a estos hombres. Ellos, soberbios y autoritarios, no vienen con órdenes y amenazas como antes, sino con peticiones y súplicas de que regreséis a vuestros hogares, y ya empiezan a tratar con vosotros en términos de igual-
5 dad, como con hombres libres. ¿Por qué, entonces, les tenéis miedo todavía y guardáis silencio? ¿Por qué no pensáis como hombres libres y, rompiendo de una vez las mordazas, decís en público lo que habéis sufrido por

su culpa? Desgraciados, ¿qué teméis? ¿Que os vaya a suceder algo si me hacéis caso y habláis con libertad? Pues yo correré el peligro de decirles en vuestro nombre lo que hay que decirles, con libertad y sin ocultar nada. Y puesto que Valerio ha dicho que no existe ningún obstáculo para que volváis a vuestros hogares, ya que el Senado os ha concedido el retorno y ha votado además no tomar represalias, yo le voy a responder esto que es verdad y que es forzoso decir.

»Valerio, entre otras muchas razones que nos impi- 73
den deponer las armas y ponernos en vuestras manos, hay tres que son las más importantes y evidentes. La primera, que venís acusándonos como si hubiéramos cometido algún delito y creéis que al concedernos el retorno nos estáis haciendo un favor. La segunda, que, cuando nos exhortáis a la reconciliación, no hacéis ninguna alusión a los términos justos y humanitarios en que vamos a llevarla a cabo. Y la última, que no tenemos ninguna garantía de lo que prometéis, puesto que muchas veces nos habéis burlado y engañado. Hablaré 2
de cada uno de estos puntos por separado, empezando por la cuestión de la justicia, pues cualquiera que hable en privado o en público debe empezar por ella. Pues bien, si nosotros estamos cometiendo alguna injusticia contra vosotros, no pedimos ni perdón ni amnistía. Y en ese caso tampoco pedimos compartir ya la ciudad con vosotros, sino que viviremos allí donde nos lleve el destino, confiándonos a la guía de la fortuna y de los dioses. En cambio, si por vuestro injusto trato nos hemos visto forzados a intentar esta aventura en la que nos encontramos, ¿por qué no aceptáis que, al ser los ofensores, sois vosotros los que necesitáis perdón y amnistía? Pero ahora decís que nos concedéis el perdón que debéis pedir vosotros y os jactáis de haber depuesto la cólera que estáis tratando que nosotros depongamos, confundiendo la naturaleza de la verdad y tergi-

3 versando el significado de la justicia. Sabed que no sois vosotros las víctimas sino los autores de la injusticia y que, después de haber recibido muchos y grandes beneficios del pueblo en lo que respecta a la libertad y a la supremacía, no le habéis recompensado con justicia. Hablaré a partir de aquellos temas que vosotros mismos conocéis y, por los dioses, si miento en algo, refutadme inmediatamente y no lo consintáis.

74 »Nuestra antigua forma de gobierno era una monarquía que mantuvimos ininterrumpidamente hasta la séptima generación. Y durante todos esos reinados el pueblo nunca se vio perjudicado por los reyes y menos que nadie por los últimos, por no hablar de los muchos y
2 grandes beneficios que obtuvo de su reinado. Efectivamente, aparte de las otras atenciones con las que querían adularlo para que estuviera de su parte y fuera vuestro enemigo, cosa que hacen todos los que gobiernan tiránicamente, después de apoderarse en una larga guerra de la muy próspera ciudad de Suesa y a pesar de que les era posible quedarse ellos con el botín sin compartirlo con nadie y superar en riqueza a todos los reyes, no quisieron obrar así, sino que pusieron el botín a disposición de todos, de modo que, además de esclavos, ganado y otras muchas posesiones de gran valor, a cada uno de nosotros se nos repartieron cinco minas
3 de plata. Pero nosotros nos olvidamos de estos beneficios cuando emplearon su poder de una forma más tiránica para perjudicaros a vosotros, no a nosotros, e, indignados ante lo que estaba sucediendo, retiramos nuestro favor a los reyes y nos pusimos de vuestra parte. Junto con vosotros nos sublevamos contra ellos, tanto los que estábamos en la ciudad como los del campamento, los desterramos y os entregamos su poder. Pese a que muchas veces tuvimos ocasión de pasarnos al bando de los desterrados, no aceptamos los grandes regalos que nos ofrecían para que traicionásemos nuestra

lealtad hacia vosotros, sino que soportamos muchas, grandes y continuas guerras y peligros por vuestra causa. Y con éste son ya diecisiete los años que llevamos agotándonos en lucha con todos los hombres en defensa de la libertad común. En efecto, al ser todavía inestable 4
la forma de gobierno, como suele ocurrir con los cambios repentinos, hemos tenido que luchar contra las dos ciudades más renombradas de Tirrenia, las de Tarquinios y Veyes, que, con un gran ejército, querían traer de nuevo a los reyes; nos arriesgamos a enfrentarnos unos pocos contra muchos y, dando muestras del mayor ardor, no sólo vencimos en el combate y rechazamos a nuestros adversarios, sino que conservamos el poder para el cónsul superviviente. No mucho tiempo 5
después, Porsena, rey de los tirrenos, quiso también él hacer regresar a los exiliados con las fuerzas de toda Tirrenia, que él mismo mandaba, y con las que aquellos habían reunido hacía mucho tiempo. Entonces, a pesar de que no teníamos un ejército adecuado y de que, por ello, nos vimos forzados a sufrir un asedio, sin recursos y privados de todo, soportamos todas las penalidades y lo obligamos a retirarse ya convertido en amigo nuestro. Finalmente, cuando los reyes prepararon por terce- 6
ra vez su retorno con la ayuda de la nación latina y condujeron a las treinta ciudades contra nosotros, al veros suplicar, lamentaros y llamar en vuestro auxilio a cada uno de nosotros, invocando la amistad, la crianza común y las campañas que compartimos, no consentimos en abandonaros. Considerando que la lucha por defenderos era la más noble y gloriosa, nos enfrentamos a las dificultades y nos lanzamos a aquel grandísimo peligro en el que, después de recibir muchas heridas y de perder a muchos familiares, camaradas y compañeros de armas, vencimos a los enemigos, matamos a sus generales y destruimos a toda la familia real.

75 »Esta es la colaboración que, con nuestro entusiasmo, os prestamos por encima de nuestras fuerzas para que os libraseis de los tiranos, y ello tanto por necesidad como por valor. Escuchad ahora los servicios que os rendimos para que fueseis respetados, gobernarais sobre los demás y obtuvierais un poder superior al que en un principio esperabais. Como dije al principio, si en mi discurso me aparto algo de la verdad, me contra-
2 decís. En efecto, cuando la libertad os pareció firmemente asegurada, no os contentasteis con permanecer en esta situación, sino que os lanzasteis a nuevas y atrevidas acciones, considerasteis como un posible enemigo a todo el que se aferrara a la libertad, declarasteis la guerra a casi todo el mundo y creísteis necesario serviros de nuestras personas en todos los peligros y bata-
3 llas en defensa de esa supremacía. Todas las ciudades que, de una en una y de dos en dos, se opusieron a vosotros en defensa de su libertad y que nosotros redujimos a obediencia, sometiendo a unas en batalla campal y tomando otras por asalto, las paso por alto, pues, ¿qué necesidad hay de exponer detalladamente hechos sobre los que hay tan enorme abundancia de relatos? ¿Pero quiénes fueron los que contribuyeron a conquistar y los que redujeron a vuestra obediencia a toda Tirrenia, país dividido en doce distritos y con un poder superior tanto por tierra como por mar? ¿Y quién os ayudó a conseguir que estos sabinos que ahora nos atacan, una nación tan poderosa que siempre ha luchado contra vosotros por el primer puesto, ya no siga luchando por la igualdad? ¿Y qué?, ¿quiénes fueron los que sometieron a las treinta ciudades latinas, que no sólo se ensoberbecían por la magnitud de su poder, sino que también se enorgullecían de la mayor justicia de sus peticiones? ¿Quiénes fueron los que las obligaron a recurrir a vosotros y a suplicaros para evitar su esclavitud y su destrucción?

»Omito todos los otros peligros que corrimos con vosotros cuando todavía no nos habíamos sublevado y teníamos esperanzas de participar en el poder. Pero cuando quedó ya claro que os habíais apropiado del poder como de una tiranía, que a nosotros nos menospreciabais como a esclavos y que ya no albergábamos los mismos sentimientos con respecto a vosotros, y cuando, en esta situación, casi todos los pueblos sometidos se sublevaron, iniciando el levantamiento los volscos y siguiéndoles los ecuos, hérnicos, sabinos y muchos otros, y parecía ser una ocasión única para hacer, si queríamos, una de estas dos cosas: o terminar con vuestro poder o hacerlo más moderado para el futuro, ¿recordáis a qué estado de desesperación llegasteis en relación con el poder y cómo caísteis en un desánimo total por miedo bien a que no colaboráramos con vosotros en la guerra, bien a que nos abadonáramos a la cólera y nos pasáramos al enemigo? ¿Qué hicimos entonces los hombres humildes y ultrajados por vosotros? Cedimos a las súplicas y, confiando en las promesas que el excelente Servilio, aquí presente, en su calidad de cónsul, hizo entonces al pueblo, no nos vengamos de vosotros por las ofensas pasadas, sino que, albergando buenas esperanzas para el futuro, nos ofrecimos a vosotros y, después de destruir a todos los enemigos en poco tiempo, volvimos con muchos prisioneros y un espléndido botín. A cambio de esto ¿qué agradecimiento nos habéis demostrado? ¿Uno justo y digno de los peligros que corrimos? ¡Cómo! Bien lejos de ello. Violasteis las promesas que habíais ordenado hacer al cónsul en nombre de la comunidad y a este hombre excelente, del que os servisteis para el engaño, lo privasteis del triunfo, a pesar de que merecía obtener este honor más que ningún otro, y lo ultrajasteis no por otro motivo que por pedir que cumplierais los actos de justicia que habíais prometido y por manifestar claramente su indignación por el engaño.

77 »Y recientemente —pues quiero añadir esto para terminar la parte del discurso referente a la justicia—, cuando los ecuos, sabinos y volscos, de común acuerdo, no sólo se sublevaron, sino que exhortaron al resto a hacerlo, ¿no os visteis obligados, vosotros, los ilustres y autoritarios, a buscar refugio en nosotros, los humildes e insignificantes, haciendo toda clase de promesas para que os salváramos en aquella ocasión? Y para que no pareciera que nos engañabais otra vez, cosa que habíais hecho frecuentemente, buscasteis como tapadera a Manio Valerio, aquí presente, hombre muy popular entre el pueblo. Nosotros, confiando en él, en la idea de que no nos iba a engañar un dictador y menos un hombre favorable a nosotros, os ayudamos también en esa guerra y vencimos a los enemigos, después de sostener combates que no fueron ni pequeños, ni pocos, ni oscu-
2 ros. Pero cuando acabó la guerra de forma tan gloriosa y antes de lo que nadie esperaba, tan lejos estuvisteis de alegraros y de mostrar vuestro profundo agradecimiento al pueblo, que todavía queríais, en contra de nuestra voluntad, retenernos en armas bajo los estandartes para incumplir las promesas, como teníais pensado desde el principio. Y como Manio no admitió ni el engaño ni el deshonor de vuestra actuación, sino que llevó los estandartes a la ciudad y licenció a sus tropas, tomando este hecho como pretexto para no obrar con justicia, lo insultasteis y no mantuvisteis ninguno de los acuerdos que habíais establecido con nosotros y, por el contrario, a un mismo tiempo cometisteis tres gravísimas faltas: destrozasteis el prestigio del Senado, arruinasteis el nombre de Manio y dejasteis sin recompensa
3 las penalidades de vuestros benefactores. Como podemos añadir otras muchas acusaciones similares contra vosotros, patricios, no consideramos oportuno recurrir a súplicas y peticiones ni aceptar el retorno a cambio de un perdón y una amnistía como si fuésemos culpables

de horribles delitos. Sin embargo, no pensamos que en las actuales circunstancias, puesto que nos hemos reunido para tratar sobre la concordia, haya necesidad de entrar en una exposición detallada de todos estos casos, sino que los soportamos, entregándolos a la indiferencia y al olvido.

»¿Por qué no decís claramente en qué condiciones 78
venís como embajadores y qué habéis venido a pedir? ¿Qué esperanzas nos ofrecéis para pedirnos que volvamos a la ciudad? ¿Qué fortuna nos pedís que tomemos como guía en nuestro camino? ¿Qué contento o alegría nos aguarda? Pues hasta ahora no os hemos oído prometer nada generoso ni favorable, ni honores, ni magistraturas, ni un alivio de nuestra pobreza ni, en suma, ninguna otra cosa. De todas formas no hacía falta que nos dijerais lo que pensabais hacer, sino lo que habíais hecho, para que, teniendo ante nosotros alguna manifestación de vuestra buena voluntad, imagináramos que
las restantes iban a ser iguales. Creo que ellos respon- 2
derán a esto que vienen con plenos poderes para todo, de forma que aquello en que consigamos convencernos mutuamente, será válido. Admitamos que esto es cierto y veamos sus resultados. No tengo nada que objetar. Pero quiero conocer de su boca lo que sucederá después de que nosotros digamos en qué condiciones estamos dispuestos a volver y ellos las hayan aceptado. ¿Quién nos va a garantizar el cumplimiento de los acuer-
dos? ¿En qué seguridad vamos a confiar para deponer 3
las armas y someter nuevamente nuestras personas al poder de esos hombres? ¿Acaso en los decretos que el Senado redacte sobre esta cuestión? Porque todavía no están redactados. ¿Y qué impedirá que esos decretos sean a su vez invalidados por otros cuando a Apio y a los que piensan como él les parezca? ¿O acaso en el prestigio de los embajadores que nos dan su palabra? Pero ya antes nos han engañado por medio de estos hom-

bres. ¿O vamos a recibir garantías de los juramentos que sobre los acuerdos prestéis por los dioses? Pero, yo al menos, recelo de ésta más que de cualquier otra garantía humana, porque la veo despreciada por los que están en el poder y porque sé, no por haberlo observado ahora por primera vez, sino ya antes muchas veces, que los tratados hechos a la fuerza por los que quieren gobernar con los que reclaman la libertad permanecen
4 firmes sólo el tiempo que los domine la necesidad. Entonces, ¿qué clase de amistad y confianza es esta en que unos y otros nos veremos obligados a adularnos mutuamente contra nuestra voluntad, mientras cada uno acecha su oportunidad? Y después de esto vendrán sospechas, continuas y recíprocas acusaciones, envidias, odios y todo tipo de males y una lucha constante por ser el primero en destruir al contrario, en el pensamiento de que en la demora está la desgracia.

79 »No hay peor cosa, como todos saben, que una guerra civil en la que los vencidos sufren y los vencedores son injustos y en la que unos mueren a manos de sus seres más queridos y otros los matan. No nos llaméis, patricios, a semejantes desgracias y calamidades no deseadas, y nosotros, plebeyos, no les hagamos caso y, puesto que el destino nos ha separado, aceptémoslo. Así pues, que ellos tengan la ciudad entera, que la disfruten sin nosotros y que gocen solos de todos los demás bienes, una vez que hayan expulsado de la patria a los plebeyos humildes y despreciables. Y nosotros vayamos adonde nos guíe el destino, pensando que abandonamos un lu-
2 gar extranjero, no nuestra propia ciudad. En efecto, a ninguno de nosotros le queda allí un lote de tierra, ni un hogar de sus antepasados, ni sacrificios comunes ni una posición, como en una patria, cosas a las que uno se apega y que nos harían desear habitar allí incluso contra nuestra voluntad, sino que, después de muchas penalidades, ni siquiera tenemos libertad personal. Al-

gunos de estos bienes los han destruido las muchas gue-
rras, otros los consumió la escasez de alimentos y otros
nos los han arrebatado esos arrogantes prestamistas pa-
ra quienes hemos acabado, desgraciados, obligados a tra-
bajar las tierras, cavando, plantando, arando y cuidan-
do rebaños, compañeros de esclavitud de sus prisione-
ros de guerra, atados unos con cadenas, otros con gri-
llos y otros con collares y bloques de metal como las
fieras más salvajes. Y no hablo de los malos tratos, ul- 3
trajes, azotes, trabajos de sol a sol y todas las demás
crueldades, insultos y arrogancias que hemos soporta-
do. Así pues, liberados por la divinidad de tantas y ta-
les desdichas, huyamos alegres de ellos con toda la fuer-
za y ardor que tenga cada uno, poniendo como guías
de nuestro camino a la fortuna y al dios que nos salva,
considerando nuestra patria la libertad y nuestra rique-
za el valor. Todas las tierras nos acogerán como compa-
ñeros, pues no causaremos ninguna molestia a los que
nos reciban y además les seremos de utilidad.

»De esto que digo sírvannos de ejemplo muchos grie- 80
gos y muchos bárbaros y particularmente sus antepasa-
dos y los nuestros. De éstos, unos marcharon de Asia[51]
a Europa con Eneas y fundaron una ciudad en la tie-
rra de los latinos; otros, después, partieron de Alba con-
ducidos por Rómulo y levantaron en estos parajes la
ciudad que ahora dejamos. Nosotros tenemos una fuer- 2
za no ya un poco mayor que la de aquellos, sino tres
veces superior, y un motivo más justo para emigrar.
Ellos, al menos, se marcharon de Troya expulsados por
los enemigos, mientras que nosotros nos vamos de aquí
expulsados por los amigos; y, sin duda, es más lamenta-
ble ser echados por compatriotas que por extranjeros.

---

[51] *Asia* era el nombre de la primera provincia romana en territorio asiático, constituida en 129 a. C. después de la anexión del reino de Pérgamo al que pertenecía la ciudad de Troya. Comprendía Misia, Eólide, Lidia, Jonia, Dóride, Caria, Frigia y Pisidia.

3 Los que participaron con Rómulo en la expedición despreciaron la tierra de sus padres para adquirir una mejor. Nosotros, en cambio, abandonamos una vida sin ciudad y sin hogar para fundar una colonia que no será ni odiada por dioses, ni molesta para hombres, ni gravosa para ninguna nación, y, además, no hemos ido contra los que nos expulsan con sangrientos asesinatos de conciudadanos, ni devastamos a fuego y espada la tierra que abandonamos, ni dejamos tras nosotros ningún otro recuerdo de perpetua enemistad, como suele suceder entre los que se exilian por haber sufrido violación de tratados y se ven reducidos a necesidades no queri-
4 das. Poniendo por testigos a los dioses y divinidades que rigen con justicia todas las acciones de los mortales y dejando en sus manos la exigencia de la reparación que se nos debe, solamente pedimos que aquellos de nosotros que tengan en la ciudad hijos pequeños, padres y mujeres, si algunas quieren compartir nuestra suerte, puedan llevárselos. Nos contentamos con obtener esto y no pedimos ya nada más de nuestra patria. Buena suerte y vivid como prefiráis, con esa mentalidad tan impropia de hombres de Estado y tan insociable con los más humildes».

81 *Habla Tito Larcio*

Con estas palabras Bruto terminó su discurso. A los presentes les pareció que eran ciertas cuantas afirmaciones había hecho sobre la justicia, así como todas las acusaciones sobre la arrogancia del Senado, y especialmente las palabras relativas a la seguridad, llena de falsedad y engaño, de los tratados. Y cuando al final expuso los ultrajes de que habían sido objeto por parte de los prestamistas e hizo recordar a cada uno sus propios infortunios, nadie fue tan duro de corazón que no se deshiciera en lágrimas y lamentara las comunes desdichas. Y estos sentimientos se apoderaron no sólo de los plebeyos, sino también de

los que habían llegado del Senado. En efecto, tampoco los embajadores podían retener las lágrimas al considerar las desgracias de la separación, y fue mucho el tiempo que estuvieron abatidos y llorosos y sin saber qué decir. Pero una vez que cesó el prolongado lamento y 2
el silencio se adueñó de la asamblea, se adelantó para responder a esas acusaciones un hombre que parecía aventajar a sus conciudadanos [52] en edad y dignidad, Tito Larcio [53], el cual había recibido dos veces el consulado y había empleado mejor que nadie el poder denominado dictadura, logrando que esta odiada magistratura fuera considerada sagrada y digna de respeto. Larcio se puso a hablar sobre la justicia, acusando, por 3
una parte, a los prestamistas de haber actuado cruel e inhumanamente, y, por otra, reprochando a los pobres el haber pedido de forma injusta, por métodos violentos más que como un favor, la abolición de las deudas, y el estar erróneamente irritados con el Senado, y no con los responsables, por no haber obtenido de él nada razonable. Intentó también demostrar que, mien- 4
tras había una pequeña parte del pueblo que obraba mal involuntariamente y que se había visto forzada por su extrema penuria a pedir la abolición de las deudas, la mayoría, en cambio, se había abandonado al desenfreno, a la insolencia y a la vida placentera y estaba dispuesta a satisfacer sus deseos mediante el robo de lo ajeno. Y pensaba que era necesario distinguir entre los malvados y los dignos de compasión y entre los merecedores de odio y los necesitados de benevolencia. Con estos y otros argumentos semejantes, verdaderos, pero no gratos a todos los que escuchaban, no pudo conven-

[52] La palabra «conciudadanos» *(politôn)* es aquí sospechosa. Kayser propuso leer «senadores» *(bouleutôn)*, mientras que Kiessling quiso sustituirla por un adverbio, «muchísimo» *(pleîston)*, que modificase a «aventajar».

[53] T. Larcio había sido el primer dictador. Véase V 73 y sigs.

cerlos. Por el contrario, a cada palabra se levantaba un gran alboroto, pues unos se irritaban porque les abría las heridas y otros le agradecían que no ocultara nada de la verdad; pero este grupo era mucho más pequeño que el otro, de modo que fue acallado por el más numeroso, y prevalecieron los gritos de los indignados.

Palabras de Sicinio

82 Después de que Larcio añadiera unas pocas consideraciones más y reprochara al pueblo su sublevación y la precipitación de sus decisiones, tomó la palabra Sicinio, el hombre que entonces estaba a la cabeza del pueblo, y avivó todavía más su cólera diciendo que de estas palabras en particular podrían deducir qué honores y qué gratitud les esperaban si volvían a su patria. «Porque si ahora que están
2 en los mayores peligros y necesitados de la ayuda del pueblo, motivo por el que han venido aquí, no son capaces de pronunciar palabras mesuradas y humanitarias, ¿qué sentimientos debemos imaginar que albergarán cuando las cosas marchen conforme a sus esperanzas y los que ahora son insultados de palabra estén sometidos a sus actos? ¿De qué arrogancia, de qué ultraje,
3 de qué tiránica crueldad van a privarse? Ahora bien, si vosotros os conformáis con ser esclavos durante toda la vida, atados, torturados, destruidos con fuego, espada, hambre y todo tipo de malos tratos, entonces no perdáis el tiempo, arrojad las armas, ofreced las manos para que os las aten a la espalda y seguidlos. Pero si hay en vosotros algún deseo de libertad, no los aguantéis. Y vosotros, embajadores, o decís qué condiciones nos ofrecéis al llamarnos, o si no, marchaos de la asamblea, porque en ese caso ya no os permitiríamos hablar».

Discurso de Menenio Agripa

Cuando terminó de hablar, todos los 83
presentes empezaron a dar gritos de aprobación, manifestando su conformidad porque había dicho lo que hacía falta. Luego, cuando se hizo el silencio, Menenio Agripa, el que había pronunciado en el Senado los discursos en favor del pueblo y era, por haberla propuesto, el máximo responsable de que se hubiera enviado la embajada con plenos poderes, manifestó que también él quería hablar. La petición pareció acomodarse al deseo del pueblo, que suponía que, al menos entonces, escucharía palabras de sincera concordia y consejos de salvación para ambos. Primero, todos manifesta- 2
ron su aprobación con grandes gritos y le exhortaron a hablar. Luego se calmaron y reinó en la asamblea un silencio tan absoluto que el lugar en nada difería de un desierto. Menenio parece que empleó, en general, las palabras más convincentes que pudo y tendentes a acertar con la voluntad de los que escuchaban, y se dice que al final de su discurso contó una fábula compuesta a la manera de Esopo, que tenía una gran similitud con la situación del momento, y que fue así fundamentalmente como los convenció. Por esta razón su discurso se considera digno de recordarse y figura en todas las historias de la antigüedad. Éstas fueron sus palabras:
«Hombres de la plebe, el Senado no nos ha enviado a 3
vosotros para que hablemos en su defensa ni para que os acusemos (pues no le parecía conveniente ni oportuno en las circunstancias en que se encuentra la comunidad), sino para que empleemos todos nuestros esfuerzos y empleemos todos los medios para poner fin a la sedición y restauremos la antigua forma de gobierno, contando para ello con plenos poderes. De modo que no pensamos que sea necesario extendernos en un largo discurso sobre la justicia, como ha hecho Junio, aquí presente; en cambio, os diremos lo que hemos decidido

sobre los términos humanitarios en los que considera-
mos necesario poner fin a la sedición y sobre las garan-
tías que confirmarán los acuerdos que hagáis con nos-
4 otros. Considerando que cualquier sedición de cualquier
ciudad puede solucionarse cuando se suprimen las cau-
sas que han ocasionado el desacuerdo, nos pareció ne-
cesario descubrir y hacer desaparecer los motivos cau-
santes de la disensión. Encontramos que las causas de
los presentes males eran las duras exigencias de pago
de las deudas y las reformamos de esta forma: conside-
ramos justo que todos los que tengan deudas y no pue-
dan pagarlas queden libres de ellas, y si algunos, por
haberles vencido la fecha de pago, ven ya sus personas
sometidas a la esclavitud prescrita por las leyes, esta-
blecemos que también éstos queden en libertad. Y tam-
bién queremos que queden libres cuantos, condenados
en juicios particulares, han sido entregados a sus de-
5 mandantes, y dejamos sin validez sus condenas. Así pues,
el problema de las deudas del pasado, que son, a nues-
tro parecer, las causantes del levantamiento, lo solucio-
namos de la manera dicha. Con respecto a las deudas
futuras, quede establecido, después de sancionarlo co-
mo ley, lo que vosotros, plebeyos, y el Senado decidáis
en común deliberación. ¿No era esto, hombres de la ple-
be, lo que os separaba de los patricios? ¿No pensabais
que os bastaba con obtener estas concesiones? ¿No era
esto todo lo que deseabais? Ahora se os concede. Regre-
sad ya, contentos, a vuestra patria.

84 »Las garantías que confirmarán estos acuerdos y que
aseguraràn su cumplimiento serán todas ellas confor-
mes a la ley y a la costumbre existente entre los que
ponen fin a sus enemistades. El Senado confirmará los
acuerdos por votación y dará rango de ley al texto. Pero
es mejor que vosotros redactéis ahora el decreto y el
2 Senado lo aprobará. De que las actuales concesiones
serán firmes y de que el Senado no propondrá después

nada contrario a ellas, seremos fiadores, en primer lu-
gar, nosotros los embajadores, entregando nuestras per-
sonas y vidas, así como nuestras familias, como garan-
tía; en segundo lugar, los demás senadores que serán
nombrados en el decreto, porque nunca se promulgará
un decreto contra los intereses del pueblo si nosotros
nos oponemos, ya que somos los miembros preeminen-
tes del Senado y los que primero manifestamos nuestra
opinión. La última garantía, válida para todos los hom- 3
bres, griegos o bárbaros, que ningún tiempo podrá des-
truir, es la que mediante juramentos y libaciones pone
a los dioses como fiadores de los acuerdos. Por ella mu-
chas amargas enemistades particulares y muchas gue-
rras entre ciudades llegaron a una reconciliación. Va-
mos, aceptad esta garantía, tanto si permitís que unos
pocos miembros señalados del Senado os presten jura-
mento en nombre de todo el Consejo como si queréis
que todos los senadores nombrados en el decreto juren
sobre las víctimas de los sacrificios guardar firmemente
lo acordado. Tú, Bruto, no desacredites seguridades, tra- 4
tados y garantías acordados por los dioses ni destruyas
la más noble institución humana, y vosotros no le per-
mitáis que mencione villanías de hombres impíos y ti-
ránicos que distan mucho de la virtud de los romanos.

»Para terminar, indicaré todavía una garantía más, 85
que ningún hombre ignora ni discute. ¿De cuál se tra-
ta? De la que reporta una utilidad a la comunidad y
hace que ambas partes se salven mutuamente. Ésta, sin
duda, es la primera y la única que nos lleva a unirnos
y que nunca permitirá que nos separemos. En efecto,
el pueblo ignorante siempre necesitará y nunca dejará
de necesitar un gobierno sensato, y el Senado, por su
parte, que es capaz de gobernar, siempre necesitará una
multitud que quiera ser gobernada. Y esto no lo sabe-
mos sólo por conjeturas, sino también por la experien-
cia de los hechos. Entonces, ¿por qué nos asustamos 2

y nos causamos problemas unos a otros? ¿Por qué nos dirigimos malas palabras cuando tenemos en nuestras manos nobles acciones? ¿Por qué no abrimos nuestros brazos y, abrazados, volvemos a nuestra patria para recobrar la alegría de los placeres de antaño y satisfacer los más dulces anhelos, en lugar de exigir seguridades sin fundamento y garantías que no lo son, como los más encarnizados enemigos, sospechando lo peor de cualquier cosa? Plebeyos, a nosotros, los senadores, nos basta con una sola garantía: que si regresáis, nunca os portaréis mal con nosotros. Esta garantía es nuestro conocimiento de vuestra buena crianza, de vuestras costumbres respetuosas de las leyes y de las restantes virtudes de que muchas veces habéis dado muestra tanto en la
3 paz como en la guerra. Y si por la necesidad de seguridad y esperanza los contratos se sometieran a una revisión conjunta, confiamos en que en las demás cuestiones vosotros os comportaréis como buenos ciudadanos, y no necesitamos ni juramentos, ni rehenes, ni ninguna otra garantía del pueblo. Por tanto, no nos opondremos a ninguna de vuestras peticiones. Y en relación al tema de las garantías, con el que Bruto intentaba desacreditarnos, basta lo dicho. Pero si reside en vosotros algún odio infundado y os lleva a tener una mala opinión del Senado, quiero decir también, hombres de la plebe, algunas palabras sobre este punto. Escuchadme, por los dioses, en silencio y con atención.

86 [54] »Un Estado se parece, en cierta manera, a un cuerpo humano. Ambos están compuestos y constan de muchas partes y ni cada una de ellas tiene las mismas faculta-
2 des ni presta los mismos servicios. Si las partes del cuerpo humano llegasen a tener por sí solas percepción y voz propias y después se produjera entre ellas una sedi-

[54] Fábula de Esopo n.° 130 en la edición de P. Bádenas, *Fábulas de Esopo*, Madrid, 1978.

ción y todas las partes se unieran contra el estómago, y los pies dijeran que todo el cuerpo reposa sobre ellos; las manos, que ellas realizan los trabajos, procuran los alimentos, combaten contra los enemigos y proporcionan al conjunto otros muchos servicios; los hombros, que sobre ellos se llevan todos los pesos; la boca, que habla; la cabeza, que ve, oye y que, al contener los demás sentidos, posee todo aquello por lo que el cuerpo se salva, y, en consecuencia, dijeran al estómago: «Y tú, criatura, ¿cuál de estas actividades realizas? ¿Cuál es el servicio y la utilidad que nos reportas? Estás tan lejos de hacer nada y de colaborar con nosotros en algo útil para la comunidad, que pones dificultades, molestas y, cosa insoportable, nos obligas a servirte y a traerte desde cualquier parte cosas para satisfacer tus deseos.
Ea, ¿por qué no reclamamos la libertad y abandonamos 3
los muchos trabajos que soportamos por culpa de éste?» Si decidieran esto y ninguna parte hiciera ya su trabajo, ¿podría el cuerpo aguantar durante mucho tiempo? ¿No perecería en pocos días de la peor de las muertes, de hambre? Nadie podría decir lo contrario. Supo-
ned ahora el mismo caso aplicado a un Estado. En efec- 4
to, son muchas también las clases de hombres que lo componen y en nada semejantes entre sí. Cada una de ellas presta un servicio particular, lo mismo que los miembros al cuerpo, pues unos cultivan los campos, otros combaten contra los enemigos para defenderlos, otros importan por mar muchas mercancías útiles y otros desempeñan los necesarios oficios artesanales. Si todas estas clases de gente se levantasen contra el Senado, que está compuesto por los mejores, y dijeran: «Y tú, Senado, ¿qué beneficio nos proporcionas y por qué motivo te consideras merecedor de gobernar a los demás? No podrías aducir ningún motivo. Entonces, ¿no vamos a liberarnos ya de una vez de esta tiranía tuya
y a vivir sin jefe?». Pues bien, si tomaran esta decisión 5

y abandonaran sus habituales ocupaciones, ¿qué impedirá que esta desgraciada ciudad sea destruida de mala manera por el hambre, la guerra y cualquier otra adversidad? En consecuencia, plebeyos, daos cuenta de que, así como en nuestros cuerpos el estómago, desconsideradamente vituperado por la mayoría [55], alimenta al cuerpo al alimentarse y lo salva al salvarse, y es como un banquete común, con aportaciones de todos, que, como resultado de un intercambio, distribuye a cada uno lo que le es beneficioso, así también en las ciudades el Senado, al administrar los asuntos públicos y al ocuparse de lo que conviene a cada uno, salva, vigila y endereza todo. Cesad, pues, de pronunciar palabras odiosas contra el Senado, diciendo que os ha expulsado de vuestra patria y que por su culpa vais de un lado para otro como vagabundos y mendigos. Ningún daño os ha hecho ni podría hacéroslo, sino que él mismo os llama y viene como suplicante y, abriendo su corazón al mismo tiempo que las puertas, os da la bienvenida».

Nueva intervención de Bruto pidiendo que se establezcan los tribunos de la plebe

87 Mientras Menenio pronunciaba tales palabras, muchas y variadas voces surgieron de los presentes durante todo su discurso. Pero cuando, para terminar, recurrió a los lamentos y a las desgracias que iban a recaer tanto sobre los que permanecieran en la ciudad como sobre los que se habían marchado, compadeciendo las desdichas de unos y otros, brotaron lágrimas de todos y con una sola voz y un mismo sentimiento gritaron que los condujera a la ciudad sin pérdida de tiempo. Y faltó muy poco para que se fueran de la asamblea a toda velocidad, dejando todos los asuntos en manos de los embajadores y sin preocuparse más de las cuestiones relativas a su segu-

[55] El texto está probablemente corrupto. Kayser lee «por los otros miembros».

ridad, si Bruto no llega a adelantarse y a contener su ímpetu diciendo que, en general, las promesas del Senado eran ventajosas para el pueblo y que consideraba que éste debía estarle muy agradecido por sus concesiones. Pero, sin embargo —decía—, temía el porvenir y a los hombres tiránicos que quizás algún día intentaran otra vez, si se les presentaba la ocasión, vengarse del pueblo por lo sucedido. Dijo que la única seguridad para 2
todos los que temían a los más poderosos era que tuvieran la certeza de que los que querían perjudicarlos no tenían poder para ello; pues, mientras pudieran, a los malvados no les faltarían deseos de cometer maldades. Así pues —dijo—, si los plebeyos obtuviesen esta seguridad, ya no necesitarían nada más. Como Menenio con- 3
testó y le invitó a decir cuál era la seguridad que, según él, el pueblo necesitaba todavía, Bruto dijo: «Concedednos elegir cada año, de entre nosotros, un cierto número de magistrados sin otro poder que el de ayudar a los plebeyos que hayan sido objeto de injusticia o violencia y el de no permitir que nadie se vea privado de sus derechos. Os pedimos y suplicamos que, además de las otras concesiones, nos otorguéis este favor, si es que la reconciliación es un hecho y no sólo palabras».

El Senado aprueba la creación de los tribunos

Cuando el pueblo escuchó estas pa- 88
labras aplaudió larga y fuertemente a Bruto y pidió a los embajadores que concedieran también esto. Ellos se retiraron de la asamblea y regresaron al poco tiempo, tras dialogar brevemente entre sí. Cuando se hizo el silencio, Menenio se adelantó y dijo: «Plebeyos, el asunto es grave y se presta a múltiples y absurdas sospechas, y surge en nosotros el temor y la preocupación de que vayamos a crear dos Estados en uno. Sin embargo, y por nuestra parte, tampoco nos oponemos a esta petición vuestra. Pero concedednos este favor 2

que también redunda en vuestro beneficio. Permitid que algunos embajadores vayan a la ciudad a explicar estas cuestiones al Senado, pues, aunque tenemos su permiso para concluir los tratados como queramos y plenos poderes para hacer promesas, no nos parece justo tomar esta decisión por nuestra cuenta, sino que, como se nos ha presentado un asunto nuevo e inesperado, renunciamos a nuestro poder y lo ponemos en manos del Senado. De todas formas, estamos convencidos de que él opinará lo mismo que nosotros. Yo permaneceré aquí con parte de la embajada y Valerio se marchará con el res-
3 to». Esto fue lo que se acordó. Y los que tenían que explicar al Senado lo sucedido montaron a caballo y marcharon a toda prisa a la ciudad. Cuando los cónsules presentaron la cuestión a los senadores, la opinión de Valerio fue la de conceder también esta gracia al pueblo. Pero Apio, el que desde un principio se había opuesto a la reconciliación, también entonces habló abiertamente en contra, gritando, poniendo a los dioses por testigos y anunciando que iban a sembrar la semilla de muchos males para el Estado. Sin embargo, no logró convencer a la mayoría que, como dije, estaba dispuesta a acabar con la sedición. Por consiguiente, se promulgó un decreto del Senado que ratificaba todas las promesas hechas por los embajadores al pueblo y que
4 le concedía la seguridad que este pedía. Al día siguiente de tratar estos asuntos, los embajadores se presentaron en el campamento y expusieron las decisiones del Senado. A continuación, Menenio aconsejó a los plebeyos que enviaran a algunas personas a la ciudad para recibir las garantías del Senado. Se mandó a Lucio Junio Bruto, del que ya he hablado antes, y con él a Marco Decio y a Espurio Icilio. De los que habían vuelto del Senado, la mitad volvió a la ciudad con Bruto y sus compañeros, mientras que Agripa se quedó en el campamento con los restantes, pues los plebeyos le habían pedido

que redactara la ley en virtud de la cual podrían elegir a sus magistrados.

Elección de los tribunos de la plebe

Al día siguiente se presentaron Bru- 89
to y los que lo acompañaban, después de haber concluido los tratados con el Senado a través de los «árbitros de paz»[56] que los romanos llaman *fetiales*. Y el pueblo, dividido en los clanes[57] de entonces, o como se quiera llamar a lo que los romanos llaman curias, eligió como magistrados para ese año a Lucio Junio Bruto y Cayo Sicinio Beluto, que hasta entonces habían sido sus jefes, y, además de éstos, a Cayo y Publio Licinio y Cayo Viselio Ruga. Estos cinco hom- 2
bres[58] fueron los primeros que recibieran la potestad tribunicia el cuarto día antes de los idus de diciembre[59], fecha que se ha mantenido hasta nuestros días. Terminada la elección, los enviados del Senado consideraron que todos los asuntos para los que los habían enviado estaban resueltos. Pero Bruto convocó una asamblea y aconsejó a los plebeyos que hicieran esta magistratura sagrada e inviolable, consolidando su seguridad con una ley y un juramento. Todos estuvieron de acuer- 3
do y Bruto y sus colegas redactaron la siguiente ley: «Que nadie obligue a un tribuno de la plebe a hacer algo contra su voluntad, como si se tratara de una persona cualquiera, ni lo golpee, ni ordene a otro que lo haga, ni lo mate ni ordene matarlo. Si alguno viola algu-

[56] La palabra *eirenodíkai*, que aquí hemos traducido por «árbitros de paz», es la forma griega de nombrar a los *fetiales*.

[57] Como en el caso anterior, *phrátra*, que aquí hemos traducido por «clan», es el término empleado en griego para el lat. *curia*. Véase II 7, 3 y nota.

[58] El número inicial de tribunos oscila, según las fuentes, entre dos, cuatro y cinco. Lo único seguro es que antes del 449 a. C. se había elevado a diez.

[59] 10 de diciembre. En esta fecha comenzaba el mandato oficial de los tribunos de la plebe.

na de estas prohibiciones, sea expulsado como impío y sus bienes consagrados a Ceres; y el que mate a alguno de los que realicen estos actos, quede libre de culpa».
4 Para que tampoco en el futuro el pueblo pudiera derogar esta ley y permaneciera siempre inamovible, se ordenó que todos los romanos jurasen sobre las víctimas de los sacrificios observar siempre la ley, tanto ellos como sus descendientes. Y se añadió al juramento una plegaria: que los dioses celestes y las divinidades subterráneas fueran propicios a los que lo observaran y adversos a los que lo violaran, como culpables del mayor de los sacrilegios. A partir de entonces se estableció entre los romanos la costumbre de que las personas de los tribunos de la plebe fueran sagradas e inviolables, costumbre que se ha mantenido hasta nuestros días.

Creación de la magistratura edilicia

90 Después de votar esto, levantaron en la cima de la montaña en la que habían acampado un altar que, por el miedo que entonces habían pasado, llamaron, en su lengua, de Júpiter *Territor*[60]. Después de realizar sacrificios en su honor y consagrar el lugar que los había acogido, volvieron a la ciudad
2 en compañía de los embajadores. Tras ofrecer sacrificios de acción de gracias a los dioses de la ciudad, intentaron convencer a los patricios para que sancionaran con su voto la magistratura. Cuando lo consiguieron, todavía pidieron al Senado que les permitiera designar cada año a dos hombres de la plebe para que ayudaran a los tribunos en lo que les pidieran, para juzgar las causas que éstos les encomendaran y para que se encargaran de los lugares públicos y sagrados y del

---

60 Ningún otro escritor menciona *Territor* como epíteto de Júpiter; pero un pequeño altar de mármol, que se dice encontrado en las cercanías de Tívoli, lleva la inscripción: SANCTO IOVI TERRITORI SACRVM (C. I. L. XIV 3559).

buen abastecimiento del mercado. Obtenida también esta 3
concesión del Senado, eligieron a unos hombres a los que llamaron asistentes y colegas de los tribunos y jueces. Ahora, sin embargo, se les llama, en su lengua, por una de sus funciones, «inspectores de lugares sagrados»[61], su poder ya no está subordinado al de otros magistrados, como antes, y tienen a su cargo muchas e importantes funciones. En general, son bastante parecidos a los *agoránomos*[62] de los griegos.

Póstumo Cominio toma dos ciudades volscas: Lóngula y Polusca

Cuando se restableció la situación 91
y la ciudad volvió a su antiguo ordenamiento, los generales reclutaron un ejército contra los enemigos exteriores. El pueblo dio muestras de un gran ardor y en poco tiempo tuvo dispuesto todo lo necesario para la guerra. Los cónsules sortearon los mandos, según su costumbre. Espurio Casio, al que le tocó el cuidado de la ciudad, permaneció en Roma con una parte suficiente de las fuerzas reclutadas, y Póstumo Cominio salió al mando del resto del ejército, conduciendo un contingente considerable de romanos y un cuerpo auxiliar de latinos nada despreciable. Decidió atacar en pri- 2
mer lugar a los volscos y tomó al asalto una ciudad llamada Lóngula[63]. Sus habitantes intentaron dar alguna muestra de valor y enviaron un ejército a campo abierto con el que confiaban rechazar a los asaltantes, pero se vieron obligados a huir vergonzosamente antes de llevar a cabo ninguna acción brillante, y tampoco en el asalto realizaron nada meritorio. Así pues, en un solo día y sin esfuerzo, los romanos se apoderaron de todo su territorio y además tomaron la ciudad por la fuerza

---

[61] Ediles. Cf. Varrón, L. L. V. 81: *aedilis qui aedis sacras et privatas procuraret.*

[62] Funcionarios encargados de la regulación del mercado. *Agoránomos* es el término que emplea el griego para el lat. *aedilis.*

[63] *Longula.* Su situación es desconocida.

3 sin muchas dificultades. El general romano permitió que los soldados se llevaran las riquezas abandonadas en la ciudad y, dejando en ella una guarnición, condujo el ejército contra otra ciudad de los volscos llamada Polusca, no muy distante de Lóngula. Como nadie se atrevió a salirle al encuentro, atravesó el territorio con mucha facilidad y se lanzó contra las murallas. Unos soldados rompieron las puertas y otros escalaron los muros con escalas, adueñándose también de esta ciudad ese
4 mismo día. Después de tomarla, Póstumo eligió e hizo ejecutar a algunos responsables de la revuelta, al resto lo castigó con la privación de sus bienes y le arrebató las armas, y los obligó a ser en el futuro súbditos de Roma.

92

Toma de Coríolos. Comportamiento heroico de Cayo Marcio

También en esta ciudad dejó un destacamento como guarnición y al día siguiente marchó con el ejército contra Coríolos [64], ciudad muy renombrada y, por así decirlo, metrópoli de los volscos. Allí se había reunido un poderoso contingente, las murallas no eran fáciles de conquistar y los de dentro habían hecho hacía tiempo los preparativos necesarios para la guerra. El cónsul estuvo intentando tomar los muros hasta la tarde, pero fue rechazado por los enemigos y perdió a muchos de sus hombres.
2 Al día siguiente, después de preparar los arietes, los escudos de mimbre y las escalas, se dispuso a intentar la conquista de la ciudad con todas sus fuerzas, pero al oír que los anciates [65], en razón de su parentesco, iban a ayudar a los coriolanos [66] con un poderoso ejército y que las tropas enviadas ya estaban en camino, dividió su ejército y decidió continuar el asalto a las

---

[64] *Corioli.* Ciudad latina al sur de los montes Albanos.

[65] Habitantes de Ancio.

[66] Habitantes de Coríolos.

murallas con una mitad, dejando el mando a Tito Lar-
cio, y con el resto resolvió impedir el avance de las fuer-
zas atacantes. Y en el mismo día tuvieron lugar dos en- 3
frentamientos. Los romanos vencieron, pues todos com-
batieron valerosamente, y en especial un hombre, que
dio muestras de un valor increíble y que realizó actos
superiores a cualquier descripción. Este hombre, de fa-
milia patricia y de padres ilustres, se llamaba Cayo Mar-
cio y era sobrio en su vida cotidiana y poseedor de sen-
timientos propios de un hombre libre. El desarrollo de
cada una de las batallas fue como sigue: Al amanecer,
Larcio hizo salir su ejército, lo condujo hacia las mura-
llas de Coríolos y las atacó por muchos lugares. Los co-
riolanos, confiados en la ayuda de los anciates, que es-
peraban que les llegase en poco tiempo, abrieron todas
las puertas y se lanzaron en masa contra el enemigo.
Los romanos recibieron a pie firme su primera embes- 4
tida e infligieron muchas heridas a los que avanzaban
contra ellos; pero luego, cuando aumentó el número de
sus atacantes, fueron rechazados colina abajo y se reti-
raron. Al ver esto, Marcio, del que ya he hablado, se
hizo fuerte con unos pocos hombres y esperó a la masa
de enemigos que se le venía encima. Mató a muchos,
y cuando el resto se retiró y huyó hacia la ciudad, los
persiguió, matando a cuantos caían en sus manos y ex-
hortando a los suyos que huían a que dieran media vuel-
ta, fueran valientes y lo siguieran. Éstos, avergonzados 5
de su comportamiento, se volvieron de nuevo, atacaron
a sus contrincantes hiriéndolos y persiguiéndolos y en
poco tiempo todos habían hecho retroceder a sus adver-
sarios y estaban acosando las murallas. Marcio, arries-
gándose ya más audazmente, avanzó todavía más, llegó
a las mismas puertas y penetró en la muralla junto a
los que huían. Con él entraron otros muchos y se pro-
dujo una gran matanza por ambos bandos en muchas
partes de la ciudad; unos combatían en las callejas y

otros alrededor de sus casas, que estaban siendo toma-
6 das. Incluso las mujeres ayudaron a los habitantes en la lucha, lanzando tejas sobre los enemigos desde los tejados, y cada uno, en la medida de sus fuerzas y sus posibilidades, ayudaba valerosamente a su patria. Sin embargo, no pudieron soportar la terrible lucha durante mucho tiempo, sino que se vieron obligados a entregarse a los vencedores. Después de tomar la ciudad de esta manera, los demás romanos se dedicaron al saqueo de los bienes que habían quedado en ella y estuvieron mucho tiempo ocupados con el botín, pues en el lugar había muchas riquezas y esclavos.

93 Pero Marcio, que había sido el primero y el único que resistió el ataque de los enemigos y que se distinguió más que ningún romano en el asalto a las murallas y en los combates en el interior de la ciudad, destacó todavía más en la segunda batalla, la que sostuvieron contra los anciates. En efecto, no quiso mantenerse alejado de la batalla, sino que, en cuanto tomaron la ciudad, marchó a la carrera con los pocos que pudieron seguirlo. Encontró a las fuerzas ya dispuestas en orden de batalla y a punto de entrar en combate y, en primer lugar, anunció a los suyos la toma de la ciudad, mostrando como prueba de ello el denso humo que se elevaba de las casas incendiadas. Luego pidió permiso al cónsul y se situó frente a la fuerza más poderosa de los
2 enemigos. Cuando se elevaron las señales de la batalla, fue el primero en lanzarse contra los adversarios y, después de matar a muchos de los que combatieron con él, se precipitó en el centro de su formación. Los anciates no se atrevieron ya a luchar cuerpo a cuerpo con él, sino que iban abandonando las filas contra las que se lanzaba, se colocaban todos a su alrededor y le disparaban retrocediendo, mientras él los atacaba y perseguía. Póstumo, al enterarse de esto, temeroso de que a Marcio, al encontrarse aislado, le ocurriera algo, envió

en su ayuda a los jóvenes más fuertes, que cargaron contra los enemigos en formación compacta. La primera línea enemiga no aguantó la embestida y se dió a la fuga. Avanzando más, encontraron a Marcio lleno de heridas y vieron a su alrededor una multitud de cadáveres y de hombres agonizantes. Entonces fueron ya to- 3
dos juntos con Marcio a la cabeza, contra los que todavía permanecían en su puesto, matando y tratando como esclavos a los que oponían resistencia. Aunque en esta batalla fueron dignos de mención también los demás romanos, los más valientes fueron los que defendieron a Marcio y, por encima de todos, el propio Marcio, que fue, indiscutiblemente, el principal artífice de la victoria. Cuando al fin se hizo de noche, los romanos se retiraron a su campamento, orgullosos por la victoria, después de haber matado a muchos anciates y llevando consigo como prisioneros a otros muchos.

Marcio es premiado por su conducta. Los volscos abandonan la guerra

Al día siguiente Póstumo convocó 94
al ejército en asamblea, dirigió un largo discurso en alabanza de Marcio y le ciñó unas coronas al valor como muestra de agradecimiento por su comportamiento en las dos batallas. Le regaló un caballo de guerra, adornado con los emblemas propios de un general, diez prisioneros, que dejó que cogiera a su elección, toda la plata que pudiera llevar y muchas hermosas primicias del resto del botín. Como todos 2
lanzaron grandes exclamaciones de alabanza y felicitación, Marcio se adelantó y dijo que estaba muy agradecido al cónsul y a todos los demás por los honores de los que le juzgaban merecedor, pero que no iba a aprovecharse de ellos y que le bastaba el caballo, por la magnificencia de sus enseñas, y un solo prisionero, que resultó que era amigo suyo. Los soldados, que ya antes admiraban a Marcio por su valor, todavía lo admiraron más por su desprecio de la riqueza y su moderación

ante tan gran fortuna. A raíz de esta hazaña recibió el sobrenombre de Coriolano y se convirtió en el hombre
3 más ilustre de su época. Tras este desenlace de la batalla contra los anciates, las demás ciudades volscas pusieron fin a los hostilidades contra Roma, y todos cuantos albergaban sus mismos sentimientos, tanto los que ya estaban en armas como los que estaban prepárandose para la guerra, se apaciguaron. Póstumo los trató a todos con moderación, regresó a casa y licenció el ejército.

Entre tanto, Casio, el otro cónsul, que había permanecido en Roma, consagró el templo de Ceres, Líber y Líbera, que se levanta al final del Circo Máximo, en las mismas líneas de salida [67]. El dictador Aulo Postumio, cuando iba a enfrentarse al ejército de los latinos, había prometido dedicarlo a los dioses en nombre de la ciudad. Tras la victoria, el Senado había decretado que su construcción se hiciera toda con el botín y la obra se terminó entonces [68].

Nuevo tratado de paz y amistad con los latinos

95 En ese tiempo se hizo un nuevo tratado de paz y amistad, sellado con juramentos, con todas las ciudades latinas, ya que durante la sedición no habían intentado provocar ninguna agitación, se habían alegrado abiertamente con el regreso de los plebeyos y parecían estar dispuestas a colaborar
2 en la guerra contra los rebeldes. El tratado estaba redactado en los siguientes términos: «Haya paz entre los romanos y todas las ciudades latinas mientras el cielo y la tierra estén donde están. Que no peleen entre sí, ni traigan enemigos de otra parte ni proporcionen caminos seguros a los que traigan la guerra. Que se presten ayuda con todas sus fuerzas cuando uno sufra una agre-

[67] No se conoce la situación exacta de este templo, pero probablemente estaba en la ladera del Aventino. Un incendio lo destruyó en el 31 a. C.

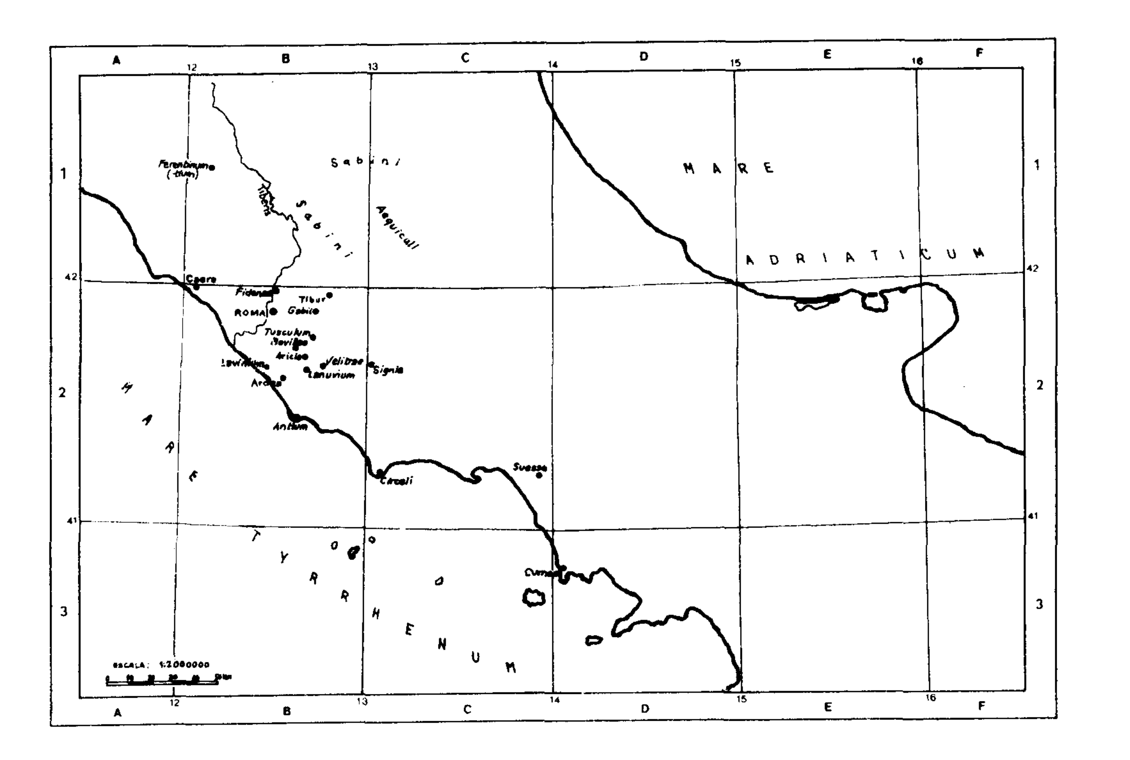
[68] Véase cap. 17, 2-4.

sión, y que cada uno reciba una parte igual de los despojos y del botín de las guerras comunes. Que las disputas relativas a contratos privados se resuelvan en un plazo de diez días y en la nación en la que el contrato se haya efectuado. Que no se permita añadir ni suprimir de estos acuerdos nada que no cuente con el beneplácito de los romanos y de todos los latinos». Esto fue lo 3
que acordaron los romanos y los latinos y lo sellaron con juramentos sobre las víctimas de los sacrificios. El Senado también decretó ofrecer sacrificios a los dioses como acción de gracias por la reconciliación con los plebeyos y añadió un día a las llamadas Fiestas Latinas, cuya duración era de dos días. El primer día lo consagró el rey Tarquinio cuando venció a los tirrenos; el segundo lo añadió el puebo cuando liberó a la ciudad expulsando a los reyes. A estos dos días se sumó entonces un tercero con motivo del retorno de los sediciosos. La supervisión e inspección de los sacrificios y juegos 4
que se celebraban durante estos días se encomendó a los ayudantes de los tribunos, que, como dije, ostentaban la que hoy es magistratura edilicia, honrados por el Senado con la túnica de púrpura, con la silla de marfil y con los otros símbolos que tenían los reyes.

Funerales de Menenio Agripa. Censo de ciudadanos

No mucho tiempo después de las 96
fiestas murió Menenio Agripa, uno de los excónsules, aquel que venció a los sabinos y recibió por ello un brillantísimo triunfo, que convenció al Senado para que permitiera el retorno de los sediciosos y en quien el pueblo confió para deponer las armas. La ciudad lo enterró a expensas públicas y con el funeral más espléndido y fastuoso que haya recibido hombre alguno. En efecto, su hacienda no era suficiente para sufragar un funeral y un entierro tan grandiosos, de modo que los tutores de sus hijos, después de consultar, decidieron sacarlo de la ciudad y enterrarlo con sencillez,

2 como a un ciudadano cualquiera. Pero el pueblo no lo consintió y los tribunos, después de convocarlo en asamblea, alabar repetidamente las acciones bélicas y civiles de Menenio y ensalzar largamente su moderación y su vida sencilla y, sobre todo, su contención en el lucro, dijeron que era una vergüenza que un hombre de tales méritos tuviera, por ser pobre, un funeral oscuro y humilde; exhortaron al pueblo a que se hiciera cargo de los gastos y a que cada hombre contribuyera con la
3 cantidad que ellos fijaran. Los que escuchaban oyeron con alegría esta propuesta e inmediatamente cada uno aportó la cantidad establecida, con lo que se reunió una gran suma de dinero. Al enterarse el Senado, avergonzado, decidió no consentir que el más ilustre de los romanos fuera enterrado con contribuciones privadas y quiso que los gastos corriesen a cargo del erario público, confiando todo al cuidado de los cuestores. Éstos alquilaron a un altísimo precio lo necesario para el entierro, adornaron el cuerpo de Menenio de manera lujosísima, proveyeron todo lo demás con magnificencia y
4 lo enterraron como merecía su virtud. El pueblo, rivalizando con el Senado, no quiso aceptar de los cuestores la devolución del dinero aportado y lo cedió a los hijos de Menenio, compadeciendo su pobreza, para que no se dedicaran a nada indigno de la virtud de su padre. También en este tiempo los cónsules realizaron un censo por el que se averiguó que el número total de ciudadanos era superior a ciento diez mil. Estas fueron las acciones de los romanos durante este consulado.



Ferentinum
(-tium)
Sabini
Tiberis
Sabini
Aequiculi
Caere
Fidenae
Tibur
ROMA
Gabiia
Tusculum
Aricia
Velitrae
Signia
Lanuvium
Ardea
Antium
Circeii
Suessa
Cumae
MARE
ADRIATICUM
MARE TYRRHENUM
ESCALA: 1:2.000000

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL